

# CINCO LOBAS



JAVIER MONTES

# Índice de contenido

Cinco Lobas

PARTE

I

La ciudad de los libros

1

Córdoba, 15 de octubre del año 939

2

Córdoba, 16 de octubre del año 939

3

Córdoba, 30 de noviembre del año 939

4

Sayida

Constantinopla, Montilla, 31 noviembre del año 939

5

Córdoba, 1 de diciembre del año 939

6

El alcázar de Córdoba, enero del año 940

PARTE

II

Los embajadores reales

7

Córdoba, Almería, marzo del año 941

8

Barcelona, julio del año 940

9

Galindo

Córdoba, Antequera septiembre del año 940

10

Córdoba, 27 de enero del año 941

11

Córdoba, 28 de enero del año 941

12

Córdoba, 20 de marzo del año 941

PARTE

III

La rebelión de los yundíes

13

Sierra Morena, 2 de abril del año 941

14

El viaje de los embajadores, 10 de abril del año 941

15

Córdoba, 20 de abril del año 941

16

Sierra de Cazorla, 10 de mayo del año 941

17

Córdoba, 1 de junio del año 941

18

Las Alpujarras, 23 de junio del año 941

PARTE

IV

La guarida de los lobos

19

Sierra de Contraviesa, 25 de junio del año 941

20

Córdoba, 31 de octubre del año 941

21

Galindo

La Alpujarra, 2 de marzo del año 942

22

Sierra de Contraviesa, 28 de junio del año 941

PARTE

V

Las siete colinas

23

Alfonso

Constantinopla, 12 de septiembre del año 942

24

Constantinopla, 20 de octubre del año 942

25

Constantinopla, 2 de julio del año 943

26

Constantinopla, 26 de mayo del año 944

PARTE

VI

La ciudad del azahar

27

Medina Azahara, 22 de marzo del año 946

28

Medina Azahara, 30 de abril del año 946

29

Medina Azahara, 30 de abril del año 946

30

Bobastro, 4 de mayo del año 946

31

Bobastro, 24 de junio del año 946

32

Serranía de Ronda, 25 de junio del año 946

33

Bobastro, 26 de junio del año 946

34

Medina Azahara, 15 de julio del año 946

Glosario

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR PUBLICADOS EN AMAZON.

# Cinco Lobas

Javier Montes

Para cualquier información adicional sobre los libros del autor, comentar la obra, consultar puntos de venta, adquirir los libros en formato electrónico, contactar con el autor, etc... no dude en consultar nuestra página web: [www.javiermontes.com](http://www.javiermontes.com)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la reproducción de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Javier Montes Gómez, 2017

Primera edición: Febrero 2018

Diseño de Portada: Lucas Rodríguez

Realización: Rodrigo Rodríguez y Alfredo Gómez

*A mis amigos Alfonso y Daniel*

# **PARTE**

## **I**

### **La ciudad de los libros**

**Córdoba, 15 de octubre del año 939**

Aquellos códices transcritos por unos monjes díscolos, a escondidas, en los sótanos del monasterio de San Pedro de Rocas, habían sido copiados de un manuscrito original de Galindo Sánchez. Un antiguo miembro de la plantilla monacal de aquel claustro esculpido entre peñas que vivía en la más absoluta austeridad, dedicado por entero al estudio y la oración. El santuario situado en medio de un bosque de centenarios robles, parecía confundirse con la espesura y las enormes rocas que lo rodeaban. Pasando desapercibido como parte del paisaje, resultaba un lugar ideal para aislarse de mundo y perderse en el interior de alguna de las arcaicas cuevas escondidas entre la maleza, donde a veces Galindo ocultaba algunos libros, cuya lectura le estaba prohibida dentro de los muros del templo. Un día, cansado de orar abandonó el culto al altísimo para ganarse la vida escribiendo unas fábulas que, luego vendía a precio de oro a los sarracenos. Durante años él y sus compañeros habían estudiado la lengua agarena con parsimonia, aplicándose a ello con el mayor entusiasmo posible, en la biblioteca del monasterio.

Sus antepasados eran suevos, el carácter afable de su pueblo, favoreció su integración con los visigodos cuando estos invadieron la península a mediados del siglo V. Dado que en Gallaecia la presencia árabe fue apenas testimonial: la complicada orografía de la zona, su meteorología cambiante propensa a constantes lluvias y un alto grado de humedad, sobre todo en las zonas boscosas y costeras, no favorecieron la adaptación de los agarenos. Para él, desde la infancia y durante su instrucción y su posterior vida monacal, los sarracenos, eran unos completos desconocidos. Eso contribuía a que la cultura de aquellos hombres venidos de Oriente le atrajese terriblemente. Los obispos les habían dado instrucciones para estudiar su idioma, sin duda sus conocimientos les resultarían útiles en las constantes negociaciones con los árabes. Por suerte su intervención, no resultaría necesaria durante la escasa actividad diplomática mantenida con el enemigo en aquella época, las esporádicas incursiones militares de las tropas califales, nunca habían conseguido alterar la tranquilidad de aquel templo esculpido en

plena roca.

Galindo tenía los cabellos dorados y la tez blanca, el tabique nasal prominente denotaba una fuerte personalidad, los labios carnosos y los ojos diminutos, escondían bajo la arrugada frente, una continua y fluida cortina de pensamientos. Era un hombre de mediana estatura, pocas palabras pero bien escogidas.

Al principio le costó superar sus miedos y abandonar la tranquilidad del monasterio, para enfrentarse con la dura vida del comerciante. Pero sabía que sus historias caerían en saco roto, si no conseguía introducirlas en el mercado. Córdoba poseía más de sesenta bibliotecas y más librerías que cualquier otra ciudad de la península. Cuando llegó con su primer cargamento de códices a la ciudad, jamás imaginó que el propio Abd al Rhaman III sería su mejor cliente; el califa se mostraba generoso con quien le ayudaba a hacer más placenteras sus horas de ocio. Le encantaban sus fabulas, cargadas de descripciones poéticas y un recatado erotismo, que para provenir de un antiguo monje, al califa le resultaron de un exotismo exacerbado: «Si se enteran de esto los obispos del norte, el puerco Ramiro ordenará que te quemen en la hoguera, menos mal que en el sur somos más tolerantes, ja, ja, ja, ja...». La risa de Abd al Rahman, se extendía por toda la sala del palacio califal. En su último encuentro Abd al Rhaman le pidió que siguiera metiendo exotismo en sus fabulas, le pagó con monedas de oro y lo instó a que volviese al norte, al abrigo de su tierra para escribir nuevas historias; a su vuelta sabría compensarle. Galindo asintió, despidiéndose del califa con una reverencia, tratando de complacer los deseos de su excelencia, se dispuso a emprender con inmediatez su viaje de regreso a Gallaecia.

Antes de partir, el califa lo exhortó a pasar una noche con una de sus esclavas, acompañado por un chambelán, se dejó arrastrar por uno de los pasillos de la sala de visitas del alcázar. Entró en una habitación donde varias jóvenes bellezas de distintas etnias, reposaban sentadas sobre cojines bordados en oro. Galindo escogió a la más endeble, tímida y recatada de las chicas; era terriblemente hermosa y llevaba parte del dorso cubierto por un tatuaje de gena, cargado de símbolos geométricos. Shifa era una esclava fatimí, capturada en una de las aceifas practicadas por los omeyas en el norte de África. De origen bereber, sus padres se dedicaban al pastoreo, era gente

humilde; sin embargo desde su llegada al harén había sido instruida en las artes de la escritura y la aritmética, destacaba por su versatilidad e inteligencia, aunque su audacia la llevaba a la prudencia. Al contrario de la mayoría de sus compañeras que se peleaban por ascender en el escalafón social y ganarse los favores del soberano. Ella no asistía a las lecturas en grupo, ni participaba en actos que le hiciesen ganar puntos delante de los eunucos, y así evitaba atraer la atención del califa. Ella había escuchado hablar de sus arrebatos de furia que lo volvían en ocasiones un hombre cruel y sanguinario. Esos comentarios la habían vuelto cautelosa, trataba de pasar desapercibida ante los ojos de su señor.

Las demás bellezas abandonaron el cuarto dejando, a solas, a Galindo con Shifa. Ambos se miraron en silencio durante un tiempo sin decir nada. Galindo que nunca antes había estado a solas con una mujer, sintió su corazón en un puño, un sudor frío le resbalaba por la frente, los dedos temblorosos se deslizaron tímidamente por los brazos desnudos de ella, sólo fueron unos segundos, una tímida caricia sin maldad alguna, a ella se le erizó el vello al sentir el cálido contacto y la suave tersura de las yemas del antiguo monje sobre su piel candente. Ella se dio cuenta que aquellas manos tan suaves, no habían conocido el trabajo del campo en toda su vida, eran grandes y varoniles, al mismo tiempo que lívidas como las de una mujer. No era la primera vez que alguno de los obispos del Ándalus, vulneraba el sexto mandamiento y se dejaba caer por el harén. Ella aborrecía a los hombres santos, al sentir su contacto se apartó bruscamente, en un acto reflejo que en caso de ser denunciado por Galindo podría costarle unos cuantos latigazos. Pero aquel joven monje, no era como los perversos hombres santos, en realidad parecía más asustado que ella misma, lo leyó en sus ojos.

—No temas, no voy hacerte nada, simplemente es la primera vez que toco la piel de un ser tan hermoso, llevó años soñando con algo así. ¡Perdona no quise asustarte! —dijo Galindo en un perfecto árabe.

Shifa lo miró todavía recelosa y al mismo tiempo, atraída por la ternura mostrada por aquel atractivo desconocido.

—¿Eres monje? —preguntó ella.

—Lo fui durante mucho tiempo, supongo que para mis hombres todavía lo

siguiera siendo, aunque ya no viera el hábito.

Una tímida sonrisa floreció en el rostro de la joven esclava, que a Galindo jamás volvería a borrarse de la mente. Sabía que si intentaba comprarle una esclava al califa con las mismas monedas que él le había dado por los códices, podría ser interpretado por el soberano como una terrible falta de respeto, y no dudaría en ejecutarlo al momento.

Al otro lado de la pared, sentado en una galería adornada con columnas que albergaba los divanes, un eunuco hizo sonar la flauta. La habitación es un cuadrado perfecto que simbolizaba dos triángulos completos, tapices de lana o seda cubren las paredes, los suelos están alfombrados de colores vivos, carece de armarios, pero tiene alacenas y baúles de madera de pino. Shifa subió la cortina enrollándola sobre sí misma, para dejar entrar un poco de claridad en la lúgubre estancia. Ella había perfumado su larga melena con almizcle y algalia en su tocador. Aquella piel oscura tan diferente a la suya, le resultó a Galindo de una sensualidad y exuberancia descomunal. Durante tantos años de privación y vida monacal, la mano no obedecía al deseo. Hasta entonces, Galindo solo había tratado con ancianitas desconsoladas, encargándose de calmar sus conciencias afligidas, contritas y pesarosas, ante la ignominia de sus pecados, le contaban en confesión sus deslices más íntimos; consiguiendo a veces sin querer, despertar la libido de su confesor.

Los dos jóvenes conversaron durante mucho tiempo en árabe, Galindo se sentía menos monje y Shifa menos esclava, el tiempo discurrió volando para ambos. Sabían que muy probablemente nunca volverían a estar juntos, pero se sentía uno al lado del otro como si fueran almas gemelas. En realidad, aunque Galindo lo ignoraba casi todo de las mujeres, sintió que el alma se le encogía cada vez más, dentro de aquellas cuatro paredes. Sus ojos se empaparon de lágrimas, al despedirse de ella. Galindo acercó sus labios a aquel rostro de ojos grandes, brillantes y de facciones delicadas; y mordió con rabia la comisura de los labios de la mora como si se tratase de un fruto prohibido: eran gruesos y carnosos. Shifa le devolvió el beso e, introduciendo la lengua en su paladar, comenzó a moverla en círculos.

El alba estaba despuntando y sus empleados le esperaban fuera para volver al norte. Una tremenda erección había despertado casi milagrosamente bajo la túnica, trató de ocultarla con rubor. No pretendía estropear la intimidad del

momento con actos lujuriosos. Pensándolo mejor no le importaría entregarse a ella y dejar de ser virgen para siempre. Demasiado tarde, la voz del muecín llamaba a la oración desde el alminar, debería abandonar los aposentos de inmediato o le acarrearía problemas a su amada. Se despidió de Shifa, cruzando el largo puente romano en su caballo, con los ojos aún vidriosos; sintiéndose un cobarde, huía de la ciudad imperial, abandonando a su heroína en manos del enemigo. Escoltado por sus empleados, dejó atrás el Guadalquivir y todo lo que le importaba, desde ese momento, en su vida.

Aquella noche le prometió a Shifa regresar pronto con nuevos libros para el califa y tratar de volver a verla cuanto antes, luego la muerte prematura de sus padres, demoró su regreso a la capital omeya. Ahora dos años después, la ciudad amurallada se encontraba a albores de una nueva jornada. Desde lo alto de la serranía, después de tanto tiempo, Galindo contempló de nuevo el Guadalquivir cubierto por la bruma, como una gran serpiente blanca extendiéndose bajo el embrujo de una población todavía dormida. Había viajado de nuevo hasta allí, dispuesto a pedir audiencia con el soberano de los omeyas y con la esperanza de volver a ver a Shifa

El califa no se encontraba de buen humor, después de haber sido derrotado su ejército en la batalla de Simancas, donde casi había perdido la vida, dejando en poder de los cristianos, su preciado ejemplar del Corán. El ejemplar había sido traído de Oriente con sus valiosas guardas y su maravillosa encuadernación de doce tomos, junto con su cota de malla, tejida con hilos de oro, que por lo inesperado del ataque, no le dio tiempo a ponerse. La derrota de Simancas supuso un duro varapalo para el califato, previamente Abd al Rhaman tras enviar sendas misivas de incitación a la Yihad, arengando a los suyos, había logrado reunir un poderoso ejército, tanto en hombres como en equipo; dirigiéndose hacia un territorio hostil, donde los cristianos llevaban tiempo expandiéndose hacia el sur, ocupando buena parte del valle del Duero. Se había hecho preciso organizar un contingente, lo suficiente poderoso para marchar contra el territorio castellano leonés, teniendo como objetivo final la ciudad de Simancas.

Como consecuencia de la derrota, Abd al Rahman, ordenó crucificar a diez miembros de su ejército que habían huido durante la batalla, acusándolos de cobardía y alta traición. La forma en que se les infligió el castigo estaba

cargada de un profundo simbolismo escatológico. Un tumulto de asistentes a la crucifixión, se hacinaron como moscas en torno al patíbulo. El califa observaba la ejecución, desde un ático situado en el alto del alcázar, proyectado con almenas y dividido en una serie de diez puertas. Ordenó colocar diez altas cruces frente a cada una de las puertas, así podía increpar uno por uno a todos los condenados, mientras la muchedumbre aullaba alrededor. Ante las constantes injurias del soberano contra sus hombres, poco a poco, se fueron apagando las voces y se detuvo el estruendo de los tambores. Entre gemidos, desangrándose en lo alto de las cruces, se retorcían de dolor los prisioneros, suplicándole clemencia en nombre del Todopoderoso. El espectáculo resultaba dantesco. «¡Mirad a esta pobre gente!». Dijo Abd al Rahman, en respuesta a las plegarias de los prisioneros y señalando al populacho que los observaba. «Cómo vamos a protegerlos, si en vez de mostrar el carácter suficiente para enfrentarnos a nuestros adversarios, huimos igual que cobardes, dejando su destino en manos enemigas. No lo permita Allah: pagad las consecuencias de vuestros actos con la muerte». Sordo a sus ruegos, suplicas y recuerdos de sus hazañas anteriores, ordenó alancearlos; en cuanto fueron rematados el califa abandonó el acto, dejando a su espalda un escenario de terror que espantó a la ciudadanía durante mucho tiempo.

No era un buen momento para venderle un libro al califa, Galindo lo sabía, Abd al Rhaman estaba sumido en una profunda depresión. Aislado en sus aposentos en la parte más elevada de la ciudad palatina, maldecía a todo el gremio de oráculos y adivinos que no supieron interpretar las señales del Todopoderoso. Cuando la oscuridad cubrió el sol durante siete días, ellos le dijeron que la victoria sería rotunda, asegurándole que aquel fenómeno era un mensaje del profeta: le auguraron una aceifa exitosa en la que se cubriría de gloria, arengándolo a emprender una ofensiva descomunal contra el enemigo, pues su triunfo sería inapelable; una campaña denominada del poder supremo, de la que regresaría cubierto de gloria y con cofres cargados de tesoros. En realidad lo que el Todopoderoso quiso transmitirles, era que detuviesen de inmediato su avance: aquel escenario tenebroso no auguraba nada bueno. Ninguno de aquellos charlatanes de feria, supo leer los designios de Allah y, Abd al Rhaman ordenó cortarles a todos la cabeza. Si al menos, uno de aquellos farsantes le hubiese advertido del peligro, interpretando correctamente las señales de la providencia, nada de aquel desastre hubiera

acontecido. La derrota de Simancas coincidió con un eclipse solar y fue seguida de una oscuridad que duró una semana, provocando graves alteraciones en las operaciones de teñido de tejidos; todo ello envolvió a la derrota en un contexto apocalíptico

Desde entonces, el califa no volvió a tomar parte en ninguna expedición militar, tal vez temía volver a ser traicionado por parte de su ejército, poniendo de nuevo su vida en peligro. Después de haber dirigido trece campañas militares en veinte años, Abd al Rahman decidió colgar las armas y concentrar sus esfuerzos en la construcción de Medina Azahara.

Galindo se alisó la túnica, habían viajado durante toda la noche y se encontraba agotado. A su lado Alfonso Garrido clavó su hacha en el tronco de un almendro y se metió dentro de la carreta. Llevaba unas horas conduciendo la caballería, mientras sus compañeros dormían plácidamente, ahora le tocaba a él descansar. Había sido capitán de la guardia en el castillo de Simancas durante varios años. A pesar de su envergadura era muy hábil en el manejo de la espada, aunque con lo que realmente se mostraba letal frente a sus enemigos era con el hacha. Corrió las cortinas desparramándose sobre un jergón de heno que ocultaba los códices. Antes se había despedido de Daniel Gutiérrez con un gracioso mohín. Daniel también conocido como el Mangallón por sus más de dos metros de estatura. Se preparó para hacer su primera guardia. Decían de él que, desde cierta distancia podía confundírsele fácilmente con una atalaya. Tenía los brazos tan largos que no necesitaba subirse a los árboles para coger la fruta. A pesar de mostrarse en ocasiones displaciente y con un cierto aire de ingenuidad, no tenía ni un pelo de tonto, y siempre estaba al lado de sus amigos cuando lo necesitaban. Había participado en la batalla de Simancas y sido testigo directo, de cómo las tropas moras fueron emboscadas en un barranco, donde el propio califa había salvado milagrosamente la vida, pero los cristianos se apoderaron de su cota de malla y su ejemplar del Corán. Daniel sostuvo con sus propias manos, alguno de los ejemplares de aquella sagrada reliquia, encargándose posteriormente junto con Alfonso de la custodia de los bienes, sustraídos al enemigo, durante su traslado a la corte del rey leonés.

Anteriormente Alfonso combatió duramente a los sarracenos en un foso defensivo que había mandado escavar el rey Ramiro II junto a la ciudad de

Simancas, cuentan sus compañeros de armas que arrancó de cuajo con el hacha al menos tres docenas de cabezas enemigas. Su mirada estaba inyectada en sangre, durante la batalla parecía poseído por el diablo, mientras sesgaba cabezas sarracenas que quedaron esparcidas a su alrededor a todo lo largo de la zanja. Ahora ambos guerreros que tan duramente combatieron contra las tropas califales, se encontraban disfrazados de comerciantes a las puertas de la capital de su mayor enemigo, Galindo podía sentirse seguro viajando al lado de tan bravos soldados.

Daniel vestido con una calzas y un blusón, esperó a media mañana; después de hacer guardia mientras sus compañeros descansaban, para cocinar a fuego lento un conejo que había abatido con un tiro certero de ballesta a su paso por Sierra Morena. Compró una tarta de arándanos en una tahona para darle una sorpresa al Gordo Alfonso, el día de su cumpleaños. La llevaba envuelta en un hatillo, escondida en el techo del carruaje, donde el inocente del vallisoletano, jamás se le ocurriría buscarla. Al fin el día de la celebración había llegado y ambos amigos se pusieron de acuerdo para llevar a cabo su chanza, cubrieron con guirnaldas el delicioso dulce, donde clavaron dos velas con un tres y un seis. Al principio Daniel se equivocó adrede y las puso al revés, con sesenta y tres años, dudó que su amigo fuera capaz de levantar la espada con la saña que lo hacía habitualmente, y les sirviese de utilidad alguna en aquella expedición. Galindo puso la vela con el número tres de primera: treinta y seis primaveras, cumplía exactamente el energúmeno que estaba roncando en el interior del carromato, donde trasportaban los códigos prohibidos. Escondieron la tarta tras unas matas, no resultó necesario despertar a Alfonso: el olor del guiso era tan intenso que terminó de sacar del sueño al Gordo. El capitán se puso en pie, mientras bostezaba sin temor a ofender a ninguna dama, puesto que allí solo se encontraban ellos y los caballos en varios kilómetros a la redonda.

Ahogó el bostezo, olisqueando aquella exquisitez de guiso que Daniel alineó con algunas especies como perejil, tomillo, laurel, albahaca y orégano; para darle el toque final, introdujo un par de gruesas aceitunas negras por la boca y el trasero del animal.

—¿Tienes hambre Alfonso? —preguntó Galindo.

—Sí por supuesto, ya me conoces —contestó el capitán.

Con la punta de la espada, trató Daniel de trinchar el conejo.

—Aparta —ordenó el Gordo.

Cogiendo el hacha, Alfonso troceó el animal en tres mitades. Galindo se había detenido en una tahona, antes del anochecer para comprar una hogaza de pan. La panadera se la vendió de buena gana. Tenía unas buenas ubres. Un par de pensamientos impuros se cruzaron por su mente. Después del encuentro con aquella mujer, el monje pidió disculpas al Todopoderoso por albergar en su interior deseos lascivos. Bien se sabe, que el monje no hace al hábito y menos aún el hábito al monje. O acaso, no fueron esos pensamientos impuros, los que lo llevaron a abandonar la tranquilidad del monasterio para navegar por los arrabales del pecado.

Después de comerse el conejo, los tres amigos untaban el pan en la sabrosa salsa con avidez. Fue entonces, cuando Daniel ató un pañuelo negro, vendándole los ojos a Alfonso. «Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos Gordo, cumpleaños feliz». Canturrearon Galindo y Daniel en tono de mofa, al poco rato le quitaron la venda de los ojos al capitán. Alfonso sorprendido al ver delante, pastel de semejante tamaño, se quedó atónito por unos instantes; los ojos le brillaban de emoción, desde luego nadie había hecho algo así por él, en toda su vida.

—¿Y esto cómo se come? —preguntó el capitán.

Daniel cogió la tarta y se la estampó en plena cara, muertos de risa, sus dos amigos, observaban como Daniel quitaba la nata del rostro de Alfonso, con los dedos todavía grasientos de untar el pan en los restos de salsa, y se los llevaba con delicia a la boca. Era la tarta más rica que había probado en mucho tiempo. Con la espada Daniel cortó en varios trozos la piltrafa a que quedó reducida la tarta, y los tres amigos comieron con rapidez el apetitoso dulce. «Es un capitán excelente, es un capitán excelente y siempre lo será». Canturreaban, esta vez después de beberse unos cuencos de licor de mora, que les había regalado un mozárabe a su paso por Mérida.

—¡Dónde están mis mejores amigos! —gritó Alfonso con fuerza, mientras vaciaba el cuenco con el licor en el interior de su garganta.

—Aquí estamos Gordo —respondió Daniel—. Te queremos. Eres nuestro capitán. Si es necesario, los dos iremos juntos hasta el infierno por defenderte.

—Monje —dijo Alfonso dirigiéndose a Galindo—. Espero que esos libros valgan lo que nos has pagado por escoltarte hasta aquí, pues después de haber combatido en un ciento de batallas contra los moros, es la primera vez que me embarco por tu culpa en una empresa destinada a negociar con ellos, sin tener que seccionarles la cabeza antes.

—Venimos en son de paz amigo Alfonso. Acaso no es mucho mejor intercambiar conocimientos entre dos pueblos tan distintos, que matarse a estocadas entre nosotros, solamente por procesar una religión o cultura diferentes —razonó Galindo.

—Qué razón tienes monje amigo, luchamos contra ellos defendiendo unos ideales que no son muy distintos de los suyos. ¡Brindemos por un acuerdo de paz entre Abd al Rhaman y el rey Ramiro que dure generaciones!

Los tres amigos alzaron las copas, apostando claramente por un mundo más tolerante; un intercambio constante entre diferentes culturas, que solo podría traerles una mayor prosperidad a todos.

Córdoba, 16 de octubre del año 939

Las aguas discurren veloces entre las islas, después de formar un lago calmoso desde un molino hasta los ojos del puente, que los tres amigos atraviesan en un suspiro, deteniéndose frente al arco de la puerta principal de la muralla custodiada por varios centinelas. Tras presentar las respectivas acreditaciones, estos les abren paso. Al dejar atrás las grandes puertas herradas, los comerciantes ocultan sus rostros bajo los turbantes para protegerse del inclemente sol de la mañana.

La ciudad es un laberinto de callejones, columnas y palacios cerrados, también de distintos rostros hablando diferentes idiomas. Surcaron la calle principal que divide en dos la medina, dejando a un lado el alcázar del emir y a otro el muro largo y terroso de la mezquita de Córdoba, antes de internarse en un laberíntico mundo de callejones angostos, perfumes densos y aguas fecales donde transitan, músicos errantes, mendigos descalzos, narradores de cuentos, adivinadores del futuro, frailes huraños, rabinos que mueven la cabeza rítmicamente tratando de recitar la Torah, y sahumadores que por unas monedas humedecen las manos en perfume; salpicando los cabellos de los viajeros, en un intento de camuflar los turbios olores de sus secreciones, antes de acudir a una cita importante con una dama. Una ciudad invadida por una mezcla de culturas distintas, donde cualquier creencia era permitida con tal de pagar los atributos correspondientes al califa.

Se detuvieron junto a un abrevadero para calmar la sed de la caballería, antes de cruzarse con unos arrieros, cuyas recuas de asnos abandonaban el avituallamiento cargados de melones, limones, naranjas, membrillos y toda clase de hortalizas. El capitán Alfonso fue el primero en bajar del carro, luego descendieron Galindo y Daniel. No deberían perder de vista sus pertenencias, los hurtos en una ciudad tan poblada, se ejecutaban a una velocidad de vértigo.

Durante su estancia en Córdoba, un alfaquí por orden del califa —al no

pertenecer a ningún sequito real—, les proporcionó una vivienda en los alrededores del alcázar, en vez de en el interior del mismo. La casa tenía un patio cargado de macetas con geranios, camelias y hortensias, también poseía unos establos, donde guardaron la caballería y el carruaje. Los libros los guardaban bajo llave en una habitación sin ventanas, en la zona más protegida de la vivienda. Nunca salían de la casa los tres a la vez. Al menos uno de ellos se quedaba siempre vigilante; aun a pesar de que, diferentes guardias patrullaban la zona y era bastante improbables los robos a domicilio, no valía la pena correr riesgos. Para evitar robos de las mercaderías, la solución era acelerar la distribución del producto.

Uno de los ejemplares lo adquirió un tal Hasday ibn Shaprut. En una ocasión alguien le habló de él al califa, se trataba de un médico de la judería de Córdoba, que hablaba todos los idiomas conocidos y además de poseer una amplia formación médica, dominaba varias disciplinas complementarias como la botánica: usaba flores y plantas para crear ungüentos y jarabes; además de acudir a recetas antiguas, ligadas a la tierra, sabía los tipos de alimentos más convenientes de ingerir, según las distintas estaciones del año. Tenía en cuenta otros factores importantes, como las distintas horas del día y la voluntad de sanar del enfermo. Sobre todo las cualidades de él, que enamoraron al califa fueron, su dulzura y carácter agradable; poseía una amabilidad natural, sabía ganarse fácilmente la confianza de la gente que se relacionaba con él.

Abd al Rahman, lo nombró médico de cabecera e inspector de las aduanas del reino; era tanta su sabiduría y cultura que el califa comenzó a emplearlo de embajador en misiones diplomáticas, su padre hubiera querido que Hasday se consagrara a la teología, pero este prefirió la medicina. Desde su adolescencia se obsesionó con inventar una fórmula que curara todas las enfermedades. La composición contenía sesenta y una sustancias, entre las cuales se encontraban las siguientes: carne de culebra hervida, canela, anís, genciana, polvos de valeriana, contrahierba, opio, quina de Loja, miel de saúco, vino de Cariñena, corteza de naranja, miel, fruto de enebro, mirra y azafrán. Los tratadistas de la farmacopea aseveraban que aquella fórmula tenía un efecto antiespasmódico, tónico y calmante, y que también curaba las mordeduras de animales venenosos. A pesar de ser un médico excepcional, lo que le apasionaba realmente eran los idiomas: había aprendido árabe,

romance y latín, hablaba fluidamente el griego y leía sin contratiempo los pasajes más difíciles del Talmud. El latín se lo enseñaron los sacerdotes mozárabes, aprendió medicina de los físicos judíos y musulmanes. Cuando sus padres le sugirieron que buscara una esposa, les contestó que estaba demasiado ocupado con sus estudios para desear a ninguna mujer.

En poco tiempo Hasday logró ocupar un lugar importante en la corte, encontró en el príncipe al-Hakam un fantástico y excepcional amigo, al que le unía una acérrima curiosidad por el conocimiento y las artes. El judío le enseñó a dominar la lengua hebrea, las nociones básicas de una antigua ciencia cabalística, que comprendía la astrología, la adivinación y la magia. Pasaban horas debatiendo sobre filosofía, al-Hakam había aprendido mucho de los maestros llegados de Bagdad. Hasday le escuchaba maravillado, con el tiempo ambos terminarían siendo como hermanos.

Lo cierto era que Galindo admiraba a Hasday desde el primer momento que lo conoció, su templanza y saber estar, resultaban admirables. Parecía mostrar una inteligencia superior, una paciencia excepcional, era un virtuoso de las relaciones diplomáticas, prudente, clemente, cauto y magnánimo en sus decisiones; se entregaba a la medicina en cuerpo y alma, la sanación ajena siempre fue su prioridad, anteponiendo las necesidades de los demás, por encima de las suyas. No era de extrañar que en poco tiempo lograra convertirse en consejero, representante del estado y médico privado de Abd al Rhaman III.

Lo recibió en las dependencias de palacio en un lustroso salón, rodeado de un mobiliario demasiado austero para tratarse del lugar de trabajo de tan eminente médico. El circunspecto y desatado erudito, alisó su puntiaguda barba y lo mandó sentar en el diván, mientras sonreía abiertamente le dijo:

—Siempre es grato para mí recibir tu visita, mi admirado Galindo, ¡mi escritor favorito! Seguro que a su excelencia Abd al Rahman, le reconfortará verte de nuevo.

—¡Igualmente amigo Hasday! ¿Cómo se encuentra nuestro amado califa?  
—se interesó Galindo.

—Por desgracia, las continuas obligaciones del estado han mermado su

carácter, necesita descanso.

»El invierno anterior a la batalla de Simancas, dominado por la euforia de anteriores victorias, se propuso abrir una brecha en la frontera del Duero para atacar las resistencias cristianas. Encerrado durante largas veladas hasta altas horas de la madrugada con sus Chambelanes, generales y jefes militares, preparaba la estrategia que le llevaría al desastre. Llevaba dos años tramando el ataque, logró reunir un ejército de doscientos mil hombres. Como ya sabes, aunque al principio sus fuerzas abrieron una brecha en las líneas cristianas, estas lograron rehacerse y rechazaron la embestida musulmana, hasta que consiguieron la vergonzosa estampida de las tropas de nuestro señor.

»Tras su regreso a Córdoba, durante días Abd al Rahman no dejaba de culparse por la derrota. Creía que se trataba de un designio de Dios: habían osado desafiar su poder y Allah trataba de castigar su avaricia y soberbia por ello. Dios busca la humildad de nuestra alma, dijo, acudimos a la batalla, divididos y llenos de arrogancia. Por eso Él no nos concedió la victoria. Convocamos a nuestros súbitos a la guerra santa, buscando la derrota de nuestro adversario, en vez de su conversión. Yo como califa soy el principal culpable de ello. Dios me muestra que no soy merecedor del poder que me otorga, trayéndome la humillación de la derrota.

»Amigo Galindo, nuestro señor a pesar de sus arrebatos de furia, es un ser sensible ante los designios del Todopoderoso. Afligida su alma después de los duros reveses militares, nuestro soberano se encuentra compungido. Creyéndose culpable de la derrota de Simancas, decidió ayunar durante tres días. Al cabo de los cuales, lo encontré postrado en su lecho, atribulado y preso de una profunda depresión. Mandé entonces llamar al príncipe heredero al-Hakam que me ayudó a incorporarlo, al encontrarlo tan débil, llegamos a temer por su vida. A pesar de su negativa le obligamos a comer, acercándole leche fresca a los labios: al-Hakam vertió toda la copa, mientras yo le introducía dátiles en la garganta. Luego llamamos a los sirvientes, ordenándoles trajeran carne de cordero estofada y pasteles de queso. El príncipe y yo ya no abandonamos el lecho, velando por su rápida recuperación.

—¿Pero ahora ya se encuentra mejor? —preguntó de nuevo Galindo.

—Afortunadamente sí, le aconsejé dejar las guerras en manos de los oficiales. Ellos le informarían puntualmente de cada batalla y de todos los detalles de las refriegas militares.

—Sabio consejo amigo Hasday, salúdalo de mi parte. ¡Esperaré impaciente su llamada!

Después de escribir una afectuosa dedicatoria con el cálamo en la primera hoja del códice, dejada en blanco adrede por Galindo precisamente para eso; recibió la generosa suma de doscientos dinares de oro por parte del médico.

—A propósito amigo: la última noche que pasé en Córdoba, lo hice en la agradable compañía de una esclava fatimí llamada Shifa. ¿Por casualidad no sabrás nada de ella? —interrogó Galindo clavando su mirada profundamente en las pupilas del erudito.

—Nada sé de las esclavas del califa, sus asuntos de alcoba no me incumben. Te aconsejo, no la menciones siquiera delante de Abd al Rahman, es muy receloso de sus propiedades, eso incluye especialmente a las concubinas de sus harenes.

—No te preocupes, no lo haré —concluyó Galindo, antes de aceptar la invitación de Hasday para pasar lo que restaba del día juntos.

Cabalgaron, extramuros, peinando con sus monturas, los lindes más cercanos a la ciudad. Dispuestos a cazar cualquier ave que encontraran en su camino.

En medio de la árida sierra, dejaron danzar los caballos, persiguiendo un bando de bravas perdices, que volaban bajo por la ladera. El sol apretaba con fuerza, y los ánimos se encontraban álgidos. Las aves aprovecharon la aparición de los matorrales para perderse entre las zonas umbrías. Hasday llevaba un halcón neblí pegado al puño que, a una señal suya, levantó el vuelo raso para lanzarse sobre su presa como una saeta. Produciendo desgarros con sus garras, en las carnes y plumas de una gigantesca perdiz del tamaño de un pavo. El judío feliz espoleó su caballo para alcanzar su trofeo, antes de que el ave rapaz lo destrozara y devorase su carne.

La jornada les depararía todavía más capturas. Galindo estaba asombrado de la agilidad de su montura: un bravo alazán de origen árabe, rápido como el viento, de trote rítmico y suave a la vez, digno de príncipes y reyes. Hasday cabalgaba sobre un enorme corcel, oteando el horizonte en busca de nuevas presas.

Regresaban de aquella feliz jornada de caza llenos de entusiasmo y rebosante alegría. Motivo por el cual, aprovechó el erudito judío para aconsejar a Galindo sobre los asuntos de alcoba.

—Yo de ti no me dejaría llevar por la lujuria y la vanidad de los placeres carnales. Uno debe encontrar su camino, siguiendo siempre la senda que nos marca la sabiduría y el espíritu libre; es un camino angosto y solitario, muy ingrato en ocasiones, pero que debes recorrer con paciencia, pues al final hallarás muchas más satisfacciones, que en lo meramente terrenal.

—Es cierto, pero ya he dedicado toda mi existencia a los rezos y la oración. Necesito encontrar a esa muchacha, pues ella ejerce sobre mí, una fuerza superior a cualquier impulso que haya podido haber sentido antes.

Hasday no contestó, se percató de que cualquier intento de convencer a su amigo, sería tiempo perdido. Lamentó siendo tan joven y culto, se estuviese metiendo en un embrollo del que era posible no saliese con vida: si continuaba con el empeño de meterse entre las faldas de aquella esclava fatimí, pronto sería prendido y encerrado en las mazmorras del alcázar.

Cabalgaron sobre un abrupto collado, y luego por unos prados que los conducían al lado de un riachuelo. El ocaso, ofrecía una imagen hermosa de los campos repletos de trigo segado: una variedad de tonos ocres, fustigados por el inclemente sol, componían aquella bella estampa otoñal. Antes de entrar en la enmarañada fronda que rodeaba las murallas de la ciudad, los huertos se mostraban verdes, repletos de árboles frutales y hortalizas. Amarrado a su guante, Galindo llevaba un bello azor. Esa hermosa ave, igual que el halcón, también pertenecía a Hasday. Pero el judío no dudaba en dejársela a sus amigos de buen grado, siempre que compartieran con él, la misma pasión por el arte de la cetrería.

Entre unos arbustos vieron moverse la enorme cabeza de un animal.

Hasday giró la montura hacia él: un jabalí se interpuso en su camino, asustado, huyó atravesando un campo de tomates, destrozaba todo lo que encontraba a su paso. Ambos jinetes lo persiguieron al galope, tratando de esquivar los cultivos para no causar mayores daños a los agricultores, hasta arrinconarlo contra una tapia. Galindo se bajó del caballo, portando la lanza, el animal con los colmillos afilados se revolvía furioso.

—¡Cuidado! ¡Es demasiado peligroso para un principiante! —advirtió Hasday.

Lleno de arrogancia, Galindo estaba dispuesto a no amilanarse ante semejante bestia; quería demostrar su valía ante su amigo: si lograba hacerse con la pieza sin ayuda de nadie, su hazaña llegaría a oídos del califa y ganaría puntos ante el soberano a la hora de recuperar a Shifa. El jabalí lo envistió varias veces, con hábiles maniobras, Galindo logró esquivarlo; sin embargo no conseguía embocarle la punta de la lanza. Cuando Hasday viendo la delicada situación: armó con una flecha el arco dispuesto a derribar al animal. Galindo se volvió iracundo hacia él:

—¡Ni se te ocurra! ¡Déjame a mí! Se trata de una cuestión personal, entre yo y la fiera. Aparta de ahí ese arco: no quiero que llegue a los oídos de Abd al Rahman, que me amilano ante las adversidades.

Cedió Hasday ante la insistencia del cristiano, dispuesto a contemplar el final del lance, sin interferir en el sangriento combate, entre hombre y bestia, que se desarrollaba delante de él. El jabalí embistió de nuevo, esta vez Galindo no lo esquivó a tiempo, y cayó sobre el arenoso suelo. Ahora estaba herido y a merced de su enemigo: le había alcanzado con los colmillos las pantorrillas, abriéndole una brecha en la pierna, de la que manaba sangre abundantemente. Atraído por su olor, el animal lo atacó de nuevo. Pero Galindo, en un hábil movimiento, lo amenazó colocándole la punta de la lanza frente al hocico. Esto detuvo a la bestia lo suficiente para que le diese tiempo a incorporarse y trepar por los muros de la tapia, que escaló rápidamente abandonando la lanza frente a su enemigo. Una vez en lo alto de la barda, sacó el puñal de su cinturón, la herida le dolía a horrores. Hasday estaba armando de nuevo el arco, desobedeciendo las órdenes de Galindo, dispuesto a terminar con aquella dantesca escena. No le dio tiempo a disparar, cuando contempló a su amigo, puñal en mano, cayendo desde lo alto del

muro con todo su peso sobre el lomo de la bestia. Con una mano se sujetó a uno de los colmillos del animal, mientras con la otra lo apuñala sin cesar, hundiendo el acero una y otra vez sobre su espalda, hasta terminar con su vida. Un charco de sangre se extendió alrededor de la presa, aquello era una masacre.

Entre los olivos, apareció entonces un hortelano, corriendo como un poseso hacia ellos. Hasday estaba cosiendo la herida de Galindo que ya había parado de sangrar, por suerte era bastante superficial y no había alcanzado el hueso, ni ninguna vena principal. No repararon en el campesino, hasta que entre sollozos se puso a gritar delante de ellos:

—¡Malditos! ¡Pero qué habéis hecho! ¿Cómo se os ocurre hacerme esto?

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Hasday asustado.

—¡Mi pobre cerda!, ¡la habéis matado! ¿De qué voy a vivir ahora?

Al parecer, su tamaño los había confundido. La marrana era una mezcla de jabalí y cerdo ibérico. Acostumbrada a vagar por los huertos, su dueño la dejaba libre para que se alimentase de los pastos de los caminos y así su carne estuviese más rica. A la hora de venderla, se pagaba mucho mejor un jamón de un animal salvaje que en cautiverio. Además la marrana estaba a punto de parir cochinos, que una vez cebados servirían de alimento a su familia. El hortelano la encontró entre los brezos en una noche de luna llena y decidió adoptarla como si fuera una persona. Siendo cachorra, la había amantado con leche de cabra, y le tenía mucho aprecio.

—¡Calma, hombre! Ese maldito bicho, casi se lleva por delante a mi amigo —dijo Hasday—. Nosotros no tenemos la culpa de que tengas animales salvajes en tu finca.

El hombre insistía en sus quejas y sollozos. Acariciando torpemente la cabeza del animal apuñalado.

—¿De qué voy a vivir ahora? —dijo desesperado el hombre—. ¡Pobre Petra, era el sustento de la familia!

Al final aceptó a regañadientes, la suma de treinta dinares que Galindo le dio en compensación por los daños causados. Los dos amigos regresaron consternados a la ciudad, debido a los sucesos acontecidos en aquella jornada. A pesar del susto, les hizo gracia que el campesino le tuviese nombre a la marrana.

Estaba oscureciendo y se hacía tarde, Galindo se despidió de aquel enigmático médico: el único de todo el Ándalus en el que confiaba Abd al Rhaman, con un fuerte y sonoro apretón de manos. Lamentaba profundamente que una parte de los dineros, obtenidos por la venta de su ejemplar a Hasday, fuera para compensar a aquel usurero; pues bien sabía que al menos en el mercado, un cerdo bien cridado, no valía más allá de quince dinares. Y él le había pagado el doble de su valor. Aun a sabiendas de que estaba siendo timado, Hasday le aconsejó compensarlo adecuadamente, para acallar habladurías y evitarse problemas con el resto de los campesinos que poblaban el alfoz de la ciudad.

### 3

**Córdoba, 30 de noviembre del año 939**

El resto de los libros intentaron venderlos en el zoco a distintos librereros y bibliófilos tan obsesivos como Galindo, pero con mucho más dinero. Casi todos los que le habían comprado varios ejemplares en las expediciones anteriores: contentos con la calidad de su narrativa y la inventiva y picaresca del monje, volvieron a pagar sendas bolsas de monedas por los nuevos libros. Las transacciones resultaron un éxito, en poco tiempo sólo quedaron sin vender los tres ejemplares reservados para el califa. Como hizo en el viaje anterior, Galindo utilizó parte de las ganancias, en agenciarse un buen volumen de obras de la literatura arabesca, traducidas al romance, que luego vendería a buen precio a los príncipes del norte.

En una calleja situada en los arrabales de la ciudad, vivían varios grupos de mujeres consagradas a copiar manuscritos. Las más veloces calígrafas, podían terminar en dos semanas una copia del Corán. Galindo en cuanto llegaron a la ciudad, les había encargado tres docenas de copias de su obra, en el mes y medio que les llevó vender todos los códices, las copias estuvieron listas. Las cargaron en el carro junto con la literatura árabe. Al fin Galindo y sus hombres habían completado el cargamento de códices para su regreso al norte.

Faltaban todavía unas semanas para que el califa lo recibiese. Una vez completa la carga de libros, su trabajo en la ciudad había terminado. A la espera de que el visir le confirmase su cita con Abd al Rahman, trataría de localizar a Shifa. Ojalá que la esclava todavía se encontrará en la ciudad. Por mucho que indagó entre un laberinto de callejones lóbregos y sucios, y varios harenes y burdeles, no consiguió saber nada de ella: últimamente cientos de esclavas eran ofrecidas al califa para satisfacer sus necesidades de alcoba, entre tantas sería difícil localizarla.

Cansado de buscar a su amada, entró en una umbría taberna. Se sentó al lado de un hombre vestido con una elegante aljuba, de fuerte complexión y

robustos brazos, que Galindo había visto en el palacio en alguna de sus anteriores visitas. Se trataba de Abu Imran Yahya, el verdugo del califa, un fortachón que a pesar de su siniestra actividad, mostraba un carácter afable y jocundo. Nada más verlo, Abu Imran lo reconoció al momento.

—¡Hombre, amigo librero!, ¡cuánto tiempo sin verte!

—Así es, Abu. ¿Cómo va la vida? —preguntó Galindo sin inmutarse.

—Sigo en palacio, a las órdenes de mi señor. ¡Me alegro mucho de verte!

Estaba sediento, por lo que Galindo bebió varias tazas de vino, mientras conversaba con aquel fortachón, calvo, cuyos bíceps brillaban bajo la luz de las antorchas. Abu era un hombre con muy buen fondo, que le abrió su corazón al mismo tiempo que el vino le desataba la lengua. Galindo no dudó en preguntarle por Shifa.

—Yo de ti no andaría por ahí indagando demasiado sobre esa esclava. Últimamente mi señor está muy irascible, si llega a sus oídos que andas haciendo preguntas sobre una de sus esclavas, tu vida correría un serio peligro —le sugirió Abu.

Según le contó una noche en que Abd al Rahman lo llamó a sus aposentos, Abu lo encontró bebiendo, descontroladamente, al lado de una de sus esclavas favoritas. Una chica de carácter enaltecido y orgulloso que osó ofender al califa, cuando ebrio por el consumo abusivo de la bebida —hacia el que se mostraba más proclive, tras abandonar las campañas militares—, intentó besarla y morderla. Ella apartó con disgusto la cara, dejándolo en evidencia ante su sequito. Presa de un ataque de cólera, Abd al Rahman ordenó a los eunucos sujetarla, acercándole una vela al rostro, dejó caer la cera sobre él, quemándole las cejas y las pestañas, continuó desfigurando con la llama el cutis de la joven, hasta destruir sus encantos. Mientras ella le suplicaba misericordia, el califa le contestaba con exabruptos. Entonces le ordenó a Abu:

—Llévate a esta ramera de mi vista y córtale el cuello

Abu titubeó por unos instantes, agachando la cabeza en señal de respeto

preguntó:

—¿Estás seguro, mi señor?

—Córtaselo, o te corte Dios la mano y si no pon el tuyo —dijo el califa.

A continuación los eunucos, tirándole de las trenzas, le colocaron la cabeza sobre un tronco. Mostrando su lindo cuello a Abu Imran, que de un tajo sesgó la cabeza de la muchacha, yendo a parar en un cesto de mimbre cargado de flores. La sangre se derramaba violentamente sobre las petunias. Esto pareció calmar, momentáneamente, la ira del soberano. En cuanto se llevaban el cuerpo de la joven, Abu limpió la hoja sobre un tapete, recogió la espada y salió de la sala con el tapete enrollado. Lo abrió en la habitación continua, ante sus ojos aparecieron perlas de penetrante brillo y gran tamaño, mezcladas con jacintos y topacios brillando como ascuas. Asustado Abu Imran, recogió las joyas con la mano y se las llevó a Abd al Rahman, que al verlas las rechazó diciendo:

—No pienses que no lo sabía, pero quise poner a prueba tu avaricia; son todo tuyas mi fiel amigo, tómalas y que Dios te bendiga.

Abu abandonó rápidamente la sala, atónito, agradeciendo al califa tan generosa ofrenda. El tapete había sido dispuesto para impedir que la sangre de la esclava manchase el suelo, era de cuero. Sobre él había quedado tendido el collar de perlas, desprendido del cuello cortado, en el momento que la espada de Abu Imran sesgaba la cabeza. La crueldad mostrada por Abd al Rhaman con sus súbitos, dominado por la lujuria, sin contemplar ningún tipo de clemencia, estremeció a Galindo, haciéndole temer por su propia vida y la de Shifa.

—Desde luego tu señor puede ser muy brillante y complaciente a veces, sin embargo por lo que me cuentas, se muestra déspota y cruel en otras, la codicia y la soberbia, sin duda han hecho presa en él. ¡Dios tenga piedad de su alma!— apuntó Galindo.

—¡No te atrevas a juzgar a nuestro soberano infiel!, con el dinero obtenido con la venta de las joyas del collar de esa joven compré una casa, y mi familia tiene un lugar confortable y seguro donde cobijarse —dijo Abu.

—Mil disculpas, no era mi intención juzgar a nadie, de eso ya se encargará el Todopoderoso —se excusó Galindo antes de continuar—. Lo que está claro es que la inactividad a tu señor no le sienta bien. Sin duda si hubiese seguido dirigiendo las campañas militares, en vez de entregarse al vicio y la lujuria, nadie podría detenerlo y terminaría siendo invencible, y dominando el mundo.

Galindo lo tenía claro, hasta el desastre de Simancas, Abd al Rahman se mostró imparable en sus conquistas, consiguiendo grandes victorias, por lo que era conocido con el nombre de al-Nasir, que en árabe significa el invencible.

—¿Piensas seguir buscando a esa esclava?, cuando hay cientos de hermosuras en esta ciudad, dispuestas a seguirte a cualquier parte por un puñado de monedas —preguntó Abu.

—Sé que es cierto y podría tener a cualquiera, pero el corazón no obedece a la razón y el mío se encuentra poseído por esa dama; y no pienso abandonar Córdoba sin averiguar su paradero —contestó Galindo.

—¡Veo qué eres testarudo! De todas maneras, si en algo aprecias tu cabeza, deja de hacer por ahí preguntas como un insensato. Yo me encargaré de buscarla y, te aseguro que si esa esclava se encuentra en Córdoba, daré con su paradero.

Galindo le agradeció su colaboración con un fuerte apretón de manos y se despidió de aquel Hércules, que el destino había puesto en su camino, para lograr averiguar el paradero de su amada.

La incertidumbre embargaba a Galindo, y si no conseguía hallar a Shifa, al fin y al cabo sólo habían pasado una noche juntos; quizás debería hacer como le aconsejaban sus amigos: olvidarse de ella y consolarse entre los brazos de alguna prostituta. A diferencia de ellos Galindo era un hombre de profundas convicciones, prefería mantenerse en el celibato que dejarse arrastrar por banales placeres, que no le aportarían ningún tipo de sosiego al alma. Al verlo tan apenado, Daniel insistió en que debería acompañarlo a un lugar, donde al menos sus penas se mitigarían por un día.

—¡Vamos amigo anímate! Acompáñame al zoco. Es primavera y Córdoba exulta alegría, conozco una taberna donde sirven un vino dulce traído de Jaén, te pondrá el cuerpo como nuevo —sugirió Daniel.

—¡Oh, no, no...! Sabes que no tolero el alcohol, eso solo conseguirá confundirme más. Ayer estuve bebiendo con Abu alguna taza, una cosa es tomar algo tranquilamente con un amigo y otra distinta cogerse una buena borrachera, ya no tenemos edad para esos excesos.

—Quizás hayas pasado demasiado tiempo encerrado entre los muros de un monasterio, necesitas liberar el espíritu. ¡Estás en la flor de la vida! ¡No te hará ningún daño un poco de juerga!

—¿Y los libros? —preguntó Galindo

—Alfonso, se quedará en la casa vigilándolos.

—¡No deberíamos dejarlo solo!

—Él ya se ha pasado toda la noche de fiesta con una amiga, le vendrá bien un poco de reposo.

Enzarzados en aquella discusión, salieron a la calle en la hora más luminosa del día; embriagados por la brisa caliente y la emanación de los penetrantes olores de la ciudad. Galindo estaba deseando terminar con sus negocios, para abandonar la urbe y salir a campo abierto. La calle estaba muy concurrida, transitaban los judíos con sus impecables túnicas y sus enseres de barbería para acicalar a alguna dama o, portando documentos para tratar de cerrar alguna transacción comercial. Se cruzaron con grupos de soldados muladíes, vestían con turbantes enrollados bajo los cascos cónicos, cotas de malla sin mangas a modo de chaleco y túnicas de color verde con bordes dorados; distinguiéndose de los mozárabes por su porte marcial y sus vestiduras militares. Algunos bereberes, de tupidas barbas, andaban con las ovejas camino del mercado. Las conversaciones de los transeúntes, se mezclaban con el quejumbroso balar del rebaño. Hombres llegados de Bizancio, Persia, Arabia; arribados de todos los confines de la Tierra, conformaban una miscelánea de culturas y sociedades distintas, que a Galindo lo hacían sentir un extraño, como si no perteneciesen a ningún lugar,

dentro de aquella extraña Torre de Babel en que se había convertido la ciudad.

Entraron en una taberna, desde donde se escuchaba una deliciosa música de arpa. Una joven artista, llegada hacía poco de Arabia, la tocaba con habilidad. Se llamaba Sayida, Daniel la conocía, les sonrió al entrar mientras actuaba. El tabernero era mozárabe, tenía el pelo fosco y los ojos pequeños, sin más preámbulos les ofreció la mejor mesa. Les trajo una jarra de vino ámbar, dulce y espeso, que les endulzó el paladar. Una bailarina, llegada desde las lejanas islas del Egeo, interpretó para ellos la danza del vientre. Galindo seguía con la mirada sus contusiones, tenía un extraño exotismo, con unas formas muy voluptuosas que le recordaba a los patrones femeninos de las pinturas egipcias.

Daniel disfrutaba del ambiente apurando copa tras copa, en cambio el vino a Galindo lo volvió melancólico y comenzó a pensar sin parar en Shifa.

—¿Qué te pasa? ¡Estás entrando en trance! Olvídate de ella por unas horas, esa esclava solo te traerá sufrimientos —le aconsejó Daniel.

El tabernero les trajo un rabo de toro estofado y una hogaza de pan, comenzaron a untar las migas en la salsa, la bebida les había devuelto el apetito. Un esclavo traído de Senegal, comenzó a tocar el tambor africano, acompañado al arpa por Sayida y de dos persas que haciendo sonar las flautas; contribuyeron a encender todavía más el ambiente. La bailarina se retorció ahora con movimientos espasmódicos sobre las rodillas flexionadas, imitando danzas primitivas. Entonces, Daniel se levantó de la mesa y comenzó a imitar aquella atávica danza, agitando los brazos y su enorme tronco. El ambiente estaba animado, la gente empezó a batir palmas y a jalonar a los músicos. Daniel tenía razón: es bueno hacer algo diferente de vez en cuando.

Así pasaron las horas y continuó la juerga hasta la noche. De repente seis mujeres mozárabes, vestidas con túnicas blancas con bordados azules en los bordes, irrumpieron en la taberna entre una gran algarabía, donde se sucedían los brindis, las libaciones, los hurras y los aplausos. Una de ellas se acercó a Daniel y se sentó sobre sus rodillas, tenía la tez blanca, una estrecha cintura y una larga melena que le caía sobre los hombros con mesura. Se llamaba

Raquel y era clienta habitual del local.

—¿Qué tal está mi grandullón? —preguntó Raquel.

—Contento de verte de nuevo como siempre. Aquí tomando algo con mi amigo Galindo —contestó Daniel.

Sayida que había dejado de tocar el arpa, se sentó al lado de Galindo. Llevaban bastante rato charlando sobre poesía y música, cuando se decidió a preguntarle sobre Shifa.

—Las omeyas y las fatimís no nos tratamos, seguramente si no está entre las escogidas del califa, la habrán vendido a algún emir o a cualquier otra autoridad con dinero suficiente para comprarla.

Esa opción entristeció tanto a Galindo, que decidió desviar la conversación hacía otros puntos.

—¿Quién te enseñó a tocar el arpa?

—Mi esposo, es uno de los músicos que toca la flauta. Lo conocí durante un viaje que hizo mi familia a Constantinopla, desde entonces estamos juntos, él me enseñó todo lo que sé sobre el mundo de la música.

Azzam vino a sentarse con su esposa, y esta se lo presentó a Galindo. Aquellos nuevos amigos con el pelo muy negro y la piel oscura, tan diferente a la suya con los que se sintió tan a gusto el resto de la noche, no hicieron más que reafirmar su tesis de que todos los hombres de este mundo, indiferentemente a su cultura, raza o color de piel, deberían tener los mismos derechos y oportunidades ante la ley. A los ojos de Dios no deberían existir ni siervos, ni esclavos; pues ante el Todopoderoso somos todos iguales. Se sintió como en casa en medio de aquella amalgama de personas de tan distintas procedencias. Unos nuevos músicos habían relevado a los anteriores y el ritmo de la música se hizo frenético, los bailarines bailaban como endemoniados; y de repente bajo aquel atronador sonido de los tambores, Galindo viajó por un momento hacia lo más profundo de la jungla africana. Animado por Sayida, trató de bailar por primera vez en su vida, se subió a la mesa e intentó ajustar el ritmo a los pies y los cuerpos de los demás, ante su

torpeza, terminó de retirarse agotado a un rincón, al resguardo de las cortinas. A consecuencia de beber demasiado vino, había caído de la mesa dando, un tremendo traspiés que casi le provoca un esguince. Salió un momento fuera a respirar un poco de aire fresco, la luna ya se encontraba alta en el firmamento, mejor sería largarse para casa, mañana sería otro día.

Estaba a punto de alejarse de la taberna, cuando escuchó una voz femenina a su espalda que lo detuvo en seco.

—¿Cómo? ¿Acaso vas a marcharte sin despedirte?

Era Sayida, su imagen relucía con una belleza celestial: las facciones estaban parcialmente cubiertas por un velo. En el interior su marido Azzam, Daniel y Raquel permanecían inmiscuidos en una acalorada discusión. Sayida lo convenció para que se quedara un poco más, quería hablarle de Constantinopla donde conoció a Azzam, de sus museos, palacios, plazas, fuentes, iglesias y mercados. Galindo se sentó a su lado en un banco de argamasa recubierto de azulejos dispuesto a escucharla, mientras la tenue luz de los candiles, iluminaba tímidamente el zaguán de una vivienda.

## Sayida

Constantinopla, Montilla, 31 noviembre del año 939

La capital bizantina, ciudad de pintores, magos, músicos y poetas, rodeada de agua como una península que, quiere convertirse en isla; permanece guarnecida bajo el amparo de sus murallas que junto con su flota la protegen de posibles hostigamientos enemigos, sobre todo de los ataques provenientes del Islam. En el interior de la ciudad impera la calma, abundan numerosas iglesias y residencias imperiales, pero ninguna tan hermosa como la basílica de Santa Sofía con sus columnas de aljibe coronadas por capiteles bizantinos, sus largas naves y galerías, culminadas por amplias cúpulas típicas de Oriente, tan diferentes a la austeridad y frialdad de la arquitectura occidental.

Entre en ella flanqueando la puerta principal. Entonces lo vi: postrado de rodillas sobre un banco. Las ventanas que rodeaban el tambor de la cúpula, arrojaban rayos de luz que, inundaban su rostro bajo una cascada de claridad. Azzam se encontraba orando. No sé, si al dios de los judíos, los árabes o los cristianos; seguramente al nuestro, pues al ser persa me sorprendería que fuese un converso. Más tarde según me contó: no procesaba fe hacía ninguna divinidad, simplemente se arrodilló en señal de respeto, se hallaba en territorio sagrado y pretendía pasar lo más desapercibido posible; además desde esa posición podía contemplar de manera privilegiada la alineación de los pilares y capiteles, sobre los que se apoyaban grandes arcos. Me sorprendió la belleza de las facciones de su rostro, la magnitud de su larga cabellera, tan hermosa como las crines de un pura sangre. Me acerqué con cautela hacia el otro extremo del banco donde estaba rezando. Yo llevaba el rostro cubierto con un turbante para tratar de no parecer una chica, lo retiré con discreción para poder ver a Azzam con más claridad. Entonces él volvió sus ojos hacia mí, fue tan solo unas milésimas de segundo, pero nuestras miradas se cruzaron de manera fulminante. De repente sentí todo mi cuerpo temblar bajo la túnica, dominada por el deseo como nunca antes lo había

estado: no fui capaz de apartar los ojos de él. Era hermoso: su cuello era corto, una tupida barba muy varonil le cubría parte de los mofletes. A pesar de su corta estatura, sus extremidades robustas, le daban un aire marcial. Azzam se acercó y me invitó sonriente a dar un paseo. Cómo no iba a aceptar: él era hijo de un emir y yo de un cadí; aunque no pensaba volver a Arabia, pues mi padre me mataría por haberme escapado de casa sin permiso. Un día abandoné la alcazaba donde ejercía mi progenitor de juez, escondida bajo el mosto de un carro tirado por mulas. Pase dos días oculta bajo el bagazo. Aprovechando que los comerciantes, ignorantes de mi presencia, dejaron el carro junto a una alquería para ir a comer, abandoné mi escondite. Mis ropas teñidas habían cogido el morado de las uvas. Después de lavarlas en un río, caminé durante semanas, llevaba suficiente dinero encima para sobrevivir una temporada.

Antes de salir de Arabia me había rapado el pelo al cero para parecer un chico, por suerte tengo poco pecho, logré aplastarlo con un vendaje y lo llevaba aprisionado de forma que no se me distinguía de cualquier hombre. Después había bebido varias infusiones heladas, pensé que una buena afonía me permitiría tener la voz bronca. Luego aprendí a vocalizar con la boca casi cerrada, así conseguí un tono de voz más grave al hablar que, me hizo parecer más varonil.

Haciéndome pasar por un chico, llegué hasta Constantinopla, después de haber atravesado montañas, ciudades y desiertos. Un buen día entré en la ciudad. Ya ves que no viajé acompañada de mi familia como te conté antes, las mujeres en mi tierra, de no ser acompañadas de nuestros esposos, nunca viajamos solas. Yo era demasiado joven para tener marido, mi padre había acordado, en cuanto cumplierse los dieciséis años, entregarme en matrimonio a un gobernador local que me triplicaba en edad. El emir en cuestión tenía varias esposas, pasar el resto de mi vida encerrada en un harén, no me atraía en absoluto; desde niña he sido instruida en el arte de la caligrafía y sé leer y escribir en lengua árabe, algún día me gustaría viajar al norte y aprender a hacerlo también en romance. Bueno, creo que me estoy desviando del tema. Salimos de la basílica caminando por las calles, yo llevaba el pelo cubierto por el turbante, las vendas me aprisionaban el pecho. Comenzamos a charlar: Azzam me contó que era músico y tocaba varios instrumentos. «Necesitamos a un joven para los tambores, ¡si te animas!, ¡me gustaría que tocaras con

nosotros!». Acepté encantada, luego sujetándome la mano, comentó que tenía manos de chica, demasiado frágiles para ese instrumento; quizás fuese mejor que aprendiese a tocar el arpa. Yo sonreí asintiendo. Estaba nerviosa, pero él se mostraba tan amable conmigo, tenía un carácter risueño, siempre estaba sonriéndome. En un puesto de frutas compró un par de manzanas, me dio una y la mordí con ansia. ¿Qué haces solo en la ciudad? Preguntó. Mejor solo que mal acompañado, contesté con una sonrisa burlona. Ese día nos hicimos grandes amigos, por la tarde me invitó a su casa, me enseñó a sujetar el arpa, afinarla y apuntillar las distintas notas, en pocos días aprendería a tocarla.

Dormíamos en lechos distintos, nunca nos aseábamos, ni orinábamos juntos e íbamos a los baños a distintas horas. Temía descubriese que era una chica y me dejase tirada como una tonta. Me hice su mejor amigo, todo lo hacíamos juntos, no sabía por cuánto tiempo podría prolongar aquella chanza. Hasta que un día me propuso ir de putas; de la bofetada que le metí, le dejé la cara como una alcachofa. Luego me puse a llorar como una idiota. Después de recuperarse del golpe, se incorporó y me dedicó una abierta sonrisa, por unos instantes me quedé atónita observándolo, entonces dijo: «¡Era broma mujer! Lo sé desde el momento que salimos juntos de la basílica, pero decidí seguirte el juego para ver hasta donde eras capaz de llegar. Desde que me clavaste los ojos supe que eras una chica, y desde entonces no he pensado en otra cosa que en regresar a esa iglesia y casarme contigo.» «¡Idiota! ¡Me has tenido engañada durante todo este tiempo!». Exclamé arrojándome a sus brazos. Aquellos días ensayábamos a todos horas, cuando estuve preparada me presentó al resto de la banda, son los músicos y la bailarina que has visto con nosotros esta noche. Empezamos a actuar en Constantinopla y continuamos por todo el Mediterráneo, viajando a distintas ciudades hasta llegar a Córdoba.

Cerca de la puerta de los perfumistas de la ciudad, hay un barrio entero ocupado por artesanos que fabrican pergaminos. El oficio del pergaminero es duro como el de los curtidores, son los elaborados con piel de ternera los que muestran una superficie más blanca y lisa. En Constantinopla, mercaderes llegados de Bagdad y Damasco han traído un nuevo material inventado en China desde tiempos decimonónicos, construido de una materia casi tan exótica y tenue como la seda, que se deshace entre los dedos. Es más barato

que el pergamino y el papiro, y también más liviano y manejable. Deberías probarlo algún día, su suavidad te embriagara. El cálamo se desliza por su superficie con una ingravidez impresionante. Si buscas la perfección en el arte de escribir y quieres conseguir un acabado perfecto, te lo recomiendo, como calígrafa no tengo paciencia, pero he escrito al califa algunas cartas en papel rojo o rosa, para que nos contratara para actuar en el alcázar y han tenido éxito. Deberías conseguir este nuevo material. Sobre papel tu cálamo volará, tu caligrafía dibujará formas inverosímiles, reducirás costes y ampliarás los beneficios. Eso si el califa no te corta antes la cabeza por andar haciendo preguntas sobre una de sus esclavas. Debes localizarla cuanto antes, Azzam y yo te ayudaremos.

Yo de ti no me fiaría demasiado de Abu, el verdugo del califa ha hecho cosas deleznales por orden de su superior. Quizás abominó en ocasiones de ellas, en otras en cambio pudo actuar de forma vehemente. Un verdugo no es una persona de confianza, su volubilidad puede llevarle a traicionarte y confesar al califa tus deseos de desposarte con Shifa. Yo de ti no dejaría las cosas al albur de sus intenciones, que no digo que no sean buenas. Pero los que lo conocemos, sabemos que Abu es muy aficionado a los talleres del Baco, en medio de esas terribles juergas que se pilla con su señor, la abulia podría hacer presa de él e irse de la lengua, dejándote en evidencia delante del califa.

De momento te recomendaría dejaras de hacer preguntas y de beber vino, pues se ve a las leguas que a pesar de tu timidez, eres una persona culta e inquieta; también frágil y un poco neurasténica, créeme el alcohol solo te hará daño. Es el único amigo que tienes actualmente que solo te ayudará a empeorar las cosas. Aparte de Abu, ¡claro! Aunque eso ya no tiene remedio, es posible que media Córdoba, ande ya pregonando tu historia con Shifa y, en cualquier momento aparezcan los guardias del califa y te prendan. ¡Hazlo que quieras! Si estuviera en tu piel, cogería mi caballo y me largaría hacia el norte lo más rápido posible. Dormiría oculto en los riscos durante el día y viajaría por los bosques de noche, lejos de los caminos y los pueblos. Nuestro soberano es un hombre, atrabiliario, capaz de lo mejor y de lo peor. Deberías dedicarte solo a la venta de tus libros y olvidarte de esa muchacha. Puedo conseguirte una cita con un cadí que, te compraría a buen precio los tres ejemplares que tienes reservados para el califa. Tiene una biblioteca que

ocupa un edificio entero, sus pasillos, escalinatas y anaqueles están situados de manera, que hay un punto central desde donde se divisan todas las estanterías. Así puede deleitarse contemplando todos los ejemplares que completan sus colecciones más valiosas, sin moverse del sitio. Posee la biblioteca más grande de Córdoba, después de la del califa, y te pagará el triple de su valor, con tal de hacerse con uno de esos ejemplares. Varias copistas, sentadas sobre mullidos divanes, trabajan para él. Vigiladas, día y noche, como prisioneras bajo su atenta mirada.

En caso de que decidas no hacerme caso y continuar con tu odisea, sabes que siempre contarás con nuestro apoyo. Eres un monje cabezota, loco y enamorado; o sea un auténtico peligro para la humanidad. Si no estimas tu vida más que, la de Vuestro Señor que se dejó matar en una cruz por defender sus principios, entonces cuenta conmigo y mi esposo Azzam. Esa Shifa debe de ser alguien importante para el califa, cuando la mencionaste antes se lo comenté a mi esposo, por la cara que puso Azzam, me temí lo peor. Me pidió que te mantuviese ocupado mientras enviaba a uno de nuestros músicos a vuestra casa. Antes cuando te caíste borracho de la mesa, nuestro hombre llegó con información. De momento los guardias del califa, no han perturbado la paz de tu hogar. El capitán y vuestras pertenencias están a salvo. En estos momentos estáis demasiado consternado y beodo para tomar una decisión. Os recomiendo a ti y Daniel paséis esta noche con nosotros, no tenemos lechos libres, pero podéis retozar en el establo con los asnos, mañana, aunque resacosos lo veréis todo más claro y tomareis la más adecuada decisión, sobre lo que os he comentado.

Rápidamente Galindo se quedó dormido, acompasando el sonido de sus ronquidos, al mugir del ganado vacuno. Daniel decidió aceptar la invitación de la vinicultora para pasar la noche en su casa, quedaba claro que prefería su compañía a la de las vacas. Raquel era natural de Montilla. La primera vez que la acompañó hasta allí, Daniel quedó fascinado por la belleza de la villa: acurrucada en un cerro a los pies de las murallas de una alcazaba, le sorprendieron las viviendas apiñadas, rodeadas de almendros, higueras y olivos, descendiendo mediante una breve ondulación hacia una inmensa llanura plagada de viñedos; donde se da el mejor vino de toda Córdoba. En aquella fresca mañana de primavera, el aire estaba impregnado de olor a vid y

a mosto fermentado. En el interior de la bodega, se acumulan las tinajas de todos los tamaños, ventrudas y rojas, alineándose sobre un lecho terroso, permanecen apoyadas en la rocosa pared subterránea. Raquel sonríe en la primera visita del orensano a sus bodegas, de un odre enorme de cedro, sacó un puntal y dejó que un chorro de vino espeso y brillante, brotara con fuerza sobre una alcachofa hueca. Ella lo mandó beber por la única oquedad libre de la que manó el líquido como si fuera un botijo.

—¡Está buenísimo! —exclamó Daniel.

—¡Despacio! Primero retenlo un rato en el paladar y muévelo suavemente, saboréalo bien antes de tragarlo.

—¡Hummm! ¡Delicioso!

Accidentalmente se le salió un pecho fuera del escote, mientras alzaba un racimo de uvas; igual que una musa, Raquel se puso a engerir la fruta de manera provocadora, alzando el vestido para dejar al descubierto los muslos. Daniel vertió parte del contenido de la calabaza sobre el seno desnudo y se dispuso a lamerlo inclinando la cabeza, cuando ella lo detuvo:

—¡Cuidado muchacho!, ni se te ocurra que las cordobesas somos muy religiosas y no damos puntada sin hilo, si quieres probar el sabor del vino sobre mis senos, antes debes de pasar por la vicaría.

Excitado por el sabor del vino y los carnosos labios de aquella jovencísima andaluza, él, sujetándola por el cuello la besó con avidez, Raquel reaccionó dándole un bofetón.

—¡Tranquila mi reina! Que los besos no son pecado mortal, y si probaras el resto, se te quitaría esa cara de mala leche que tienes —dijo Daniel.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Eres un fresco como todos los del norte! Pensáis que por venir de tierras tan lejanas. ¡Zaaas! Nos vamos a entregar a vosotros, como si fuéramos idiotas, antes has de aprender a respetarme.

Daniel se disculpó, prometiéndole que no volvería a hacerlo, sus anteriores novias se le habían entregado con demasiada facilidad. Lo cierto es que había

sufrido muchos desmanes de sus amantes, que le habían provocado mucho dolor y quebranto. Especialmente una chica de la Baja Limia, solían ir a nadar desnudos en la laguna de Antela. Se llamaba Noelia y era dulce, tierna y muy cariñosa; el problema resultó ser que no solo lo era con él, también con sus amigos y demás pretendientes. En poco tiempo Daniel pasó a ser el tipo más cornudo de toda la ribera del Miño. Era una seta, un parasito, se pasaba el día con su enorme culo postrado sobre un tapizado cojín. Nunca hacía nada, ni siquiera en la cama, simplemente se limitaba a abrirse de piernas, esperando la llegada de algún amante para poseerla.

Cansado de sus continuas infidelidades, Daniel la abandonó invadido por los celos y la desazón que le provocaban sus continuas traiciones. Cuando Daniel la dejó, Noelia cayó presa de una abulia todavía mayor: no salía nunca de casa y comenzó a engordar de tal manera que, el resto de sus amantes ocasionales dejaron de encontrarla atractiva y también la abandonaron. Entonces su cuerpo alcanzó tal envergadura, se pasaba las horas devorando dulces sin parar, que Daniel en vez de Noelia, comenzó a llamarle Noelión. Además su familia siempre lo había rechazado, escudándose en la enfermedad que padecía en la piel. La madre de Noelia en vez de dirigirse a él por su nombre de pila, lo hacía de manera despectiva, utilizando un apodo.

Daniel había probado todo tipo de hierbas curativas, pero la soriasis no le repercutía. Temía que Raquel se enterase de su enfermedad y también lo rechazase como muchas de sus anteriores amantes. Harto de sufrir los avatares de su turbulenta vida amorosa, para evitar nuevos desengaños, Daniel, en el silencioso y fresco interior de aquella bodega, decidió mostrarle a Raquel los eccemas que marcaban algunas zonas en el mapa de su piel. Raquel besó las llagas con dulzura, como si fueran las de Nuestro Señor Jesucristo, mientras una enorme cruz, colgada de un rosario caía sobre sus redondos senos.

—Debes tener fe, reza mucho. El Señor escuchará tus plegarias y te curará, de todas maneras, si el altísimo no escucha tus oraciones. ¡No te preocupes! Cuando te cases conmigo ¡Mi vida! Te las rociaré cada día con savia de sauco, hierba buena, melaza y aloe vera y las cubriré con tantos besos que te sanarán enseguida.

—Esto no tiene remedio, en cuanto desaparecen de un lado, aparecen por

otro. En mi tierra hay muchas meigas que prepararan todo tipo de brebajes y ungüentos. Los he probado todos y siempre resultó inútil. De todos modos no tienes nada que temer, este mal, no es contagioso como la lepra.

Raquel se movía inquieta entre los toneles, en cuyos vientres dormían plácidamente los mostos nuevos. En la viña los sarmientos se habían quedado desnudos, un viento ábrego acariciaba los pámpanos con mesura.

—¡Alma mía! Casémonos y llévame contigo al norte, estoy harta de trabajar duro en estas áridas tierras y yo te juro, por lo más sagrado; por la Santísima Virgen de la Macarena, que te querré siempre con todo mi corazón —dijo Raquel, saboreando un sorbo de vino.

—¡Estás loca!, ¡pero si apenas nos conocemos!

—No nos conocemos lo suficiente para casarnos, pero si para meterte en la cama conmigo —replicó furiosa Raquel.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Lo que desea cualquier mujer de Córdoba, vendrás a buscarme en un carruaje decorado con flores silvestres y me sentiré la novia más guapa y dichosa de todo el Ándalus; contratarás a los mejores músicos de todo el califato que, harán sonar sus liras sin descanso hasta la llegada de la media noche. Será una boda ejemplar donde no faltará de nada: boquerones, pescaditos, cigalas, vieiras, langostas, gambas, cochinillo, merluza y dulces de harina fritos y enmelados. Los invitados danzarán durante horas, al ritmo de las liras, los panderos y los flautines.

Salieron al exterior, el sol estaba alto; como un enorme espejo deslumbraba haciendo brillar la blanca cal de las paredes, contrastando con el verde fulgor de los frutales y el verdor más liviano de los pámpanos, mientras se escuchaba el ulular del viento en la lejanía chocar contra las paredes de un caserío.

Córdoba, 1 de diciembre del año 939

A los pies de un camastro de patas gruesas como de elefante, sobre una alfombra persa, descansaba a todo lo largo con cara de pocos amigos, el gigante Daniel que, debido a su alta estatura, sobrepasaba el tamaño del tapete. Quedando los pies tendidos sobre las frías losetas. La bella Raquel lo obligó a dormir en el suelo, como *dimmie*, en cuanto no aceptase entregar una buena dote a su familia y casarse con ella: no lo aceptaría en el tálamo, debería asegurarse un buen porvenir para seguir pagando puntualmente sus tributos al califato. Le dolían todos los huesos y la cabeza parecía que le iba a estallar en pedazos. Se reunió en el exterior con su socio Galindo que, mostraba todavía peor aspecto que su amigo. Aquellas horas de la mañana la calle parecía muy transitada. Adelantando a un grupo de muladíes, apareció el Gordo Alfonso, entre una nube de polvo, con aspecto harapiento, sin afeitarse y el pelo alborotado.

—¿Qué haces aquí, en vez de estar vigilando la casa? —le preguntó Galindo.

Jadeando, incapaz de pronunciar palabra, las piernas le temblaban. Aquello solo podía ser síntoma de que algo grave había ocurrido. Daniel trató de que se serenara y recuperase el ritmo normal de la respiración, antes de comenzar a hablar.

—No te preocupes, los guardias de palacio por orden del príncipe, están custodiando nuestras pertenencias. Debes presentarte de inmediato en palacio, *al-Hakam* requiere tu presencia —dijo Alfonso dirigiéndose a Galindo.

Dos horas más tarde, una vez acicalado y vestido con su mejor túnica, con el semblante lívido, Galindo se presentó ante su alteza real. *Al-Hakam* tenía el cabello rubio, los ojos grandes y negros, las mejillas flácidas; era casi *barbilampiño*, de piernas cortas y aspecto corpulento. A su derecha se

encontraba la bella Shifa. Nada más verla, le dio un vuelco el corazón. La cabeza comenzó a darle vueltas, tuvo que hacer uso de todo su ímpetu para evitar marearse, había consumido demasiado vino la noche anterior. Se encontraba fatal, sentía que la vida podía escapársele en cualquier momento. Un hombre culto e ilustrado como él, no debía rebajarse a actuar como un beodo salido de las más umbrías tabernas. Si salía de esta con vida: prometió al altísimo no volver a abusar de la bebida. Casi cae de bruces al hacer la obligada reverencia ante el príncipe. Al final consiguió arrodillarse e inclinarse sobre el tapete, olía a pies que apestaba. Contrito y pesaroso, levantó el rostro azorado hacia su majestad.

—¿Qué te ha pasado monje, pareces salir de la tumba de un muerto? —preguntó el príncipe.

—Lo siento mi señor, uno de mis ayudantes me convenció ayer para salir de juerga. Como estoy poco acostumbrado al alcohol, terminé pasando la noche en un establo con los animales, por eso no me encontraba esta mañana en casa cuando me mandó buscar.

Al-Hakam hizo un leve gesto despectivo con el rostro, tratando de quitarle importancia al asunto. A continuación se dirigió a Galindo diciendo:

—He leído tus historias monje, me han trasladado a una sensual atmósfera de ternura y seducción.

—Espero hayan sido de su agrado —apuntó Galindo.

—Sin duda lo han sido. ¡Tengo ganas de volver a leerlas! Pero la convalecencia de mi padre, después de la derrota de Simancas, me obliga a sustituirle en las funciones de gobierno y me dejan poco tiempo para la lectura. De todas maneras ya se encuentra mejor y pronto volverá a ocuparse personalmente de los asuntos del califato.

Shifa permanecía en silencio, Galindo evitó mirarla, para no disgustar al príncipe. Al amanecer, la esclava lo había acompañado en su matutino paseo a caballo por la sierra, el cielo estaba azul y la mañana preciosa. Después de atravesar huertos y jardines se internaron en el bosque. Al-Hakam manejaba las bridas con soltura. Disimulando su baja estatura, los jaeces habían sido

unidos a la montura, de manera que su figura pareciese majestuosa.

El alazán trotaba brioso. Entre una espesa selva de arbustos verdes, brillaban las gotas del rocío. Alcanzaron un claro en lo alto de una loma, desde allí pudieron contemplar el avance de las obras de Medina Azahara, donde su padre empleaba miles de hombres, y más de seis mil sillares de piedra cada día. El califa no reparaba en gastos. La enfermedad de Azahara lo traía de cabeza. Abd al Rahman pretendía crear un verdadero paraíso en la Tierra. En muy poco tiempo se habían construido los sistemas de conducción de aguas, el empedrado de las calles y la mayor parte de construcciones oficiales. La muralla tendría cinco entradas, la principal la situaría en el muro sur, en cuyo arco ordenó el califa la erección de una estatua; desafiando el mandato coránico que prohíbe la representación de figura humana alguna, ya que solo la imagen de Dios es digna de ser reproducida; y al ser esta desconocida por respeto al Todopoderoso, nadie osaba a representarla. Al-Nasir se excusó, alegando que también en la puerta del puente de Córdoba había una estatua de mujer. Si a Dios le hubiese desagradado, enviaría un rayo a derrumbarla, sin embargo nunca lo hizo; quizás fuera porque en el fondo no le escandalizaba la imagen. Para los cristianos aquella estatua representaba a la Virgen María y para otros se trataba de la diosa romana de la fertilidad y el placer. La llamaban la Venus del Guadalquivir y creían que protegía a la ciudad y sus habitantes de los malos augurios. En realidad Abd al Rahman mandó construir la estatua para inmortalizar los rasgos de su amada Azahara, antes de que su enfermedad consumiera su vida.

Al príncipe le aterraba la idea de perder a su esclava favorita, antes de ello rebanaría de un tajo el cuello de aquel desgraciado monje que osaba cortejarla. De todas maneras, él, no era tan cruel como su padre. Además Galindo era su escritor favorito, sus descripciones de las tierras del norte le encantaban. Desde luego Dios había hecho el mundo hermoso, seguro que a su imagen y semejanza, porque el interior del Todopoderoso era infinito. Se bajó del caballo y ayudó a desmontar a su favorita. Luego cogió las riendas y las ató a una higuera. La pareja de alazanes comenzó a frotarse los hocicos en un frágil intento de galanteo.

—Desde que te has enterado de su presencia en la ciudad, tu corazón palpita de alegría: no solo lo denotan tus ojos, si no que todo tu ser vibra a un

ritmo que nunca antes te había visto —dijo al-Hakam en tono de reproche.

—¡Mi señor!, vos me conocéis mejor que nadie, porque he de negar lo evidente.

—¡Mi dulce Shifa! Sabes que siempre te he respetado. Debido a que pasas de los treinta y ya no eres una niña, jamás he osado a tomarte en mi alcoba, mi interés por ti y mi afecto se asemejan más al cariño que siente un hijo por su madre o un hermano por una hermana, al de dos amantes; sin embargo me niego a prescindir de ti, siempre has sido una maestra para mí.

—Habrá que buscarle remedio a eso mi señor. Con todos mis respetos mi querido príncipe. ¡Eres ya muy virtuoso en todas las artes! ¿Qué más podría yo enseñarte?

—¡Llevas razón mi querida Shifa! De todas maneras, será mi padre quien tome la decisión sobre vuestro futuro, quizás esta se demore durante un tiempo, pues el mal que aqueja a su amada Azahara, lo mantiene demasiado consternado para pensar en vuestros problemas.

—Gracias mi señor, acataré su decisión como si saliese de la boca del Todopoderoso —dijo Shifa, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

—Limpia esas lágrimas mujer. No quiero viertas ninguna más por ese piojoso cristiano. Regresemos al alcázar, hoy nos encontraremos con él y podrás al fin verlo.

Al-Hakam, movía los dedos nervioso sobre el sillón del trono. Frente a él, Galindo permanecía pálido como la cera. El príncipe Hizo una señal al Chambelán para que entraran los músicos. La presencia de Sayida, Azzam y su banda, sorprendió gratamente a Galindo. Era algo que no se esperaba. Todos se inclinaron ante el príncipe. Al-Hakam dio orden de que comenzase a sonar la música. Una armoniosa melodía se extendió rápidamente por toda la sala. Los tambores africanos sonaban huecos como el eco de un tubo metálico, creando un ritmo lento, acompasado y sensual. Sayida con el arpa punteaba unas deliciosas notas, que cargaron de exotismo la escena. Azzam con la lira componía una serie de acordes que se entremezclaban con los del

arpa, dándole a la canción un toque melódico, difícil de imitar incluso para los músicos más virtuosos de Bagdad. Entonces el príncipe hizo una señal a Shifa, invitándola a salir a escena. Vestida con un ajustado corpiño cargado de zafiros, la esclava se plantó en medio de los músicos e irrumpió con su sensual voz —ni demasiado grave, ni en exceso aguda—, cantando un tema que le gustaba mucho al príncipe.

*Esta noche te devorará una loba.*

*En medio de la selva,*

*hay un hombre aullando.*

*Escucha esta tierna canción de cuna.*

*Te atarán con una soga a la cama,*

*te desnudaran con las pezuñas,*

*mientras te cantan cinco lobas una nana.*

*Has nacido para ser califa.*

*Llenar de descendientes tu reino,*

*dominar el mundo.*

*Pero caerás...*

*Rendido en manos de las cinco lobas.*

La suave y dulce voz se derramaba por la estancia, encandilando de tal

manera a Galindo, que por primera vez en su vida sus sentidos parecieron expandirse. Se elevaban en volutas por toda la sala como el humo saliendo de una chimenea. Llevándolo a una nueva dimensión, donde no existía el espacio tiempo, ni el silencio; solo aquella dulce voz acompañada de una esplendorosa melodía. El sonido se esparcía igual que los efluvios del más exquisito perfume, fabricado con la flor blanca de los jazmines, emanando una sensualidad y un exotismo, jamás imaginado entre las burdas paredes, en las que pasó enclaustrado durante los años de su juventud en aquel ancestral monasterio.

Cuando los músicos terminaron de interpretar la canción de Las cinco lobas. El príncipe encantado con aquel sonido, aplaudió durante un rato. Luego ordenó a los músicos retirarse, quedándose de nuevo a solas con la esclava y el monje. Galindo le entregó los tres ejemplares de sus libros: el primero era para al-Hakam, el segundo para Abd al Rahman y el tercero para su amada Azhara; una gran admiradora de su obra. El príncipe mandó a Shifa entregarle la bolsa con ochocientos dinares de oro. Cuando se la dio sus manos se rozaron, las miradas cruzándose echaban chispas, antes de retirarlas azorados, se saludaron tímidamente.

—¡Vaya con el monje cristiano!—exclamó al-Hakam—¿Pretendes arrebatarme a mi esclava favorita? Según nos ha contado nuestro verdugo Abu .

Galindo se dejó caer al suelo, a los pies del príncipe, con la nariz rozando la alfombra y los ojos mirando hacia los pies de al-Hakam, apoyó la frente en el florido tapete y dijo:

—Mi señor jamás he pretendido arrebatáros la flor más bella de vuestro jardín, solo quería verla de nuevo. He viajado desde muy lejos, atravesando caminos polvorientos, veredas interminables, surcando bosques infranqueables durante días, sin detenerme, con la única ilusión de volver a ver, al menos una vez, esos lindos ojos antes de morir. Sin albergar ningún mal pensamiento, ni osar desafiar los designios de Dios y aunque me impulsaba una desconocida fuerza capaz de hacerme atravesar montañas, nunca he pretendido faltáros al respeto, ni a vos, ni a vuestro padre. Shifa os pertenece y doy gracias a Dios, que así sea. Pues que mejores dueños podría tener, que el califa y su heredero. Os ruego me aceptéis también a mí, como

vuestro siervo y súbdito más fiel. ¡Allah es grande!

—Sí pero debías haberte dirigido a nosotros primero, antes de andar indagando sobre su paradero por tu cuenta —cortó tajantemente al-Hakam.

—Y lo hubiera hecho de saber que ella todavía permanecía en el alcázar. Temí hubiese abandonado la ciudad, como una de tantas esclavas que pasan por la corte para ser ofrecidas al califa, y luego son descartadas y vendidas a otros príncipes —se defendió Galindo hábilmente.

—Pues en este caso has tenido suerte, Shifa todavía permanece en palacio. Mi padre la llamará en unos días y tomará una decisión sobre vuestro futuro. En cuanto debéis permanecer en la ciudad. Ahora que tenéis mucho dinero, podréis disfrutar de los muchos y variados placeres que os ofrece Córdoba.

—No hay mayor placer en este mundo, que volveros a ver a vos mi príncipe. Recordarle a vuestro padre que mi voluntad, será la suya. Y acataré de buen grado cualquier decisión que tome. ¡Estoy aquí para servirle y honrarle!

—En ese caso le comunicaré vuestras intenciones, tal como las habéis expresado. ¡Podéis retiraros! ¡Qué Allah, sea contigo!

Galindo hizo una reverencia a modo de despedida y abandonó la sala, dejando al príncipe heredero a solas con su favorita. En el exterior se reunió con Azzam y Sayida. Después de ponerles al tanto de su conversación con al-Hakam, ambos abandonaron el alcázar para dar un paseo. Se dirigieron hacia la mezquita, Galindo nunca había estado en su interior y le fascinaba la idea de poder verla por dentro. En sus viajes anteriores, nunca se había atrevido a entrar en aquel bosque de columnas y símbolos, destinados a engrandecer a un dios que no era el suyo o quizás errase en eso, y el dios de los musulmanes no fuera tan distinto al de los cristianos. ¿Quién podría saberlo?

Se descalzaron antes de entrar en las primeras naves de la mezquita. El muecín desde el alminar llamaba a los fieles a la oración. Centenares de ellos le secundan. Galindo caminó entre las columnas, bajo los arcos, presa de un extraño vértigo, contempló las nervudas paredes, los dibujos de los cristales, las cúpulas, el atrio, los mosaicos, las lámparas de plata y el mimbar; donde

se sube el imán para dirigir los rezos y reposa un ejemplar del sagrado Corán tan pesado que se necesitan tres personas para transportarlo. La luz del sol traspasaba los muros abiertos y las celosías. Esa luz divina, iluminó de lleno sus rostros. Azzam y Sayida se postran ante la quibla, para adorar al Todopoderoso.

Galindo se quedó pensativo, soñaba con volver a ver a Shifa y pasear con ella cogidos de la mano, como las parejas de enamorados que tanto envidiaba y se paraban en medio de la calle a besarse y sobarse sin ningún pudor, interrumpiendo el paso del resto de los viandantes.

La visión de la quibla, sin ningún tipo de figura que representase a Dios, le cautivó. Disertaba de la posición de la iglesia, empeñándose en llenar los templos de crucifijos, lo único que conseguían era asustar a los niños y apartarse del verdadero mensaje de Jesús, que jamás pretendió ser representado clavado en una cruz, ni engendrar temor alguno. En cambio el islam no permitía escultura alguna para representar al profeta, sin que ello supusiese recurrir en sacrilegio. Quizás la exquisita geometría de la caligrafía árabe, ayude mejor a describir lo divino, sin necesidad de recurrir a figuras y estatuas como hacen los cristianos.

Rezó para que Dios le permitiese volver a ver pronto a Shifa. Asustado al enterarse de que era la favorita del príncipe, temió perderla. Estaba seguro de que el califa era un hombre instruido y culto, esperaría pacientemente su decisión sin pensar más en el asunto.

Después de orar, caminan de nuevo entre los pilares y los capiteles que suben hacia lo alto, buscando la claridad que entra por las vidrieras situadas cerca del techo. Las zonas más oscuras, son iluminadas con la tenue luz, de las candilejas de aceite. Salieron de nuevo al exterior para enfrentarse al tórrido sol. Aunque aquellas alturas del otoño había perdido fuerza: a esas horas del mediodía todavía el astro rey apretaba con ahínco. En las orillas del Guadalquivir se escucha el sonido de los cangilones de las norias, girando para abastecer de agua a la ciudad. Paseando a la sombra de palmeras y naranjos, dejan atrás el sólido muro de la mezquita y se internan de lleno entre callejones, en busca de una bodega fresca, donde echar un buen trago de vino dulce, antes de comer. Aunque Galindo como se encontraba todavía resacoso, en esta ocasión bebería un zumo de frutas.



## 6

### El alcázar de Córdoba, enero del año 940

En su soledad, Abd al Rahman, escruta la ciudad con la mirada, desconfiado, imaginándose miles de tramas sucediéndose al unísono para terminar con su vida. Sus enemigos son infinitos: cadenciosos tejedores muladíes y mozárabes, escondidos en los arrabales se reúnen en las plazas cerca del alcázar, planeando la manera de poder acceder al interior de la fortaleza para acometer su asesinato. En el alfoz judío, después de recitar sus ulemas, escondidos en sus callejas, se juntan de noche grupos de insurgentes, esperando el apoyo de los cristianos con el objetivo de asaltar el alcázar y hacerse con el poder del califato. En los zocos, los bereberes también se reúnen, esperando su oportunidad para derramar hasta la última gota de la sangre omeya. La ciudad ya no es un lugar seguro, Qurtuba no es la de antaño; de noche sueña con miles de conspiraciones, todas destinadas a derrocarlo.

De sus hijos varones, solo a dos le permite vivir en el alcázar: al-Mughira el más pequeño y al-Hakam su sucesor. A los demás optó por enviándolos a otras fortalezas del reino, lejos de la ciudad. Así evitaría posibles conspiraciones dentro de su familia y, la integridad de su sucesor permanecería invulnerable. Al alcanzar la pubertad a todos les concedió palacios y propiedades, en un intento de aplacar sus ansias de poder, anegando sus deseos de hacerse con la corona del califato. Si renunciaban a conspirar contra su hermano al-Hakam y aceptaban su condición de príncipe heredero, recibían sendos estipendios mensuales que les permitían vivir holgadamente, sin necesidad de realizar ningún tipo de trabajo. En aquellos momentos, salvo al-Mughira y al-Hakam, todos sus hijos estaban viviendo de manera independiente y habían aceptado de buen grado el nombramiento de su hermano como sucesor del reino de su padre que, los eximía de las obligaciones del gobierno de la corte y les permitía vivir en una situación privilegiada.

El alcázar estaba dispuesto de forma que si, Abd al Rahman necesitaba

huir de la ciudad, no precisaba atravesar ninguna calle, tan solo permanecía separado del río por una calzada; donde se organizaban desfiles y se exhibían los cuerpos de los enemigos vencidos. Sus seis puertas de acceso permanecían cerradas a cal y canto y vigiladas por una numerosa guarnición armada. Su obsesión por la seguridad era cada vez mayor. Accedía a la mezquita, desde el alcázar a través de un pasadizo secreto. Así podía acudir a orar y regresar a palacio sin ser visto por nadie, las veces que le apeteciera. En lo alto del mimbar —labrado en maderas preciosas con incrustaciones de marfil y oro—, dirigía sus rezos, leía el Corán y pronunciaba la jutba; arengando a los suyos hacia la guerra santa. Lo hacía bajo la protección de la maqsura: una verja de hierro que lo separa de los fieles y al mismo tiempo, lo protegía de su ira en tiempos de rebelión. Últimamente, cada vez acudía menos a la mezquita, por miedo a que un hábil arquero lograra colar una flecha, a través del enrejado de la maqsura y le alcanzara; algo de todo improbable, debido a la situación y altura del mimbar; además la guardia real custodiaba día y noche las puertas de la mezquita, impidiendo la entrada de los fieles portando cualquier tipo de arma, para lo cual se realizaban los pertinentes registros.

A pesar de su corta estatura, sentado en su trono, Abd al Rahman, le pareció un hombre atractivo, tenía la tez blanca, el cabello rojo que solía teñir de negro a menudo, el rostro bien perfilado y los ojos de color azul oscuro. Shifa se hallaba postrada de rodillas con la frente, la barbilla y el pecho rozando el colorido tapiz. El pánico le atenazaba la garganta, siguiendo las instrucciones del chambelán, ni le miró a los ojos, ni pronunció palabra alguna, sin que él se dirigiera a ella previamente. Abd al Rahman abandonó el trono para sentarse a su lado en un diván. Aunque prefería las esclavas cristianas a las bereberes, sus ojos quedaron complacidos ante su belleza. No obstante, después de la derrota de Simancas, prestaba cada vez más atención a las obras de Medina Azahara que a los asuntos de alcoba. Le urgía terminarlas y realizar cuanto antes el traslado de la corte a la nueva ciudad palatina, ya no se sentía seguro en el alcázar rodeado de traidores, fuera de la capital omeya dispondría de una mayor libertad de movimientos.

—¡Deja de temblar mujer! No te voy a cortar el cuello, solo por haberte enamorado de un estúpido fraile. Además he de confesarte que estaba ansioso por recibir sus nuevos libros, sus historias son fantásticas con descripciones

muy elaboradas; la vida en palacio no es muy fácil, me vendrá bien evadirme, su literatura siempre consigue distraerme y créeme, en estos tiempos resulta complicado abstraerse de las múltiples obligaciones de la corte. ¡Tu amigo es muy divertido! Seguro que nos reiremos un rato con sus historias.

—Yo solo pertenezco a vos, mi señor —dijo Shifa, agachando el cuello en señal de sumisión.

—En realidad todos pertenecemos a Allah, Él es grande y misericordioso, si sabemos escucharlo su voz nos servirá de guía. Puede que tu persona física sea de mi propiedad, pero tu corazón y tu alma hace tiempo que están prendidas de ese infiel. ¿Acaso no es cierto?

—Allah en su misericordia y vos mi amo y señor, tan ilustre e inteligente habéis sabido dilucidarlo.

Le agradó el denuedo demostrado por aquella esclava fatimí, al admitir su falta; aun a riesgo de perder el cuello. Le recordaba en parte, por su arrojo y valentía a Maryam, la madre de al-Hakam: una gran belleza, culta, elegante, dulce, tierna y muy refinada. Siempre sabía cómo provocarle y arrastrarle hacia unas tórridas noches de pasión que parecían no tener final. Le sedujo el valor mostrado por Maryam en el pasado. Un día que había decidido pasar la noche con su esposa Fátima, Maryam se puso en contacto con ella para comprarle esa noche, pagándole toda una fortuna. Fátima accedió, firmando el documento donde se dejaba constancia de la transacción. La jugada le salió perfecta: Maryam se presentó en su alcoba, muy seductora con un brocado; desprendiendo todos sus encantos y sensualidad, se ganó los favores de su señor. Más tarde le mostró el documento firmado por su esposa, en que le compraba la noche por la cuantiosa suma de diez mil dinares. A partir de entonces, ofendido, Abd al Rahman no volvió a tener relaciones con Fátima y a pesar de su alto linaje qurayshí, su status disminuyó de tal manera que, el hijo que estaban a punto de tener, perdió el derecho a heredar el trono de su padre en favor de al-Hakam, el primogénito de Maryam. El linaje había dejado de ser un factor determinante a la hora de elegir un heredero. En poco tiempo Maryam se convirtió en su favorita y recibió grandes sumas de dinero de Abd al Rahman, parte de las cuales empleó en obras benéficas como la construcción de una mezquita.

En realidad la única mujer que Abd al Rahman amó durante toda su vida, la conoció siendo un adolescente. La bella Azahara poseía un hermoso cabello de color negro azulado, cayendo sobre su espalda en una cascada de rizos indómitos, llegaba hasta su cintura. Una cabellera virgen y salvaje que nunca había sido recortada. Los ojos tenían el color de la arcilla y sus labios no precisaban afeites, para recordar en la intensidad de su rojo a las rosas más extraordinarias del jardín real.

La muchacha orgullosa y obstinada en captar toda la atención del califa para ella sola, sufría terribles ataques de celos, cuyas rabietas trataba de calmar Abd al Rahman con continuas promesas de amor. La concubina residía en unas estancias destinadas para harén, muy cerca de la alcoba del príncipe Abd al Rahman, antes de ser nombrado emir. Desde muy jóvenes sus encuentros amorosos fueron frecuentes, aunque al principio el príncipe prestaba más atención a sus estudios que a los asuntos de cama, le permitía pasar en su lecho muchas noches. Durante las cuales, Abd al Rahman le recitaba en voz alta las historias de sus antepasados, ante el asombro de la muchacha que lo escuchaba atentamente con el rostro relajado.

En varias ocasiones el príncipe había preguntado a la muchacha que significaba su nombre y ella osaba burlarse de él: «Si me atrapas te lo diré». Corría como una gacela por toda la estancia, perseguida por Abd al Rahman para terminar enredada entre los cortinajes del lecho real, envuelta en una gasa blanca desaparecía como un fantasma en medio de la tela «¿Dónde está mi dulce paloma?». Preguntaba el príncipe incapaz de encontrarla. «Dime lo que significa tu nombre y te permitiré retozar cuatro noches por semana conmigo». «¿Lo prometes?». Preguntó una voz surgida de alguna parte del tálamo. Asintió Abd al Rahman. Entonces ella se abalanzó sobre él, envolviéndolo con las gasas del cortinaje y besándolo le dijo: «Azahara mi señor, significa blancura deslumbrante».

Durante muchos años Azahara sintió horribles celos de Maryam, sin embargo debido a su incapacidad para darle un heredero al califa, tuvo que soportar en silencio, sus infidelidades, mientras él se desahogaba con aquella atractiva esclava que, si podía darle descendencia. «No te preocupes, aunque no puedas tener hijos, yo siempre te amaré más que a nadie». Trataba de frenar su ira Abd al Rahman.

Esta vez no fue su voraz apetito sexual, que no lograba calmar del todo ninguna de sus esclavas, tan solo en ocasiones la bella Maryam, lo que condujo a llamar ante él a aquella esclava fatimí; si no sus ansias de conocer a la mujer que traía de cabeza a aquel estúpido monje infiel, que tenía la desfachatez de andar preguntando por ella, jugándose el pellejo, en una ciudad tan complicada para un extranjero como era Qurtuba. Bastaron un par de copas de vino de Montilla, para que Abu le contase todo sobre su encuentro con el controvertido monje.

—Mi pequeña Shifa, en nada debes temer mi ira; sabes que eres mi protegida —trató de calmarla Abd al Rahman—. El favoritismo que muestra mi hijo al-Hakam hacia ti, siempre te otorgará un lugar privilegiado en la corte. Tu melosa voz nos cautiva a ambos. Nadie recita como tú los pasajes del Corán, ni los poemas que nos llegan de Bagdad, Medina y Corintio.

»Eres nuestro tesoro más valioso, ya lo sabes. Me acordé de ti, cuando avanzaba al mando de un ingente destacamento hacia Simancas, creía que la victoria sería apoteósica; sin embargo nuestras huestes, fueron frenadas y se estrellaron contra el cinturón defensivo de la ciudad. Muchos de los nuestros dejaron allí sus vidas, luchando con valentía frente al enemigo. En cambio otros no dudaron en abandonar la escena de la batalla, dando claros síntomas de cobardía. No dudé en castigar a los traidores, clavando sus cuerpos en altas cruces, el dolor me desgarraba por dentro y fue necesario culminar las ejecuciones de la manera más cruel posible. Yo mismo casi pierdo la vida en la batalla por su culpa.

»Entonces, escribí un poema desgarrador sobre cómo me sentía. El chambelán me había hablado de ti, aunque evitabas leer en público, eras la más culta de mis concubinas. Te mandé llamar y al oír tu prodigiosa voz, recitar mis versos con esa templanza; me sentí halagado. El chambelán me había informado de que habías sido la escogida por Galindo, en su última noche en Córdoba. Aunque generalmente detesto la literatura de los cristianos, la narrativa de ese monje merece todos mis respetos. Está cargada de profundidad, sus fragmentos son simplemente maravillosos.

»En estos tenebrosos días, en que el estado de salud de mi amada Azahara,

empeora por momentos. Necesito escuchar de tu dulce boca, de nuevo, esas evocadoras estrofas. Sólo Allah el grande podrá reconfortarme por el dolor que siento, ante su posible pérdida. ¡Oh, mi dulce Shifa! Te ruego recites aquellos agrios versos de nuevo para mí. Pues los duros tiempos que se avecinan, llenan de sombras mi alma; y hoy después de la derrota de mis ejércitos ante el infame enemigo, me apetece de sobremanera, escuchar de tu boca, aquel poema que escribí, encerrado en mis aposentos mientras la ira me desgarraba por dentro.

Shifa se puso en pie, vestida con un brocado celeste, poniendo los brazos extendidos como las alas de un ángel, comenzó a recitar:

Antes de acometer cordura,  
quise obtener  
el beneplácito de tu voz.

Había cumplido mi deber:  
ejecutar al infame.

Musas y panteras de la costumbre  
alternaban viperinas muestras de alegría  
con rictus petrificados de dolor.

En el caos cenagoso de la memoria,  
efímeras sensaciones taponan mis sentidos.

Desprecié las razones del olvido,

química sentimental del abandono  
entremezclada en mis pasos.

Descarnadas coyunturas donde el alma  
arrastra su harapienta soledad.

*Añorando tamaña simetría redundante,  
exacerbado el ímpetu demoledor  
de cada espina conseguida,  
tuve que adormecer la máscara  
con promesas de eternidad  
y renunciar a la costumbre  
de encerrar los días  
en burbujas de paciencia.*

*Hubo que reconstruir el templo,  
pétreo lugar de conjuros inaudibles  
enterrado en el centro del corazón,  
calibrar pertenencias en activo  
y el balance, virtual, de las respuestas.*

*Fue necesario esparcir entre los nuestros  
incipientes susurros de esperanza,*

*magníficas elucubraciones de ser  
pasto reiterado de la pasión,  
deambular por las junturas del cuerpo  
arañando libertades intestinas,  
consignas impregnadas en la piel.*

*Carne abierta al vértigo del amor,  
rasgando en diagonal hábitos de disimulo  
arraigados en el vientre de la bestia  
que grita, desesperada, entre las sombras:*

*¡Ángeles de la perdición,*

*Os desafío*

*A sobrevivir en mi mirada!*

Abd al Rahman se postró de rodillas ante Shifa; era la primera vez que ella lo había visto hacer algo así: arrodillarse frente a una inferior. Ella se apresuró a ponerse en su posición, entonces Abd al Rhaman rompió a llorar contra los hombros de la esclava, empapando la seda del vestido con sus lágrimas. Ella trató de consolarlo acariciando con dulzura sus abultados cabellos. Una vez desahogada su congoja, el califa se reincorporó, entre tanto Shifa le limpiaba el rostro con un pañuelo.

—Hasday se está encargando personalmente de la salud de Azahara, temó que toda su sabiduría no valga de mucho contra el mal que le aqueja —dijo

Abd al Rahman.

—Rezaré cada día a Allah, para que se recuperé cuanto antes, mi señor — dijo Shifa conmovida por el dolor del califa.

—He decidido aceptar a Galindo en la corte, si realmente su amor hacia ti y sus intenciones son puras e inocentes como le ha expresado a mi hijo, merece estar entre nosotros.

—¡Gracias mi señor! —dijo Shifa entre lágrimas de alegría.

—Debe prepararse, lo he nombrado embajador real. Pronto tendrá que emprender una misión diplomática de gran importancia para nuestro pueblo, de la que tú también formarás parte. Ahora si me disculpas voy a cuidar de mi amada Azahara. Debo hacerla feliz en estos momentos difíciles, dedicándole todo mi tiempo y ternura, trataré así de calmar su dolor. Todo lo que haga, no será nada en comparación con lo mucho que ella me ha dado siempre.

Entre la sierra y el llano tendido hasta Córdoba, se estaba levantando a toda velocidad la nueva ciudad palatina, llevaría el nombre de su amada Azahara. Así el mundo no la olvidaría nunca, sería más majestuosa que la misma Bagdad, sus murallas tendrían mayor grosor que las de Toledo, para proteger de sus enemigos todos los tesoros que pensaba guardar en su interior. Se habían talado los árboles de la ladera para plantar almendros e higueras. Así en la florada primavera, los brotes blancos, tratarían de imitar la nieve que tanto le gustaba recordar, de las cumbres de Sierra Nevada, donde pasó su infancia, a su favorita Azahara.

Debido a sus muchos cuidados, Azahara empezó a recuperar la salud. No sucedería hasta un año más tarde, cuando tras una nueva recaída en su enfermedad, Abd al Rahman entraría una noche en el lecho de su amada, al tratar de abrazarla la notó fría y sudorosa; la fiebre la estaba consumiendo. Al amanecer feneció entre sus brazos, su último soplo de vida se había agotado para siempre. Su dolor y rabia eran terribles, el califa ordenó a los alfaquíes la ejecución de varios reos pendientes de juicio para tratar de calmar su desolación. Córdoba guardó luto por Azahara, se multiplicaron los rezos en

las mezquitas por su alma; pues era muy querida por sus obras piadosas, favoreciendo a los más necesitados. Y por su carácter benévolo y agradable, siempre entregando su vida al servicio de los demás.

**PARTE**

**II**

**Los embajadores reales**

**Córdoba, Almería, marzo del año 941**

Una columna interminable de soldados partió de Córdoba con las primeras luces del alba. Los muecines desde los alminares enloquecieron proclamando a gritos una nueva aceifa. El sonido atronador de los tambores ensordecía el tímpano de los presentes. Una inmensa multitud exhibía estandartes y banderas, vitoreando a las huestes del califa; se extendía hasta el sur de la ciudad, hacinados entre los arenales del Guadalquivir, aquella incesante marea humana, igual que una larga serpiente multicolor, no parecía tener final. La comitiva avanzaba entre los vítores de la gente, seguida del grueso del ejército. A la cabeza iba el honorable Hasday, mano derecha y médico personal del califa, seguido de su colaborador más ferviente: el embajador cristiano Galindo Sánchez, escoltado por sus dos hombres de confianza, a su derecha el capitán vallisoletano Alfonso Garrido, y a la izquierda su escudero más fiel, Daniel Gutiérrez; ambos hombres de la máxima confianza de Galindo. En la cola de la comitiva, circulaban varios carromatos cargados a los topes de códices y algunos instrumentos musicales, custodiados por Azzam y su banda de músicos. En uno de esos carros, viajaban varias esposas de los miembros de aquella embajada, entre las que se encontraban la bella Sayida, Shifa y Raquel. Las dos últimas habían contraído matrimonio recientemente con Galindo y Daniel respectivamente.

Bajo el sol centelleaban las capas, las corazas, los escudos, la punta de las lanzas y el lacerante acero de las espadas de los soldados. Una enorme estela de polvo, se levantaba a sus espaldas, al paso de la tropa. Después de dejar atrás grandes superficies arboladas, progresan entre colinas de olivares, membrillos y vides. Raquel se despidió de sus viñedos al pasar cerca de Montilla. Se encontraba a gusto, viajando en el carro de las mujeres, congeniaba muy bien con sus amigas moras. A Sayida ya la conocía hacía tiempo, pero le sorprendió la cultura y los buenos modales de la favorita del príncipe, también esposa del fraile Galindo. Tanto su marido Daniel, como Alfonso y Galindo, habían jurado lealtad a al-Hakam antes de partir. El príncipe les permitió conservar su religión, si entraban a formar parte de su

ejército y renunciaban a levantarse en armas contra el califato.

Inclinados ante el príncipe, este tocó su cabeza con la espada y los nombró caballeros de la corte de Córdoba. Ellos le juraron lealtad, y así fue como al-Hakam los admitió entre los suyos. Los tres se integraron rápidamente en la comunidad mozárabe, preparándose concienzudamente para aquella embajada. El califa convenció a Hasday para dirigirla, partirían desde Almería en una flota compuesta por los mejores buques de guerra del califato. Raquel estaba deseosa de emprender ese viaje, harta de estar bajo el yugo de los hombres toda su vida, necesitaba aire fresco. Se mostró una mujer rebelde desde el principio de su matrimonio. Daniel nunca discutía sus decisiones, las acataba sin más. A ella le encantaba mandar. Sabía cómo complicarle la vida a su pareja. Al parecer Sayida y Shifa, actuaban de manera similar. Cuando sus hombres no se fijaban lo suficiente en sus atuendos, ellas se sentían heridas, necesitaban ser el objeto de sus halagos. Aunque ambas para conseguirlo actuasen de distinta forma: Raquel, la más extrovertida de las tres, no dudaba en expresar disgusto delante de su esposo cuando este la ignoraba. Sayida en cambio, la más seductora, captaba la atención de Azzam, proponiéndole constantemente distintos juegos amorosos, evitando así, que la pareja cayera en la rutina. En cuanto a Shifa, su carácter introvertido, la volvía distante y despectiva. Galindo notaba enseguida cuando estaba enfadada. En principio nunca lograba adivinar el motivo. El cerebro masculino es muy limitado. Aguantaba el tirón como podía tratando de sacarla de ese estado, sin éxito, la mayoría de las veces. En ocasiones, cuando ya no podía aguantar su silencio, Galindo rompía a llorar. Entonces Shifa se deshacía en atenciones tratando de calmarlo y pidiéndole perdón. Con sus más y sus menos, los tres matrimonios comenzaban el tortuoso deambular de la vida en pareja. En algunas de esas ocasiones en que Shifa se encontraba disgustada, Galindo añoraba su vida en el monasterio y sus largos paseos con sus compañeros frailes por la ribera del Sil. En muy poco tiempo había pasado de monje a mozárabe, nunca pensó que su vida fuese a cambiar tanto.

Alcanzaron Lucena antes del anochecer. Hasday ordenó detenerse a pasar la noche en los arrabales del castillo. La ciudad estaba controlada por una mayoría judía, que convivía con sus discrepancias con cristianos y árabes. En ella vivían grandes poetas e intelectuales judíos. Cenaron habichuelas con

ensalada de coliflor, albóndigas de espinaca, potaje de castañas y un hojaldre de almendras. Las tres esposas se bañaron en tinajas enormes, ellos en barreños de roble. Libres de la suciedad del viaje: Azzam y sus músicos tocaron para los miembros de la academia talmúdica. Eran viejos amigos de Hasday, debido a la condición sefardí del médico, conectaron enseguida. Shifa cantó para ellos la canción de Las cinco lobas. Al ritmo de los tambores africanos, Daniel se marcó un baile. «Es tan inocente —pensó Raquel— su corazón es transparente, y sin embargo lo amo con toda mi alma».

Ante el largo viaje que les esperaba, Hasday mandó concluir pronto la actuación, deberían descansar. Mañana les aguardaba un día duro. No convenía que la tropa se desmadrara y cundiera la indisciplina en las filas. Ordenó a los oficiales montar las tiendas, el campamento ocupaba todo el valle. La colonia sefardí contempló asombrada desde lo alto de las murallas, el contingente de hombres y bestias, mayor que jamás había pasado por la ciudad. Esa noche Galindo no consiguió dormir, Shifa arrastraba con ella la colcha de piel de cordero cada vez que se movía, destapándolo y dejándole el culo al aire. Maldijo el día que se le ocurrió casarse. A la mañana siguiente compró a un judío una manta de piel de armiño para él solo. Estaba enamorado de su esposa, pero en ocasiones esta le sacaba de sus casillas. Ella le reñía cuando comía demasiado deprisa y luego por la noche tenía muchos gases. Se levantaba al escusado demasiadas veces y además de despertarla, la dejaba sin ropa para cubrirse. Era muy buena amante, pero al concluir el acto, solía hacerle demasiadas preguntas que, en esos momentos de éxtasis el cerebro de Galindo era incapaz de procesar. Preguntas sencillas y comprometidas a la vez. Esa noche, acampados en Lucena, después de hacer el amor, Shifa le preguntó:

—¿Por qué me quieres?

Galindo se quedó completamente en blanco, estaba agotado y comenzó a notar una desagradable sensación de desazón y ansiedad en su interior. Aun así por no contrariarla contestó:

—Porque eres muy guapa y dulce

—¡Solo por eso! ¡Dime algo más!

Galindo se encontraba totalmente fatigado, trató de mantener la calma y dijo:

—Porque eres maravillosa. ¿A qué viene esto ahora? ¿No podemos dejarlo para mañana?

—Esa respuesta tampoco me vale —respondió tajantemente Shifa.

—¿Pues qué quieres que te diga? —preguntó exasperado Galindo.

—Deberías empezar por probar a contarme, lo que soy capaz de hacerte sentir —le aconsejó Shifa.

—Me haces sentir el hombre más feliz de la Tierra. Desde que estoy contigo... ¿De verdad, no podemos dejarlo para mañana? ¿Acaso no tienes sueño?

—La verdad es que no, pero de acuerdo. ¡Descansa mi ángel!

Lo besó apasionadamente en los labios, antes de quedarse dormida. Esa noche no lo destapó, envuelto en su nueva manta de armiño, Galindo pudo dormir profundamente. No lo despertaron ni los pedos de Shifa, —esa noche era ella, la que había comido demasiado rápido, pues se encontraba nerviosa por el viaje y había acumulado muchos gases— ni los ronquidos de Alfonso en la tienda de al lado. El resto de la comitiva se había quejado varias veces de los ronquidos del capitán, nadie quería dormir en su tienda. Dicen que ese fue uno de los motivos porque su pretendiente cordobesa lo abandonó ingresando en un convento.

Alfonso incapaz de mantener una relación estable, —entre tanto sus mejores amigos se casaban— se embarcó en amores imposibles. Empecinado en una joven de origen íbero, esta no cesaba de darle calabazas. Vivía en el Alfoz en una pequeña casa de adobe, lo invitó a cenar varias veces. En ocasiones se le colgaba del cuello y no paraba de darle besos en la cara. Entonces el capitán se ruborizaba y trataba de sujetarla entre sus brazos. Ella se escabullía y corría a encerrarse en su habitación a llorar. Alfonso arrepentido, le prometió que se casaría con ella, luego la acompañaría en esta embajada y ya no volverían a separarse. El día de la boda la novia no

aparecía, la buscaron por toda la ciudad. Al final, agotados, avisaron a las autoridades. Dos días después la localizaron, había ingresado en un convento y se negaba abandonarlo. Al intentar ir a verla. La hermana superior le comunicó al capitán, que dejase de insistir, su prometida había escogido el camino del Señor. Alfonso desolado, esa noche decidió emborracharse con su amigo Daniel, y esperando mejores pretendientes se consoló con las prostitutas del zoco.

Levantaron el campamento apenas amaneció y emprendieron la marcha. Una gran fila compuesta de carromatos, caballerías y hombres, avanzaba por la vieja calzada que unía Córdoba con la ciudad de Elvira. Una tibia lluvia primaveral les refrescó el rostro, aliviándoles del espeso calor de la jornada anterior. Los caminos libres de polvo debido a la lluvia, se mostraban muy transitables para las ruedas de madera que rodaban sobre los ejes sin perder el ritmo, sorteando guijarros y baches, dejaron atrás grandes barbechos y colinas de escasa vegetación. Se detuvieron hacia el mediodía a almorzar en una zona boscosa, buscando el amparo de madroños y acebos para protegerse del agua. Llegaron a Elvira al anochecer, acamparon en el Albaicín. Los soldados permanecían alerta, la ciudad era propensa a las revueltas y había sido atacada por las tropas califales, sufriendo graves destrozos en el pasado. Esa noche todo parecía tranquilo, una luna brumosa apareció por el horizonte. Galindo y Shifa se quedaron sentados contemplándola, absortos por el cansancio, deseaban terminar cuanto antes aquel viaje y alcanzar su destino final. Esperaban vender muchos libros al llegar a Barcelona. Shifa apoyó la cabeza en su hombro y se quedó profundamente dormida. Alrededor del campamento se montaron rápidamente varios puestos de venta ambulante, mercaderes venidos del sur, les ofrecieron sedas, paños, tapices y mantas. No tuvieron mucho éxito, ese tipo de productos podrían encontrarlos fácilmente y de mucha mejor calidad en Córdoba. Otros puestos estaban repletos de herramientas, enseres del campo, cuchillos, guadañas, tenazas, hachas, vasijas y ollas de todos los tamaños. Algunos hombres se acercaron a curiosear pero casi nadie compró. No les apetecía acarrear con más trastos, en lo que les quedaba de viaje, las bestias ya estaban bastante agotadas, para aún encima hacerlas cargar con más peso.

Galindo cogió a su esposa en brazos y la metió dentro de la tienda, sin que

esta se despertara. Luego salió al exterior a charlar con el capitán. Alfonso se encontraba triste y amargado. Su pretendiente cordobesa, ni siquiera le había permitido verla. Galindo lo animó a pensar en otra cosa. Ella solo lo quería para que la llevara de paseo, cada vez que intentaba seducirla, apartaba la mirada y lo ignoraba como si la cosa no fuera con ella. En el convento estaría mejor, así no se crearía falsas ilusiones con la chica y el capitán podría descansar tranquilo.

—Olvídala, encontraras a otra al llegar a Barcelona —le sugirió Galindo.

—Es que no lo entiendo, si no me quería: ¿Por qué me dijo que la esperara aquel día en la iglesia para casarse conmigo?

—No le des más vueltas, ella solo pretendía casarse con el Señor.

Esa noche Alfonso durmió como un tronco, a los albores se encontraba mucho mejor. Empezaron la marcha, dos jornadas después la comitiva alcanzaría Almería. La ciudad se había convertido en poco tiempo en el puerto más importante de al-Ándalus, llegando a ser la puerta comercial del califato con el norte de África y Oriente. Sobre las murallas destacaba la alcazaba, convertida en el centro de operaciones militares más importante de todo el Mediterráneo. Se levantó por orden expresa de Abd al Rahman, elevándose sobre el conjunto de la ciudad, lucía su poderosa anatomía de piedra. Había sido construida encima del barrio de la Chanca —él más emblemático de la ciudad—. Un barrio repleto de cuevas, transformadas en viviendas de fachadas de diversos colores que, le daban al paisaje, antes de adentrarse en el mar, un tono cargado de una extraña armonía. La muchedumbre se amontonó alrededor de la caravana, recibiendo con vítores. Entraron en la fortaleza, después de ser saludados por las autoridades de la ciudad, les sirvieron una buena comida, compuesta por sopa, sardinas y perdicés.

Unas horas más tarde alcanzaron los muelles. Contemplaban asombrados la mayor flota que habían visto en su vida. Los navíos de guerra imponentes, extendían sus velas dispuestos a zarpar. Los libros y demás mercancías fueron metidos en contenedores de madera y cargados con poleas en el interior de los buques. Granujas, buscavidas y mendigos trataban de sacar tajada en medio de la marabunta humana que se formó en torno a la embajada. Los soldados desenvainaron las espadas tratando de dispersarlos.

En cambio, el miedo a la hambruna era mayor que a la muerte, y les costó quitárselos de encima, forzando a la comitiva a embarcarse lo antes posible.

El estruendo de los tambores fue la señal definitiva para la partida. Las naves de guerra iniciaron la marcha formando parte de la escuadra más grande y poderosa jamás vista, dispuesta a atacar Barcelona: si el conde de Suñer se negaba a aceptar las condiciones impuestas por al-Nasir, el gran califa del Ándalus. La mayoría de la flota aguardaría en alta mar el avance de las negociaciones entre Hasday y Suñer, buscando un acuerdo de paz que beneficiará el comercio entre los cristianos y árabes en todo el Mediterráneo.

El viento desplegó enormes velas, mientras eran sacadas del agua las pesadas anclas. La multitud rugió, miles de pañuelos y manos se agitaban en señal de despedida. Las naves desaparecieron de su vista, avanzando hacia el mar abierto, dejando tras de sí, blancas estelas de espuma. Las velas iban hinchadas como mágicas alas que volaban hacia el infinito. La flota avanzaba lenta, un barco ligero navegaría mucho más rápido, pero ellos debían armarse de paciencia, pues llevaban demasiada mercancía a bordo, además las bodegas iban cargadas a tope de provisiones y armas. El viento dejó de soplar de repente y una calma tensa se extendió por el mar.

Esos primeros días de navegación se hicieron duros, el sol pegaba fuerte, no corría una gota de brisa. El agua y el vino se repartían a partes iguales entre la tripulación. Los hombres se acostaban tarde, pues al anochecer comenzaba a refrescar y era la mejor hora para salir a cubierta. Se formaban corrillos donde los veteranos contaban historias sobre otras travesías. Algunos se entretenían jugando a los naipes, charlando y bebiendo bajo la luz de los faroles. En los rincones tejedores cosían el cuero y los escultores se divertían tallando figuras. Grupos de juglares componían canciones, mientras las parejas se escondían entre los toneles. Tumbados sobre un amasijo de redes, Galindo y Shifa, cogidos de la mano intercambiaban miradas. A su espalda Sayida y Azzam se entretenían gastándose bromas. En cuanto, a su lado, Raquel y Daniel no paraban de besarse. Alfonso estaba cansado de ver tanto amor y afecto por todos lados, aunque por una parte sentía una sana envidia de sus amigos, por otra estaba deseando quitárselos de encima. Se tumbó a mirar el mar, contemplando el vuelo de las aves, pensó en sus últimos días en Córdoba, echaba de menos el bullicio de las tabernas y los

mercados. De pronto el cielo se llenó de nubes y cayó un chaparrón de órdago, los relámpagos amenazaban con hacer trizas las velas, los hombres se apresuraron a recogerlas.

Entre risas Azzam y Sayida se refugiaron en los camarotes. Seguidos por Raquel y Daniel. Galindo y Shifa en cambio se quedaron en cubierta disfrutando de la lluvia. Enseguida cesó y volvió la calma. Los marineros volvieron a izar el velamen que cayó flácido, sin atrapar un hálito de viento. No les quedó otro remedio que volver a recogerlo.

Aquella calma se volvía desesperante, la comida corría peligro de fermentar en las bodegas, los dulces sabían amargos, el vino se convertía en vinagre, la carne se salaba continuamente para evitar su deterioro, las mantecas y sebos se derretían. El óxido comenzaba a aparecer en los metales y la madera a desquebrajarse. De todas maneras, aún faltaba mucho para que los alimentos llegaran a un estado de descomposición, el trayecto era demasiado corto para padecer ese tipo de calamidades, antes de ello, los generales darían orden de tomar tierra.

—En el Mediterráneo, sí que hace calor —dijo una voz a su espalda. Galindo se dio la vuelta y se encontró al bueno de Hasday, mirándolo con ojos de erudito.

—Está claro, esta calma no puede durar demasiado. Estamos muy cerca de África y eso se nota, en el Atlántico esto no suele ocurrir.

—Espero no se estropee el marisco, ni los dulces, eso nos obligaría a volver a la costa, a cargar más provisiones. Los productos en mal estado podrían producir una epidemia de fiebres. Las diarreas y los piojos, nos acompañarían como una plaga el resto del viaje. Si mañana no mejora el tiempo, habrá que pensar en tomar rumbo a Valencia. Un buen avituallamiento a tiempo, es mejor que sufrir calamidades —comentó Hasday.

—¡No me imagino en un barco lleno de pulgas y piojos! —exclamó alarmada Shifa.

—No te preocupes querida —dijo Hasday—, puedes ir tranquila a dormir

al camarote. He estado observando las estrellas y por su posición, presiento que mañana volverán los vientos y bajarán las temperaturas.

El avezado sabio acertó en su previsión: al amanecer los vientos alisos empujaron con fuerza las naves, los marineros corrían como locos, trepaban a los palos e izaban las velas, tensando los cabos. Alfonso despertó a sus amigos con una energía impropia de él.

—Levántense todos, vengan a verlo. ¡Tenemos viento!

Todos corrieron detrás del capitán. Las corrientes volvían a serles favorables, pronto llegarían a la ciudad condal.

—Encontraré una novia en esa maldita ciudad y no tendré que pasar el día viéndoos a vosotros besuquearos como marranos a todas horas —dijo Alfonso dirigiéndose hacia los tres matrimonios.

—Una mujer es lo último que necesitas. ¡Solo te traerá complicaciones, Gordo! —le dijo Daniel. Ese comentario le costó un sopapo de Raquel.

Los siete amigos rompieron a reír.

—¡Cuanto te quiero mi vida! —exclamó Daniel, apoyando su pequeña cabeza en el escote de su esposa.

—Déjate de pamplinas, eres un zalamero. Te echaré al mar, para que te devoren los tiburones —dijo Raquel en tono sarcástico.

—¡Ves lo qué te dije! —exclamó de nuevo Daniel—. Estás mejor solo.

Esta vez Raquel le dio un coscorrón con los nudillos en el cogote y le mordió con fuerza una oreja.

—¡Ah! ¡Mi amor! ¡Estate quieta! —rogó con una sonrisa de oreja a oreja Daniel—. Tienes razón querida. ¡Dejemos que nuestro amigo busque una mujer de raza y carácter como tú!

Raquel le echó una mano a los testículos y se los estrujo con fuerza, Daniel se puso rojo de dolor y dejó de bromear con su esposa. Ella le había ganado

la partida una vez más.

—Ya ves amigo, las esposas de los cristianos, no son tan sumisas como las de los musulmanes —dijo Daniel dirigiéndose a Azzam en referencia a Sayida.

—¡No te engañes amigo! En mi casa también manda ella. Lo que ocurre es que yo me porto bien y ella no necesita pegarme como a ti —respondió Azzam al comentario de Daniel.

Sayida rodeó con los brazos el cuello de su esposo y le acarició con ternura la barba. Por fin soplaba el viento y todos se sentían felices. Conversaron durante mucho rato, mientras las naves avanzaban surcando el mar. Bandadas de gaviotas y bancos de atunes, anunciaban la proximidad de la costa. En todas partes reinaba el buen humor. Los soldados batían palmas, cantando viejas canciones bereberes. Las autoridades salieron también a cubierta a disfrutar de la brisa y el viento. El bueno de Hasday disfrutaba viendo a la tripulación animada. En su vida jamás había viajado en barco. Era una sensación única, avanzar a través del mar, desafiando las leyes de la flotación. La misión que le había encargado el califa, bien valía correr el riesgo de realizar aquel viaje. Dio gracias a Dios por poder formar parte de aquella comitiva, y ser elegido por Abd al Rahman para dirigir las negociaciones con el gobernador de Barcelona en persona. Esperaba estar a la altura de tan importante misión. Le honraba que el califa, delegase tal honor en su persona. Si era merecedor de ello, solo el tiempo lo diría.

**Barcelona, julio del año 940**

Desgastados por las sucesivas invasiones de visigodos y sarracenos, los barrios barceloneses resisten, amparados por unas gruesas murallas, los avatares del tiempo. Sus calles y plazas se suceden, llenas de tiendas, edificios administrativos, museos, iglesias y palacios. El cosmopolitismo y la integración de distintas culturas, también es patente, aunque en mucho menor grado que en Córdoba; pues ante todo Barcelona es una ciudad cristiana. En las calles abundan las tertulias, las tabernas de moda, los estudios de distintos artistas y todo tipo de locales de ocio. Cualquier excusa es buena para tomar un buen trago y dar un garbeo por la ciudad.

El conde Suñer, un hombre de rostro afilado, nariz chata y barba puntiaguda, negocia con Hasday un tratado de paz, mientras la flota califal amenaza con invadir Barcelona. En el pacto que se firmará días más tarde, figura entre las duras condiciones impuestas por Abd al-Rahman a los nobles catalanes, el compromiso de estos de no apoyar a cualquier cristiano que no estuviera en paz con el califato, rompiendo así cualquier alianza con el rey de Pamplona.

—En cuanto firme este pacto, tendré que anular el matrimonio de mi hija con el rey Navarro —dijo en tono quejumbroso Suñer, dirigiéndose a Hasday.

—Siendo vos un hombre culto y estudiado, seguro que ese pequeño sacrificio, os aportará muchas más ventajas que inconvenientes. Piense que un tratado de paz, abrirá las puertas de toda Cataluña al comercio. Se enriquecerán con todo lo venido de Oriente. Al-Nasir mi señor, sabe que los catalanes son buenos comerciantes, en poco tiempo llenarán sus arcas con el oro proveniente de todo el Mediterráneo, Barcelona se equiparará a grandes metrópolis como Roma, Florencia o Atenas. Y todo gracias a su gran magnanimidad a la hora de cerrar este tratado. De cualquier modo, no nos dejemos llevar por la impaciencia. ¡Relajémonos un momento! Le convido a escuchar a mi amigo Azzam y su banda, interpretar una melodía oriental para

su nobilísima realeza.

Una de las mejores habilidades de Hasday para ganarse al soberano catalán. Aparte del uso de continuos halagos. Era su infinita paciencia. A pesar de sus ganas de cerrar cuanto antes el trato y regresar de nuevo junto a su familia. Nunca daba muestras de tener prisa y no se cansaba de agasajar al conde con continuos regalos, bien ofreciéndole joyas, telas variadas y todo tipo de presentes o, deleitándolo con continuas actuaciones musicales y muestras de teatro, interpretadas por artistas venidos de todas partes de la península que, había contratado en Córdoba especialmente para esta embajada.

Entró Azzam y su banda e interpretaron la canción de Las cinco lobas, que de nuevo cantó Shifa como si fuera un ángel. Suñer vestía una túnica de lana color carmesí con adornos blasonados, un manto forrado de cuero con broche, le caía sobre el hombro izquierdo. Aplaudió como un poseso, luego dirigiéndose a Galindo dijo:

—Nunca en mi vida he visto criatura más bella, eres realmente afortunado, cristiano. Es muy hermosa la mora, no me extraña te haya vuelto loco de atar, hasta el punto de tomarla como esposa.

Galindo que por sugerencia de Hasday, llevaba guantes de tafetán y anillos en los dedos; aunque detestase los lujos y las alhajas, pues los consideraba cosas de infieles. Pero desde que Shifa al verlo vestido con aquella lujosa túnica, rematada en una sutil capucha con borde de seda, le dijo que parecía un príncipe; ya no le producía tanta vergüenza, ir ataviado con tantos adornos y joyas. Se estaba acostumbrando a la buena mesa y a los lujos, mucho más rápidamente que se acostumbró a los rezos en el monasterio. La vida siempre tiene dos caminos: uno te conduce hacia la austeridad absoluta y la meditación, recorrerlo resulta demasiado sinuoso, abrupto, difícil y fatigoso; el otro nos guía hacia los placeres carnales y la riqueza, cómodo de surcar, pero no por ello exento de peligros, pudiendo caer atrapados en las redes de la soberbia y la avaricia; resulta generalmente mucho más fácil y atractivo. Pensó Galindo, agradeciendo a Dios la oportunidad de conocer ambas sendas de la vida.

—Cierto es señor, enloquecí por ella, desde el primer momento que la vi.

Y ahora estoy prisionero del enamoramiento, y la pasión más desatada y enfermiza. ¡Qué le vamos a hacer! De todas maneras me siento afortunado y doy gracias a Dios, por permitirme disfrutar de nuestro amor.

Los músicos y Shifa se retiraron. El monarca se encontraba complacido por la compañía del escritor y el médico. Le encantaban los libros de Galindo y la conversación de Hasday. Los días pasaban lentos en palacio, igual que las negociaciones. Algunas jornadas el monarca tenía que atender otros asuntos de gobierno. Entonces Galindo, acompañaba a Alfonso por Barcelona. Agobiados de la estrechez de las calles, en ocasiones cabalgaban extramuros hacia otros parajes. Avanzaron entre pinos y nogales, siguiendo el curso del mar, hasta alcanzar el deltaico entorno de Llobregat. Después de atravesar la enmarañada fronda de la ribera, dejan atrás los huertos, los trigos sesgados, los árboles frutales y los robles de espesas copas. Descabalgaron y se sentaron entre la tupida hierba para descansar. La ribera revestía un especial interés ornitológico, en los aguazales, gran cantidad de aves se detenían a pasar el invierno, incluso criaban en primavera. El color verde de la hierba, contrastaba con el color ocre del trigo que, reverberaba fustigado por el sol, derramándose con fuerza sobre sus cabezas.

—Deberíamos darnos un baño —sugirió Galindo.

—Es posible que haya alimañas en el agua —dijo Alfonso.

—Ja, ja, ja... —rió Galindo—. Las mayores alimañas están fuera. ¡Cuéntame amigo! ¡Últimamente te noto distante! ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—No podrás creértelo, pero me la encontré en la ciudad.

—¿A quién?

—A mi prometida la monja.

—¡No es posible!

Unos meses atrás, cuando partieron de Córdoba, Laura incapaz de adaptarse a la dura disciplina de aquel convento castrense situado en los

alrededores de la ciudad, comenzó una huelga de hambre. Las hermanas alarmadas, le preguntaron qué le sucedía. Ella les contestó: simplemente no he nacido para esta vida. La dejaron marchar y decidió viajar con una caravana de titiriteros hacia Barcelona, se pagó el sustento, cosiendo ropa para los artistas. Al llegar a la ciudad encontró trabajo de pastelera en una tahona. Un día Alfonso fue a comprar pan, y su sorpresa resultó mayúscula, cuando se la encontró de frente. Laura lo miró sorprendida e inquieta a la vez.

—¡Alfonsito mi amor! ¡Es un milagro de la Virgen de la Macarena, que nosotros nos encontrásemos hoy aquí!

Aquel encuentro, en principio, el capitán lo tomó como un mal augurio. Ahora que estaba empezando a superarlo, la mala suerte parecía perseguirlo. Laura era bajita, apenas medía un metro cincuenta y no paraba de hablar un instante. Hija de un moro y una cristiana, su piel era oscura, su pelo negro y sus labios gruesos y sensuales.

—Cuanto lo eché de menos en aquel convento. ¡Virgen de la mar hermosa! ¡Sí es mi niño bonito!

—¡Pero si me dejaste tirado en el altar! —exclamó iracundo Alfonso.

—Perdóneme mi amor. Estoy pasando una crisis existencial, deberíamos quedar vos y yo y le explico. Amigo Garrido, yo le eché mucho de menos, pero debido a mi estado, no fui capaz de acudir a su encuentro.

Estupefacto y sin entender nada: Alfonso, que en ocasiones se mostraba demasiado confiado, sobre todo en lo referente a asuntos de mujeres, decidió darle otra oportunidad. Aun a sabiendas de que aquel encuentro, había perturbado su tranquila estancia en Barcelona. Quedaron para pasear en varias ocasiones. Incapaz de invitarla a la casa que tenía arrendada en la ciudad: le aterraba la idea de tener que cocinar para ella, siempre había sido un niño mimado, incapaz de pelar una patata, muy perezoso, y le daba vergüenza encargar la comida fuera. Decidió comprar un jamón y una hogaza de pan e invitarla a almorzar en el campo. Buscó un lugar en la espesura donde nadie pudiese verlos. Una vez allí, se sentaron en una manta que Alfonso extendió sobre el suelo. El capitán muerto de deseo, intentó acariciarle el cuello con suavidad, ella estaba temblando. Debería actuar son

sutileza o la asustaría. Le abrió el broche que sujetaba su túnica blanca, dejando el hombro y parte de un pecho al descubierto, sobre el que colgaba un rosario de plata. Suavemente comenzó a besarle el pecho, hasta llegar al borde del pezón que estaba contraído. De momento la cosa iba bien, parecía que mientras se lo chupaba, el pezón comenzaba a endurecerse de deseo, pero fue solo una ilusión. Ella se subió la túnica azorada, cubriéndose el pecho.

—¡Mujer, si no voy hacerte nada! —exclamó desesperado Alfonso.

—Es que he dormido fatal esta noche y no tengo ganas de nada —contestó Laura.

Estaba ruborizada y muy asustada. Alfonso se sintió culpable, no debería haber ido tan deprisa con ella. Pero su erección era considerable y su actitud de mojigata, lo estaba matando.

—¡Déjame al menos verte el pecho! ¡Eres tan hermosa!

—No puedo, siento vergüenza, me veo vieja y mi piel se vuelve cada día más áspera. Cada vez tengo más grasa, me duele mucho la cabeza últimamente y me he vuelto muy olvidadiza, además tengo baja la autoestima.

Ante todos estos síntomas, Alfonso desistió y la acompañó al día siguiente a visitar a Hasday. Él le prepararía unos remedios afrodisiacos para alejar de ella los temores y despertar la libido. Alfonso le comentó al doctor los síntomas de la paciente. Hasday la mandó tumbar en una camilla y desnudarse de cintura para arriba.

—Me da vergüenza desnudarme delante de un hombre —alegó ella.

Ante este inconveniente, Hasday mandó salir a Alfonso de la sala.

—No te preocupes soy un profesional. Solo voy a examinarte.

Con mucho esfuerzo ella consiguió dominar su pudor y se quitó la parte de arriba de la túnica. Después de examinarla, la mandó vestirse y sentarse en el diván.

—En principio todo está en orden —dictaminó Hasday.

—¿Y la falta de sueño? —preguntó Laura.

—Quizás sea por la falta de sexo. La actividad sexual es un sedante natural, debido a algunas hormonas que son segregadas durante el orgasmo femenino. Las personas que no practicamos sexo habitualmente, debemos tratar de superar esa carencia, mediante el ejercicio físico.

—Soy muy perezosa para hacer deporte, además no tengo tiempo, trabajo demasiado.

—Entonces prueba con el sexo.

—Pero si soy muy mayor para practicarlo —dijo ruborizada

—No, lo que ocurre es que te estás marchitando por no practicarlo. Una mujer después de mucho tiempo sin contacto con un hombre, pierde el semblante juvenil. Es por la falta de colágeno, esta sustancia se produce durante el roce íntimo, y vuelve la piel de las mujeres más suave y sedosa.

—Pero como se van a fijar en mí los hombres, con esta flacidez —dijo llevándose la mano a las nalgas y sujetando un trozo de carne—, además se me esté cayendo la piel de las rodillas.

—Deberías hacer ejercicio para fortalecer muslos y pechos, todavía eres una mujer joven. Sí no tienes tiempo para ello en su defecto, podrías practicar sexo: además de endurecer los músculos, oxigena la sangre que luego se dirige al cerebro, mejorando la memoria y así evitarás al mismo tiempo tanta jaqueca.

El doctor le recetó una dieta, basada en una larga lista de productos afrodisiacos, que contenían todas las vitaminas necesarias para mantener unas buenas relaciones afectivas. Una dieta rica en estimulantes como el cilantro, enebro, ginseng, alcaravea, sándalo, salvia y jengibre que, tan buen resultado le daba a Abd al Rahman en sus momentos de flaqueza; pescados como la anguila, lamprea, salmón, caballa, arenque y boquerones; moluscos como las ostras, almejas, mejillones y vieiras; mariscos como gambas, cigalas y

langostinos; frutas como aguacate, higos, naranjas, uvas, manzanas, papaya, bananas y trufas; así como otros productos como tomates, zanahorias, chocolates, miel, vainilla, anís, azafrán, caviar y en dosis moderadas también el apio. Hasday haciendo una deferencia, ya que se trataba de una paciente especial que venía de parte de un amigo. Le regaló un libro para estimular la actividad sexual, que contenía diversas recetas afrodisiacas de caldos, sopas, jarabes, vinos, tés, cafés, infusiones, consomés; y diferentes platos compuestos por huevos, leche, pollo, criadillas, té, café, aguamiel, frutos secos... Toda una miscelánea de productos, destinados a un solo y único fin, disfrutar del placer de comer y yacer bien acompañado.

Laura dio las gracias al doctor. Entonces este hizo entrar a Alfonso que le agradeció a su amigo los servicios prestados. Contento con la dieta recetada a su amada, Alfonso decidió esperar hiciera pronto efecto en la enferma y, con renovados bríos, se decidiera a entregarse a la lujuria. Pero Pasaron los días, y ella rechazaba constantemente, las invitaciones del capitán para visitar el campo, y poner en funcionamiento el tratamiento. Cada vez le daba la misma excusa: tengo demasiado trabajo y no puedo abandonar la tahona. Alfonso le ofreció casarse con ella, así no tendría que trabajar más. Laura se revolvió furiosa, diciéndole que no era una holgazana y no pensaba depender de ningún hombre. El capitán se estaba hundiendo, llevaba días sin verla y, el tratamiento del doctor parecía no surtir el efecto deseado en la paciente. Al verlo tan abatido, después de escuchar su relato, Galindo le sugirió:

—¡Deberías olvidarla! Está claro que ella no tiene las ideas claras. Esa mujer solo te traerá complicaciones.

—¡Es qué no la entiendo! ¿No sé, a qué diablos juega? —contestó enfadado Alfonso.

—Lo cierto, es que yo tampoco la entiendo. La culpa es tuya, ¡no vayas a verla más! Si realmente te quiere, ya te buscará ella.

El capitán aceptó el sabio consejo de su amigo y dejó de frecuentar la tahona donde ella trabajaba. Pasaron el resto de la jornada, pescando y cazando aves. Regresaron cuando ya anochecía a la ciudad, ufanos y contentos, habían capturado tres patos y dos faisanes. Esa noche no faltaría la comida en sus hogares. Como Alfonso no sabía cocinar, Galindo lo invitó a

cenar con su esposa, que lo hacía todo maravillosamente bien. Alfonso envidiaba a su amigo. Le encantaba Shifa, sus modales y carácter, era una mujer maravillosa. Se encontraba a gusto con aquel matrimonio tan bien avenido. Le encantaría encontrar a una mujer que cocinase solo para él. Debería buscar una buena esposa y siguiendo el consejo de su amigo, olvidarse para siempre de aquella monja del diablo.

En un instante, Alfonso sintió su mundo vacío: todos sus amigos habían encontrado esposa menos él. Andaba distraído, pensando en volver a la tahona en busca de Laura. Las negociaciones de Hasday y Suñer iban por buen camino y, su estancia en Barcelona llegaba a su fin. Harto de la tensa espera, resolvió, regresar al camino de la perdición para tratar de olvidarla. Volviendo a los viejos vicios: la bebida, el juego y las mujerzuelas. Comenzó a propasarse con la bebida y pronto le vetaron la entrada en muchos locales. Un día tras una fuerte borrachera, despertó al alba rodeado de mendigos, estos hallaron placer en vengarse de un extranjero olvidado por el infortunio y comenzaron a apedrearle e insultarle. Alfonso echó a correr y huyó como pudo. Los mendigos habían vaciado sus dedos de anillos y su cuello de colgantes, le robaron la túnica y su espada mora. Cuando regresó a sus aposentos en palacio, presentaba una imagen lamentable. Hasday al verlo en ese estado, preocupado, le pidió a su amigo Galindo que tratara de razonar con él. Después de darse un baño, se vistió con una túnica de damasco y un manto de pedrería. Avisó a un barbero para que le recortara convenientemente la barba y salió de nuevo a la calle, comenzando a caminar sin rumbo. Entontes de súbito se encontró mal: una ansiedad brutal le atravesó como una lanza el pecho, se tocó la panza oronda, fruto de la ociosidad y la buena mesa y se vio a sí mismo viejo y enfermo de vanidad. La cabeza le daba vueltas, por unos instantes creyó que iba a morir. Estaba pálido como la cera, le prometió a Dios que si salía de esta, no volvería a probar la bebida.

Entonces apareció ella, envuelta en una manta de fina lana, la cabeza cubierta con un turbante de seda. Altiva se acercó a él, mirándolo con cierta ternura. Se sentó a su lado, sobre unos escalones del patio de una casa, donde Alfonso se había detenido debido a su mal estado. Laura trató de calmarlo, Alfonso estaba aturdido, sin habla; una angustia lacerante le atravesó la garganta al verla de nuevo, como consecuencia de un vahído perdió por unos

instantes el sentido, dejó caer la cabeza sobre su hombro y después de permanecer un rato inconsciente, rompió a llorar como un niño, presa de una congoja brutal. Ella le acarició tiernamente los cabellos, mientras le hablaba en susurros al oído, tratando de serenarlo.

—Lo superarás, un hombre tan fiero que ha combatido en tantas batallas, saldrá de esta crisis —dijo Laura.

—¡Estoy roto!, ¡sin ti no soy nada!, he perdido el rumbo y me estoy sobrepasando con la bebida. ¡Te necesito!

—Amigo no te equivoques conmigo, yo no soy un pañuelo donde ahogar tus penas. Estás perdido porque has abandonado la senda del Señor y careces de metas en la vida. ¡Interiorizarte! Busca la divinidad que hay en ti. Tú eres tu mejor y único amigo. Debes encontrar el camino del Señor, a base de trabajo y plegarias; renunciar a los vicios mundanos y ponerte a su servicio. Él mejor que nadie sabrá guiarte.

—¡Pero yo solo os quiero a vos! —gimoteó Alfonso.

—¡Miraros sois un desastre! ¿Qué podéis ofrecerme a mí, como mujer?

—Sustento, comida, un hogar... —propuso Alfonso.

—Lo siento, pero no estoy enamorada de ti, te veo solo como a un amigo y te aconsejo como tal. Siento haberte hecho crear falsas ilusiones.

La panadera le ayudó a incorporarse, el capitán casi no daba caminado, se encontraba exhausto. Lo dejó en la entrada de sus aposentos en palacio, donde Hasday y Galindo avisados por los criados, ordenaron a estos llevarlo a su alcoba; lo desnudaron para que Hasday lo examinase. Estaba asustado, sin comprender porque se sentía tan mal, por su cabeza pasaron los peores temores: todo apuntaba a que había contraído una de esas enfermedades venéreas que le llevarían a la muerte, de que otra manera se podía explicar su debilidad. El Señor lo castigaba por sus pecados y su vida disoluta.

—Por esta vez hemos tenido suerte, descartada la sífilis y la gonorrea. Lo único que has sufrido es una crisis de ansiedad —dictaminó Hasday—. Debes

cambiar de hábitos. Hacer ejercicio físico y menos libros. Te he observado últimamente, pasas el día encerrado en la biblioteca leyendo filosofía, y luego por las noches te devora la ansiedad y sales por las calles a comerte el mundo.

Le recetó unas tisanas de valeriana e hierba luisa, y le instó a comer menos carne y más fruta y verduras. Alfonso dio las gracias a su amigo y se quedó solo tumbado en el lecho. Aquella tregua lo estaba matando, después de Simancas no había vuelto a combatir, descuidando totalmente su condición física. La vida de comerciante le desesperaba, debía aceptar los consejos de Laura y buscar las repuestas a sus dudas y miedos en su interior. En vez de descargar toda su frustración, consumiendo tinajas de vino sin parar. En esos momentos de flaqueza, sintió el mundo menguar a su alrededor; debería dominar su testosterona y actuar con cautela, descansó durante dos días, una vez repuesto comenzó practicar deporte. Corría dos horas al día y hacía series de treinta abdominales, flexiones y ejercicios con pesas. En un mes volvió a ser el fiero guerrero de siempre, tronzaba unos treinta troncos con el hacha cada mañana antes de desayunar, luego corría treinta kilómetros y nadaba tres millas. Cuando Hasday y Suñer firmaron el tratado de paz, y toda la comitiva abandonaba Barcelona en la flota califal para regresar a Córdoba, Alfonso ya estaba hecho todo un Hércules. Se había reencontrado con el Señor y ya no había vuelto abusar del vino. A la biblioteca acudía con moderación. Lo mejor de todo, era que logró convencer a Laura para que los acompañase en su viaje de vuelta a Córdoba. Necesitaban una cocinera para el trayecto y ella aceptó el trabajo de buen grado. Además Shifa se había hecho muy amiga suya, aconsejándole diese una nueva oportunidad a Alfonso, pues este se encontraba muy cambiado.

—No lo sé, ¿podría salir mal? —dijo Laura.

—Bueno mujer, la que no arriesga, no vive. ¡Alguna vez tendrás que dejar el hábito! —exclamó Shifa.

—¡Pero sí ya no lo llevo puesto!

—Hablabas metafóricamente mujer, verás la virginidad, es algo que una vez se pierde, ya nunca una desea volver a recuperar.

—De momento no quiero desprenderme de mi divinidad. No al menos hasta que encuentre al hombre adecuado —comentó Laura.

—No lo sé chica. Pero con las vueltas que le das a todo, tengo la impresión de que cuando encuentres a tu príncipe azul, nunca será del tono de azul adecuado para ti.

—Debes de reconocerlo querida Shifa: no es lo mismo un azul de un tono celeste que fucsia. Además yo estoy muy bien así.

—Tienes razón —concluyó Shifa, pasándole un brazo sobre el hombro a su amiga—. Esperaremos a que aparezca el chico adecuado.

Desde la popa del barco, vieron alejarse los muelles y las murallas de la ciudad, mientras partían rumbo a la capital del califato. Las dos amigas abrazadas, continuaron durante un rato conversando. Luego Shifa se desprendió de Laura para ir junto a su esposo. Quería retener en su memoria, según se alejaban de la costa, los últimos vestigios de una ciudad, que ahora apenas se distinguía de un destello, donde habían pasado aquellos meses tan felices en la corte del conde cristiano.

## Galindo

Córdoba, Antequera septiembre del año 940

Descendimos por el camino en pendiente, todavía estábamos lejos de los arqueros que defendían las torres, al mismo tiempo que los vigías, ya hacían sonar sus cuernos para avisar al pueblo de la llegada de la embajada. Cruzamos el largo puente romano, camino de las murallas. Bulliciosos y jaraneros los cordobeses se acumulaban a la entrada de la ciudad para recibirnos. En cuanto llegamos nos asieron varias manos, obligándonos a descabalar. Sin darnos tregua fuimos alzados a hombros por varios ciudadanos. La gente estallaba de júbilo, celebrando el tratado de paz obtenido para el califato. La muchedumbre nos rodeaba: no solo comerciantes, también guerreros, buscavidas, rústicos, campesinos, buhoneros y la chiquillería en general. Ellos sabían que Hasday y yo éramos los líderes de la comitiva, los verdaderos artífices del éxito obtenido, por eso nos trasladaron a hombros hacia el alcázar. Desde allí fuimos escoltados por la guardia real, hasta las dependencias del califa. El magnate sarraceno vestía una túnica de lino crudo y calzaba babuchas de tafilete, bordadas con hilo de oro. En su pecho resaltaba un medallón de plata grabado con la figura del cuello y la cabeza de una jirafa, llevaba una capa de azul intenso y de broche una gema anaranjada. Nos inclinamos ante él, que dio una sonora palmada, al momento acudió un lacayo africano portando una bandeja con limonada.

—Podría ofreceros vino, pero después del largo viaje os aconsejo agua con limón, es buena para recuperar energías; además según mi honorable amigo resulta un excelente enjagüe bucal —dijo Abd al Rhaman, refiriéndose a Hasday.

—Sí, un buen remedio para proteger el esmalte de las encías —concluyó el doctor eufórico, tras el multitudinario recibimiento.

—Córdoba os ama amigos, como yo os amo. Por favor alzaros y venid aquí sentaros a mi lado —les ofreció el califa.

La estancia era acogedora, de las paredes colgaban pieles de leopardo y de lince. Nos sentamos en un diván al modo árabe. Abd al Rahman se veía feliz rodeado de su séquito y algunas concubinas. Me felicitó por mi último libro. Trataba de un cristiano enamorado de la esposa de un sultán; al que este quitó la vida después de un sangriento combate. El final era triste, pero a mi señor le agradó la idea de que saliese victorioso de la contienda el soberano musulmán. Aunque reconoció, según su juicio, que los sentimientos del cristiano: un humilde caballero sajón desterrado de sus tierras por los suyos, eran sinceros e inquebrantables. Prefirió hacer frente a su destino y batirse en combate a muerte con su enemigo, que aceptar la fortuna ofrecida por el sultán por olvidarse de todo, y regresar a su tierra con suficiente dinero para comprar un ejército, enfrentarse a su familia, restituir su legado, recuperar sus tierras y de paso el honor perdido.

El sultán pudo haberse negado al duelo, prenderlo y ejecutarlo. Pero después de comprobar que su amor por su esposa, era correspondido por esta, decidió aceptar el desafío. Después lo derrotó tras un duro combate. Tras ver a su amado caer muerto, la esposa del sultán se quitó la vida con una fina daga, eligiendo morir antes que vivir en cautiverio. La historia era dura y desgarradora según me dijo Abd al Rahman, pero le cautivó de tal forma que después de leerla dedujo que, los sentimientos del caballero cristiano eran similares a lo que yo sentía por Shifa. Yo le expliqué que por mucho que quisiera batirme en duelo con nadie, yo era solo un hombre de Dios y nada sabía del manejo de las armas.

—Quizás sería bueno que aprendieras a luchar —me aconsejó Abd al Rahman.

—Con todos mis respetos, yo ya lucho con las palabras mi señor. La guerra es siempre, más un problema que una solución —dije inclinando la cabeza ante el califa.

—No estoy de acuerdo —dijo Abd al Rahman—. Eres un romántico, pero también un caballero. Quizás la vida de la bella Shifa, pueda correr en algún momento peligro y tú has de estar preparado para defenderla. Te asignaré un

maestro y aprenderás el arte de la espada y el arco.

—Como vos lo deseáis mi señor —dije inclinándome ante él, consciente de que no serviría de nada oponerme.

Verme reflejado en el personaje del caballero ayudó a mi señor a tomar conciencia, de mis verdaderos sentimientos hacia Shifa y permitir que nuestro matrimonio tuviese lugar. Nunca me cansaré de darle las gracias por su indulgencia, mientras viva. Me alegra verle contento por el pacto logrado con el conde Suñer. También soy consciente de que las prolijas negociaciones de paz entre Córdoba y León, aunque algo enquistadas últimamente, van por buen camino. Mientras tiene lugar las conversaciones para alcanzar una tregua, las operaciones militares no se han paralizado. El califa termina de recibir dos partes de triunfos, obtenidos contra los cristianos, que fueron leídos en la mezquita de Córdoba. Pese a las hostilidades, las negociaciones para alcanzar una tregua continúan a buen ritmo. Las embajadas entre una y otra ciudad se suceden, pero sin llegar a fructificar del todo. Los dos soberanos, tanto mi señor como el rey Ramiro, son tozudos y obstinados, será difícil alcanzar un acuerdo. Entre tanto debemos descansar y recuperarnos del duro viaje a Barcelona. Shifa me espera desnuda en la cama, hacemos el amor y nos dejamos caer rendidos, el uno imbuido en los fluidos del otro. Se hace de noche y nos quedamos dormidos. Nada como un reconstituyente sueño para recuperar fuerzas, y prepararme para un duro adiestramiento, en el difícil arte de la guerra.

Estoy flamante con mi nuevo uniforme de guerrero. Para la cabeza escogí un sencillo casco cónico, colocándolo sobre un turbante que se me ajusta muy bien al rostro, me cubre parte de la frente, casi hasta el entrecejo, protegiéndome del polvo y el viento. Sobre la túnica de lino blanco llevé una cota de malla que cubre el cuerpo, los brazos y los muslos, deteniéndose en las rodillas. El escudo es ligeramente ovalado, así conseguiré rechazar mejor los golpes de las espadas, ayudando a resbalar el acero al impactar sobre su superficie. La espada es un arma recta y ligera, forjada por el mejor acero de todo el Ándalus. De poco me servía, pues no tenía ni idea sobre su manejo. Llevaba más de una jornada de viaje, mi caballo comenzaba a agotarse, cuando llegando a los pies de la sierra del Torcal, divisó en lo alto de la ciudad, las imponentes almenas de la fortaleza. Ese era mi destino, en aquel

castillo se alojaba Tariq ibn Ziyad, mi maestro en el arte del combate para los próximos tres meses. Me esperaba una larga estancia lejos de mi esposa en Antequera. Al principio pensé en llevarla conmigo, pero el califa me aconsejó que no lo hiciera: «la compañía de una mujer ablanda demasiado el corazón de los hombres. Se quedará por un tiempo en la corte, así el príncipe podrá disfrutar de su compañía cuando se le antoje. No temas, su integridad será respetada, para temas de alcoba, mi hijo tiene cientos de esclavas a su servicio. Además al-Hakam tiene un corazón noble y jamás pernoctará con la esposa de un amigo».

Yo confiaba en el príncipe y mi esposa, sabía que su relación no iría más allá de la amistad. De todas maneras que podía hacer un pobre plebeyo como yo, si el hijo del hombre más poderoso de todo el Ándalus, se le antojaba copular con su esposa. Por suerte al-Hakam era una persona noble y respetuosa, carecía de la tiranía y crueldad de su padre. Jamás obligaría a Shifa a entregarse a él, en contra de su voluntad. Y si su esposa accedía libremente a disfrutar de los atributos del noble príncipe. ¿Quién era yo, para privarla del derecho a disfrutar de las delicias de la vida? Desde el principio de nuestra relación quedó bien claro que, en primer lugar ella pertenecía al califa, en segundo al príncipe y en tercero a mí. Me daba mucha rabia no ser el primero. Estaba con esta y otras divagaciones cuando el emir de la ciudad salió a recibirme, era un hombre de corta estatura, se llamaba Al Tawil. Ordenó a los criados que me subieran el equipaje. Mis aposentos se encontraban situados en lo alto de una almena, situada al sur de la muralla. Desde allí las vistas eran esplendorosas, giré la falleba de la ventana y pude contemplar la sierra cargada de nogales y olivos, así como la peña denominada de los enamorados, vestida de amarillo por la flor de las retamas en aquella época del año. Me encontraba demasiado cansado para conciliar el sueño. Mi mirada rasgada por el sol, buscó cobijo en el interior de la alcoba. Llevaba solo dos días fuera de casa y ya echaba de menos a mi esposa. Quizás me vendría bien, deshacerme del yugo del matrimonio por una temporada. Tendría más tiempo para mis lecturas y oraciones, aunque desde que abandoné el monasterio, había perdido bastante el hábito de rezar. El sol todavía estaba muy alto para acostarme y además tenía hambre. Bajé al comedor y pedí a los criados, me sirvieran un pavo de corral con aceitunas negras y una ensalada de frutas. De beber me trajeron agua con limón, muy buena para las encías, según le aconsejó mi amigo Hasday al califa.

Al terminar de almorzar, salí a dar una vuelta por la ciudad. Huele a carne asada, estiércol, perfumes apestosos, agua putrefacta, cagafierros y polvo. El ruido es formidable: música, cantos, gritos de vendedores anunciando la mercancía, mugidos de bueyes, carcajadas y trifulcas. No paro de sudar bajo la cota de malla, la sangre corre furiosa por mis venas, estoy excitado ante la magia del lugar. Saliendo a extramuros, el campo hierve bajo el sol aplastante, un reguero de personas se pierde entre los tenderetes de comida, venta de reliquias, curanderos, herreros, queseros y cómicos. Hay bailarinas de la danza del vientre, venidas de Bagdad. Me asombra el ambiente de la ciudad. El emir me explicó que era día de feria, mañana los buhoneros se largarán con sus mercancías a otro lugar y la población recuperará la tranquilidad de costumbre.

Huyendo del bullicio, camino por un sendero rumbo a la sierra. Allí me encuentro, recogiendo agua en una fuente con una hermosa joven muladí, tiene una melena larga que le cae sobre la cintura con garbo. Su rostro de delicadas facciones está cubierto por un turbante, desde cuyo interior me observan unos hermosos ojos, lanzándome una penetrante mirada que me deja helado. Me sonrío al pasar, en unos instantes me siento perdido. Su cintura es estrecha, intuyo, debe ser diez años más joven que yo. Se llama Sira. Nos quedamos durante un rato charlando, sentados sobre el borde de la fuente. Supongo se siente atraída por mi flamante armadura y mi porte de caballero. De pronto permanecemos unos instantes en silencio. Prisionero bajo el azogue de su mirada, siento como ángeles celestiales volando alrededor de mi cabeza. Es una criatura divina, muy hermosa y dulce. Hija del dueño de una tahona. Trabaja duramente desde niña en el negocio de su padre. Un tío suyo le enseñó a leer y escribir en árabe. Le ayudo a llenar la jofaina de agua y me despido amablemente. Se hace tarde, ella debe regresar a la tahona o su familia sospechará, y se verá obligada a dar explicaciones sobre nuestro encuentro. Aún no me acababa de instalar en la ciudad y ya había hecho una amiga, me temo que mi estancia aquí se alargará un tiempo. Lleno una calabaza de agua y regreso a mis aposentos a descansar, mañana será un día duro, comenzará mi instrucción y conoceré al maestro.

La primera lección tiene lugar en la sala de armas. En comparación con la suntuosidad del alcázar de Córdoba, la decoración de la fortaleza es austera e

incluso de mal gusto: pieles de leopardo, tigre, cebra, jirafa, cocodrilos, elefantes, hipopótamos, traídas de África, rivalizan con cabezas disecadas de ciervos, lince, lobos, jabalíes, gamos, rebecos, ardillas, nutrias y zorros, provenientes de la fauna ibérica. Decoran las paredes, colgadas igual que lienzos, tratando no superar en altura, la estatura del ciudadano medio. Al no ser colocadas, demasiado altas, uno puede mirar a todas esas fieras directamente a los ojos, y sentir parte de ese pavor que mostraron antes de fenecer, en un último esfuerzo por aferrarse a la vida. Enfrentándose a la muerte en un vago intento de transmitir pánico a sus captores, para posteriormente caer derribadas por sus flechas y lanzas inexorablemente.

El maestro es alto y delgado, tendrá sobre cincuenta años, una barba escasa tintada de gris claro, en su tonalidad se nota claramente el influjo de la edad. Aunque todavía conserva una complexión atlética, se le nota lejano y frío como presa de una extraña amargura, ajeno a todo lo que le rodea. Parece haber aceptado el encargo del califa de instruirme de mal grado.

Luchamos con espadas de madera, intento esquivar sus golpes, pero soy tan torpe que termino varias veces en el suelo. Él me ordena levantarme, su mirada es fiera y vuelve a golpearme una y otra vez con fuerza. Recibo el impacto de sus golpes, en la cabeza, el pecho, los hombros, los brazos, las piernas y la cintura.

—Si sigues defendiéndote como un monje, voy acabar machacándote. Todos estos golpes debes aprender a intuirlos para lograr esquivarlos. Si estás todo el rato quieto es muy fácil atacarte. Primero debes aprender a bailar como una mujer, para luego poder defenderte como un hombre. ¡Vamos mueve los pies e intenta esquivar los golpes!

Estaba tan nervioso que me oriné encima, aun así, hice lo que me dijo: moví los pies dando pequeños saltos a izquierda y derecha, tratando de imitar un antiguo baile folclórico típico de mi tierra. Dio resultado dejé de recibir tantos golpes. A la noche tenía el cuerpo lleno de moratones, los empapé con emplastes de savia de enebro y me aliviaron un poco el dolor. Había recibido más palos en un día que en toda mi vida.

Cada día me levantaba más temprano, por la mañana trataba de golpear con la espada un carnero colgado de un hierro que, el maestro movía de un

lado a otro tratando de que no lo alcanzase. Intentaba clavar mi espada en él, pero me pesaba tanto el acero que, cuando enfilaba mi objetivo, el animal se encontraba ya en otra parte. Entonces Tariq ibn Ziyad, me lanzó el carnero encima que, impactó contra mí con todo su peso y acabé tirado sobre el barro.

—Bailas demasiado lento, y tus brazos son muy débiles. Comenzaremos a hacer series de flexiones para fortalecerlos.

Entonces me mandó colgar de una viga del techo, teniendo que subirme previamente a una escalera para alcanzarla. Mis pies quedaron suspendidos en el aire, cuando retiró la escada. Traté de tocar la viga con el pecho, solo con la fuerza de los brazos en varias ocasiones, repetí el ejercicio varias veces, antes de dejarme caer al suelo. Me dolían terriblemente los brazos. Pero con el paso de los días, los músculos comenzaron a hincharse, cada vez bailaba más rápido y el maestro me golpeaba menos veces. He aprendido a parar los golpes, pero todavía termino demasiadas veces por los suelos. Acabo las jornadas agotado, sin ganas de salir a pasear. Llevo días encerrado en la fortaleza, todavía no he vuelto a la sierra a ver a mi amiga Sira. Mejor así, el califa tiene razón: la presencia de una mujer ablanda demasiado el corazón de un guerrero. Debía mantenerme lejos de cualquier distracción, solo concentrado en la lucha, igual que un antiguo guerrero hoplita. Los hoplitas eran sometidos a grandes períodos de instrucción, durante toda su vida. El casco les cubría el rostro, la parte trasera se sobreponía a la coraza, protegiendo totalmente el cuello y la cresta decorada con crines de caballo ayudaba a impresionar al enemigo. El hoplita griego era un fiero guerrero, que manejaba una pesada lanza de carga y una espada corta, cuando el combate se sucedía en espacios reducidos. En esa época resurgió con fuerza la leyenda de Aquiles, el héroe griego por excelencia: apuesto, valeroso y propenso a los excesos de todas las emociones. Se batía en combate con coraje, sin tener nunca miedo a la muerte.

El miedo, esa seguirá siendo mi asignatura pendiente, había aprendido a bailar con la espada, la danza de la guerra ya no era un problema para mí. Pero seguía actuando demasiado a la defensiva. Debía perder el miedo al enfrentamiento directo. La mejor defensa es en ocasiones, el mejor ataque. Guiándome por mi instinto blandí mi espada con fuerza y atacé con rapidez al maestro. Él se defendió con habilidad y trató de golpearme en varias

ocasiones. Esta vez logré esquivar sus golpes y lo obligué a emplearse a fondo, para retener mis embestidas. Pensé en aquellos fieros guerreros griegos, dirigidos por Aquiles, camino de Troya, luchando rabiosos, sin temer a la muerte, esquivando una lluvia de flechas, mientras muchos de sus compañeros se dejaban la vida, ellos avanzaban inexorablemente, asediando y conquistando las ciudades enemigas.

Moviéndome a una velocidad endiablada, conseguí hacerle frente al maestro. Pero en un despiste, me cogió con la guardia baja y recibo un impacto de lleno en la quijada. La boca se llena de sangre, un dolor horrible me atraviesa las encías. Escupo un par de muelas y le miró iracundo, mientras las lágrimas resbalan por mis ojos.

—No puedo seguir con esto —digo entre gimoteos.

—No pasa nada, has luchado como un guerrero. Descansa y ponte hielo en la mandíbula. Mañana tienes el día libre. De momento hemos terminado con la espada, completaremos tu formación, instruyéndote en el manejo de la lanza y luego te dejaré partir —dijo Tariq ibn Zyad.

Tengo la cara hinchada. Hoy no voy a poder comer, porque me hacen daño los dientes al masticar. Igual que los hoplitas griegos, debería usar un casco corintio con protección nasal y bucal. Aunque las carrilleras ofrecen mayor protección, dificultan la visión del guerrero y, si no me muevo con agilidad: no existe armadura alguna que me libere de los golpes del maestro. Creo que a base de palos me he ganado su respeto.

Últimamente es más benevolente conmigo, hasta he conseguido arrancarle alguna sonrisa de su rostro heráldico. Me ha invitado a cenar un par de veces. Además después de duras semanas de instrucción, he conseguido me dé un día libre. Aunque ello me haya costado un par de muelas. Por suerte he girado el rostro cuando recibí el impacto, dándome de lleno en el lado derecho de la boca. Por lo que las piezas perdidas eran de las últimas, las menos vistosas. Gracias a Dios, estéticamente no afectarán a mi sonrisa. A partir de mañana lucharé con un protector bucal.

Los días pasan rápido: almuerzo, entrenamiento, paseo, cena y descanso. Así sucesivamente, siempre la misma rutina, hasta completar mi instrucción.

Una vez finalizada, debo regresar a Córdoba. Sira se viene conmigo. He convencido a sus padres de que tengo buenos contactos en la corte, y lo mejor es que abandone Antequera, para estudiar en Córdoba y completar su formación en el alcázar real. Conscientes de las pocas salidas que tendría una campesina en una población tan pequeña. Terminaron aceptando encantados, pues además de suponerle una boca menos que alimentar, podrían viajar a la capital omeya siempre que se le antojase a visitarla.

Durante el viaje de Antequera a Córdoba, Sira se me insinuaría en varias ocasiones. He rehusado a sus provocaciones, consciente de que engañar a Shifa, supondría una falta difícil de borrar de la conciencia. En los meses que duró mi adiestramiento en Antequera, permanecí fiel a mi esposa. Aunque en varias ocasiones, me vi tentado por el cuerpo de la joven muladí. Shifa como buena esposa musulmana, no se atrevió a preguntarme sobre ello. Ante su silencio, decidí informarla de todo lo acontecido: entre nosotros nunca sucedió nada, acordé traerla a Córdoba para que tuviese un futuro mejor, lejos de las arduas tareas del campo.

Shifa ocultó su rostro ante mis palabras, postrándose de rodillas a mis pies.

—Como hombre te está permitido yacer con las mujeres que desees, pero ante Dios deberás recordar que esposa solo hay una.

—Ni mi conciencia, ni Dios, me perdonarían nunca que engañase a una criatura tan maravillosa como tú —dije emocionado.

Tumbado sobre el suelo, la abracé con fuerza y, ambos rodamos sobre el tapete. La desnudé con denuedo, liberando sus pechos del vestido. Llené mi boca con sus pezones oscuros; su piel deslumbrante, destellaba mientras la untaba con aceite de oliva. Las gotas de aceite, deslizándose por su vientre, se perdían en el pubis. Entonces, Shifa me desnudó a mí, liberándome de la túnica y los calzones. La curvatura de mi barriga, anterior a mi instrucción militar había desaparecido para dejar paso a unos abdominales marcados, igual que la musculatura de mis brazos y mi tórax; era ahora mucho más abultada y firme. Luego me untó también con aceite, como a un Hércules, rodeándome con los brazos y, ambos nos amamos durante horas.

Córdoba, 27 de enero del año 941

No recuerda que escuchó antes, si el sonido del canto del gallo o la voz del muecín llamando a la oración desde el alminar. Su cabeza daba vueltas, mientras trataba de recordar sucesos de su pasado que sin pretenderlo, el subconsciente había borrado de su memoria.

Durante su adolescencia se sucedieron una sucesión de episodios traumáticos, que marcaron su vida para siempre. El capitán formaba parte de una familia numerosa de seis hermanos que, tras la muerte prematura de la madre, cuando Alfonso tenía solo doce años, pasaron a depender de su progenitor. Pasó la infancia agostado, trabajando duro los viñedos en las colinas de Peñafiel. Al amparo del cerro, donde años después se alzaría una fortaleza. Durante la larga jornada trabajaba duro de sol a sol. Al caer la noche, su piel de cordero se trasmutaba en pelaje de lobo; y solía sucumbir al influjo de varias amantes, cuyos nombres y rostros no lograba recordar con claridad. El capitán a diferencia de sus hermanos, poseía una sensibilidad especial, que le llevaba a afrontar acontecimientos, considerados normales a esa edad, de una manera obsesiva y tormentosa. Sufrió decenas de desamores, pero algunos especialmente le calaron de una manera profunda, produciéndole una gran desazón que a la precoz edad de quince años, terminaron por hacerle caer presa de una especie de enajenación transitoria: su cabeza estaba en otra parte, continuamente llena de remordimientos de los que no se veía capaz de liberarse por sí mismo. Su carácter mudó, volviéndose de repente, muy agresivo con sus hermanos y conocidos. Su padre convencido de que su hijo, se encontraba preso bajo el influjo de algún demonio sarraceno —dolorosos e incomprensibles recuerdos lo estaban destrozando—, decidió hacer un largo viaje hacia Gallaecia, para que lo viese una vieja hechicera gallega, conocida como la meiga de los desamparados.

La vieja bruja mandó a su padre atar a Alfonso con un arnés y correas a un sillón de mimbre. Colocó varios guijarros que previamente había metido en agua hirviendo, sobre su cabeza recién afeitada, sujetándolos al cráneo con un

vendaje recurrente hasta cubrirla entera. Luego le amarró el cuello con otra correa, apretando lo suficiente para inmovilizarlo, sin llegar a cortarle del todo la respiración. Los guijarros actuarían, atrayendo los recuerdos traumáticos y eliminándolos de la psique. Durante dos días permaneció sujeto. Al cabo de los cuales la gran meiga, deshizo el vendaje, liberando los guijarros de la cabeza de Alfonso. Su cráneo y parte del rostro quedaron cubiertos de postulas que tardarían varios días en supurar. Milagrosamente aquella meiga había logrado liberar a su hijo de su obsesión con el sexo opuesto, y el padre de Alfonso pudo regresar a Peñafiel tranquilo.

Alfonso, de repente había dejado de desear acostarse con todas sus vecinas de Peñafiel y sus correrías nocturnas habían cesado por completo. Incapaz de amar a ninguna mujer y dispuesto a olvidar su traumático pasado, se refugió en el trabajo y para evadirse bajaba todas las noches a la cantina del pueblo para beber sin parar. Unos años después decidió ingresar en el ejército y abandonar para siempre su villa natal.

Mientras se lava el rostro en una jofaina. Alfonso cree que fue el tratamiento de shock, aplicado por aquella maldita bruja, lo que le impide recordar con claridad, sucesos ocurridos durante su adolescencia, relacionados con los hechos traumáticos acontecidos con el sexo opuesto. Creé recordar haberse acostado con varias vecinas que le doblaban en edad. Provocando graves casos de adulterio, que llevaron a muchos matrimonios a sufrir grandes crisis por su culpa. Aunque nunca se consideró un conquistador, más bien culpa a ellas de la situación, pues él tan solo era un crío de quince años, demasiado joven para ser consciente de sus actos. Sus recuerdos son tan vagos, que ni siquiera puede estar seguro de la veracidad de los mismos. Quizás debería preguntar y confrontarlos con sus hermanos, esparcidos por diferentes lugares de Castilla, con los que guarda una excelente relación, pero teme que las cosas que le contasen sobre aquella época oscura de su vida fueran tan terribles, que el avivarlas después de tantos años; solo sirviera para hundir aún más, su ya tan acuciada autoestima.

Años después de entrar en el ejército y participar en varias campañas contra los moros, llegó a formar parte de la guardia real de su majestad el rey Ramiro y fue ascendido a capitán. Aburrido de las intrigas de palacio, solicitó ser destinado a la fortaleza de Simancas. Un lugar alejado de la capital del

reino y privilegiado para tomar parte de las diversas campañas militares, cuyo objetivo era frenar las sucesivas aceifas del califa y sus tropas. Se pasaba los días luchando y las noches bebiendo, había adquirido tal tolerancia al alcohol que, era extraño encontrarlo en estado de embriaguez. Además su temprana marcha de Peñafiel, resultó un gran alivio para los esposos de sus amantes.

Durante años había prestado sus servicios al reino de León, luchando en distintas plazas cercanas al Duero como Zamora, Toro, Tordesillas y Simancas. Pero ninguna de aquellas batallas le había impresionado tanto como la de Simancas, objetivo final de la campaña llamada por los musulmanes de la Omnipotencia. Miles de tiendas se extendían a lo largo de las llanuras del Pisuerga. Abd al-Rahman había elegido para instalar la suya, un elevado montículo desde donde podría contemplar su ejército y dirigir sus movimientos.

El capitán Alfonso Garrido y su primer lugarteniente Daniel Gutiérrez, se preparaban para la batalla, desde lo alto de la fortaleza pudieron contemplar centenares de estandartes enemigos, avanzando hacia Simancas. Los campesinos más ancianos, las mujeres y los niños se refugiaron en el castillo. Preparándose todos los hombres en edad de luchar para enfrentarse a las tropas del califa. Habían recibido refuerzos de Castilla, Álava, Coímbra, el reino de León incluida Gallaecia y hasta desde los confines de Navarra.

La mesnada sarracena se dirigía hacia la ciudad, profiriendo gritos de guerra. Al mando de la caballería, el capitán Alfonso, avanzaba con la hueste cristiana intentando desmantelar el avance de las tropas califales, comandadas por el caudillo muladí Muhammad ibn Hashim al-Tuyibi, señor de Zaragoza. El choque de tropas fue brutal, Alfonso y sus hombres pronto abrieron una brecha en medio del contingente enemigo. El olor a sangre y acero lo hizo enloquecer, Alfonso manejaba el hacha, reventando gargantas, descargaba terribles golpes contra el enemigo. Hasta que perdió el arma, después de destrozar una clavícula, al quedar su filo incrustado en la armadura de un moro. Entonces desfundó la espada y se encontró de bruces con el caudillo. Obligado a desmontar para enfrentarse a Alfonso. Muhammad arremetió contra el capitán con furia blandiendo la espada con maestría, Alfonso se defendía lo mejor que podía. Pronto Muhammad se percató de que estaba rodeado de enemigos y viéndose incapaz de huir, decidió entregar las armas y

dejarse apresar para salvar la vida.

La batalla continuó los días siguientes de manera sangrienta, la lucha fue encarnizada. El capitán Alfonso creyendo a los sarracenos agotados por la constante refriega con sus tropas, reunió un nuevo contingente de peones y jinetes. Aprovechando la situación elevada de la fortaleza, avanzaron, logrando romper las líneas sarracenas y consiguiendo que las tropas califales huyesen en desbandada, acarreándole numerosas pérdidas al enemigo.

Consciente de la fuerte resistencia cristiana Abd al Rahman, decidió desistir de ocupar la plaza de Simancas. Los cristianos habían cavado un foso defensivo alrededor de la ciudad, consiguiendo detener su avance y mermando considerablemente el potencial de la caballería sarracena. Ordenó a sus hombres desmontar el campamento y comenzar la retirada por las tierras sorianas hacia el alto Duero. Siendo hostigados constantemente por las tropas cristianas. Debido a la escasez de grano y provisiones, unido a las pérdidas causadas por el ejército enemigo, Abd al Rahman decidió dar por concluida la campaña de la Omnipotencia y ordenó a sus tropas tomar el camino más directo posible de regreso a Córdoba. No sin antes dejar un paisaje devastador, destruyendo cada aldea, ciudad o fortaleza cristiana que se encontraba a su paso.

Partieron temprano de tierras del río Aza. Abd al Rahman ordenó a sus generales apagar todos los fuegos que quedaron prendidos de la noche anterior, para impedir fueran divisados por el enemigo en la distancia. El objetivo final era el castillo de Castrabo, situado en las tierras de Caracena, ya en zona mora; una vez lo alcanzaran estarían a salvo de las investidas cristianas. El capitán Alfonso, encumbrado en un risco, observaba el movimiento de las tropas sarracenas. Mientras se zampaba una pata de cordero, ordenó a sus hombres seguir la trayectoria de la tropa enemiga, poniendo cuidado en no dejarse ver, se ocultaban tras las peñas. Daniel le pasó un cuenco de vino para acompañar el lechazo. Deberían andar con tiento, si las tropas sarracenas averiguaban su posición, correrían peligro de, al ser descubiertos, ser barridos por una lluvia de flechas, y en aquellas ariscas peñas tendrían pocos lugares donde guarnecerse.

El Príncipe de los Creyentes emprendió la marcha, la tropa le seguía marcando el paso al ritmo de los tambores y los pífanos. El camino se fue

estrechando a su paso entre las montañas. Llevaban recorrido gran parte del trecho que les separaba de la fortaleza de Castrabo, cuando se encontraron con un breñal. Abd al Rahman ordenó a sus hombres descabalgarse y abrir camino con sus espadas entre la maleza para que el resto de la tropa ayudase a las acémilas a pasar con los bagajes. Entre un terreno agreste se asomaban despeñaderos y tajos cortados a pico, más adelante unos profundos barracos que tendrían que evitar, casi les flanqueaban el paso. Los sarracenos azuzaban a las mulas, tratando de hacer pasar primero, las que portaban los alimentos y las más ligeras de carga.

El capitán Alfonso Garrido asomado a la cumbre, viendo semejante desbarajuste, se precipitó guiando a sus hombres desde lo alto de los riscos, como una cabra montesa, hacha en mano, lanzando un mortal ataque contra el enemigo por la retaguardia. En cuanto, algunos oficiales musulmanes, ayudaban al grueso de su tropa a salir a campo abierto y dejar atrás el barranco. Abd al Rahman se enfrentó con alguno de sus hombres al capitán Alfonso, que aprovechando la confusión se había apoderado de una carreta, donde el califa guardaba su apreciado ejemplar del Corán y su valiosa cota de maya. En la refriega el capitán lanzó sendos movimientos con su hacha contra Abd al Rahman, que este logró rechazar habilidosamente con su escudo. Empeñado en recuperar su preciado Corán, el Príncipe de los Creyentes trataba de resistir las embestidas del capitán. No fue hasta ver aparecer a un gigantón cristiano que media más de dos metros de altura, avanzar hacia él, espada en mano. Cuando el califa decidió retirarse, abandonando la escena del combate. La imagen de Daniel Gutiérrez, dirigiéndose hacia ellos, terminó de amedrentar al califa. Aquel gigantón cristiano más conocido como, el Mangallón, por sus compañeros de tropa, logró inclinar la balanza de la batalla del lado cristiano. El califa ayudado por el comandante de su ejército continuó protegiendo a sus soldados, mientras sorteaban el barranco, a través de un angosto sendero. La mayoría de la tropa logró salvar la vida y consiguieron salir a campo abierto. Donde inmediatamente volvieron a formar un mar de escuadrones, reorganizándose, se prepararon para un posible ataque de las fuerzas enemigas. Quedando atrapados en el barranco, prisioneros de los cristianos, algunos paisanos y voluntarios encargados de custodiar las carretas de retaguardia.

Resultó evidente en aquella jornada la hipocresía de algunos notables,

rencorosos con el califa. Enojados por su designación de varios generales para la contienda, que consideraban de una casta inferior a la suya e impropios de semejante nombramiento; decidieron romper filas e iniciaron la huida, aprovechando el desbarajuste del barranco, conduciendo a los musulmanes hacia la derrota. Algunos de ellos colgarían de altas cruces frente al alcázar, semanas después de la batalla, pagando con su vida sus actos de cobardía. Las cruces fueron colocadas alrededor de un ático con diez puertas, una por cada condenado. Desde cuyo alto el califa presenció las ejecuciones.

Al final de la contienda, Alfonso y el resto de los cristianos se habían hecho con un gran botín. Después de ser informados sus superiores, de su actuación durante la batalla, les otorgaron el honor de custodiar hasta la corte del rey Ramiro todos los tesoros sustraídos a los moros, incluidos el Corán y la cota de malla del califa.

Una vez alcanzado el inexpugnable castillo de Castrabo en las tierras de Caracena, y viéndose a salvo con su tropa. Fue cuando Abd al Rahman comenzó a planear la crucifixión de algunos de sus notables. Aquellos cobardes con su precipitada retirada, habían sido los culpables de la humillante derrota en el barranco. Lleno de ira se dirigió hacia su comandante en los siguientes términos:

—Todos sabemos quiénes son los verdaderos culpables de esta humillante derrota, te aseguro compañero que pagarán con su vida esta afrenta. ¡Mi grandioso ejército derrotado por un puñado de montañeses!

»A pesar de lo complicado de la orografía, si esas ratas no hubieran huido como cobardes, lograríamos hacer frente a los cristianos y no hubiésemos perdido, lo más valioso de nuestras pertenencias en manos enemigas. Si esos miserables hubiesen mostrado en combate la mitad del valor, exhibido por nuestros enemigos, otro gallo cantaría.

»Nunca he visto a nadie en mi vida, manejar un arma tan rudimentaria como un hacha, como ese maldito oficial cristiano que casi termina con mi vida. Por no hablar de ese gigantón de más de diez palmos de envergadura que, a pesar de su tamaño, manejaba la espada con una rapidez endiablada. Si no me aparto de su camino, me parte en dos. Debemos dar gracias a Allah por

estar vivos. Tendrían que tomar ejemplo esos malditos traidores de ese par de valerosos guerreros cristianos. Allah nos castiga con la derrota por nuestra altanería. Nos creíamos muy superiores a nuestros enemigos. Nunca deberíamos haber luchado contra ellos después de un eclipse solar. Esa era la señal que trató de enviarnos desde el cielo el Todopoderoso, para intentar frenar nuestra desmedida arrogancia. Hemos ofendido al altísimo. Quizá sea una manera que tiene el Todopoderoso de mostrarnos, que Él, no es propiedad de ninguna religión, ni pueblo. Y no podemos luchar en su nombre, si no lo hacemos desde lo más profundo del corazón. Allah es grande y misericordioso, tenemos que mostrarnos, ante Él, como realmente somos y Él nos indicara el camino hacia la providencia.

El capitán Alfonso Garrido había recorrido casi ciento cincuenta kilómetros, desde la capital leonesa a Zamora en muy pocos días para encontrarse con un viejo amigo de su lugarteniente Daniel Gutiérrez, que les había ofrecido un empleo a ambos. Una vez depositado el botín sustraído a Abd al Rahman en la corte del rey Ramiro, cansado de tantos años de cruenta lucha poniendo en peligro constantemente su vida; el capitán había decidido abandonar el ejército: menester que le concedió el rey leonés como pago a sus múltiples servicios a la corona, dejándole una puerta abierta, si cambiaba de opinión en el futuro y decidía reincorporarse de nuevo al servicio de su majestad. Cabalgando por un terreno salpicado de arces y alisos, bordearon el Duero hasta divisar las murallas de la ciudad. Atravesaron el puente de piedra, dejando atrás un puñado de casas de adobe, penetrando en la urbe después de mostrar a los centinelas, los consiguientes salvoconductos reales. Dejaron los caballos resguardados en las caballerizas de una posada, construida con la misma piedra de tono arcilloso que le daba un aspecto rojizo a las iglesias y edificios oficiales de la ciudad. Allí les espera el escritor Galindo Sánchez, vestido con un baldaquín marrón, anudado a la cintura con un cordón de un dosel, dándole un extraño aspecto, mezcla de un comerciante muladí y un fraile salido de los confines del averno.

—Te presento a mi amigo el fraile —anunció Daniel Gutiérrez.

Galindo estrechó la mano del capitán, era el comienzo de una gran amistad que duraría toda su vida. Caminaron toda la tarde por las calles zamoranas disfrutando de su zona monumental. Recorriendo los adoquines con

parsimonia, pensaban en el largo viaje que les esperaba hasta la capital omeya. Por la mañana se levantaron temprano y tomaron rumbo a Soria, remontando la ribera hacia el alto Duero. Los viñedos estaban cargados de racimos y los árboles rebosantes de fruta. Pronto alzada sobre la vega se encontraron con la ciudad de Toro. Elevadas en una despejada y arcillosa meseta que domina un caudaloso recodo del Duero, sus murallas destacan sobre el árido paisaje. Cruzaron el majestuoso puente y remontan sucesivas lomas por un camino serpenteante hasta alcanzar la cima. Luego cabalgan por calles estrechas y sombrías, rodeados de edificios de ladrillo y madera, hospedándose en una tosca fonda. Después de bañarse en unas barricas de roble para quitarse el polvo del camino. Pasean por la ciudad perdidos en una sucesión de pórticos, arquerías, ventanales y escudos de iglesias y palacios. Finalmente entran en una fonda, donde les sirven un cordero asado, salpicado de especias, pimientos y legumbres. El vino les destapa la lengua, entre los tres amigos se creó una complicidad que les hará la vida más comfortable durante el resto del viaje. Aconsejado por Galindo, Alfonso evita beber más de la cuenta. Galindo asesora a su amigo sobre el buen uso de la bebida: el vino es el amigo del sabio y el enemigo del borracho. Es amargo y útil como el consejo del filósofo, está permitido a la gente y prohibido a los imbéciles. Empuja al estúpido hacia las tinieblas y guía al sabio hacia Dios.

El capitán escuchó el consejo, estupefacto, y dio la razón a su amigo. Después de entrar al servicio de Galindo, Alfonso dejó de sobrepasarse por un tiempo con la bebida. Tenían una importante misión: custodiar un valioso cargamento de códices y le necesitaba sobrio. El capitán nunca bebía en horas de servicio y acató las recomendaciones del monje. Terminaban de conocerse y Alfonso no quería causarle una mala impresión a su nuevo amigo. Además Galindo tenía razón, en el trayecto deberían enfrentarse a grupos de salteadores y bandoleros; aunque el monje llevaba un salvoconducto firmado por el califa, que mejor documentación que sus afiladas espadas para proteger la mercancía de cualquier ataque. Realizaron el largo viaje sin grandes percances, y un mes después los tres amigos entraron en Córdoba, sin ningún contratiempo, con el cargamento de libros intacto.

Pero de eso ya hacía más de un año. Ahora Alfonso se encontraba abatido, su pretendida se había hecho amiga de Sira: una joven que había venido con su amigo Galindo de Antequera para instalarse con ellos en la corte. Laura

hacía tiempo que rechazaba citarse a solas con él. Ella se las apañaba para esquivar a Alfonso y rehusaba verlo; si no era en compañía de su inseparable amiga Sira. Esta situación le desesperaba, comenzó de nuevo a frecuentar las casas de citas y a darse a la bebida. El capitán era consciente de que no podía continuar en esa situación por mucho más tiempo. Los fantasmas del pasado comenzaron de nuevo a pulular por su vida. Su íntimo amigo Daniel trataba de animarlo, mientras que Galindo le aconsejaba que se refugiara en la espiritualidad, el Señor le indicaría el camino, pero para escucharlo tendría que abrirle su corazón. La obsesión de Alfonso por Laura era algo incomprensible para sus amigos. Al principio trataron de disuadirlo, pero conscientes de que sus intentos eran en vano, decidieron aceptarlo como parte de las múltiples rarezas del capitán.

—Quizás debería hacerme castrar, así dejaría de sufrir este tormento. El deseo me domina y no puedo controlarlo, solo pienso en fornicar. Ya me he gastado todo el sueldo de un mes en una sola noche —dijo Alfonso, echando mano de sus vacías faltriqueras.

—¡Santo Dios! ¡Qué barbaridad es esa! —exclamó Galindo—. Por muchas bellezas que haya en Córdoba, debes aprender a controlarte. La atracción sexual es algo normal, pero si no va acompañada de otros sentimientos más profundos, se vuelve algo pueril y vulgar.

Alfonso dio unos pasos alejándose del zaguán de su casa, donde se encontraba con Daniel y Galindo charlando, para lanzar un vómito sanguinolento sobre un coscojo, ensuciando el tronco del árbol.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Daniel.

Alfonso que había regresado a sentarse en las escaleras con sus amigos, había empalidecido, exangüe, les miró con los ojos encendidos.

—¿Si quieres te llevamos junto a Hasday para que te examiné?

—No, estoy bien, estoy bien... —dijo Alfonso.

Su voz sonó como un gorgoteo. Se levantó para caminar de nuevo hacia el coscojo, solo pudo avanzar un par de pasos y un dolor punzante como si le

clavasen una lanza, lo hizo doblarse en dos sobre sí mismo. Esta vez no expulsó más que restos de jugo gástrico mezclado con una bilis blanca. El dolor era horrible y se había instalado de una manera crónica en su cuerpo, parecía que algo se le estaba quemando por dentro. Inclinado sobre las rodillas se dejó caer en el suelo. Apenas podía pronunciar palabra. Era como si alguien le hubiese introducido un hierro candente en el estómago. Sus amigos corrieron rápidamente a socórrelo.

—No puedo respirar, no puedo respirar... —dijo, su voz sonaba ronca, salida directamente de los bronquios, como si careciese de cuerdas vocales.

—¿Te llevamos al médico? —preguntó de nuevo Galindo.

—¡Sí! ¡Rápido qué me duele horrores!

—¡No seas quejicas!, tienes mucho cuento, seguro que solo es el licor de moras que te has bebido antes —le dijo Daniel, mientras ambos lo cogían en peso debajo de los hombros por, las axilas, y lo cargaban sobre la mullida paja de la carreta. Cogieron un par de acémilas por el ronzal y las ataron al carro. Daniel manejaba las riendas, camino del alcázar, en cuanto Alfonso se retorció de dolor en el regazo de Galindo.

—No eres capaz de aguantar un simple dolor de estómago, ¿y quieres que te castren? ¡Estás loco!, no sabes lo que debe doler eso. Además de quedarte sin testículos, puedes perder la vida en la operación —dice Galindo.

—No, no quiero, mis testículos son sagrados. Solo fue algo que dije en un momento de bajón —aclaró Alfonso roto por el dolor.

En caso contrario un cirujano de origen judío sería el único que podría realizar la operación, pues a los mahometanos se lo prohibía el Corán y según la biblia, para los cristianos tampoco estaba permitido ejecutar ese tipo de profanaciones en un cuerpo humano. De todas maneras, una cosa era una castración normal, algo totalmente rutinario; pues se trataba de hacer una simple incisión con el escarpelo en el escroto retirando los testículos y otra cosa era la ablación genital completa, incluido el pene; que podía producir una hemorragia mortal, pero en el caso de lograr sobrevivir, los esclavos a los que solían practicarse, duplicaban su valor en el mercado. Un ejemplo claro

eran los eunucos de palacio. Al carecer de órganos sexuales, resultaban ideales como guardianes de un harén.

# 11

Córdoba, 28 de enero del año 941

Aparejadas las mulas, trotaban por una calle estrecha y zigzagueante, desde alguna ventana se escuchaban acordes de una lira, las casas apretadas bajo la sombra de la muralla iban quedando atrás. La luna está alta y les ilumina el camino. Daniel espolea violentamente las mulas. Galindo trata de consolar a un Alfonso, tumbado sobre las tablas del carro. No hay consuelo que valga, el dolor es inhumano y su rostro casi convertido en un rictus lo demuestra. Dejan atrás las caballerizas reales y se plantan en la entrada del alcázar, llamando la atención de la guardia real. Un par de soldados les ayudan a transportar el cuerpo de Alfonso, al quirófano donde suele operar Hasday. El médico hace su aparición con una túnica blanca, impoluta. Tumbado sobre una camilla Alfonso rasga sus vestiduras, dejando el torso al descubierto, muestra a Hasday el lugar dónde se ha producido la inflamación. No era necesario, un moratón violáceo lo indicaba claramente.

—Necesito anestesia —ordena Hasday a su ayudante, mientras sostiene un escarpelo en la mano derecha.

El dolor es horrible. Alfonso no lo soporta.

—¡Corta ya! ¡No quiero anestesia! —le dice Alfonso a Hasday, indicándole la zona inflamada.

—No lo aguantarás —replica Hasday.

—Golpéame duro con eso bastará —dice Alfonso, dirigiéndose esta vez a Daniel.

Su gigantesco compañero le da un puñetazo fuerte a su amigo, dejándolo sin sentido. Luego con unas correas de cuero lo atan a la camilla. Cuando Alfonso recupera el sentido, Hasday ha abierto una incisión a la altura de la parte inferior del estómago, sustrae la parte ulcerada situada cerca del píloro,

tirándola sobre un contenedor de restos humanos y vuelve a coserle el estómago. Alfonso aulló de dolor, ni siquiera el bebedizo que le suministraron para dormirlo había hecho efecto y Daniel se vio obligado a golpearle de nuevo; mientras Hasday terminaba de coserle. Si lo llegan a traer solo unos minutos más tarde: los jugos gástricos pasarían al intestino, debido a su acidez, resultarían mortales para su organismo y nada podría hacerse para salvar su vida. Los jugos gástricos tan necesarios para realizar la digestión y disolver los alimentos, resultarían altamente nocivos; si el cardias y el píloro no realizasen su función de contención, abriéndose y cerrándose al paso del quimo: el cardias solo se abre al entrar el alimento, evitando el retorno al esófago y el píloro al salir este del estómago, impidiendo la filtración de los jugos gástricos en el duodeno. Por eso si la operación se hubiese demorado tan solo unos instantes más; era posible que nada pudiera hacerse por el capitán.

La cirugía, todavía muy rudimentaria, tan solo estaba al alcance de unos pocos eruditos. La mayoría de los médicos se limitaban a recetar brebajes y drogas —minerales o vegetales—, que prescribían para que los pacientes o sus familiares pudieran adquirirlas, en las boticas instaladas en las plazas públicas. Los escasos hospitales existentes eran todos privados y destinados para reyes y nobles, solían ubicarse cerca de los palacios o en el interior de los mismos. En ciudades muy pobladas como Córdoba o Sevilla, algunas familias vivían hacinadas en ambientes húmedos sin aire ni luz, por lo que eran frecuentes las epidemias: la falta de higiene y la insuficiente alimentación podía diezmar a una población que vivía embotellada. La tuberculosis abundaba en las ciudades andaluzas, aunque la enfermedad más temida era la lepra.

Para evitar estas epidemias, Abd al Rhaman ordenó construir varias urbanizaciones a extramuros para alojar a la población más marginal y evitar los embotellamientos en el centro de la ciudad. Además por su recomendación y para contentar a su médico personal, le cedió un viejo palacete para que lo usara como hospital, uno de los pocos existentes en todo el Ándalus. En su interior Hasday ubicó la primera botica del califato. Allí entre aquellas estanterías que minuciosamente ordenaban las enfermeras cada día, se encontraban almacenados todo tipo de productos farmacéuticos: jarabes, pomadas, ungüentos, electuarios, vendas, alcohol, paños, pastas,

material quirúrgico... En definitiva cualquier tipo de droga, mineral o vegetal, llegada desde Oriente que pudiese existir en el mercado. El uso de esos productos sería exclusivo para el hospital y estaba terminantemente prohibido, bajo pena de flagelación o destierro, su comercialización sin permiso del propio Hasday.

En el tiempo que estuvo convaleciente en el hospital, recibió múltiples visitas. Entre ellas la de sus amigos Azzam y Sayida. El persa bromeó con su estado, achacándolo al mal de amores. Una guapa enfermera le hacía las curas, Alfonso estalló de gozo cuando reconoció esa melena oscura y esos ojos almendrados. Se trataba de Laura, su pretendida. A su regreso de Barcelona, Laura había solicitado a Hasday un puesto en el hospital. Alfonso no cesaba de mirarle los pechos, mientras le limpiaba la herida. Sabía que si abría la boca, ella le regañaría por haber abusado de la bebida. Por eso dejó que le hiciera las curas en silencio, esperando llevara ella el peso de la conversación. Le contó que sus amigas Sira y Raquel, se habían unido a la banda de Azzam y sus músicos; de la que también formaban parte Sayida y Shifa. Raquel y ella tocaban los panderos, Sira las sonajas, Sayida la lira; al mismo tiempo que hacían los coros acompañando a Shifa, la indiscutible solista y vocal del grupo; cuya voz prodigiosa tenía embaucado al príncipe. Hacía un mes escaso que había fallecido Azahara y Abd al Rahman los citó, para dar un concierto en honor de su amada. El califa no cesó de llorar en toda la velada. Las palabras de Laura emocionaron a Alfonso que tampoco paró de derramar lágrimas.

—¿Qué te sucede? —preguntó Laura.

—Hubiera dado cualquier cosa, por veros actuar para el califa —mintió Alfonso.

Lo que realmente le entristecía, era el no haber poseído todavía aquella maravillosa criatura celestial que le estaba cambiando las vendas.

—El califa nos llama las cinco Lobas —dijo Laura llena de orgullo.

—No me extraña las cinco componentes del grupo sois preciosas, pero la más bella de todas. ¡Eres tú! —dijo el capitán, que era poco dado a los

halagos.

—Muchas gracias capitán, pero recuerde lo que le dijo el doctor. Nada de bebidas alcohólicas. ¡Vos estáis aquí hoy vivo de milagro!

—El único milagro, ha sido reencontrarme contigo.

—¡Qué zalamero se me está volviendo, mi capitán! —exclamó Laura sorprendida, mientras le acariciaba tiernamente la mejilla.

Sentir los dedos de aquel ángel sobre su piel, despertó su lívido y tuvo que disimular su erección, cruzando las piernas delante de ella. Demasiado tarde, Laura que no era tonta, se había percatado de aquel contratiempo.

—En el fondo yo también me siento un poco culpable de su situación —añadió inesperadamente Laura—. Lo he tenido muy abandonado, estaba muy ocupada tratando de introducir a mi nueva amiga Sira en mi grupo de música, lleva poco tiempo en Córdoba y está un poco perdida. Pero una perforación de estómago no es una broma. Deberá ponerse primero bien y dejar de mirarme de manera lujuriosa.

—Yo solamente la miro con amor —respondió Alfonso.

Laura que había notado su mirada recorriendo sus pechos y su trasero en varias ocasiones haciéndola sentir incomoda; le habló con claridad y determinación al capitán.

—¡Eso es mentira! ¡Su amigo le engaña claramente! —exclamó Laura, mientras señalaba su entrepierna. Terminando por ruborizar finalmente al capitán que bajó la mirada azorado.

—Debe tranquilizarse y calmarse, o tendré que administrarle algún calmante —le amenazó Laura.

Entonces Alfonso, inesperadamente, la alcanzó por la cintura y la atrajo hacia él. Abrazándola con fuerza, la besa con pasión. Turbada, Laura sintió el néctar de ese beso como un veneno de una víbora recorriendo su cuerpo. Una extraña sensación surcó su espina dorsal, tardó un rato en reaccionar, pero

cuando quiso ponerse de pie: las piernas le temblaban y el pulso no le respondía. La cabeza le daba vueltas como si unas mariposas la rodearan. En cuanto se recompuso y fue recuperando el control, abofeteó a Alfonso con fuerza, y corrió a encerrarse en la sala de los medicamentos. Poniéndose a llorar como una niña, sin parar de gemir, repetía una y otra vez: ¡Aaay capitán! ¡Mi capitán! ¡Qué voy hacer ahora! ¡Dios no va perdonar mi insolencia! La culpa es mía por provocarle.

Una humedad extraña se apoderó de su vagina, estaba empapada. Además le había mirado la cosa, su cosa alzándose bajo las sábanas. Llorando cayó de rodillas y comenzó a rezar cuatro Padrenuestros y dos Avemarías. Belcebú se había apoderado de ella. Los rezos no detuvieron su libido. Los pensamientos lujuriosos aparecían en su mente una y otra vez. Los jugos habían empapado sus bragas. Descolgó un crucifijo de la pared y lo besó varias veces, tratando de apartar los pensamientos obscenos de su mente, pero fue inútil. El sexo le ardía, se bajó las bragas y acercó la vagina a la esquina roma de una estantería, derribando varios brebajes y potingues hechos con fines curativos. Los frascos de cristal estallaron en pedazos al caer al suelo. Separó los labios de su sexo y dejó que el clítoris se rozara contra la roída madera, un placer inmenso inundó sus sentidos; de repente sintió que todo se movía a su alrededor. El orgasmo llegó de inmediato, solo tuvo que imaginarse el falo del capitán emergiendo bajo su camisón y un universo se abrió a sus pies.

Alertado por el alboroto, producido por el ruido de los cristales al chocar contra el suelo. Hasday entró en la estancia. Encontrándose con su enfermera en actitud vergonzosa: las bragas bajadas y montada sobre una repisa de medicamentos. Sorprendida in fraganti: Laura se subió las bragas con rapidez y se bajó la túnica, sus pezones húmedos habían empapado la tela.

—¡El demonio me ha poseído! —exclamó azorada.

El doctor se acercó a ella despacio, con un pañuelo de seda le limpió las lágrimas del rostro.

—No te preocupes, a todos nos pasa; al fin y al cabo somos humanos —la tranquilizó Hasday—. Vete a casa y date un baño, el capitán no se va escapar del hospital.

Laura se sentía avergonzada por haber golpeado a Alfonso. Pero era demasiado orgullosa para disculparse. Al día siguiente envió a su amiga Sira, que también había empezado hacía poco a trabajar en el hospital, para hacerle la cura. De momento todavía no estaba preparada para volver a ver al capitán. Los remordimientos la corroían por dentro, ella había recibido una educación muy férrea y religiosa; jamás mantuvo relaciones sexuales con ningún chico. En el incidente con la estantería, se le había desgarrado accidentalmente el himen y no paraba de sangrar. Al llegar a casa, el corazón le latía con fuerza bajo la túnica, tenía los muslos cubiertos de sangre, tuvo que detener la hemorragia con una compresa de lino. Hasday no lo había advertido, hasta que la vio salir corriendo de la botica camino de su casa, dejando un reguero de gotas de sangre por todo el pasillo del hospital. Cuando quiso avisarla ya era tarde, Laura había salido a la calle. Pasó rápido una fregona, para no llamar la atención, ni de los pacientes, ni del resto del personal sanitario. El doctor le quitó importancia al hecho, creyendo que se trataba de la menstruación, jamás imaginó que Laura a sus treinta y cuatro años todavía era virgen.

Laura acordó con Hasday no decir nada sobre lo ocurrido en la botica. El médico le prometió guardarle el secreto. La relación entre doctor y enfermera, mejoraba por momentos. Ella le confesó que aquel trabajo le agradaba, y que se hallaba a gusto colaborando en la curación de los enfermos. Al doctor le gustaba su movimiento de caderas, aquel contoneo además de ser agradable a la vista, ayudaba a mejorar el estado de ánimo de los enfermos. Ordenó trasladar al capitán a una habitación individual, a petición suya, con la condición de que se abstuviese de mantener relaciones con ninguna de las enfermeras. Los numerosos puntos que le había dado durante la operación tardarían un tiempo en cerrarse. Solo una quemadura es más dolorosa que la perforación de un órgano interno, le advirtió Hasday, debería guardar reposo absoluto por un tiempo; de ninguna manera correrían el riesgo de que se le abrieran los puntos. El brillante médico judío por esta vez le había salvado la vida. Alfonso estaría eternamente en deuda con él. Bajo los cuidados de la nueva enfermera, el capitán recuperó el ánimo, olvidándose momentáneamente de los desplantes de Laura.

—Mi amiga es así, no se lo tengas en cuenta; es una mujer de carácter sin las ideas muy claras —le aconsejó Sira.

—Nunca mostraré debilidad delante de las mujeres —respondió Alfonso.

Se había acostumbrado a la candidez de aquellas casi adolescentes manos que le cambiaban las vendas a diario. A pesar de su juventud, al capitán le resultó una mujer muy atractiva, le gustaba su melena castaña con algunos mechones de colores rojizos teñidos con alheña. Tuvo la sensación de que sus ojos verdes claros, le transmitieron calma y paz por primera vez en su vida. Sin darse cuenta, en poco tiempo, Sira se había convertido en su principal amiga y confidente. No volvió a saber nada de Laura, que se dedicó a atender a otros pacientes. «Una vez más me ignora —pensó el capitán—. ¡Siempre igual! Tal vez debería hacerme musulmán, así podría tener las esposas que quisiera, en vez de pasarme la vida persiguiendo a esa mojjigata del diablo».

La última noche que pasó en el hospital, cuando ya se encontraba totalmente recuperado, las heridas habían terminado de cicatrizar y el doctor ya le había retirado los puntos. Sira que había terminado su turno, se presentó en la habitación del capitán con una túnica azul casi transparente, rematada con orlas de plata en los puños y el cuello —en vez de su habitual uniforme de enfermera—, mostrando la voluptuosidad de sus pechos, navegando libres dentro de su vestido. Llevaba unos pendientes de oro en forma de péndulo que le rozaban ligeramente los hombros y, unas ajorcas de cobre adornando sus tobillos. El capitán se incorporó súbitamente, la sangre le subió a borbotones hasta las mejillas y unos ardores tremendos se extendieron por todo su cuerpo. Él, apartó las sábanas de su lecho, ofreciéndole un sitio a su lado. Ella en cambio se quedó inmóvil, situada a unos dos metros de la cama, sin nada de ropa interior bajo la túnica.

—Esta noche te amaré como nunca antes he amado a ninguna otra mujer —dijo Alfonso.

—¿Incluida Laura? —preguntó Sira.

—Especialmente mucho más que esa víbora. ¿Me amarás tú igualmente? —preguntó Alfonso.

—Solo te amaré, si eres capaz de juntar las ajorcas de mis tobillos con mis pendientes.

El capitán asintió y ella se metió en su cama, entonces la besó con pasión, retirándole el vestido con suavidad, tiró de su cintura, separándole las piernas; elevó sus tobillos a la altura de sus orejas, hasta que las ajorcas rozaron sus pendientes, mostrando su joven vulva rosada. Su erección resultó repentina. Entonces entró en ella de lleno, no sin antes deleitarse en la contemplación de su pubis castaño; era difícil de catar un vello púbico de esa tonalidad, todas las prostitutas con que se había acostado en su vida eran morenas. Se alegró de que la muchacha no fuera virgen. Seguro había tomado las medidas necesarias para no quedar en estado. Estaba acostumbrado a vivir siempre como un hombre independiente y no quería complicaciones. Mientras la poseía, notó una presencia a su espalda, alguien había entrado en la habitación y los estaba observando. Giró el cuello levemente y pudo distinguir claramente el angelical rostro de Laura. Al percatarse de su presencia, avergonzada, Sira trató de cubrirse con las sábanas ante la aparición de su amiga.

—¡Maldita cerda! Ahora te dedicas a fornicar con los pacientes, en vez de hacer tu trabajo; Hasday tendrá que saberlo. ¡Iros al infierno los dos! —dijo antes de salir corriendo, con el corazón destrozado, camino de su casa a llorar mares de lágrimas.

—Es como un perro castellano, ni come, ni deja comer —dijo Sira abochornada.

Con el susto había perdido el apetito sexual. Era su mejor amiga y la pretendida de Alfonso. No pudo evitar sentirse como una traidora. Al verla tan decaída, el capitán la abrazó con fuerza.

—Olvídate de esa perra, mañana me darán el alta y, a pesar de haber sido siempre un hombre solitario con un pasado traumático. Es hora de dejar eso atrás y comenzar de nuevo. Me convertiré al islam y me casaré contigo por el rito moro. En cuanto a esa monja del diablo, que haga lo que quiera con su vida. Para nosotros es pasado.

—¡Allah sea contigo! —dijo la joven muladí con los ojos empapados de lágrimas por la emoción.

En unos días, Alfonso, que tenía una memoria extraordinaria para todo lo

que le convenía, pero sobre todo para memorizar palabras y textos. Aprendió a recitar el primer capítulo del Corán y la oración del conut. Después de realizar sus abluciones, se sentó para continuar con la bendición y terminar entonando la paz.

El califa feliz de que uno de sus siervos se decidiera al fin abrazar la fe verdadera, prometió dejarles la mejor sala de palacio y facilitarles las mejores telas de damasco, así como los mejores modistos de Córdoba o, poner a su disposición todo lo que necesitasen para la ceremonia. Concediéndole a Alfonso el título de embajador real.

—A ver si convences a ese cabezota de monje, para que también se convierta a la verdadera religión —le dijo Abd al Rahman, en la ceremonia de concesión del título.

—Me temo mi señor que la única fe que profesa ese cristiano es el amor ciego por su esposa. Creo que nuestro amigo nunca dejará de seguir la doctrina que le enseñaron durante su pasado. Su fe en Cristo y en las enseñanzas de la sagrada biblia, está arraigada en lo más intrínseco de su ser —dijo Alfonso.

—Cada uno con sus ideas. Me alegro de tenerte de nuestro lado —dijo Abd al Rhman—. ¡Como has cambiado! Nunca olvido un rostro en combate. Casi acabas con mi vida en el foso del barranco. ¡Eres terrible peleando con el hacha! Allah es sabio, y ha tenido a bien, tenerte a ti y a tu amigo gigantón de nuestro lado. Si los cobardes de mis oficiales hubieran luchado con la mitad de vuestra gallardía en vez de huir como gallinas; hubiéramos vencido en Simancas. En uno de tus ataques, desmontaste y detuviste a Muhammad señor de Zaragoza, mi más valioso aliado.

Alfonso miró al califa aterrado, nunca creyó que Abd al Rahman lo reconociese después de tanto tiempo, esperaba que sus ansias de venganza se hubieran diluido.

—Espero que nuestra actuación no haya sido determinante en su derrota —trató de quitarse importancia Alfonso.

—Si lo fue, por vuestra culpa perdí mis tesoros más valiosos. Pero eso ya

es cosa del pasado. Vosotros me ayudareis a recuperar mi preciado Corán, mi cota de malla y negociareis con el rey leonés la liberación de Muhammad.

—Lo haremos, arriesgando nuestras vidas, si es necesario —dijo Alfonso inclinándose ante Abd al Rhman.

—¿Quizás deberías convencer a ese gigantón para qué se convierta al islam?

—Me temo excelencia que Daniel abraza la fe de Cristo desmesuradamente, pues está casado con un cristiana.

—Él se lo pierde. Una mujer solo, es poca cosa para un hombre. Mejor tener varias esposas. ¿Qué clase de fe, es esa que profesan los cristianos?

—Como buen musulmán, mi señor, tendré todas las que pueda mantener —dijo Alfonso haciendo una nueva reverencia ante Abd al Rahman. El califa sonrió e hizo una señal al capitán para que se retirara.

Alfonso salió corriendo del alcázar para ver a su amada. Abdías ben Maimun, sería a partir de entonces su nuevo nombre musulmán. Aunque para sus amigos y esposa, siempre continuaría llamándose Alfonso.

El único que dudaba de su conversión al islamismo, era Galindo. El monje pensaba que el Señor podía presentarse de mil maneras. Pero Alfonso debido a su enfermedad había presenciado su muerte tan cerca, que al ver logrado casi milagrosamente salvar la vida gracias a la acertada intervención de Hasday; se abrió ante él una nueva oportunidad de empezar de nuevo. Justo en ese momento conoce a la chica muladí, tras recibir un nuevo despacho de su amada Laura. La aparición de Sira en su vida, su mente lo achaca a la providencia. Mientras lo cura, Sira lo hechiza con sus encantos; al mismo tiempo que le relata pasajes del Corán y lo introduce en las enseñanzas del profeta. Entonces Alfonso, cuya vida hasta ese momento había sido solo oscuridad, se deja arrastrar por la religión y las costumbres de los hombres llegados de Oriente. Si Alfonso no se encontrase en Córdoba sino en tierras cristianas, después de la operación quirúrgica a la que fue sometido y Laura le hubiese hecho caso; sería la verdadera fe en Cristo la que abrazaría. De todas formas Galindo se alegraba por su amigo. Cristianos y musulmanes

somos todos hijos del mismo Dios. Y Dios no es propiedad de nadie, ni siquiera de ninguna religión.

Entre Shifa y Sira se había entablado una amistad muy especial, sobre todo a raíz de la concreción del enlace matrimonial de Alfonso con la joven. Laura había roto todo contacto con Sira. Después de informar a Hasday de lo acontecido en el hospital, el médico judío ignoró los comentarios de Laura; era cierto que Sira había fornicado con un paciente, pero eso había ocurrido cuando ya había acabado su turno de trabajo. Además el hecho había contribuido a la mejora del ánimo del paciente.

El día del enlace matrimonial, Shifa se pasó la mañana alquilando ropas y joyas para Sira. Compró un perfume llegado de Egipto y se esmeró arreglándola: la desnudó y le preparó un baño de sales, lavó su cabellera castaña con aceite de sésamo y rosa mosqueta hasta que destiñeron sus mechones rojizos, quedando la alheña extendida por el agua del barreño. Sira dibujó círculos en el agua con la alheña, mientras Shifa le aclaraba la cabeza con una jofaina de cobre. La joven se mostraba nerviosa por el enlace: no paraba de moverse bajo el agua. Le costó limpiarle sus pestañas y realzarlas con polvo de antimonio. Sus ojos quedaron limpios y brillantes, su mirada de felina sería capaz de despertar a los muertos. La vistió con una túnica blanca muy escotada y abierta por los costados, luego le cubrió el rostro con un velo que le tapaba el escote y le caía sobre la espalda. Adornó sus muñecas con pulseras de oro y sus tobillos con ajorcas de plata.

La petición de mano se realizó al atardecer en el patio del alcázar, ente girasoles, hortensias y rosas silvestres. La presidía Abd al Rahman que honró a los novios con su presencia. Sus amigos Daniel y Galindo actuaron como testigos. Las exhortaciones fueron dirigidas por un joven alfaquí de palacio. Se casaron conforme a la sura del profeta. La novia desfiló entonces por las calles de Córdoba a lomos de una mula blanca, jaleada por la gente que le lanzaba puñados de margaritas, un esclavo negro tiraba del ronzal, conduciéndola hasta su nueva casa, situada al fondo de un barrio muladí. Alfonso la esperaba desnudo bajo las sábanas, en una cama con dosel. Se amaron sin parar durante dos días y otras tantas noches.



**Córdoba, 20 de marzo del año 941**

En la plaza había hileras de mesas y tablas portátiles protegidas del sol por toldos. Los alfareros y joyeros exponían: arracadas, ajorcas, jarrones, jofainas, pulseras, pendientes, collares y objetos de marfil. Los boticarios y drogueros extendían un tapiz en el suelo donde presentaban su mercancía. Era frecuente la falsificación de las drogas sustituyéndolas por otros productos semejantes procedentes de las plantas silvestres de Sierra Morena. El almotacén era la autoridad competente para perseguir el latrocinio y el fraude en el comercio local. También abundaban los vendedores de carne que, realizaban los guisos delante de los clientes. Desde los balcones sostenidos con vigas de madera, los más ancianos observaban el transcurrir del mercado ambulante. Los dueños de los tenderetes y puestos provisionales buscaban, igual que los comercios permanentes, la proximidad a la mezquita mayor. Dado la avalancha de mercaderes que se agolpaban en las calles, el almotacén vigilaba para que los más madrugadores obtuviesen el mejor sitio. Las puertas del oratorio resultaban un lugar estratégico donde los comerciantes peleaban duro, buscando un hueco para colocar la mercancía. En torno al edificio, el almotacén vigilaba que no se instalaran los vendedores de aceite, pues este producto dejaba manchas que penetraban en las losas de piedra por donde transitaban los peatones y además cuidaba de que no se instalasen, vendedores de animales, hortalizas o productos de la tierra, cuyos restos podrían transmitir la impresión de suciedad o falta de decoro, y estaba mal visto por las autoridades tenerlos cerca de un lugar tan sagrado. Las mañanas de los viernes era obligada la asistencia a la mezquita, en cuanto durase la ceremonia religiosa, todas las entradas deberían permanecer libres de mercancías.

El príncipe hizo su entrada en la plaza acompañado de la guardia real. El almotacén previamente se había encargado de retirar los tenderetes y las mesas de los comerciantes. Ordenó embalsamar el lugar con aspersiones de agua perfumada y fumigaciones de incienso. Los ciudadanos se colocaron contra las viviendas para dejar pasar al príncipe y sus hombres. Una

muchedumbre, abigarrada y pintoresca, les dio la bienvenida: mozárabes, judíos, muladíes, omeyas, bereberes, cristianos, francos, genoveses y eslavos, se apartaron para dejar pasar al sucesor del califa. De entre la muchedumbre, saltaron varios hombres cubiertos de los pies a la cabeza por unas túnicas negras. Armados con espadas berberiscas, acuchillaron a los jinetes más próximos al príncipe. Un bullicio se expandió entre el gentío que, huía en desbandada levantando una nube de polvo en torno al príncipe, impidiéndole distinguir a sus atacantes. Al- Hakam sacó su espada y, espoleó su caballo tratando de huir de la refriega, pero se había armado un alboroto tan grande que presa del pánico una barahúnda de ciudadanos había ocupado toda la calle, colapsando cualquier posible vía de escape para él. Al-Hakam se percató de que había caído presa de una encerrona y su vida corría serio peligro. Los hombres de negro habían asesinado a parte de su guardia, dejando la calle salpicada de sangre, rodearon al príncipe.

Cuando parecía que todo estaba perdido, de la nada surgieron tres hábiles guerreros: uno ancho de caderas de, gruesos músculos, portaba un hacha y comenzó a atacar por la retaguardia a los hombres de negro, varias cabezas de sus enemigos saltaron por los aires como si nada; otro de más de veinte palmos de altura, barría con su espada a todo el que se le ponía por delante y, un tercero con cara de no haber roto nunca un plato, con un extraña armadura metálica cubierta con un especie de saco que más bien parecía un hábito de monje, manejando una espada mora como si fuera un cálamo, desgarró la garganta de los que se encontraban más cerca del príncipe. Ante la aparición de los tres hombres, el resto de la horda huyó despavorida.

Galindo, Alfonso y Daniel escoltaron al príncipe hasta la puerta del alcázar. Al- Hakam les debía la vida. Con aquel acto no solo los tres habían conseguido salvar al príncipe, además se habían ganado definitivamente el corazón de su padre Abd al Rahman que, hasta el altercado tenía serias dudas sobre la lealtad de los tres cristianos, llegados desde tierras del norte y hasta hacía poco enemigos de los musulmanes. Ciertamente que Alfonso se había convertido recientemente al islamismo, pero su condición de muladí, tampoco le ofrecía demasiada confianza.

En las mismas fechas que el califa había ordenado a Hasday partir hacia Barcelona, cuando todo estaba preparado para salir de nuevo en campaña

contra las huestes del rey leonés, llegó a Córdoba un embajador de Ramiro II para negociar una tregua, la expedición se suspendió a la espera del resultado de las negociaciones. Desde la jornada del barranco el rey Ramiro había tratado por todos los medios el cese de las hostilidades contra el califato. Por su parte a Abd al Rhaman III le interesaba recuperar sus preciados tesoros y obtener la liberación del señor de Zaragoza, Muhammad ibn hashim, para contentar a sus aliados del norte. Las conversaciones bien, en Córdoba o León, desde entonces se sucedieron, pero la ansiada tregua no llegaba y los partidarios más acérrimos de Muhammad, comenzaban a estar nerviosos por el largo cautiverio de su señor, culpando al califa del retraso de las negociaciones. Dentro de los partidarios más fanáticos del caudillo tuyibi, se encontraba el grupo radical la saeta negra. Estaba compuesto por una pandilla de fanáticos, varios miembros de la secta planearon a escondidas de sus nobles el asesinato del califa. Abd al Rahman estaba aterrado, algunos de sus aliados más acérrimos se habían vuelto contra él. La providencia acudió en su auxilio, pues confundieron al príncipe Al-Hakam con el califa e intentaron asesinarlo, y lo habrían conseguido de no ser por la intervención de los tres cristianos. Urgía alcanzar un rápido acuerdo con el rey leonés y lograr la liberación de Muhammad, antes de que esa maldita pandilla de fanáticos volviera a intentar atentar contra él y su familia. Enviaría una nueva embajada a tierras leonesas: los mismos hombres que acababan de salvar la vida de su hijo, custodiarían a Hasday hasta León, acompañados de los mejores soldados de la corte real; la seguridad del prelado judío se había convertido en una prioridad.

En principio Azzam y las cinco Lobas no viajarían con sus esposos, tampoco Galindo llevaría consigo su cargamento de libros. Urgía llegar a un acuerdo con el tirano leonés. Los embajadores partirían en silencio y viajarían con rapidez. Cuanta menos carga transportasen, antes alcanzarían su destino. El califa no quería más demoras, tendrían una semana para despedirse de sus esposas y realizar los preparativos del viaje.

Estaba colocando los medicamentos en una estantería, dejando de primeros y a la vista los más fungibles para su consumo inmediato. Cuando notó unos pasos a su espalda, Laura se dio media vuelta y se encontró con Hasday; después de desviar la mirada azorada se preguntó que le estaba ocurriendo.

Últimamente cuando el doctor se encontraba cerca solía retirarse ruborizada: las piernas le temblaban, el corazón le latía demasiado de prisa y una ansiedad trepidante se apoderaba de ella. ¿Y si realmente se había equivocado con Alfonso? Tal como le había dicho a Shifa: él no era el hombre de su vida. Esperaba que le perdonase por no haber acudido a su boda. Tampoco debería haberse enfadado con Sira. ¡Hombres! Trataría de mantenerse alejada del doctor, su divinidad corría peligro. ¿Por qué el Señor la castigaba de aquella manera? Que duras pruebas tenía que soportar una en la vida.

Después de cambiar unos vendajes y dar de comer a varios pacientes, se encerró en la botica para llorar. ¿Y si no era del agrado del médico? Había escuchado rumores de que al doctor solo le interesaban los libros y sus investigaciones, jamás dejaba que ninguna mujer se le acercase demasiado. En esos momentos Hasday entró en el almacén de los medicamentos, y sorprendió a su enfermera llorando sentada en un taburete.

—¿Qué te ocurre Laura? —preguntó Hasday, sentándose a su lado. Laura no contestó, el doctor le ofreció un pañuelo. Ella lo rehusó limpiando las lágrimas con las mangas de su uniforme.

—¿Es por Alfonso? ¿Sigues enamorada de él? —preguntó de nuevo.

Laura negó con el rostro. Una nunca terminaba de acostumbrarse del todo a estar sola. Podría entregarse al doctor en ese momento, pero la tristeza nunca es buena consejera. Se despidió del doctor y regresó a casa. Amaba realmente a Hasday o simplemente tenía demasiado miedo a la soledad. Recordó las palabras de Shifa: la que no arriesga no vive. Esa noche desempolvó el hábito que tenía guardado en un baúl y se lo puso para rezar sus oraciones. Señor dame fuerzas para librarme de todas las tentaciones de este mundo. ¡Por favor salva mi divinidad! La voz de Shifa volvía una y otra vez a su mente: la que no arriesga no vive. Era demasiado inquieta y rebelde para dejarse domar por ningún hombre, pero aquel enigmático doctor la tenía asombrada con su sabiduría y su saber estar. Nunca decía una palabra fuera de lugar y actuaba siempre con gran criterio y magnanimidad. Por primera vez Sor Laura, cayó en la cuenta que su divinidad corría un serio peligro. Rezó con más ahincó, apretando con fuerza un viejo rosario que le regaló su abuela y guardaba en un ajuar. La que no arriesga no vive. De momento Laura había tomado la decisión de seguir viviendo en la gracia de Dios.

Tomó una infusión relajante, compuesta de tila e hierbabuena y se metió en la cama. Al poco tiempo se quedó profundamente dormida con el hábito puesto.

El hospital estaba ubicado en un viejo edificio de granito, de techos altos con grandes ventanales, el suelo era de cerámica, cuyas baldosas se alternaban combinadas con algunas figuras geométricas. En el jardín interior se mezclaban rosas, azahares, alhelíes, linos y naranjos. Sentada al lado del rosal, sintió sus espinas clavarse en la piel de su espalda: no le importaba el dolor. Laura se encontraba triste ante la repentina marcha de Hasday, sin la presencia del médico sus días se harían eternos; en cuanto el doctor se marchase lo habría perdido todo. Llevaba una toca blanca bordada tapando su cabello, con lasitud se dejó caer apoyándose sobre una columna dórica. Sus amigas pasaban demasiado tiempo con sus esposos e ignoraban sus lamentos. Los calores no habían vuelto a abordarla, desde el día que se masturbó en la botica perdiendo su himen. El deseo no era un problema para ella, se creía una mujer fuerte y trataba de controlarse. Tenía mucho carácter, le gustaba tener todo bajo control; sufría momentáneos cambio de humor y ataques de histeria: el hombre que la quisiese debería aceptarla como era o se perdería su lado más tierno. Era una mujer muy posesiva: se alegró de que sus amigas no viajasen con sus esposos, así las tendría para ella sola.

Había invitado a Hasday a su casa a cenar, cocinó un cordero con miel y lo adornó con unas aceitunas negras. La tierna carne se deshacía entre la sensualidad de sus labios. El erudito tenía una conversación amena y le hechizaba con su profunda mirada. El vino de Montilla era exquisito, su amiga Raquel le había regalado una botella para la ocasión. ¡No le dejes escapar! Le había aconsejado. Pero en ningún momento de la cena Hasday hizo amago de intentar seducirla. Tal vez le asustaba su fuerte carácter. Ella era una princesa, de ninguna manera pensaba tomar la iniciativa. Hasday le contó que hacía menos de un mes había roto con una novia sevillana y notó cierto desdén en su voz, cuando la conversación rondaba sobre las relaciones de pareja. Parecía todavía no haber superado su reciente ruptura. Laura se alegraba de que el judío abandonase la ciudad, tendría tiempo de superar lo de su antigua novia y a su regreso intentaría hacerlo suya. Durante los postres Hasday le rogó se hiciese cargo de la dirección del hospital en su ausencia. «Eres la mejor enfermera que tengo. ¿Qué será de esos desamparados, si tú

no cuidaras de ellos?». Laura le prometió hacerlo. Hasday le agradeció la cena: a la vuelta de León le prometió invitarla a cenar, a solas con él, en una estancia privada de palacio. Se despidieron con un par de besos en las mejillas. Nada más marcharse, Laura se encerró en su habitación a llorar. Había sido una cobarde por no declararle su amor, ahora tendría que esperar mucho tiempo antes de volver a verlo.

Enfiló un largo pasillo. A ambos lados se encontraban dispuestas las camas de los enfermos. A pesar de llevar unos meses trabajando en el hospital, Sira todavía ignoraba muchas cosas sobre remedios y medicinas, sabía que si el paciente padecía jaqueca, debía colocársele un hueso de la sien del alimoche en la zona afectada y, si se colgaba pescado desecado al poco rato la cefalea desaparecía; el cerumen del hombre también resultaba beneficioso en inhalación para amortiguarla, junto con la hiel de buitres egipcio, aplicada con oleo de violeta en el lado opuesto al que se produce el dolor, terminaba dando unos resultados excelentes.

Para dormir a un niño pequeño, Laura le recomendó utilizar cerumen de asno con leche materna, también le enseñó a curar la amnesia, colgando en un lienzo ojos de abubilla y uñas del pie izquierdo de una hiena y, envolviéndolo sobre la cabeza del enfermo como si se tratara de una venda. Había aprendido tantas cosas de ella. Desde su compromiso con Alfonso, Laura no cesaba de mirarla con desdén. Echaba de menos su compañía. Últimamente su relación había mejorado, percibía un brillo especial en la mirada de su amiga. Esperaba que en poco tiempo su amistad volviera ser la de antes.

Se dirigía hacia un enfermo que había sido tratado de una perforación intestinal. Unos familiares lo trajeron una noche en que ella se encontraba de guardia. Debido a los terribles dolores que padecía se vio obligada a avisar a Hasday. El hábil cirujano trazó un corte limpio en el abdomen, dejando a la vista el colon descendente: el hombre había recibido un golpe en la zona umbilical y su bolo intestinal reventó extendiéndose por todas partes, procedió entonces Sira a limpiar los intestinos con unos paños, el olor era insoportable. Después de retirar la materia fecal, Hasday procedió a colocar un tubo de hierro, conectando el colon con el exterior, y de ese modo el paciente podría evacuar sus restos en un recipiente de vidrio. El colon estaba tan deteriorado que le resultó imposible intentar coserlo, como hizo en el caso

de Alfonso: siendo la materia de que está recubierto el estómago mucho más gruesa que la intestinal que, en caso de coserla no aguantaría mucho y terminaría por reventar de nuevo, produciéndole de inmediato la muerte. La operación resultó un éxito, el paciente viviría años llevando la botella siempre conectada al estoma, para recoger la materia fecal expulsada desde el colón.

Llevaba consigo un carro con una palangana con agua, gasas, alcohol, algodón, esponjas y paños. Sira saludó al paciente, era bereber. Tenía sobre unos cincuenta años, el rostro demacrado surcado de arrugas y las ojeras muy marcadas. Destapó la sábana dejando a la vista el estoma, observó la herida todavía irritada. Limpió los bordes con una gasa alrededor del tubo, desinfectando la herida con alcohol. El hombre aulló de dolor. Una voz a su espalda la detuvo.

—Así no, espera...—dijo Laura cogiendo otra gasa y empapándola en savia de enebro, la pasó con suavidad, sin frotar ni arrastrar, limpiando con cuidado los bordes del estoma.

—El alcohol es demasiado agresivo para este tipo de heridas, mejor utiliza la savia.

En pocos días la vulva que rodeaba el orificio, cogería un color más rosado y se le curaría la infección, dejando de dolerle. Una vez curada la infección y, el estoma hubiese cogido el diámetro adecuado sin correr peligro de cerrarse, Hasday le retiraría el tubo de hierro; pues ya no sería necesario para la evacuación de los restos fecales: la colostomía había sido un éxito.

—¿Sigues enfadada por lo de Alfonso? —aprovechó Sira para interrogarla.

—Eso es agua pasada, ya que vamos a pasar tanto tiempo juntas, y para este trabajo es imprescindible que reine el buen ambiente, corramos un tupido velo y olvidemos lo ocurrido. Ningún hombre merece que se vea perturbada nuestra amistad. Sobre todo ahora que ellos parten hacia León, las cinco Lobas debemos permanecer más unidas que nunca.

—Es cierto, nunca debemos separarnos —dijo aliviada Sira—. De todas maneras el capitán no es tu tipo. Me he fijado que haces buenas migas con el doctor y él te mira con buenos ojos.

—Eso no es asunto tuyo, fisgona —le reprendió Laura y ambas amigas sonrieron a la vez. Por fin parecía que volvían a renacer los viejos lazos de amistad entre las dos y, el enojo de Laura a causa de Alfonso parecía haber quedado definitivamente enterrado en el olvido.

Las cinco amigas parecían tocadas por el dedo del destino, de una u otra manera sus vidas habían confluído en una ciudad que desafiaba el paso de los siglos, forjada por diferentes generaciones que la habían visto crecer en grandiosidad, convirtiéndose en el foco principal de un imperio, siempre en auge, siguiendo la senda marcada por jalones o hitos, camino de la providencia, la Córdoba califal destacaba por su magnetismo, atrayendo a personas de muy distintas culturas.

Entraron en la mezquita por la puerta del muro norte, descalzándose antes, según las normas mahometanas. Sus pies se deslizaron por el frío suelo de la escalinata hasta encontrar el caliente y confortable tacto de la arena candente del interior. Caminaron por un mar inacabable de columnas, en medio de una mansa penumbra, deslizándose bajo las alquerías hasta alcanzar el mihrab. Sentadas sobre el suelo, juntando las manos, formaron un círculo jurándose amistad eterna. Rodeadas de fieles permanecen quietas bajo los gráciles arcos de herradura, sobre los que tres lucernarios se alzan cubiertos por preciosas cúpulas, siendo la central la más majestuosa, elevándose sobre arquillos lobulados en los que se apoyan otros ocho arcos de herradura más pequeños, dando paso al octógono de la base. Todo el conjunto presenta ornamentación vegetal y maravillosos mosaicos realizados por artistas bizantinos.

Una sensación de paz invade sus mentes, las cinco Lobas se sienten de pronto libres de las ataduras de sus matrimonios. En ocasiones se celebraban allí, rogativas implorando a Alá para que trajese la ansiada lluvia y poder regar unos campos andaluces, a menudo asediados por la sequía. Pero después de los momentos de oración, lo que más le gustaba a las esposas de nuestros amigos, dirigidas por Laura, la única soltera del grupo: era ir de compras. Le encantaba regatear el precio en los mercados y ser la voz cantante del grupo. Empeñada en comprar un albornoz para ir elegante a los baños, Laura buscaba uno de su gusto, limpio con los vuelos bien forrados, de lana pero al mismo tiempo mullido y suave, que su piel bien lo merecía. Poco escotado para proteger sus pechos de miradas indeseables.

Se puso a buscarle defectos a la prenda antes del regateo, al no encontrarlos, trataba de rebajar el precio, ofreciendo al vendedor, una lata con galletas de manteca de trufas, que preparó con mimo en su casa siguiendo los consejos de una receta que recuerda de sus tiempos trabajando en la tahona. Al final, a punto de desesperar al comerciante, consigue un trueque: las galletas y unos dulces de canela por el albornoz. Laura no para de dar órdenes a sus amigas, un terremoto parece asolar el mercado bajo su paso: Sira, Shifa, Raquel y Sayida la siguen por todas partes hasta llegar a la judería.

—Nuestra religión es mejor, pues a la hora de sentarnos en las iglesias, no tenemos porque hacerlo en un orden predeterminado —dice Laura, dirigiéndose a sus amigas.

Las mezquitas tienen un reglamento muy preciso: los ancianos van en la primera fila, los hombres detrás y al fondo las mujeres. Niños y doncellas ocupan un lugar apartado, donde permanecen manteniendo la compostura.

—¿Tú crees que estamos discriminadas? —le preguntó Shifa.

—Absolutamente, solo sois prisioneras, al servicio siempre de vuestros hombres, eternamente dedicadas a las tareas del hogar. ¿Acaso no es eso lo que propaga el Corán? —pregunta esta vez Laura.

—En eso se parecen las dos religiones, vosotras tenéis tres dioses en uno solo que dominan el mundo y la Virgen María, a la cual nadie le hace caso, que no manda nada. Al final los hombres os tienen sometidas igual que a nosotras —apuntó Sira.

—A mí no, en mi casa mandó yo —concluye Raquel.

—Pues mira que tu marido es bien grande —dijo Sira en referencia a Daniel.

—No lo suficiente para domarme —dijo secamente Raquel.

Ávida de conversación: Laura no para de hablar contándole a Shifa lo bien que se organiza una sin un hombre en casa. Esto logra exacerbar a su amiga, rogándole por favor que cambie ya de tema. Las cinco Lobas se dirigen hacia

la orilla del Guadalquivir. Escondido entre juncos y arces localizan un esquife. Oculto probablemente por contrabandistas que lo utilizaban para pasar mercancías de una orilla a otra del río. Escuchan los tañidos de las campanas de algunas iglesias cristianas. La embarcación parecía abandonada, montaron en ella, con la intención de dar un paseo cerca de la orilla, pero las fuertes corrientes la arrastraron hacia el medio del río. Raquel remaba, mientras el resto disfrutaba del paisaje. Ninguna de las cinco sabía nadar, por lo que iban un poco asustadas. Con el peso del bote, se empezó a filtrar agua entre las carcomidas tablas del fondo. Shifa, Sira y Sayida trataron de achicarla con las manos. Pero cada vez el esquife cogía más agua y se hundía más, Raquel remaba con todas sus fuerzas hacia la orilla de donde habían partido. ¿Alguna sabe nadar? Preguntó Laura, nadie contestó. Entonces las cuatro se pusieron a achicar agua con todas sus fuerzas, mientras Raquel exhausta de remar pide el relevo, es sustituida por Shifa, de complexión muy delgada le cuesta horrores manejar los dos remos. Al final le cede uno a Laura, y se ponen a remar las dos con el corazón desbocado. A pesar de los esfuerzos, el bote se lo estaba tragando el Guadalquivir. Y todavía quedaban más de doscientos palmos hasta la orilla. Sira fue la primera en pedir socorro. Pero nadie escuchó sus gritos. Morir ahogadas, cuando se encontraban tan lejos de sus maridos, disfrutando de un día libre de ataduras, sería una cruel paradoja del destino.

Dos hombres saltaron desde lo alto del puente romano a rescatarlas, nadaron a gran velocidad, alcanzando el bote cuando este estaba a punto de hundirse, bajo el peso de las chicas y el agua que entraba a raudales en la embarcación. Alfonso y Daniel primero pusieron a salvo a sus esposas, nadando con ellas hacia la orilla. Luego Daniel sacó a Shifa y Alfonso a Laura que, mientras la sacaba del agua se quejó al capitán de que le olían mucho los sobacos. Sayida trataba de sostenerse dando manotazos en la superficie del río, presa del pánico, se estaba hundiendo y comenzó a tragar agua. Cuando Daniel llegó a su altura, Sayida ya no se encontraba en la superficie, tuvo que sumergirse en las profundidades, buceando en busca del cuerpo; lo encontró tirado ente la vegetación del fondo. La sacó como pudo hasta la superficie, Alfonso ya se encontraba a su altura para ayudarle a llevarla hasta la orilla. Una vez alcanzada, la tumbaron sobre el suelo, sus ojos estaban blancos y no respiraba. Poniendo una palma de la mano sobre el dorso de la otra, Daniel presionó con fuerza sobre su pecho varias veces, pero

Sayida no respondía. Parecía que todo estaba perdido, cuando de repente comenzó a expulsar agua por la boca y a toser con fuerza, recuperando finalmente el conocimiento. Daniel mientras la sujetaba, acercó sus labios a los suyos para enviar oxígeno a sus pulmones, a cada expiración suya, ella reaccionaba tosiendo y expulsando más agua. Al final logró incorporarse, en cuanto sus amigas se abalanzaban sobre ella.

—Apartaros, dejarle espacio para que pueda respirar mejor —les ordenó Daniel.

—No podemos dejaros solas ni un segundo —les regañó Alfonso—. Encargaré a un instructor del alcázar que os enseñé a nadar.

—¡Mejor será! ¡No somos nada sin los hombres! —dijo Laura pensativa—. Si no es por vos capitán, estaríamos muertas. ¡Pero no levante los brazos chico que le cantan las axilas!

—Eres más rara que un perro verde, mira que no hueles mal tú, ahora que te acabas de bañar en toda la porquería que arrastra el Guadalquivir —replicó Alfonso enojado.

—Las princesas nunca olemos mal. ¡Capitán mantenga los brazos pegados al cuerpo! ¡Líbrenos de ese pestazo!

Al ser Daniel quien tenía la casa más cerca, pidió un caballo prestado a un soldado que transitaba por la zona, montó sobre la grupa a Sayida y se la llevó de allí. Más tarde en casa, le ayudó a liberarse de sus ropas húmedas y la secó con una toalla. Luego de un arca de cuero repujado y ferreteado, taraceado en ébano y boj, sustrajo ropa seca de su esposa Raquel y ayudó a vestir a su amiga. Le sedujo la forma del cuerpo de la mora: su cintura estrecha, sus caderas anchas y el generoso pecho. Sayida al sentir su mirada, se cubrió con pudor. Seguro que Raquel no era tan complaciente con él, como ella lo era con Azzam: las esposas de los cristianos resultaban demasiado recatadas en los asuntos del amor. Un sentimiento de culpabilidad las perseguía, el mismo que debió sentir Eva en el paraíso al ser descubierta por Dios, desnuda, probablemente fornicando con Adán. Ahora todas las mujeres cristianas deberían pagar por su pecado. No se puede disfrutar del sexo, si sientes que estás haciendo algo malo. Ese era el problema de las cristianas,

sus maridos necesitaban que los besuquearan por todas partes, incluidos los genitales y probaran con ellos toda clase de juegos sexuales. No se puede disfrutar del amor, cuando sientes vergüenza de hacerlo. Las moras en cambio, dedicaban su vida a proporcionar placer a sus esposos, gozando ellas también; pues el placer al ser compartido, siempre resulta para ambos el doble de gratificante. Raquel era una mujer fuerte, pero profundamente católica. Si tuviese a su hombre totalmente complacido: Daniel no la miraría a ella, de la forma que la estaba mirando.

—Eres muy hermosa —comentó el grandullón.

—Gracias. ¿Raquel no te complace en la cama cómo debería? —preguntó Sayida.

Ruborizado Daniel no contestó, apartando la mirada azorado de aquella exótica belleza, que al fin y al cabo era la esposa de un amigo. Sintió unos pasos por las escaleras, Alfonso y las cuatro Lobas ya estaban allí para cambiarse de ropa.

—¡Fuera los hombres! —gritó Laura con voz autoritaria.

Daniel y Alfonso desaparecieron por el pasillo. Cuando las chicas acabaron de secarse y ponerse ropa limpia, bajaron a su encuentro. Azzam y Galindo acababan de llegar. Por toda Córdoba ya había corrido la noticia de que las cinco Lobas habían estado a punto de ahogarse en el río. Sayida en unos días logró recuperarse totalmente de su ahogamiento. Lo que no sabían sus amigas es que llevaba dos meses en estado, por suerte el feto no sufrió daño alguno y nacería sin problemas a pesar del percance.

En cuanto se quedaron solos en su hogar, ella lloraba en brazos de su esposo. Azzam la consolaba, diciéndole que nada malo le sucedería mientras se mantuviese a su lado. Allah es grande, Él cuidara de que nuestro hijo nazca sano y salvo. Esa noche hicieron el amor, Azzam la poseyó con ternura y Sayida dormiría durante más de catorce horas seguidas. Estaba hecho el uno para el otro. Azzam era un buen hombre y Sayida se sentía afortunada. Pronto tendrían un hijo y eso la hizo sentir la mujer más feliz del mundo. Además su hombre, a diferencia de sus amigos, era músico: eso lo eximía de tener que acompañarlos en su largo viaje hacia el norte. Se quedaría allí a su

lado, protegiéndola y mimándola. Acarició su barba con dulzura y se quedó acurrucada contra su pecho, contemplando por la ventana la puesta de sol cubriendo las cumbres altas de la sierra, los ríos, los barrancos, los campos fértiles y bañando de luz dorada la quietud de las aguas del Guadalquivir que, a punto estuvieron de acabar con su vida.

# **PARTE**

## **III**

### **La rebelión de los yundíes**

## Sierra Morena, 2 de abril del año 941

Cabalgaba sobre un asil árabe de color blanco. Se encontraba cómodo en la montura de aquel pura sangre: un caballo de ojos grandes y expresivos, orejas pequeñas, hocico y cuello bien implantado; resultó un compañero de viaje excelente para Galindo. Le encantaba su dorso armonioso, las extremidades firmes y enjutas, con sus cascos pequeños pero resistentes. Cuando lo vio en las caballerizas reales, salvaje sin domar, mandó a los mozos que le abrieran la cerca. Se acercó al animal despacio, mientras lo observaba pastar. Sin temor alguno, le acarició el hermoso pelaje y las sedosas crines. Colocó la manta sobre su lomo cerca del cuello y luego la deslizó hacia atrás, después dispuso la silla sobre esta y la sujetó al torso del animal, tratando de no apretar demasiado las cinchas para no interrumpir el riego sanguíneo. Para colocar la brida introdujo un dedo en su boca, justo en la comisura de los labios. En una zona donde el animal carecía de dientes y no corría peligro de recibir una mordedura, tratando de no apretar mucho la tira de la garganta para que pudiese respirar sin dificultad. Antes de montarlo le dio un largo paseo por el cercado, al mismo tiempo que le susurraba dulces palabras al oído. Sería como conquistar a una mujer, habría que ser muy delicado o, al intentar montarlo el animal presa del pánico lo tiraría de la silla. Ordenó a los mozos le abrieran la cerca, colocó primero el pie derecho sobre el estribo y de un salto se subió sobre el caballo. El animal alzó las extremidades superiores, apoyado sobre las patas traseras, dio un brinco, antes de salir trotando a toda velocidad. Sujeto a las bridas con las dos manos, Galindo trató de aguantar el tirón. Desde aquel día lo bautizó como Relámpago y en poco tiempo consiguió domarlo.

A su lado cabalgaban sus amigos Alfonso, Daniel y Hasday. Seguidos a cierta distancia por los soldados del califa. En cuanto se internaron en la sierra, varios grupos de bandoleros, los atisbaron desde las alturas. En principio al ver los uniformes de los soldados reales y la potencia de su armadura, se abstuvieron de intentar abordarles. A la espera de encontrar un lugar propicio, donde prepararles una encerrona e impedir que pudiesen

maniobrar fácilmente. El capitán montaba un alazán, se trataba de un pequeño y elegante caballo de rasgos árabes, de cabeza corta y enjuta, cuello largo y espalda extensa e inclinada con buena musculación. Era una bestia sobria de trote fácil y dinámico, muy fiel y equilibrado. Tormenta era más lento que Relámpago, pero a Alfonso le pareció una cabalgadura más segura: no tenía intención de romperse la crisma, ni correr más riesgos de los necesarios, en aquella endiablada misión que el califa les había encomendado.

Siguieron hacia el norte, el valle le mostró un paisaje repleto de campos de cultivo, árboles frutales y un mar de olivares. Según se internan de nuevo en la sierra el camino se va estrechando, la vegetación se compone especialmente de encinas y alcornoques. Ascienden por una ladera en pendiente, a la vuelta de un recodo del camino, se encuentran con el paso cortado por una barricada de troncos y piedras. Una lluvia de flechas surge de la nada, alcanzando a la mayor parte de la tropa que caen heridos de diversa consideración. Galindo y Alfonso custodian a Hasday, deslizándose entre la maleza conducen sus caballos pendiente abajo, escapando de una muerte segura. Los arqueros disparan de nuevo desde lo alto de un roquedal sobre los soldados que todavía quedan en pie, cuando Daniel trata de cubrirse, una flecha le atraviesa el cuello y otra se le clava en la garganta, en poco tiempo el gigantón fallece presa de ambas heridas. Sus amigos nada pueden hacer por su vida, bastante tienen con salvar su propio pellejo.

Una facción de soldados desertores de la batalla de Simancas y el foso del barranco, cuya identidad desconocían, contrarios a la crucifixión de algunos de sus jefes militares por orden del califa. Atacaron sin piedad a los miembros de la embajada. Espada en mano, tajando pechos y desgarrando gargantas, asesinaron a los supervivientes de la lluvia de flechas. Solo Galindo, Alfonso y Hasday, conservaron la vida de milagro, de los más de treinta hombres que componían la expedición a León.

Los tres amigos cabalgan por un barranco, tratando de escapar de aquella trampa mortal. El descenso es brutal. Esquivando alcornoques y quejigos, desaparecen entre la espesura. Los árboles están cubiertos de musgo y helechos, una niebla densa los protege de sus perseguidores. Hace rato que no escuchan los cascos de sus caballos, puede que ya los hayan perdido. Llegan

al fondo de un riachuelo y comienzan a remontarlo tomando dirección norte. El agua gotea sobre sus espaldas, desprendida de las hojas de los árboles. Lo han perdido todo, sus hombres, los enseres, las pertenencias y, lo más importante a su amigo Daniel. Alfonso llora a moco tendido, ni siquiera tuvieron oportunidad de defenderse. Su amigo era un tipo sincero, de los que te calan solo con la mirada, lo echarían mucho de menos. Su esposa los mataría a todos cuando regresaran a Córdoba sin él. Apoyado contra un sauce, Alfonso grita con desesperación dirigiéndose a sus amigos: ¡Ayer me dio la noticia! ¡Estaba esperando un hijo! No había palabras para consolar al Gordo. Hasday se acercó y, rodeándole el hombro con un brazo le dijo: no lo sabía. Lo que tampoco sabía Hasday es, que las esposas de Galindo y Alfonso también estaban embarazadas: cuatro de las cinco Lobas habían quedado en estado, unas semanas antes de la partida hacia León de sus esposos. No resulta difícil de imaginar la actividad conyugal que hubo los días previos a su marcha de la capital omeya.

—Debemos enterrarlo. Lo trasladaremos a un lugar sagrado para que su alma descanse en paz —dijo Galindo.

—¿Musulmán o cristiano? —preguntó Alfonso, mirando iracundo a su amigo Galindo.

—Él siempre creyó en la fe de Cristo. ¡Hereje! —dijo Galindo, desenfundando su espada.

—¡Os habéis vuelto locos! ¡Guardar las armas! —Les ordenó Hasday—. Además no podemos volver a esa ratonera está plagada de rebeldes y nos cazarían como conejos. Solo nos faltaba enfrentarnos entre nosotros, por una estúpida cuestión de religión o política. Nos ocultaremos unos días en el bosque, hasta que ellos se hayan marchado, luego compraremos un carro en una aldea y volveremos por el cadáver. Lo enterraremos en lugar cristiano, según las creencias de su familia.

—¿Y los demás? Son musulmanes como yo, merecen también una digna sepultura —dijo Alfonso.

—Está bien, lo arreglaremos —concluyó Hasday.

Un par de días más tarde regresaron con varios carros y un grupo de arrieros para recoger los cadáveres de los caídos en la emboscada. Antes mandaron a varios aldeanos que conocían bien la zona a explorarla por si todavía quedaban rebeldes. El cuerpo de Daniel yacía en medio de los otros, los buitres le habían comido los ojos y desfigurado el rostro, de no ser por su tamaño y sus vestimentas, no lo habrían reconocido; lo distinguieron gracias a que su físico era inconfundible, le sacaba tres cabezas al más alto de los soldados del pelotón. Trasladaron los cuerpos hasta la aldea, enterraron a la mayoría en el cementerio musulmán que se encontraba a la izquierda de una vereda; y a Daniel y dos mozárabes en el cementerio cristiano, situado cerca de un soto. Cuando introdujeron el cadáver de su amigo en la zanja, el capitán juró vengar su muerte. Pero, solo, no podría vencer a tantos hombres. Esperarían a su regreso de León, el califa les proporcionaría un ejército y perseguirían a esos traidores por toda la sierra. Era un grupo bastante numeroso de rebeldes, pero difícil de localizar, solían moverse constantemente, sin acampar dos días seguidos en la misma zona, operando a lo largo de toda la meseta que separaba Andalucía del resto de la península. Conocedores del terreno, llevaban días observándoles desde las alturas, tuvieron tiempo suficiente de elegir el lugar adecuado para preparar la emboscada.

Galindo que llevaba varios horas sin dirigirle la palabra a Alfonso, apoyó la mano sobre el hombro de su amigo y dijo:

—Siento lo ocurrido, tal vez haya perdido los nervios. Yo también le quería, era una persona extraordinaria.

—La culpa fue mía, la verdad es que ya no sé si soy musulmán, cristiano o judío. ¡Me da igual! Solo quiero que mi amigo vuelva a la vida —dijo el Gordo Alfonso entre sollozos.

—Da lo mismo, no creo que ninguna religión tenga una base real, si empezamos a buscarle la lógica, la más tangible de todas las creencias se desmorona por todas partes. Todavía no estamos seguros de lo que ocurrió hace dos días en la emboscada, cómo diablos vamos a saber con seguridad, la verdad sobre unos hechos acontecidos cientos de años atrás. Todo es cuestión de fe: si tu corazón te indica que debes seguir las enseñanzas del profeta. ¡Adelante hermano! Yo por mucho que las dudas me atormenten, nunca

podré dejar de ser cristiano, pues mi cultura es esa —dijo Galindo.

—Allah me enseñó a amar a través de Sira. Gracias a él, estoy vivo. Además estoy esperando un hijo de ella —dijo Alfonso.

—Yo también espero un hijo de Shifa y Daniel lo esperaba de Raquel. Solo lamento que nuestro amigo nunca volverá a ver a su esposa, ni conocerá a su hijo —dijo Galindo entre lágrimas.

En medio de un enjambre de cruces, los dos amigos se abrazaron, ante la tumba de Daniel. Por un momento apartaron sus diferencias, despidiéndose del gigantón para siempre. La luna se elevaba alta sobre las tumbas y el frío de la estepa se apoderó de ellos. Se retiraron a descansar en unas viviendas de adobe que alquilaron en la aldea. Por suerte, junto a sus monturas, lograron salvar varias bolsas de dinares para sufragar los gastos del viaje que les quedaba por hacer hasta León.

Zura ibn Ziyad se bañaba dentro de un barreño de roble, Luisa una esclava cristiana frotaba su espalda con suavidad. Su tienda destacaba entre las ancladas en aquel recodo de Sierra Morena. El jefe de los yundíes era primo de Fortun ibn Muhammad al-Tawil, crucificado por orden del califa, al regresar de la batalla de Simancas con su expedición a Córdoba. Acusado de reprocharle a un general en el fragor de la batalla su valentía: «¿Otra vez vas a causar la ruina de nuestro ejército? No me quedaré a contemplarlo. ¡Todos mis hombres! ¡Coged vuestros caballos y seguidme!». Al-Tawil abandonó con los suyos el escenario de la batalla, dejando al califa y sus tropas en desventaja en el foso del barraco frente al capitán Alfonso y sus hombres. Inmediatamente Abd al Rhman ordenó prenderlo, junto con otros diez de sus semejantes que también abandonaron cobardemente el lugar de la lucha. Todos colgarían de altas cruces: primero fue crucificado al-Tawil el 14 de septiembre, los otros diez lo fueron unos días más tarde, concretamente el 27 de septiembre en la festividad de Yawn Mina; todos ellos pertenecían a la tropa del yundí. Los yundíes eran descendientes de los sirios llegados a la península en el año 740 que, a cambio de una renta anual podían ser movilizados para participar en las aceifas. Zura sabía el motivo real de la huida de su primo al-Tawil en la jornada del barranco. Orgullosos de su alcurnia árabe, los yundíes estaban descontentos por el favoritismo mostrado

por el califa en la elección de los cargos públicos, especialmente con alguno de sus generales que descendía de esclavos y era considerado por al-Tawil un incompetente, más conocido por Nechda, resultó ser un gobernador petulante y carente de la suficiente formación y destreza militar como para dirigir en la batalla a sus guerreros. Era una humillación para los nobles de los tercios militares, caudillos y wacires estar bajo las órdenes de aquel plebeyo y verse forzados a prestarle entera obediencia. Todos se pusieron de acuerdo para huir en desbandada en cuanto tuvieron ocasión. Entre ellos se encontraba Zura ibn Zyad que, tras la crucifixión de sus compatriotas, decidió ocultarse con un contingente importante de guerreros en las sierras andaluzas; desde entonces sobrevivían del pillaje, el hurto, la caza y la generosidad de las gentes de algunas aldeas que permanecían leales a su causa; aun a costa de poder sufrir terribles castigos por parte de las autoridades califales, si fuesen descubiertos. Les proporcionaban ayuda, facilitándoles cobijo y alimentos, a cambio de dinares o una parte de las mercancías robadas durante sus correrías por aquellas agrestes y salvajes tierras. La imagen de su primo al-Tawil colgando de la cruz, con el rostro ensangrentado y el cuerpo macerado por los golpes y las torturas a que lo habían sometido los verdugos, asomaba de cuando en cuando a la memoria de Zura ibn Zyad. Cuando el califa lo insultaba e increpaba, a unos centímetros de él. Con la cabeza colgando y los ojos en blanco, después de haberle cortado la lengua, al Tawil logró juntar en la boca un amasijo de sangre y saliva, y escupir sobre Abd al Rhman casi alcanzándolo. Al-Nasir se apartó enojado y dio la orden de alancearlo. Desde entonces Zura juró vengar algún día la muerte de su primo. Tan pronto como divisó una embajada real surcando la sierra, decidió terminar con la vida de todos sus integrantes.

Luisa lo vistió con un albornoz después de secarlo. Aquella esclava cristiana de origen navarro, fue un regalo después de una de las muchas aceifas triunfales de su primo en el norte de Aragón que el califa entregó a al-Tawil —mucho antes de su traición en el foso del barranco, cuando las relaciones entre ambos eran sumamente cordiales—, que tras su ejecución Zura tomó como suya. Le gustaba porque con ella podía saciar su libido, sin necesidad de mostrarle respeto, ni sentimentalismo alguno como solía hacer con sus esposas. Luisa se mostraba siempre dispuesta y complaciente con su señor, su lealtad y sumisión, además de la excitante blancura de su piel, la convirtieron en poco tiempo en el principal objeto de su deseo. Una vez seco,

Zura la tomó con violencia sobre una mesa de arce, apretando con fuerza sus nalgas mientras la embestía. Ella fingió un placer inmenso, en cuanto sentía como su señor se vaciaba en su interior. Tras su exilio, Zura abandonó a sus esposas en Córdoba. Llevándose consigo, solo esclavas, para contentar a la tropa y poder saciar sus instintos más primarios. En época de lucha las esposas serían solo un estorbo, aunque como buen musulmán, debía responder de su manutención y aportarles seguridad. Debido a la dureza de la vida en la sierra, pensó que lo mejor para su supervivencia era que permaneciesen en sus hogares en la ciudad. La vida de una esclava, no valía tanto como la de una esposa, si caían enfermas resultarían un lastre para la supervivencia de sus hombres en la sierra, no le dolería tanto abandonarlas o, incluso eliminarlas, quitándoles la vida para que no pudieran dejar pistas sobre su paradero a las autoridades califales.

Un informador de Córdoba terminaba de llegar hasta su campamento, Zura mandó retirarse a Luisa con un chasquido de sus dedos. Era un hombre de unos treinta años de cabello oscuro y espeso bigote, dirigía la red de espionaje de los yundíes en Córdoba. Su nombre era Bard Amir. El informador se sentó entre unos mullidos cojines y Zura lo convidó a hablar.

—Los hombres que atacasteis hace dos días, pertenecían a una embajada secreta que el propio al-Nasir había enviado a León, para negociar un tratado de paz con el rey Ramiro, estaba encabezada por Hasday un médico judío y Galindo un escritor cristiano, ambos íntimos del califa —informó Amir.

—El éxito de su misión sería nuestra ruina. Mientras el califa mantenga ocupado su ejército luchando contra los cristianos del norte, contará con muy pocos efectivos para dedicarlos a nuestra captura. Ese tratado sería nuestro fin, libre de conflictos el califa centraría todas sus fuerzas en nuestra eliminación —dijo Zura.

—¿Estáis seguro de haberlos matado a todos? Solo tres llevaban el uniforme de embajadores reales: el escritor, el médico y un capitán cristiano —dijo Amir.

—Conozco esos uniformes, ninguna de las víctimas lo llevaba puesto, los tres consiguieron huir. Daremos una batida por toda la sierra en su busca. ¡Buen trabajo Amir! Descansa y disfruta de nuestro vino, y de todas las

esclavas que seas capaz de llevarte a la cama. Mañana cuando regreses a Córdoba, mantén los ojos bien abiertos y la boca cerrada, a ver si puedes enterarte de algo. Algún día el califa será derrocado y los nuestros gobernarán sobre al-Ándalus. ¡Puedes retirarte!

Si había alguien capaz de convencer al rey Ramiro que un tratado de paz era lo mejor para ambos pueblos ese era Hasday. Debía capturarlo cuanto antes. El judío era la clave para que las negociaciones con el rey leonés prosperasen. Mandó entrar de nuevo a Luisa, vestía un brial de color rosa ceñido con una faja de orifrés a la cintura que resaltaba la curvatura de sus caderas. Un fino velo le ocultaba la nuca, cubriendo parte de una larga melena castaña, perfumada con aceite de algalia y salpicada de gladiolos. Zura procedió a retirar el velo para contemplar la hermosura de aquellos cabellos, que la luz del atardecer tamizaba de un tinte rojizo.

Cogió su mano y salieron de la tienda, buscando la luz del ocaso. El aire seco de la sierra meció los cabellos de ella haciéndola parecer una musa. Caminaron entre nogales y alcornoques, cuyas sombras le proporcionaban, según se iban alejando del campamento una intimidad inesperada a la pareja. Ascendieron por un sendero hacia la cumbre, entre helechos, robles diseminados y alguna encina. Se sentaron sobre un tronco derribado por un rayo, cuyo extremo todavía conservaba un tono negruzco producto del fagonazo. Solo en la intimidad, Zura le mostraba a Luisa su lado más dulce. Hacía tiempo que el jefe yundí había caído, inevitablemente, presa de los encantos de la esclava.

—Tú sabes que eres mi favorita por delante de mis esposas. Pero tu condición de esclava me impide mostrarlo en público —dijo Zura.

—Tus esposas no valen nada. Yo soy la única que sabe proporcionarte placer —dijo Luisa, introduciéndole la lengua en el tímpano, mientras mordisqueaba suavemente su lóbulo.

—Es cierto, tú eres mi verdadera reina. Sin ti mi vida sería un pozo de amargura.

—He estado escuchando tras la puerta mientras hablabas con Amir. Debes capturar a esos cristianos cuanto antes, nuestra seguridad está en peligro —

apuntó Luisa.

—Te prometo que saldré tras ellos mañana temprano y te traeré sus cabezas metidas en una cesta de mimbre para que puedas verlas —dijo Zura.

A pesar de que Luisa le sacaba varios centímetros, pues Zura era un hombre de corta estatura y enjuto, como amante resultaba muy promiscuo y gustaba de alardear de su virilidad delante de la tropa. Ella sabía jugar su papel de esclava en público, pero en privado ejercía cada vez más influencia sobre las opiniones y decisiones de su señor. Zura sabía que ella se ocultaba en ocasiones tras las puertas, entre los cortinajes, escondida en baúles y armarios, detrás de las armaduras o bajo el catre, durante sus reuniones con otros jefes yundíes para poder escuchar las conversaciones de los varones. Zura sabía que aquello resultaba inmoral, pero transigía valorando sus opiniones y teniéndola como su mejor consejera. El yundí consciente de que aquella díscola esclava, jamás obedecía sus órdenes, no intentaba cambiarla. Tal vez era su rebeldía lo que le atraía de ella, siempre le resultaba espontánea e imprevisible, una cualidad que echaba de menos en el resto de las mujeres que había conocido durante su vida.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —preguntó Luisa

—Ufff... Miedo me das cuando pones esos ojos de gatita avispada. ¡Dispara!

—Yo de ti no esperaría a mañana para perseguir a los embajadores, seguro que será demasiado tarde para alcanzarlos —inquirió Luisa.

—¿Tú crees? —interrogó Zura esta vez a su esclava.

—De todas maneras no creo que puedas descansar mucho, ni conciliar el sueño, sabiendo que cada hora que pasa, el judío se encuentra más cerca de las tierras de los cristianos.

—Una vez más tienes razón mi dulce Luisa, adelantaremos los preparativos e iniciaremos la marcha de noche —concluyó Zura.

Una larga fila de jinetes cabalgaban deprisa en la oscuridad, algunos portaban hachones encendidos que iluminaban con su luz los sombríos caminos, sortearon bosques, aldeas de pastores y casas de postas en los tramos más transitados del recorrido. Llegando en plena madrugada al lugar donde habían atacado a la embajada del califa. Los cadáveres ya no se encontraban allí, por lo que dedujeron que los supervivientes fueron enterrados en la aldea más cercana, debían alcanzarla antes del alba; era posible que el judío hubiese dirigido el traslado de los cuerpos personalmente y se encontrara allí cobijado con sus aliados.

Los hachones se le habían apagado por lo que debían proseguir a oscuras el resto del camino. A partir de aquel lugar debido al accidentado terreno, continuarían a pie, resultaría una temeridad hacerlo a caballo, podrían despeñarse por un barranco junto con las bestias, siendo imbuidos en medio de la profusa oscuridad por aquel impenetrable abismo. Llegaron a una zona muy encañonada, donde pudieron escuchar el murmullo de un riachuelo, Zura ordenó hacer un alto en el camino para que bebieran las bestias. Con los primeros albores del día, cabalaron de nuevo sobre sus monturas hasta que desde lo alto de un penacho divisaron la aldea. Descendieron a través de los prados, llegando al cementerio musulmán, la tierra todavía húmeda y recientemente movida de algunas tumbas, dejaba claro que apenas hacía unas horas habían sido enterrados una treintena de cadáveres: no podrían ser otros que los cuerpos de los guerreros del califa que ellos mismos habían asesinado dos días antes. Zura sujetó la tierra húmeda entre sus dedos, después de pronunciar una serie de maldiciones, exclamó: «¡Tienen qué estar aquí!». Estaba claro que no podían andar muy lejos.

El sol comenzaba a asomar en un horizonte turbio. Varios aldeanos vieron acercarse a las hordas yundíes y corrieron a avisar a los embajadores. Hasday, Alfonso y Galindo recogieron a toda prisa sus pertenencias, una vez llenas las faltriqueras, corrieron a las cuadras y se subieron sobre sus monturas. Abriendo las puertas del establo, los caballos salieron veloces; pero ya los hombres de Zura habían descubierto su escondite y partían a galope tendido detrás de ellos. Deberían salir pronto del valle o terminarían rodeándolos. Los tres amigos fustigaron con sus espuelas en los costillares a sus caballos, haciendo sangrar sus costados. Atravesando un declive tras otro,

sembrados de pardos arbustos y vastos encinares, huían en desbandada perseguidos a pocos metros por Zura y sus hombres.

Pronto alcanzaron un cruce, dejando atrás varias fincas ascendieron por una loma llena de robles que ralentizó su huida. Los caballos estaban exhaustos, la pendiente se hizo cada vez más empinada y a las bestias les costaba horrores avanzar. El viejo alazán sobre el que cabalgaba Hasday cojeaba sensiblemente de una pata. El capitán comprendió que el judío no llegaría muy lejos con un animal herido. Alfonso se bajó de su montura con un arco, una aljaba al hombro y, el hacha sujeta por una faja roja a la cintura. Mandó desmontar a Hasday antes de que el caballo cayera desplomado. El capitán le ofreció proseguir la huida sobre Tormenta.

—¿Y tú? ¿Cómo huirás? —preguntó Hasday.

—Lo importante es que lleguéis vosotros vivos a León. Yo los detendré, mataré a todos los que pueda, será mi particular manera de vengar a mi amigo Daniel. Lo lamento pero no tenemos tiempo para sentimentalismos ni despedidas. ¡Largaros a toda leche de aquí!

Hasday montó sobre Tormenta, mientras Alfonso le susurraba al caballo unas palabras: llévatelo lejos de aquí, en tus manos pongo su vida viejo amigo. No te preocupes volveremos a vernos en el otro mundo. Una lágrima brotó de los ojos de Tormenta que relinchó en señal de despedida, resultó un relincho lleno de amargura y tristeza, consciente de que probablemente nunca volvería a ver a su dueño. Mientras observaba desaparecer a sus amigos monte arriba, Alfonso armó su arco, tensándolo con fuerza, apuntó al más cercano de sus perseguidores. Soltó la cuerda y la flecha salió disparada atravesando el cuello del yundí que cayó al suelo desplomado. A continuación, armó de nuevo el arco y disparó sobre el siguiente, utilizando el viejo caballo de Hasday que descansaba sobre el suelo exhausto como improvisado parapeto. La saeta le atravesó la córnea y se le incrustó en el cerebro, el rebelde perdió la vida al instante. Una tercera flecha impactó por debajo de la rodilla de otro guerrero, aullando de dolor decidió abandonar el escenario de la batalla. Cuando quiso armar de nuevo el arco se percató de que estaba rodeado de enemigos. Dejó a un lado el arco y la aljaba con las flechas, sustrayendo el hacha de la cintura, sujetándola en una mano y con la adarga en otra, se lanzó contra el siguiente rebelde, moviéndose en espiral

rechazó las acometidas de las espadas de tres guerreros que lo rodeaban. El filo del hacha voló por unos instantes hiriendo en el cuello al más cercano de sus oponentes, entró limpia, rasgando su yugular: si el golpe fuese más contundente le separaría la cabeza del tronco. No se detuvo ahí, el filo continuó su movimiento giratorio, alcanzando en el pecho a otro contrincante: le abrió un tajo de grandes dimensiones del que empezó a manar sangre, provocándole una hemorragia mortal. Cuando el capitán quiso acometer al siguiente yundí, Zura ya había llegado hasta allí y aprovechando un descuido de Alfonso, le atacó por la espalda, cogiéndolo desprevenido; le golpeó con el filo de la hoja de su espada bellamente labrada sobre su cabeza, el fuerte impacto terminó con el capitán por los suelos. Su yelmo abollado evitó que llegase a perder el sentido. A pesar del fuerte golpe, fueron necesarios seis hombres para maniatarlo. Lo ataron con una cuerda y sujetaron sus tobillos con unos grilletes. Zura pronto comprendió que aquel oficial enemigo les sería más útil, vivo que muerto. Si formaba parte de aquella expedición debía tratarse de alguien muy importante para el califa. Resultaría un rehén muy valioso, muerto no les serviría de nada. Pero vivo podrían negociar algún tipo de trato de favor con Abd al Rhman o en el peor de los casos pedir un suculento rescate por su libertad.

Durante el resto de la jornada, Zura y sus hombres estuvieron buscando a los intrusos por toda la sierra, al final del día llegaron a la conclusión de que el médico y el monje ya habían alcanzado la estepa. Debido a la frecuente presencia de patrullas califales en el llano, se vieron obligados a abandonar su búsqueda para evitar poner en peligro, la supervivencia del grupo. Sería una temeridad intentar alcanzarlos en campo abierto, corrían el peligro de ser apresados por las huestes califales, consciente del peligro Zura dio la orden de suspender la búsqueda. Tenía que admitirlo por mucho que le doliera, Galindo y Hasday habían escapado definitivamente de su alcance. El tiempo que perdieron en capturar al Gordo Alfonso, resultó a la larga providencial para que ambos embajadores pusieran tierra por medio y terminaran escapándose de las fauces de los yundíes.

**El viaje de los embajadores, 10 de abril del año 941**

El camino avanza entre pueblos de casas encaladas, donde en épocas estivales los rayos del sol reverberan haciendo resaltar el blanco de las paredes; se pierde por paisajes serranos en medio de campos adeshados poblados de encinas y alcornoques, dejando atrás torreones defensivos, adustas fortalezas y un viejo monasterio, según se va acercando hacia la ciudad de Mérida. El río Guadiana discurre, poderoso y turbio, lamiendo los pilares de un puente romano, cuyo paso es controlado desde la alcazaba por varios centinelas para evitar la entrada de forajidos y embaucadores en la ciudad. Los huertos a la derecha de la alcazaba aparecen anegados bajo un acueducto.

Un guardián con la cota de malla cubriéndole los hombros, pide la documentación a los viajeros. Al percatarse de que se trata de embajadores reales, les proporcionan escolta hasta la presencia del valí: un hombre anciano y sabio que los provee de todo lo necesario para continuar el viaje, y les proporciona unos aposentos y unas esclavas a su servicio para lo que precisen. Tras darse un baño y librarse del polvo del camino, el agotamiento es tal, después de su precipitada huida de Sierra Morena que deciden despedir a las muchachas y se quedan profundamente dormidos. No despiertan hasta el alba del día siguiente, las jóvenes regresan y les sirven unas tostadas en una vasija, una alcuza con aceite de oliva, una fuente de mantecas, tarros de distintas mermeladas y una jarra de leche de cabra. No tienen tiempo de detenerse a retozar con aquellas bellezas, su alma esta en vilo tras la pérdida de sus amigos en manos de los yundíes, inconscientes como eran de que el Gordo Alfonso continuaba con vida, aunque prisionero de las tropas de Zura; les urgía llegar cuanto antes a territorio leonés para encontrarse con el rey Ramiro.

Salieron escoltados por una docena de soldados que puso el valí a su disposición, por el extremo norte de la ciudad, dejando atrás las murallas,

atravesaron la puerta principal que los comunicaba con uno de los puentes, dispuestos para cruzar el arroyo de Albarregas; ya fuera de las fortificaciones, contemplaron el río crecido, arroyando parte del arrabal, arrastraba el agua embarrada entre algunos caserones abandonados que emergían como restos de un naufragio. Hasday cabalgaba orgulloso y erguido sobre Tormenta, la atmósfera mostraba una líquida transparencia, después de toda una noche de lluvia, el aire limpio de los malos olores producidos por los residuos de la ciudad, le produjo al respirarlo una sensación de bienestar.

El amanecer proporcionaba una visión admirable de las almenas, los alminares, las torres y las cúpulas recortándose contra un cielo violáceo, según se alejaban su imagen se va diluyendo junto con las murallas. En su viaje hacia el norte se dieron cita ecosistemas diferentes: bosques de encinas, matorrales mediterráneos, roquedales de cuarcitas pizarrosos y fangosas lagunas. El judío cabalgaba orgulloso sobre la montura de Alfonso, de trote fácil que le daba estabilidad. Cerca de la laguna divisó la impresionante fortaleza de Monfragüe, de gran valor estratégico para la defensa de la línea del Tajo. Desde lo alto, nido de gavilanes y cuervos, los musulmanes controlaban todo el contorno. Cabalgando sobre un ondulado relieve atraviesan el río por un viejo puente. El calor es sofocante, Galindo oculta el rostro bajo un turbante, la lorica y la cota de malla lo asfixian por lo que decide desprenderse de ellas; aun a riesgo de carecer de protección, ante un posible ataque.

Aquella tierra está plagada de salteadores de caminos y la escolta que dispuso para ellos el valí de Mérida, era un poco escasa. A diferencia de lo acontecido en Sierra Morena esperaba tener por una vez la fortuna de su lado. La zona estaba muy transitada por el tráfico de mercancías, viajeros y pastores trashumantes. Espacios de solana y umbría se van alternando. En la solana crecen encinas y acebuches entre un sotobosque de jaras. En la umbría los alcornoques y quejigos, acompañados de brezos y madroñeras, esconden curiosas especies animales. En un recodo del camino, un cervatillo se detiene, sorprendido, ante Galindo y su montura, caballo y fraile se mantienen impasibles, un solo movimiento alertará al animal y saldrá huyendo, rompiendo la magia del momento. Galindo supone que la criatura estará acostumbrada a la presencia de los viajeros, de otra manera no se explica su docilidad. Decide bajarse de su montura y al intentar acariciar el

lomo del ciervo, este sale huyendo perdiéndose entre la espesura.

Llegaron a las Hurdes hacia el mediodía del tercer día desde su salida de Mérida, cabalgando a lo largo del cauce de un riachuelo, se detuvieron a comer en una cueva donde había restos de algunos monumentos megalíticos, numerosos objetos de piedras talladas como petroglifos, estelas e idolillos, eran signos evidentes de la presencia humana desde tiempos neolíticos. Por la tarde remontaron la Sierra de Francia entre robles y castaños, dejando atrás las Batuecas continuaron hacia Salamanca. En un punto del camino se unieron a unos comerciantes y se despidieron de los guardias reales que, una vez cerca de territorio cristiano, comenzaron el viaje de vuelta a Mérida. Desde allí, Hasday y Galindo deberían apañárselas solos. Entraron en la ciudad surcando a caballo el puente romano, en la entrada se mezclaban comerciantes de distintos pueblos y religiones; dejaron atrás el campanario de una iglesia y se dirigieron a la Aljama, donde Hasday conocía a un rabino con el que había coincidido en Córdoba. Ibn Rasí lo recibió con los brazos abiertos.

Ambos amigos se dirigieron a rezar a la sinagoga, mientras Galindo guardaba los caballos y se hospedaba en la judería. Después de unos breves rezos, Ibn Rasi le enseñó un ejemplar del Talmud forrado en cuero. El libro recogía enseñanzas y estudios en torno a la Misnah, fijados por escrito durante los siglos pasados por las escuelas rabínicas más prestigiosas de Palestina y Babilonia.

—Amigo Hasday los hijos de Israel andamos dispersos por todo el mundo, ese es nuestro triste destino. Este libro es un arsenal inmenso que recoge todo el saber, ideales y preocupaciones de nuestro pueblo. Abarca casi todas las materias: leyes, prescripciones, enseñanzas, discusiones, normas, teología, filosofía, cosmología, mandatos, prohibiciones, proverbios y leyendas. ¿Acaso hay algo más grande que esto? —preguntó Ibn Rasi.

—Desde luego que no, pero ya sabes que yo hace tiempo que vivo de espaldas a la moral, soy un hombre de ciencia —contestó Hasday.

—Pero las ciencias físico-naturales, también están contenidas en el Talmud —replicó Ibn Rasi

—Lo están vagamente, aunque lo que realmente más me interesa, es únicamente lo relativo a la medicina y la investigación. Eso no significa que no siga honrando esa gran obra. Pero prefiero dejar su estudio para grandes eruditos como tú —dijo Hasday.

—Lo sé amigo Hasday, tu padre era un gran rabino y tu familia muy honorable, pero tú has decidido escoger el camino de la medicina y la política. Ahora ejerces para ese tirano de Abd al Rhaman.

—Sí, un tirano que ha conseguido unir un imperio; sin embargo te equivocas en algo, la política no me interesa para nada, solo trato de colaborar para firmar un tratado de paz que favorezca a las tres culturas.

—De acuerdo amigo, pero nunca olvides tus orígenes. Supongo estarás hambriento, reunámonos con tu amigo cristiano y vayamos a comer algo.

Ibn Rasi era un judío de mediana edad, muy culto y respetado en su comunidad. Después del lavado ritual de manos, antes de partir el pan, recitó la bendición previa a la comida. Galindo compartió aquellos ritos, de una religión que no era la suya, con incredulidad, antes de lanzarse por la pata de cordero como un poseso. El vino era excelente y la comida muy abundante.

—Los judíos somos un pueblo enemigo de la propiedad privada, nos negamos a echar raíces en ningún lado. Lo que se gasta un cristiano o un musulmán en adquirir una propiedad, nosotros lo invertimos en comprar buena mercancía, que nos aportará unos succulentos beneficios. Cuando las ventas comienzan a descender, nos largamos a otro lugar para instalarnos de nuevo. Por eso preferimos arrendar que comprar, la propiedad privada es un negocio nefasto, te ata a un sitio para siempre y si las cosas se ponen feas, no te quedará más remedio que vender tus posesiones por una miseria —le explica Ibn Rasi a Galindo.

—Yo solo llevo como único equipaje al Señor —dijo Galindo, besando una cruz de madera que llevaba colgada del cuello.

Aquel comentario enfureció a Ibn Rasi, que como buen judío, nunca reconocería la divinidad del mesías. Para él uno de los suyos nunca podría llegar a ser hijo de Dios. Los cristianos tenían unas divinidades muy raras, se

empeñaban en creer que Jesús era hijo de Dios. A él, que le importaba lo que creyeran aquellos arrogantes. Su religión era mucho más antigua que la suya, además no se creía que Jesús hubiera resucitado de entre los muertos. Esa idea la habían sacado de las creencias paganas. Nadie que él conociera había vuelto a la vida. Aquel monje y su gente estaban locos de atar. Por algo Yahveh los había elegido a ellos, en vez de a los cristianos, librándolos del yugo de la esclavitud de los egipcios para conducirlos hacia la tierra prometida: ellos los hijos de Israel eran el verdadero pueblo de Dios.

Durante su estancia en la sinagoga, Hasday le había hablado de su amigo monje, era muy testarudo y hábil con la espada, por lo que se abstuvo de replicarle, debería respetar sus creencias por muy absurdas y estúpidas que le pareciesen. Las relaciones entre las tres religiones eran muy complicadas. Mejor le sería llevar la conversación a otro terreno.

—Me comentó Hasday que eres un hombre casado. ¿No echas de menos a tu esposa? —preguntó Ibn Rasi.

—No mientras Él me acompañe — dijo Galindo besando de nuevo la cruz.

Su gesto acabo de crispar a Ibn Rasí, que renunció a reanudar cualquier intento de conversación con aquel cabezota. Resultaba imposible que pronunciase dos frases seguidas sin mencionar a Jesús. Desde luego su fe en Cristo era ciega. Los cristianos eran muy testarudos, un pueblo capaz de dejarse matar antes de renunciar a sus ideas. Eso los volvía terriblemente peligrosos. Mejor no contrariarlos. Habría que darles la razón como a los locos. ¡Allá ellos! Ellos se lo guisan y se lo comen. Era su dios, no el suyo. Después de los postres Ibn Rasi recitó un fragmento de la Torah, entornando los ojos hacia el cielo, esperando la bendición de Yahveh. Al concluir el salmo, lanzó una mirada iracunda hacia Galindo, cuando vio a este hacer la señal de la cruz: tocando primero con el índice y el corazón la frente, luego bajando al esternón y terminando a ambos lados del pecho.

Harto de tantos rezos y actos de fe, Hasday decidió abandonar su asiento, y despidiéndose de su amigo Ibn Rasi, salió a la calle acompañado por Galindo. A pesar del cansancio y el largo viaje, el sueño no se apoderaba de ellos. Decidieron dar una vuelta por el zoco, perdiéndose en la oscuridad de los portales, llegaron a unas angostas callejuelas donde se ubicaban los peores

tugurios de la ciudad. Guiñándole un ojo a Galindo, Hasday le sugirió que escondiera el crucifijo por dentro de la túnica. En el mundo de la noche los símbolos religiosos sobraban. Entraron en una taberna cuyas paredes estaban decoradas con escuadras de madera, cintas métricas, varios telares para hilar, tijeras de sastrería, paños de diferentes telas, patrones de vestidos femeninos y algún maniquí de barro.

Se sentaron en una mesa, el tabernero les sirvió vino de una jarra en dos tazones. Unos músicos interpretaban una melodía, la gente arrancó en palmas, siguiendo la cadencia que marcaban los tambores. Después de estar a punto de morir en manos de los yundíes, los dos amigos habían acordado disfrutar de la vida todo lo posible. La muerte no se detenía con nadie: esta vez le había tocado a sus amigos, Alfonso y Daniel, ignoraban cuando sería su turno. Por lo tanto lo mejor era disfrutar de cada minuto que les restaba por vivir como si fuese el último. Las notas al principio eran lentas y débiles, poco a poco fueron cogiendo ritmo para confundirse con la algarabía general. Los salmantinos estaban felices y el sonido de las palmas se hizo abrumador, sonaron las flautas y los toques de un laúd. Tras unos biombos, surgieron unas figuras embozadas que interpretaban una extraña danza. Las capuchas cubrían sus rostros y los mantos ocultaban sus cuerpos. Aquellos espectros comenzaron a lanzar harina sobre todos los presentes, bailando al ritmo de los tambores, uno de ellos vació un saco sobre Galindo. Este quedó totalmente cubierto de blanco como si fuera un ángel. Hasday estalló en una carcajada, al ver la silueta de su amigo convertido en una especie de estatua de harina. Limpiándose el rostro como pudo para seguir contemplando el espectáculo, Galindo comenzó a batir palmas. La gente estaba expectante por ver en que depararía todo aquel espectáculo: querían averiguar que se escondía tras las máscaras de aquellos demonios.

De repente volaron los mantos, las capas y las máscaras. Surgiendo cuatro hermosas bailarinas, cubiertas por unos cendales, cuya transparencia no dejaba lugar a la imaginación. Con los senos apenas tapados, los ombligos y los muslos al descubierto, brazaletes y pulseras resonaron en medio del bullicio. Doblando las rodillas para inclinar la cintura y la espalda hacia atrás, las muchachas movían las caderas, incitando a los glúteos a realizar movimientos circulares en torno al ombligo. Sus cuerpos se curvaron hasta lo imposible, rozando con sus largas cabelleras el suelo. Las muchachas

rompieron la fila para acercarse al público. Una de ellas movía sus grandes pechos, colocándolos, frente al harineado rostro de Galindo. Los maquillados pezones se saltaron de la tela, jugando con el deseo del monje que retrocedió unos centímetros, intimidado por la cercanía de aquellas fantásticas exuberancias. Los tambores dejaron de sonar y los panderos entraron en liza, junto con los pífanos, se escuchaban ahora con frenético ritmo. La bailarina interpuso sus caderas montando sobre la silla de Galindo, moviendo el ombligo arriba y abajo, mientras el monje extasiado, alcanzaba la jarra de vino, vertiendo un poco de líquido sobre los senos de la muchacha; en cuanto la abrazaba y empapaba de harina. Ella se libró como pudo del monje, dándole la espalda le propinó un golpe con el trasero. Luego se dirigió al médico y lo convidó a bailar con ella. Hasday abandonó su asiento, cogiendo sus manos la hizo girar sobre sí misma. La excitación aumentaba, el cendal de la chica flotaba a su alrededor. Hasday la cogió por la espalda y la apretó contra él, las palmas no cesaban de sonar y Galindo danzaba ahora levantando las rodillas sobre la cintura. Justo cuando el ambiente estaba comenzando a caldearse, la música paró de pronto y las chicas desaparecieron, junto con los músicos, tras los veladores.

—¿No sabía que te atraían tanto las bailarinas? —preguntó Galindo.

—No solo las bailarinas, me atraen todas las mujeres hermosas en general.

La decoración del local imitaba el taller de un sastre o un modisto, tenuemente iluminado por unas lámparas de aceite, mostraba un aspecto lúgubre e interesante. Se quedaron largo rato, recordando los buenos momentos pasados al lado de sus amigos Daniel y Alfonso, realizando varios brindis en su memoria.

—Sí llegan a estar aquí nuestros amigos, seguro que acabaríamos retozando con las cuatro bailarinas esta noche —comentó Hasday.

—Tú puedes, porque eres soltero, pero nosotros dos cometeríamos adulterio —añadió Galindo.

—Lo bueno de vuestra religión, es que mediante la confesión cualquier falta os queda perdonada —dijo Hasday.

—Mejor nos vamos, antes de que acabemos metiéndonos en un lio. No te consideraba tan mujeriego —dijo Galindo.

—Soy médico no fraile, amigo Galindo, como todos tengo mis necesidades —añadió Hasday levantándose de la mesa.

Regresaron a sus aposentos, cuando la luna se encontraba alta, iluminándoles el camino. Se despidieron con un apretón de manos para perderse en el mundo de los sueños. Entre bailarinas, danzando con transparentes cendales, sin ropa interior debajo que taparan su partes ponientes; mostrando unos pechos demasiado grandes —del tamaño de los melones murcianos— para poder ser acaparados por las palmas de sus manos.

Partieron de Salamanca, acompañados de una caravana de comerciantes mozárabes que portaban variadas mercancías: pañuelos de seda fabricados en Fiñana, azúcar granadino, papel, lino e hilaturas de Génova, paños de Priego de Córdoba, pieles de castor y marta cibelina, curtidos en Zaragoza, aceite de oliva de Jaén, y naranjas de Valencia. Atravesaron bastos campos de centeno, cereal y maíz, sin parar de hablar y bromear sobre las bellezas con las que bailaron el día anterior en aquella taberna que parecía una sastrería. Numerosos viñedos aparecen en el horizonte, pronto entre la tierra del pan y el vino, emerge Zamora. Con sus impresionantes murallas se eleva sobre una colina. Llevaban tiempo en territorio cristiano, pero no se sintieron totalmente integrados, hasta alcanzar a divisar la casi inexpugnable ciudad. De ahí el dicho de que Zamora, no se toma en una hora. Sus murallas estaban preparadas para resistir un largo asedio. Decidieron hacer noche en la ciudad y organizar la escolta que les acompañaría a León al día siguiente. Cenaron sopa de ajo y arroz con trozos salteados de oreja, hocico y rabo de cerdo.

Muy temprano, cuando aún no había salido el sol, bajo las arcadas y pórticos ya se acumulaban los comerciantes. Los mercaderes pregonaban a porfía sus productos, tratando de atraer a la clientela. Los huéspedes que habían sido recibidos por el obispado de la ciudad, organizaron sus monturas para partir hacia León. En las plazas la gente se agolpaba en torno a los faranduleros, los funámbulos y los equilibristas, que asombraban con su destreza a la concurrencia. A Hasday, se le acercaron varios astrólogos y

echadores de buena ventura, ofreciéndole sus servicios. Los rechazó con un gesto de hastío. Se instalaban en tiendas y recibían por el día a gente incrédula, generalmente de buen corazón pero poca cultura, tratando de leerles el futuro o aliviar sus penas. Unos trazaban líneas sobre la arena, otros esparcían piedras oscuras por el suelo y, algunos fijaban su mirada en líquidos o espejos. Hasday despreciaba esta última práctica, temía que el reflejo del sol sobre los espejos pudiera provocar un incendio. Fabricantes de férulas, vendedores de plantas medicinales y preparadores de ungüentos, vendían sus mercancías exponiéndolas en el suelo sobre una manta. Enfermos y mendigos, tirándose por el suelo, simulando oír una voz del más allá, repetían plegarias y oraciones; algunos convulsionándose fingían sufrir ataques epilépticos. En general la muchedumbre estaba agolpada, viendo la partida de los embajadores reales, acompañados de una contundente guarnición de soldados, hacia la corte del rey Ramiro.

—Debemos irnos cuanto antes o la marabunta se nos echara encima —dijo Hasday.

Las enormes puertas de la muralla se abrieron y la comitiva inició la marcha lentamente, según dejaron atrás el río, Galindo se sintió aliviado de abandonar la ciudad. Sorprendido por la gran cantidad de inmundicia y pobreza que salpicaba aquellas pobres gentes: la huella de las constantes batallas contra el ejército califal, dejaba un rastro de miseria por todas partes. Cuanto sufrimiento y desgaste militar, económico y humano, por conseguir conquistar unas plazas que pasaban de manos sarracenas a cristianas, o a la inversa constantemente. Los ciudadanos vivían en una pobreza extrema, incluso entre los nobles predominaba la austeridad. A diferencia de la nobleza omeya, los leoneses prescindían de lujos innecesarios, las desmesuradas inversiones que gastaban en poner a punto su maquinaria bélica, dejaban constantemente sus arcas vacías. En las tierras conquistadas se fundaban monasterios, sedes episcopales y se erguían castillos. Se decretó que los bienes, sin dueño, pasaban al fisco real. La colonización de esas tierras, creó muchas colonias salvajes de pequeños propietarios que crecían desmesuradamente. Los condes les ofrecían protección en los castillos y, ellos por su parte contribuían con el pago de onerosos impuestos a sus señores. Era la ley de la selva, solo los más fuertes sobrevivían a tanta devastación.

Llegaron una placida mañana a la austera ciudad de León, que cobijada bajo la protección de una arisca muralla a orillas del río Bernesga, resplandecía bajo la luz solar. La catedral se había erigido, sobre las termas de una antigua urbe romana. Los albañiles trabajaban afanosamente en el tejado de la torre del campanario, tratando de reparar los desperfectos que dejó un rayo. Dejaron atrás el mercado de cereales y varios edificios públicos, antes de llegar a la puerta de palacio. Rápidamente después de presentar sus credenciales reales, se instalaron en las alcobas palaciales y fueron llevados ante la presencia del fiero rey Ramiro. El monarca los escrutó con su mirada inquietante, antes de mandarlos tomar asiento en los sillares situados en el salón real. El mobiliario les resultó austero y sobrio a la vez.

Nervioso se paseaba el rey, mientras escuchaba la perorata de Hasday sobre la conveniencia de llegar a un acuerdo de paz entre Córdoba y León. El enjuto semblante del rey que mostraba una afilada perilla, recortada horizontalmente con maestría, brillaba bajo la tenue luz de los candiles de aceite. Cuando Hasday paró de hablar, Ramiro tomó la palabra. Les contó como el ejército califal quedó casi aniquilado en Simancas bajo el impulso de sus huestes, unidas a las de los condes Fernán González y Asur Fernández, provocando sobre ochenta mil bajas entre los sarracenos. Las cargas se sucedían seguidas de bruscas retiradas, hasta descubrir el flanco más vulnerable del enemigo. Los sarracenos fueron masacrados y perseguidos por toda la ribera del Duero hasta un lugar denominado el foso del barranco, donde el califa casi perdió la vida. Hasday reconoció la superioridad de las tropas del monarca y alabó su destreza en el campo de batalla. Después de tomarse un breve respiro, solicitó permiso para visitar al cautivo Muhammad b Hashim, que se encontraba preso en la torre más oriental de la ciudad. El tratado de paz que se firmara, debería incluir su liberación y la recuperación de los ejemplares del Corán sustraídos al califa, durante la jornada del barranco. En principio el monarca, amparado en su victoria contundente en Simancas, se mostraba bastante reacio a firmar un tratado de paz con el califato, sin antes conseguir una serie de ventajas territoriales que le ayudase a terminar de repoblar varias comarcas a lo largo de la franja oriental del reino de León, que abarcaba hasta la frontera del Duero. Estaba resultando una negociación larga y dura, antes de la llegada de Galindo y Hasday, varios

embajadores ya habían fracasado. Tanto en León como en Córdoba, proseguían sin llegar a un acuerdo.

Visitaron las celdas reales al día siguiente y se encontraron con Muhammad, la charla con el cautivo que mostraba un excelente aspecto, resultó densa y repetitiva. Los días de cautiverio le habían agriado el carácter, a pesar de mantener una serie de privilegios sobre los demás prisioneros: una celda amplia y soleada para él solo con vistas a las montañas, la comida también era escogida según su rango real, el mobiliario aunque austero era confortable y se le permitía la lectura, facilitándole todo tipo de libros para matar sus horas de ocio. Echaba de menos, el contacto de una mujer y la libertad para poder cabalgar libremente por los páramos de Aragón. Les pidió lo liberasen cuanto antes. Hasday le rogó paciencia, el rey era muy testarudo y para ayudarles a convencerlo, les vendría bien la ayuda de los obispos más importantes de al-Ándalus. El judío le pidió redactase unas cartas, solicitando su intervención. La palabra de los hombres santos y su presencia en León, ayudaría a doblegar la recia voluntad del rey leonés.

Muhammad accedió a la petición del médico, Hasday le pareció una persona muy ilustrada. Distinto a todos los negociadores que habían llegado hasta ahora desde Córdoba. Su manera de hablar le recordaba a los grandes filósofos griegos. Le dio las gracias y los invitó a visitarlo a su celda, en cuanto tuviesen nuevas noticias. Estaba deseando regresar a su reino en Zaragoza, libre al fin de prisión para reencontrarse con sus seres queridos. Abrazó a Hasday satisfecho por contar con su intervención en su causa. El judío le pidió máxima discreción sobre aquel encuentro y se despidió del cautivo con un fuerte apretón de manos.

Esa noche a Muhammad, su celda no se le haría tan fría y solitaria. El aliento del judío parecía insuflar a su ánimo nuevos bríos. Soñó con su regreso a la ciudad de Zaragoza, luego dirigiendo una aceifa era de nuevo capturado por los cristianos. Desde una de las ventanas de su celda, contempló la lluvia salpicar las calles de la ciudad. Estaba amaneciendo, terminaba de despertar y ya llovía otra vez. Odiaba aquel clima extremo y esa humedad que le calaba los huesos. Tal vez Hasday y Galindo, no consiguiesen liberarlo y tuviera que pasar el resto de su vida encerrado dentro de aquellos muros, maldiciendo para siempre, el fatídico momento, durante la

batalla de Simancas en que fue capturado por el capitán Alfonso Garrido y sus hombres.

Lloró de impotencia y se sentó en su camastro, esperando le trajeran pronto el desayuno. La vida dentro de aquella celda le resultaba tediosa e insulsa. Si no lograba pronto salir de allí, terminaría por volverse loco. Le sirvieron leche en un cuenco de barro, una hogaza de pan fresco y una pieza de fruta. Tenía que alimentarse bien o caería enfermo muy pronto. Solicitó un poco de tinta y una pluma y se preparó para redactar las cartas a los obispos, tal como le había sugerido Hasday. Cualquier tipo de ayuda terrenal o divina, sería poca para tratar de sacarlo de aquel infierno. El rey Ramiro era el diablo en persona, un ser fatuo y cruel, de voluntad de acero que gobernaba aquella tierra maldita con mano de hierro. A veces pensaba que nunca le permitiría salir de allí, que todos aquellos negociaciones solo obedecían a una estratagema, ganando tiempo para rearmarse y hacérselo perder a sus enemigos. ¿Quién podía creer en un pacto de paz entre moros y cristianos? Ramiro jamás cedería a las pretensiones del califa y él se quedaría para siempre, encerrado en aquella maldita torre.

Córdoba, 20 de abril del año 941

Raquel peinaba a Sira estirando sus largos cabellos con un cepillo de plata. Vestida con un hermoso brial rojo de talla ajustado, Sira añoraba la compañía de su esposo, su sonrisa y sus tiernas caricias. Raquel en cambio, desde su viudez, se las arreglaba bien sola, vestida con una túnica de seda blanca, añoraba más sus viñedos en Montilla que el flaco trasero del bobo de Daniel. Con una migná de tela trasparente envolviendo su garganta, terminó de acicalar a su amiga y ambas se dispusieron a salir a la calle, abandonando sus aposentos en el alcázar, caminaron por los aledaños de la mezquita.

Las inmediaciones de la muralla se iban llenando de gente que se congregaba cerca del mercado. Un mensajero enviado desde Mérida llegaba con noticias sobre los embajadores. Sira y Raquel, montadas sobre unas yeguas tordas, se dirigieron al tumulto. El príncipe se acercó al mensajero acompañado de las dos muchachas, cabalgaba sobre un brioso corcel, elegantemente enjaezado. La favorita de Alfonso montaba a la amazona, al modo cristiano, tratando de seguir al trote a la elegante montura de al-Hakam; pero Raquel que mostraba mayor soltura en la doma, se puso rápidamente a la altura del príncipe. El mensajero era un joven apuesto de cabellos rubios y ojos azules de origen árabe, llevaba una capa negra sujeta con una fíbula de oro, la prenda caía sobre la grupa del caballo, rozando su lomo como si fuera una gualdrapa. Al-Hakam hizo las indicaciones necesarias para que descabalgara y los tres le imitaron. Ya en tierra, Sira se mostró presurosa por tener noticias sobre su hombre. Entonces, entre la multitud aparecieron las otras tres Lobas: Sayida, Laura y Shifa, ataviadas con túnicas blancas. Laura la jefa de la manada, llevaba una piel de lobo, negra, cosida sobre un velo oscuro. Ambas se colocaron a la altura del príncipe y sus amigas.

—¡Habla ya! —inquirió el príncipe.

El correo se movió incómodo. Cuando se trata de dar una mala noticia, nunca resulta fácil escoger las palabras. Ibn Hazm miró compungido por unos

instantes al príncipe y las esposas de los embajadores. Un sudor frío empapaba su frente, después del largo viaje se encontraba cansado y sediento. El vadi de Mérida, le insistió en que informara cuanto antes al príncipe, de los deleznales sucesos ocurridos en la sierra. Deslumbrado por la belleza de las cinco Lobas, especialmente de Sira, que era de su misma edad y además la favorita del capitán, al que todos daban por muerto en Mérida; se quedó anonadado por unos instantes, mirando a los ojos a tan singular belleza. A Sira el joven correo, le pareció terriblemente atractivo. Lástima que estuviera casada con el capitán, de todas maneras, en su ausencia, nada le impediría mostrarse más amable con él de lo conveniente. Estando en cinta, cualquier infidelidad no dejaría ninguna marca. Aunque amaba terriblemente al capitán, casi le doblaba en edad, y sin su compañía se sentía terriblemente sola. Seguramente que durante toda su vida el capitán había estado con muchas mujeres y en estos momentos, lejos de sus brazos, se consolaría con otras mientras durase su periplo por León. Poco le importaría que su esposa retozase con algún joven durante su ausencia. Ibn Hazm se dirigió directamente hacia Sira y Raquel, entornando los ojos para evitar mirarlas directamente, previamente el príncipe le había presentado a las cinco Lobas convenientemente.

—Siento comunicarles que el capitán Alfonso Garrido y su compañero Daniel Gutiérrez, junto con toda la escolta real: perdieron la vida luchando valientemente contra las tropas yundíes, dirigidas por el malvado Zura ibn Zyad que, actualmente se encuentran en paradero desconocido. Tan solo lograron salvar la vida los embajadores reales Hasday y Galindo.

Un dolor acuciante inflamó la garganta de Sira, cuyo quebranto por la muerte de su amado, le partió el alma en dos. Raquel también pareció descolocada, pero no pensaba derramar ninguna lágrima en público por aquel larguirucho del demonio; sin embargo la entereza le falló y ambas presuntas viudas rompieron en llanto. ¡Maldita sea nuestra suerte, ahora nuestros hijos nacerán sin padre! Gritó desquiciada Sira. A pesar de las lágrimas, Ibn Hazm continuó relatándoles con todo lujo de detalles lo acontecido: el capitán había sido especialmente valiente entregado su vida para salvar la de sus amigos Galindo y Hasday. Eso le dolió mucho a Sira, podía pensar un poco más en ella y el hijo que llevaba en sus entrañas, antes de arriesgar la vida luchando por los demás. Sira corrió hacia sus aposentos en el alcázar, muy

compungida, un dolor trepidante se apoderó de su interior. Sintió el alma partirse en dos. Encerrada en su habitación, pidió le sirvieran allí la comida. No tenía intención de ver a nadie en semanas. Pero con el paso de los días su dolor fue amainando poco a poco.

Ibn Hazm procedía de una estirpe de nobles, cuyo linaje pertenecía a los omeyas, llegados hacía dos siglos a la península provenientes de Arabia. Su familia poseía grandes extensiones de tierra en los alrededores de la ciudad de Mérida. Abd al Rhaman le había pedido que se quedase en la ciudad hasta el regreso de los embajadores para ayudarle como consejero real. El meridense había aceptado la invitación del califa. Se instaló en los aposentos del alcázar, continuos a las habitaciones del harén. Destinados a las esposas de Abd al Rhaman, donde también cohabitaban las cinco Lobas.

En sus ratos libres, Ibn Hazm, espiaba constantemente los movimientos de la muchacha. Una vez se complementase el obligado período de luto, pensaba llevársela como esposa a Mérida. La joven era realmente hermosa y parecía prestarse a su juego. Después de mucha insistencia la convenció para acompañarle un par de días a la sierra. Cabalgaron entre las acequias, pasando al lado de varias norias que se encargaban de la irrigación de los campos cordobeses, dejaron atrás varios huertos y se refugiaron en una vieja alquería. Hazm encendió la chimenea con un poco de bresca, según se avivó la llama, añadió varios troncos al fuego.

Sira bailaba una extraña danza para él, haciendo oscilar con las contorsiones de su cuerpo la flama de unas velas aromáticas. Escondida detrás de unas celosías, se encontraba nerviosa, había pasado muy poco tiempo desde la muerte de su esposo, ignoraba sí se sentiría capaz de mantener relaciones con otro hombre. Permanecía oculta tras la celosía, dejando entrever sus movimientos mientras danzaba. ¡Qué diablos! Al principio le costaría pero no hay desamor que no se cure con un nuevo querer. Él sentado sobre el lecho, junto a un arcón, seguía sus movimientos. Ella se quitó la túnica despacio, debajo de la prenda su cuerpo estaba envuelto por varios pañuelos de seda de diferentes colores: rojo, verde, azul, amarillo y naranja. El cabello mostraba una tonalidad, caoba, debido a la alheña macerada; a Hazm le recordaba a los atardeceres de Mérida, cuando sus ojos de niño buscaban los contornos violetas que se formaban, una vez

que el sol se ocultaba tras las montañas. Sira se acercó con lentitud hacia el lecho, temblando; la primera vez con un hombre siempre le ocurría lo mismo: un terror de primeriza le invadía los sentidos. Con la voz trémula le pidió que tuviese la amabilidad de servirle un poco de vino. Él hizo lo que le ordenó, antes de sentarse de nuevo a su lado. Apoyaron las copas en la mesita y Hazm le sonrió con ternura. Primero le quitó el pañuelo amarillo que ocultaba su lindo gaznate, prosiguió con el naranja que bordeaba su talle, continuando con el azul y el verde que dejaban su piel apenas oculta por un fino corpiño de color blanco. Hazm Procedió a quitárselo. Entonces sus hermosos senos desnudos y redondos le mostraron todo su esplendor. Tan solo mantenía el pañuelo rojo ocultando la raja de su sexo. Sosteniendo el cáliz con el vino en la mano derecha, vertió un poco de moscatel por el canalillo de sus senos, el líquido resbaló como a través de un arroyo hacía la poza de su vientre. Con la lengua absorbió el líquido derramado sobre la piel de la joven, dejando un rastro de saliva en su lugar.

Un suspiro escapó de la deliciosa boca de la muladí, que sintió un escalofrío envolviéndola. Luego le dio de beber un sorbo a la joven, parte del mosto resbaló por su barbilla vertido por sus labios. Ibn Hazm aprovechó para probar el néctar de su boca con un dulce beso que le supo a gloria. Eran sensaciones que no se podían describir con palabras, las lenguas jugueteaban como un par de nutrias en un estanque, mientras los pezones de Sira se habían puesto duros como el acero. Retiró el último pañuelo dejando su sexo al descubierto: el vello erizado ascendía hacia el bajo vientre; separó luego las piernas de la joven, la copa de plata abandonada por descuido sobre el jergón, vertió el vino empujada accidentalmente por el trasero de Sira, dejando una mancha oscura sobre las sábanas. Antes de quitarse la túnica para poseerla, se fijó en el dibujo de sus omoplatos. Ella cerró los ojos con el sexo hinchado, dispuesta a recibirlo. Le sorprendió su erección. Unos segundos antes de intentar penetrarla, una sombra azulada se había deslizado sigilosamente en la oscuridad de la vivienda, cuando se dispuso a dirigir su falo hacia la entrada de aquella cueva, el afilado filo de una daga le rajó el cuello, vertiendo un montón de sangre sobre el lecho. Ibn Hazm cayó muerto al instante. Sira apenas se percató de lo sucedido, al abrir los ojos, la sangre de su amante se derramaba sobre su cuerpo. Emitió un grito horrorizada, limpiándose con las sábanas lo mejor que pudo; se apresuró a ocultar su desnudez delante de aquel desconocido. Amir con la ensangrentada daga

todavía en la mano, la miraba con ojos furiosos.

—¡Tranquila! No te hare daño. Me envía Zura ibn Zayad caudillo de los yundíes. Sin penetración no se consume el adulterio, por ello pienso que he llegado a tiempo. Tu esposo Alfonso continúa con vida. Díselo al califa, si desea que lo mantengamos vivo, deberá abstenerse de atacar a nuestros hombres. En poco tiempo nos pondremos en contacto con él para negociar su liberación, cualquier movimiento en falso por su parte y no volverás a ver al capitán con vida.

Los ojos de Sira se encendieron de repente, Alfonso seguía vivo. Propinó una patada al cadáver de su amante que cayó del lecho al suelo. Estaba confundida, Hazm le gustaba pero apenas lo conocía, dudaba mucho que fuese tan buen amante como su esposo. Se sentía cautiva, ese era el triste destino de la mujer musulmana; en cuanto el marido viviese le pertenecería siempre. Ella lo aceptaba resignada pero contenta. Alfonso le gustaba y estaba deseando volver a verlo, era como si todo lo ocurrido con Ibn Hazm aquella jornada, no hubiese sucedido nunca.

Amir se alejó de la alquería dirección a la sierra para informar a Zura de que había cumplido su misión con éxito. Sira se quedó sola, contemplando el crepúsculo. Luego entró de nuevo en la alquería, observó el cuerpo de su amante sin vida, tirando del cadáver hasta el zaguán, lo vistió con la túnica y lo dejó allí apoyado contra una viga. De repente se percató de que no podía presentarse en el alcázar con el cuerpo manchado de sangre. Se bañó en un barreño y se vistió con rapidez, debería informar al califa lo más pronto posible de lo sucedido. Preparó la silla de montar y se alejó al trote de la escena del crimen, llegaría a Córdoba sobre la media noche, se cubrió el rostro con un velo y se fijó la espada de Ibn Hazm con la faja: si alguien intuía que se trataba de una mujer cabalgando sola aquellas horas en medio de la oscuridad, podría tener problemas, mejor que la confundieran con un guerrero.

En los baños, las cinco Lobas hicieron su aparición al alba, después de cruzar un estrecho vestíbulo, entraron en una sala con cabinas; se desnudaron en una, dejando las prendas en el guardarropa; anudándose unas batas blancas de algodón, bajo las cuales cubrieron sus cuerpos con unas toallas. Luego

pasaron a la sala fría, donde se lavaron el pelo con tierra de batán, también la usaron para el rostro cubriéndolo con una mascarilla para renovar la piel, eliminando así células muertas y favoreciendo su respiración: la permitían brillar, mejoraban su textura y limpiaban impurezas, impidiendo que los poros se obstruyeran. En el centro de la sala se encontraba situada una alberca, decorada con estatuas de mármol antiguas procedentes de Mérida, que recordaban a las termas romanas.

—El califa y el príncipe te recibirán más tarde, ambos se alegran de que el capitán continúe con vida —comentó Shifa.

Sira sonrió a su amiga, camino de la sala templada, el baño les resultó reparador, inmediatamente pasaron a la caliente, en una habitación, tumbadas sobre unos bancos de piedra, unas esclavas de Sudán les enjabonaron el cuerpo con esponjas marinas y les masajearon los músculos. El agua era transportada por una noria de cangilones, y calentada en una caldera de bronce, utilizando grandes cantidades de estiércol. La caldera estaba situada sobre el horno, manteniendo el agua a una temperatura agradable. Los empleados de la leñera se encargaban de mantener el horno encendido y de controlar la entrada del caudal adecuado de agua a la caldera. Bajo el suelo, discurrían unas galerías subterráneas por donde circulaba el humo y el aire caliente del horno que, ascendían por las paredes donde se encontraba el tiro de las chimeneas.

Un barullo se había organizado en la entrada, Abd al Rhamán había aparecido de improviso en el balneario, acompañado de su séquito de eunucos y doncellas. Las esclavas las avisaron de su presencia y las cinco Lobas corrieron a taparse con las toallas, abandonando el baño camino de los vestuarios. El encargado del local se deshacía en reverencias con el califa:

—Me honra tenerle con nosotros, en mi humilde establecimiento. Si nos hubiera avisado con tiempo, tendríamos todo dispuesto para su excelencia.

—Me encanta visitar a mis amigos de improviso, tus baños tienen fama de ser de los mejores de la ciudad —comentó Abd al Rhaman—. Prepárame la sala caliente, junto a tus mejores esclavas y que nadie nos moleste.

El encargado se apresuró a obedecer, mientras el califa se dirigía hacia los

vestuarios masculinos. Al pasar cerca de donde se cambiaban las chicas, tras los biombos, pudo ver los tobillos y las largas melenas de las cinco Lobas. El califa avisó a uno de los masajistas que, cubierto solo con un taparrabos acudió raudo a su llamada.

—Prepárame también a esas bellezas —dijo, señalando hacia donde se encontraban ellas.

—Algunas son esposas de los embajadores reales, señor —dijo tembloroso y titubeando el masajista—. Creo que ya se marchaban.

—Ja, ja, ja... —rió Abd al Rhaman, su carcajada retumbó en los techos del balneario—. En ese caso no hay nada que hacer. Déjalas marchar, las veré más tarde.

Abd al Rhaman se libró de sus ropajes y se dirigió a la sala caliente, las esclavas se dispusieron a frotarle la espalda. Después de la muerte de Azahara se sentía solo y desgraciado. Las noticias de León tardarían en llegar y las obras en la nueva ciudad, avanzaban demasiado lentas para su deseo. Las mujeres acudían a las termas siempre por las tardes y solían tomar allí la merienda, pero en ocasiones las cinco Lobas solían romper esa norma, pagando una buena renta por alquilar el balneario para ellas solas, como sucedió aquella mañana. Allí las maquilladoras las depilaban y les aplicaban alheña y aceites perfumados en el cabello. Las cinco eran terriblemente hermosas y el califa igual que media Córdoba las deseaba, pero su corazón pertenecía a sus esposos; todos menos el de Laura, de la cual, casi nada sabía el califa, salvo lo que le había comentado Hasday: al parecer era una enfermera impecable. De pronto tentado por la curiosidad, ordenó a los eunucos fueran a buscarla y la preparasen para acompañarle en el baño. Ella se presentó al poco rato, temblorosa, las caderas generosas y los pechos cubiertos por un ajustado traje de baño. Abd al Rhaman la miró con lujuria.

—No iras a meterte aquí conmigo en la poza con ese traje tan casto.

Ella le miró asustada, al principio dudó, después al ver a las dos diosas de ébano totalmente desnudas enjabonándole la espalda al califa; decidió no contrariarle y se quitó la prenda, cubriéndose con una toalla, pudorosa, hasta entrar en la poza donde la dejó sobre el borde. Hizo el amago de hacer la

señal de la cruz pero se contuvo a tiempo, aquello sería un horrible error que podía costarle muy caro. Ciertamente que Abd al Rhaman era tolerante con todas las creencias, siempre y cuando no fueran practicadas delante de su presencia. Para él, solo existía Allah y nadie más.

—Así que tú eres la monja del grupo —añadió divertido Abd al Rhaman, al ver en el apuro que había puesto a Laura.

Ella no contestó, se limitó a ocultar sus enormes pechos con los brazos, azorada, no dejaba de mirar al techo. Esto incomodó a Abd al Rhaman.

—Mírame cuando te hablo, o acaso no muestras respeto a tu señor.

—Lo siento, es que nunca he estado desnuda delante de ningún hombre —dijo Laura temblando, al mismo tiempo que se orinaba en la poza. Verla llorar, logró conmovier al califa.

—¡Tranquila! No pasa nada, tienes un cuerpo precioso; no tienes porque esconderlo delante de tu señor.

—Lo reservo para Hasday, es a él a quien amo.

—En ese caso, nada has de temer; el amor es un arte muy antiguo. Debes perder el miedo a mostrar tus encantos o, Hasday huirá como lo hizo el capitán.

Su comentario la ruborizó de nuevo, ignoraba que al-Nasir supiese tanto sobre su vida. El califa la invitó a observar, en un alarde de prepararla para lo que le esperaba cogió a una de las bellezas de ébano y la sodomizó clavando sus ojos en Laura que, esta vez no apartó la mirada, temiendo ofender a su excelencia. Excitado, al-Nasir, pidió a Laura se descubriese los pechos. No la tocaría por respeto a Hasday pero, el aro violeta que bordeaba el pezón le estaba volviendo loco. En cuanto la esclava soltaba fingidos gemidos de placer, Laura que había perdido el terror inicial, observaba la escena asombrada. La otra esclava se había enredado a su cintura con las piernas. Laura trató de quitársela de encima, pero no tenía ya fuerzas para resistirse. Al contemplar las acometidas del califa, le ocurrió algo parecido a cuando presencié la erección del capitán bajo las sábanas en el hospital: la energía le

abandonó y con ella, su divinidad comenzó a correr peligro.

La esclava comenzó a morderle el cuello y a darle suaves masajes en los pezones, con una maestría que pronto pudo sentir su turgencia entre los dedos: estaban hinchados. Al fin comenzaba a relajarse. De todas maneras se encontraba ante el Príncipe de los Creyentes, nada debía hacer para ofenderlo. Al-Nasir, deshaciéndose de su amante la contempló excitado, su miembro resurgió de entre las aguas, mostrando una titánica erección que produjo unas ondas, que recorrieron la poza, aumentando de tamaño según se alejaban de su posición como si alguien arrojará una piedra sobre el agua, antes de impactar contra los pechos de Laura. El califa no se movió ni un milímetro, se quedó allí, quieto, observando el espectáculo. Las manos de la esclava se movían arriba y abajo recorriendo el cuerpo de Laura. Un terrible fuego se apoderó de sus entrañas, al contemplar el miembro de Abd al Rhaman en erección. Hábilmente, ahora, la esclava buceando bajo las aguas jugueteaba con su clítoris. Apretando con fuerza su pompis, se movía arriba y abajo ente las piernas de Laura que trataba de asirse a los bordes de la poza, retorciéndose de placer. Ahora la boca de la otra esclava entraba y salía del miembro de Abd al Rhaman que, deseaba enterrarlo entre los pechos de aquella cristiana. Mientras la lamía, Laura sintió el dedo pulgar de la esclava introduciéndose en su ano.

Entonces los ojos se le quedaron en blanco y comenzó a convulsionarse, agarró la cabeza de la esclava y la apretó, todavía con más fuerza contra su vulva. Abd al Rhaman contemplaba la escena expectante. La presionó tan fuerte que le produjo un corte en los labios. Es que para entonces Laura ya estaba fuera de control, alzó a la esclava por la barbilla y comenzó a lamerle las gotas de sangre desprendidas de los belfos. Luego se lanzó sobre ella, cayendo las dos, rodando, se hundieron en el fondo de la poza. Aquella monja se había convertido en un volcán. Al-Nasir se acercó hacia ellas con el miembro inhiesto, avanzando despacio como a través del Mar Muerto. Su falo erguido parecía abrir una brecha separando las aguas. Laura, al contemplar su avance, observó extasiada la belleza de aquel miembro: la elegancia del glande y la vigorosidad del mástil. El Señor no le perdonaría por lo que estaba a punto de hacer: nada menos que copular con el diablo sarraceno. Avanzó hacia él, dispuesta a complacerlo; sorprendentemente el califa la mandó detenerse.

—Creo que por fin, estás preparada para Hasday, te enviaremos en cuanto podamos hacia León. Antes has de cumplir conmigo.

—Sí, mi señor —contestó Laura, presa de la lujuria.

El califa colocó el miembro entre sus pechos, la esclava situada a la espada de Laura se los estrujó y, este comenzó a subir y bajar por el canal formado entre ellos. Ella contemplaba el glande, avanzando hacia su barbilla, una y otra vez intentó alcanzarlo con los labios, pero no conseguía doblar el cuello lo suficiente. Entonces Abd al Rhaman soltó un alarido de placer, mientras su semiente salpicaba su rostro, derramándose sobre el cuello. El califa observó el lienzo que acababa de pintar y se retiró con sus esclavas a los vestuarios. Sin saber qué hacer, totalmente excitada; Laura se limpió los restos de esperma con el agua y una esponja, y se quedó allí sola, herida, abandonada como un cisne en un pantano de cocodrilos. Se tocó el sexo, estaba empapado. De pronto entraron de nuevo las esclavas, en una bandeja de plata portaban unas bananas y unos pepinos. Laura salió del agua y la cubrieron con una bata. Una de las esclavas cogió un pepino, lo impregnó de saliva introduciéndolo en la boca hasta la garganta. Sentada en un banco, Laura separó las piernas, mostrando una mata de vello que dejó asustadas a las dos Venus. Con una navaja afilada la rasuraron, mientras ella observaba la operación en silencio. Sin poder evitarlo notó su sexo cada vez más hinchado.

Una de las esclavas, separándole los labios le introdujo tres dedos. Su lengua roja dibujaba movimientos circulares sobre su clítoris. Los dedos entraban y salían de la vagina, ella se retorció de placer, pidiendo más. Entonces le trataron de introducir el pepino, ella lo rechazó, exigiendo que siguieran con los dedos. Con las dos manos trató de abrir sus labios, tirando de ellos hacia fuera para facilitar la labor a las dos esclavas, cuyas falanges y lenguas se entrecruzaban dándose un festín. El placer era tan intenso y prolongado que sin percatarse, elevó más las piernas, levantando la carne que envuelve la parte superior de la vulva hacia arriba; se le escurrieron los dedos y sus uñas se clavaron con saña en el rasurado pubis. Una explosión de placer la inundó con tanta energía que se cayó del banco sobre el tapiz del suelo. Su grito superó en muchos decibelios al del califa, por unos instantes las paredes retumbaron y las plantas se removieron inquietas en las macetas, amenazando con ir a parar al suelo. Las esclavas la ayudaron a incorporarse y a vestirse,

cuando salió a la calle, la ciudad no parecía la misma. Se sentía relajada por primera vez en su vida. Apartó de su mente cualquier sentimiento de culpa, y se dirigió junto a sus amigas que ya debían estar almorzando en palacio.

## Sierra de Cazorla, 10 de mayo del año 941

Con la sangre de Ibn Hazm todavía en los ropajes, Amir alcanzó a Zura y sus hombres. El capitán viajaba en una carreta, recostado sobre sacos de centeno y maíz, llevaba los pies y las manos sujetas por grilletes. Se dirigían hacia la sierra de Cazorla, entre un mar de olivares. En unas duras jornadas evitaron pasar cerca de plazas como la de Jaén, muy bien custodiadas por las tropas del califa y se dirigieron hacia Úbeda y Baeza, donde se detuvieron a reponer fuerzas. Viajaban disfrazados de comerciantes para tratar de pasar desapercibidos entre la población. Iban armados hasta los dientes, para defenderse de los bandidos o de las tropas califales de ser necesario; aunque resultaría extraño que algún grupo de salteadores se atreviese con una caravana tan numerosa. En cuanto a las hordas califales, la presencia del prisionero, les aseguraba cierta inmunidad; por todos era bien sabido que la vida del capitán era de gran valor para el califa. El capitán había contribuido a desbaratar un atentado contra el príncipe recientemente.

El sol apretaba con fuerza, volviendo lastimoso y lento el transitar de bestias y hombres a través del valle del Guadalquivir. Surcaron el ondulado espacio, donde los olivares se perdían en un horizonte sin final. Luisa cabalgaba sobre un potro, soportando como podía junto al sequito de esclavas, las altas temperaturas. Después de escuchar a Amir contar todo lo sucedido con Ibn Hazm en el lecho de Sira, compadeció al converso; aún no llevaba ni un mes de luto y su mujer ya se la estaba pegando con otro. Zura se presentó en la carreta donde viajaba el prisionero para compartir tan valiosa información con él. Alfonso escuchó incrédulo, lo que aquel perro sarraceno le estaba contando.

—¡No te creo! Sira nunca haría algo así —protestó Alfonso.

Entonces, Zura le enseñó el pañuelo rojo de seda con que su esposa solía cubrir su sexo, cuando danzaba para él en la intimidad. Alfonso lo reconoció de inmediato. Aquel rojo tan intenso, jamás le pasaría desapercibido.

Abriéndolo Zura lo apretó contra la nariz del capitán.

—La palabra de un yundí nunca se pone en duda. Huélelo bien, todavía lleva el olor de su coño impreso.

El capitán inhaló los efluvios del sexo de su esposa, inspirando con fuerza. Una rabia inmensa se apoderó de él, soltó un exabrupto, sus ojos estaban prendidos por la ira. Ni siquiera le consolaba que ella lo creyese muerto. Alfonso amaba a Sira, aquella infidelidad tan reciente le rompió el corazón en dos.

—Ya ves lo que ella ha tardado en olvidarte, lo mismo ha hecho tu amigo el califa con nosotros, que tanto le ayudamos a expandir su imperio en mil batallas, así nos lo paga persiguiéndonos y dándonos muerte. Mientras mi pueblo lucha por sobrevivir en la sierra. Los omeyas nadan en la abundancia y la avaricia. Abusando de su poder, Abd al Rhaman despilfarra el dinero recaudado, conseguido gracias al sudor de las pobres gentes de al-Ándalus, en levantar una gran ciudad en honor de su amada, un auténtico paraíso en la Tierra, desafiando la voluntad de Allah, mata de hambre a su gente. Su vanidad aumenta cada día. Medina Azahara es la vergüenza del pueblo árabe. La ciudad de la soberbia, algún día será destruida. Si realmente eres un verdadero musulmán deberías avergonzarte de ello.

Las palabras de Zura calaron muy hondo en el capitán. Tal vez se encontrara en el bando equivocado. Él era simplemente un soldado, toda su vida lo había sido, dejándose manipular, primero por el rey Ramiro y después por Abd al Rhaman; quizás llegara el momento de dar un giro a su vida y entregarse a la lucha por una causa justa.

—Reconozco que desconocía los problemas y las razones de tu pueblo. Las respeto y me parecen justas y honorables. Me avergüenzo de haber apoyado la causa del califa y su hueste. Te creo, y no quiero volver a saber nada de mi esposa y los suyos. Pero lleva un hijo mío en su vientre y debo volver a Córdoba para recuperarlo.

—Todo a su momento —atajó Zura—. Por ahora, eres nuestro prisionero; si te portas como es debido: no solo te concederemos la libertad, si no también te ayudaremos a recuperar a tu hijo.

Después de atravesar un angosto puente, acamparon a las orillas del Guadalquivir. En el margen izquierdo se sentían más seguros, era como si el río fuera una frontera imaginaria que los separara de los soldados de la alcazaba de Cazorla. Alfonso incapaz de conciliar el sueño, pidió a sus guardianes le trajesen un libro. La favorita se presentó en la carreta, envuelta en una túnica de lino oscura, la cabellera negra le caía sobre la espalda como una cascada. Le entregó un ejemplar de La Odisea de Homero. El códice estaba en hebreo.

—¿Sabes leer en hebreo? —preguntó Luisa

—En casi todos los idiomas conocidos, algunas palabras se me escapan, pero voy deduciéndolas sobre la marcha —respondió Alfonso.

La favorita se quedó un rato platicando con el capitán, mientras este leía en voz alta. Le impresionó la cultura de aquel oficial cristiano venido a menos. Luego regresó al lecho de Zura para informarle de las buenas impresiones que le causaba el capitán.

—Debemos de tratar de ponerlo de nuestra parte, un guerrero tan fiero y culto nos vendría de maravilla —comentó Luisa a Zura.

—De momento nos es más útil como prisionero, no podemos fiarnos de él, podría tratar de vengarse por la muerte de sus amigos —dijo Zura en referencia a la carnicería perpetrada por sus hombres en Sierra Morena—. E incluso intentar escapar y regresar junto a su esposa.

Al día siguiente reanudaron la marcha, siguiendo una senda a orillas de un joven Guadalquivir de aguas espumosas y transparentes; remontando el cauce del río entre quejigos y fresnos, se van internando en la sierra. El ambiente es fresco y húmedo, nada que ver con los calores del valle, eso hace su viaje más placentero. El río se va encañonando, se retuerce entre chopos y espinos, discurre entre grandes extractos que forman curiosos charcos donde algunos hombres hacen un alto para bañarse. Desprendiéndose de las lorigas, las cotas de malla, los yelmos y sus vestiduras, se lanzaron desnudos sobre las pozas. Las esclavas los imitan bañándose en una charca que se encuentra unos

metros más arriba de donde se lanzaron los hombres. Sentado sobre un guijarro Alfonso observa la escena, los grilletes le están destrozando tobillos y muñecas. La favorita y Zura, dispuestos a bañarse, pasan delante de él.

—¡No lo hagáis! —advierde el capitán

—¿Porqué? ¿Qué ocurre? —le interroga Luisa.

—Creo que no estamos solos —dice Alfonso señalando a la cima del barranco.

De pronto una lluvia de flechas cae en picado sobre ellos. Los soldados del castillo de Cazorla llevaban tiempo siguiéndoles y les habían preparado una emboscada. Son arqueros expertos, curtidos en muchas batallas en el norte de África, acostumbrados a tensar bien sus arcos; a apuntar y disparar con rapidez y acierto, solamente los árboles que cubren la ribera detienen algunas saetas, el resto se clavan con saña en la carne de los bañistas, tiñendo de rojo la charca con su sangre.

—Libérame de las cadenas, puedo ayudaros a salir de esta. Os doy mi palabra de caballero que no huiré —dice Alfonso al caudillo yundí.

Zura duda un instante, no puede permitirse pensar, mientras sus hombres perecen a flechazos.

—¿Lo juras por Allah? —le interroga Zura.

—¡Lo juro en nombre de Allah el Grande y Todopoderoso! Por lo que más quieras suéltame o no saldremos ninguno con vida de esta ratonera.

Finalmente Zura, ante la premura de la situación ordenó a sus hombres liberasen al capitán y lo proveyeran de una adarga y una espada. Por suerte tan solo una docena de hombres se encontraba en el río bañándose cuando cayeron las flechas. Los asaltantes, posiblemente atraídos por su belleza, se abstuvieron de disparar sobre la charca donde se encontraban las muchachas, y estas pudieron salvar la vida. El capitán ordenó a Zura y sus hombres le siguieran y mantuviesen en alto los escudos, tratando de detener las saetas mientras ascendían por la quebrada ribera, hacia donde se encontraban los

arqueros.

—¡A la carga! —gritó el capitán.

Según se alejaban de la orilla, la vegetación aumentaba y eso les ayudaba a protegerse de las flechas, las copas de quejigos, arces y fresnos, impedían ahora que los arqueros bereberes acertarán fácilmente. Treparon por un pedregal, las piedras y guijarros resbalaban, deslizándose a su paso; tomaban velocidad por la pendiente cayendo sobre los hombres que iban detrás. Por lo que tuvieron que dejar un espacio de seguridad, entre un grupo de asaltantes y otro, para evitar que las piedras pudiesen golpear a los más rezagados. El capitán se proponía tomar la cima, sin reparar en la cantidad de enemigos que les esperaban arriba, ni la posición privilegiada que les proporcionaba el relieve. Zura conocía la zona y sabía que por lo abrupto del lugar, solo podían situarse unos pocos arqueros. Ante la carga del capitán y sus hombres, viendo que las flechas ya no les eran útiles, los bereberes de Cazorla, echaron mano de las cerbatanas.

Llegado un punto los árboles ya no les protegerían. Consciente de ello: el capitán dio orden de formar una coraza con los escudos. Los hombres más avanzados, superpusieron una adarga sobre otra, hasta no dejar casi un resquicio donde penetrase una saeta. Luego Zura dio la orden a sus arqueros, apostados tras la última línea de árboles de la pendiente, de cargar y disparar a discreción sobre los soldados de la cima. Algunos cuerpos caían pendiente abajo, atravesados por las flechas. Esto asustó a los bereberes de Cazorla, conscientes de que ahora los que estaban en una encerrona eran ellos. En lo alto de la pendiente, no disponían de parapeto alguno donde guarnecerse. El pánico se apoderó de ellos y se batieron en retirada, regresando por la senda por la que habían venido. El capitán y Zura fueron los primeros en remontar la pendiente, seguidos del resto de sus hombres, cayeron sobre los enemigos más rezagados, tajando y lanzando sus cuerpos pendiente abajo. Pronto el terreno quedó despejado de bereberes.

Renunciaron a perseguir al enemigo, un enfrentamiento en campo abierto no les convenía. Debían abandonar el cauce del río, antes de que sus enemigos se reorganizasen y les atacasen de nuevo. Ni siquiera tenían tiempo de recoger a los heridos. Todo aquel que no pudiese montar a caballo debería ser abandonado. Zura lamentó la pérdida de sus hombres. Gracias al capitán

no superaban la veintena. La otra noche, a pesar de la lectura, Alfonso no logró conciliar el sueño hasta muy tarde. Escuchó el sonido de las chicharras que se tostaban al otro lado del río, afinó el oído y pudo percibir, un trasiego de tropas entre el follaje, supuso que no atacarían en plena noche, por lo que optó por no dar la voz de alarma. No se explicaba como los centinelas no pudieron escuchar nada, tal vez se quedaran dormidos debido a las altas temperaturas o, el murmullo de la corriente del río les impidió percatarse de los movimientos enemigos. El capitán dedujo que el ataque tendría lugar durante el día, sería su oportunidad de intentar escapar. Así supo que los bereberes de Cazorla les atacarían, cuando se detuvieron en las pozas del joven Guadalquivir para bañarse. Ahora guiaba a todo un ejército de yundíes a través de la sierra, camino de las Alpujarras.

El capitán cabalga orgulloso junto a su arráez, se internan en tierras del Segura, buscando el suelo fértil del valle para abastecerse de legumbres y fruta. Su relieve ondulado alberga decenas de aldeas escondidas. Los campesinos de al-Ándalus son gente pobre y humilde. Las huertas y vegas están perfectamente irrigadas por las aguas del río y presentan un aspecto fértil. En aquellas tierras tampoco están seguros, la proximidad del castillo de Hornos, los puede poner en evidencia. Zura decide enviar a Alfonso de avanzadilla con unos diez hombres al pueblo, donde se ubica la alcazaba. Recorre la aldea paseando por sus callejas para descubrir sus casas y balcones con flores. El mercado está animado, después de comprar provisiones, asciende a lo alto de un risco donde se encuentra el castillo. Desde el adarve unas jóvenes mozárabes muy hermosas les saludan, el capitán les devuelve el saludo, y regresa con sus hombres disfrazados de comerciantes junto a Zura y el resto de los yundíes.

En el valle se encuentran tres torres, situadas a bastante distancia para vigilar una gran extensión de terreno, unas de las otras. Deciden disgregarse en varios grupos para no llamar demasiado la atención, evitando que les ocurra lo mismo que cuando pasaron por las tierras de Cazorla. A esas horas los bereberes con los que se enfrentaron en el joven Guadalquivir, ya habrán recogido a sus heridos, además de ejecutar o prender a los yundíes que dejaron abandonados en el barranco; habrán dado la voz de alarma, avisando a las fortalezas colindantes, y enviado un mensajero a Córdoba para informar

de que, durante la refriega, el capitán se había unido a los yundíes, causando numerosas bajas en las tropas califales. El califa lo acusará de traidor. Alfonso es consciente de que no hay vuelta atrás: se acaba de convertir en un forajido. Logran sortear el valle y la vigilancia de las tres torres, llegando a una zona montañosa donde se reagrupan todos de nuevo. Transitan por un terreno abrupto y quebrado de roca caliza, donde el sol vuelve apretar con fuerza, pues los bosques frondosos han sido reemplazados por colinas redondeadas cubiertas de una rala vegetación compuesta por matas y hierbas. Es un paisaje arisco y extraño, surcado de profundas cárcavas, dibujando arañazos en el relieve, producto de las escasas pero torrenciales lluvias. El impresionante espinazo rocoso que conforman los picos se eleva sobre un paisaje de semblante árido, cubierto de matorrales, propios de un lugar desolado e inhóspito. ¿Esta era la clase de vida que le esperaba a partir de ahora? Vagar por aquel infierno sin poder acercarse a su esposa y sus amigos. Acompañando a los asesinos de Daniel. Eso había ganado convirtiéndose al islam. Y eso que todavía no habían pasado los meses del ramadán: durante ese período debería abstenerse de comer y beber, además de mantener relaciones sexuales ente la salida y la puesta del sol. Cinco veces al día según el ritual tendría que lavarse las manos, postrándose dirección a La Meca para rezar, obedeciendo la llamada del muecín:

Allah es el más grande.

Doy fe de que no hay más dios que Allah.

Venid a la oración.

Venid a la felicidad.

Allah es el más grande.

No hay más dios que Allah.

Durante la plegaria abrirá su corazón y también se comprometerá a visitar La Meca una vez en su vida, además de entregar una cantidad fija cada año de sus bienes a los pobres. Alfonso estaba dispuesto a cumplir todos los

preceptos de una religión que había abrazado tardíamente, pero aquel destierro le parecía un castigo demasiado grande para un adulto como él, que ya superaba con creces la treintena. Estaba seguro que Allah, el Misericordioso, el Dispensador de Gracia, le compensaría por todas aquellas penurias. Hicieron un alto para rezar en aquella agreste tierra, después del ritual, Luisa se acercó a él para interesarse por su estado.

—¿Qué tal te encuentras?

—Digamos que echo de menos Córdoba y a mi esposa. Se supone que una mujer musulmana debe permanecer fiel a su hombre —comentó Alfonso.

—Y este está obligado a tratarla bien —repuso Luisa—. Pero un hombre puede tener varias esposas, mientras las trate a todas equitativamente y se ocupe de ellas convenientemente.

—Eso es algo difícil de lograr. ¿Cómo voy a tener varias, si no soy capaz de ocuparme de una? —añadió Alfonso en referencia a Sira.

—No podrás volver a Córdoba, pues te has manchado con la sangre de hombres leales al califato, si lo haces te crucificarían como hicieron con al-Tawil, el primo de Zura. Lo más sensato ahora es alejarte de allí.

Zura se acercó con varios hombres hacia ellos. Por mucho que les hubiera ayudado a salir de aquella ratonera en el joven Guadalquivir: no se fiaba del capitán, por sus venas corría sangre cristiana. En contra de una facción de sus hombres, que opinaban que se había ganado la libertad y merecía una oportunidad: Zura ordenó prenderlo de nuevo. Alfonso no se resistió a que le pusiesen los grilletes, parecía resignado a su trágico destino. Nadie confiaba en un cristiano renegado que había traicionado a las tropas el califato para defender a un puñado de rebeldes yundíes, tratando de salvar la vida en medio de una emboscada. Alfonso sopesó, cuál de las razones de Zura para mantenerlo cautivo, pesaba más sobre su decisión. Tal vez lo que inquietaba realmente al yundí, era su temor a que él pudiese acometer algún tipo de venganza por la muerte de su amigo Daniel. Puede que Zura no se sintiese seguro con el capitán en libertad, además viendo su actuación durante la batalla del Guadalquivir, no le resultaría difícil acceder a su tienda por la noche mientras dormía y rebanarle el cuello; también pudiese temer que

rivalizase con él por el liderato del grupo. Presenciando la ligereza con que los había liderado, pendiente arriba en la batalla contra los arqueros sarracenos, se notaba que tenía madera de líder. Aquello imponía respeto a Zura que no quería perder su jerarquía en aquel grupo. Alfonso trataba de ganarse su confianza con palabras amables, mientras se dejaba prender.

—Vosotros sois mi familia, debéis creerme, solo pretendo ayudaros. ¿Qué debó hacer para qué dejéis de verme como una amenaza?

Zura y los soldados, no respondieron, se apartaron de él, dejándolo a solas con Luisa. Ella le acarició el brazo, antes de retirarse le recomendó que tuviera paciencia. Tarde o temprano el corazón de los yundíes se ablandaría y le darían una oportunidad. Corrió a su tienda, y le trajo un libro y una manta de lana para tapase. Hoy ya no se moverán de allí. En aquel paraje siniestro nadie les buscaría. Apoyado contra una roca, Alfonso ojeó el libro: en la obra una princesa salva su vida, relatando a su sanguinario marido, un malvado rey, una serie de historias interrelacionadas a lo largo de un período de tres años. Aquellos cuentos ambientados en el mítico Bagdad, era un ejemplo típico de la mejor literatura árabe de la época, posteriormente se hicieron muy populares siendo conocidos como Las mil y una noches.

Córdoba, 1 de junio del año 941

La muralla con sus siete puertas resurgía a ambos lados de la vía de acceso al puente romano y se perfilaba paralela a la orilla derecha del río, desviándose hacia el noroeste, el trazado se prolongaba en otra dirección; volviendo a descender sobre el Guadalquivir. El barrio de los bazares de Córdoba se extendía desde el muro oriental de la gran mezquita, abarcando una gran extensión, los nombres de las calles evocaban distintas actividades comerciales. Aquella mañana la noticia de la traición de Alfonso, tomando parte a favor de los yundíes en su enfrentamiento con las tropas califales de Cazorla se había extendido como la pólvora. Un traidor que tan solo hacía unas semanas salvara la vida del príncipe al-Hakam. El pueblo enfurecido pedía su ejecución pública. Un alfaquí había accedido a aprobar la nulidad matrimonial solicitada por Sira, basándose en que su conversión al islamismo no fue sincera.

La muladí simuló delante la plebe su dicha por ser de nuevo una mujer libre, soltera y sin compromiso, pero por dentro su desdicha la cegaba, en sus entrañas albergaba la semiente del mal. Debido a que habían transcurrido varias semanas de gestación, desechó la posibilidad de un aborto expuesta por un grupo de plañideras. Aquel niño era tan suyo como del capitán y pensaba tenerlo. Para ella, forzar un aborto era ir contra la naturaleza y contra su propia dignidad como persona. Cruzó el río más allá de la puerta del puente, alcanzando uno de los extremos del meandro que, traza el Guadalquivir a su paso por los arrabales de la ciudad. Resultaba un lugar agradable por donde pasear, restos de antiguas viviendas derruidas lo hacían parecer un pueblo fantasma.

Sira se sentó en un guijarro, contemplando el paso de las aguas y el dibujo de la muralla al otro margen del río. Era un lugar tranquilo para pensar, alejado del bullicio de la ciudad. Los acontecimientos se precipitaban últimamente en su vida, según le había aconsejado su compañera Laura, necesitaba tranquilidad para que su embarazo transcurriese con normalidad.

Había llegado la hora de dejar de pensar solo en sí misma. Cuando naciese su hijo, ya no estaría nunca más sola. Tampoco necesitaba ningún hombre a su lado que le complicase la vida. Después de la muerte de Ibn Hazm y la traición de su esposo al califato, su amistad con Laura se hizo más estrecha y se había convertido en un pilar fundamental para su supervivencia.

Las noticias de León no habían cesado de llegar, las negociaciones con el impulsivo monarca cristiano avanzaban con rapidez, después de la llegada de Galindo y Hasday a la corte leonesa. Ambos se habían hecho muy amigos del monarca leonés. Al que sus enemigos musulmanes denominaron “El diablo” por su ferocidad y energía. Según la última misiva recibida por Laura de Hasday, los halagos continuos del judío calaron hondo en el rey Ramiro. Además Galindo con su inventiva, no cesaba de contarle historias exóticas sobre el al-Ándalus y las exquisiteces de Córdoba. El rey se leyó todas sus obras, y el escritor también se había hecho un hueco en el corazón del monarca. Galindo departía con él a menudo e incluso en ocasiones oraban juntos. Monje y monarca se hicieron inseparables. En cuanto a Hasday, lo asombraba con su espontánea y agradable conversación. Además desde que había comenzado a tratarlo, la salud del monarca mejoró considerablemente. Al parecer el rey Ramiro les permitía visitar asiduamente al cautivo Muhammad, señor de Zaragoza, capturado por el capitán Alfonso en la batalla de Simancas. Se encontraba en bastante buen estado de salud, disponía de una celda amplia con toda clase de comodidades como corresponde al rango de tan ilustre caudillo.

En esos días había llegado una carta de Muhammad a la corte de Córdoba dirigida al califa, rogándole enviase a los principales obispos cristianos de al-Ándalus a León, su presencia en la corte, resultaría muy importante a la hora de pactar su rescate con el tirano Ramiro. Abd al Rhaman sopesaba aquella petición, meditando en el salón de consejos del alcázar. El sol inspirado por un clima vernal se colaba por las vidrieras, creando juegos de luces, al reflejarse sobre superficies policromas, arrancaba destellos de las celosías que decoraban las paredes.

Aspirando el olor de los perfumes, desprendido por los pebeteros, sujetos sobre trípodes que quemaban incienso y ámbar al mismo tiempo, el califa reflexionaba sobre la petición de Muhammad; finalmente se sentó en un sitial

y tomó la decisión de acceder a los deseos del caudillo. Mandó comparecer en Córdoba a los tres obispos más importantes de al-Ándalus: Abbas g. al-Mundir de Sevilla, Yaqub b. Mahran de Pechina, y Abdalmalik b. Hassan de Elvira. Laura había decidido acompañar a sus santidades a León y asesorarles sobre la mejor manera de proceder durante las negociaciones. Sira había sopesado la idea de acompañar a Laura en aquel viaje, pero debido a su embarazo, rehusó a emprender un desplazamiento tan largo. Echaría de menos a su amiga del alma, en su ausencia, ella asumiría la dirección del hospital.

Sira caminaba pensativa por la orilla del río, con las manos sujetas sobre la espalda, alcanzó la cabeza del puente, dirigiéndose por una vieja calzada romana que, conducía a unos molinos situados sobre una presa. Allí cerca se encontraba el mayor oratorio al aire libre de la capital. Se dirigió al lugar, consciente de que terminaban de comenzar los meses del ramadán, sentándose sobre las baldosas calientes se dispuso a orar. Súbitamente una mano masculina tocó ligeramente su hombro, se trataba de un hombre fornido de unos treinta años, un espeso bigote le cubría parcialmente el rostro. En él Sira reconoció las facciones del asesino de Ibn Hazm. Bard Amir se sentó a su lado para hablarle sin llamar demasiado la atención.

—Traigo una información importante para que se la trasmitas al califa. Este mensaje es de parte de Zura ibn Ziyad. Nuestro caudillo solicita para su pueblo la propiedad de las tierras enumeradas en este documento, situadas todas ellas en las Alpujarras —dijo Amir entregándole un pergamino envuelto en una cinta—. A cambio Zura se compromete a rendir vasallaje al califato y pagar los impuestos correspondientes; además al-Nasir podrá contar con las huestes de los yundíes para futuras aceifas, como era costumbre antes de Simancas. Zura se compromete a que sus hombres lucharían con valentía a su lado, y borrarían para siempre la mala imagen dada por su primo Al-Tawil en el foso del barranco. Todo ello figura en el documento claramente especificado y, como señal de buena voluntad y parte del trato les entregaría al embajador real Alfonso Garrido. Siempre que el califa muestre su predisposición a aceptar nuestras condiciones.

—Pero si entregáis a Alfonso al califa, lo ejecutará por luchar a vuestro lado en la sierra de Cazorla —añadió Sira, tras superar su mutismo inicial,

después de aquel inesperado encuentro.

—Dile a Abd al Rhaman que los arqueros de Cazorla nos sorprendieron en una vil emboscada, las flechas caían por todas partes; Zura le obligó a jurar por Allah que si le soltaba nos ayudaría, como buen musulmán Alfonso cumplió su palabra. Gracias a ello tu esposo salvó su vida, de otra forma caería muerto por las saetas enemigas. Pide audiencia urgente con el califa y entrégale el documento y comunícale todo lo que hemos hablado. Dentro de cinco días volveremos encontrarnos en este mismo lugar y me darás su respuesta. Cuida que nadie te siga, si me ocurriera algo, ten por seguro que no tardarás en recibir la cabeza de tu esposo en una caja.

En los jardines del alcázar, después de abandonar el bullicioso ambiente de la calle, Shifa notó el agradable contraste de temperatura propiciado por la floresta y el contorno arbolado. Se deslizó bajo los arcos recién tallados, gozando del delicioso frescor, acarició con las manos el alicatado de las paredes y se sentó en un banco al lado de Sira, esta la informó sobre lo acontecido en el oratorio y se abrazó contra su pecho derramando lágrimas. Estaba avergonzada de sí misma, su marido no era ningún traidor, debía contárselo todo al califa, pero no sabía si encontraría las palabras adecuadas.

—Déjalo de mi mano. He quedado esta tarde con el príncipe, le entregaré el documento y él hablará con el califa. Tú solo has de esperar su respuesta, seguro que al-Hakam logrará que su padre muestre clemencia con el hombre que salvó su vida.

Sira agradeció a Shifa su deferencia con ella en tan delicado asunto y se retiró hacia las estancias del palacio, encerrada en su cuarto, la angustia se apoderaba de ella por instantes, desgarrándose por dentro lloraba tumbada sobre un tapiz. A su espalda, respirando con candor el aroma de los pebeteros que quemaban maderas aromáticas, apareció Shifa que la había seguido por el corredor, acercándose para acariciarle el cabello.

—Todo saldrá bien, en cuanto el califa sepa que la intención del capitán fue luchar por salvar su vida y no atacar a las fuerzas califales, levantará la sentencia de muerte que recae sobre él por traición.

—¿Y la anulación de nuestro matrimonio? Mi marido no querrá mirarme a la cara, en cuanto sepa que la solicité.

—Carecerá de valor, cuando el califa sepa que tu marido actuó bajo juramento en Cazorla, ordenará al alfaquí restituir de nuevo vuestro matrimonio. Alfonso no tiene porque enterarse de que esa anulación tuvo lugar.

—¡Eres un ángel! —dijo Sira lanzándose de nuevo a los brazos de su amiga.

El corazón de la antigua capital bética latía al ritmo de los bazares que se aglomeraban ocupando el centro de la medina. Las telas de lino y algodón y los tapices de lana se tejían en talleres privados, igual que la seda y los brocados. La industria del tejido, controlaba que el cardado, hilado y teñido se realizase con la máxima precisión para crear lujosas prendas manufacturadas y colocarlas a la venta lo antes posible en las tiendas. Las telas se vendían por piezas y los sastres se encargaban de coser y cortarlas. En el probador Laura se contoneaba mirándose en un espejo, mientras se probaba un burnús de seda con capucha para protegerse de las inclemencias del tiempo en el norte y un chaquetón de piel de cordero, debía asegurarse de no resfriarse: si su voz estaba tomada no podría dar órdenes con tanta facilidad a sus eminencias. Le encantaba la fragilidad que los hombres santos mostraban ante su tesón. Una mozárobe tan encantadora como ella, terminaría a la larga haciéndose oír. Esperaba que además de ayudar a Hasday en su misión de alcanzar un tratado de paz duradero entre el rey Ramiro y Abd al Rhaman, lograsen conseguir la libertad para el cautivo Muhammad b. Hashim. Tenía tantos planes, la cabeza le daba tantas vueltas, prepararía el equipaje a conciencia, no podía permitirse ningún descuido, su imagen ante los obispos, sería examinada con lupa; por lo tanto debía mostrar un aspecto impecable.

Llevaba el rostro escondido bajo una larga migná, tan solo sus ojos se entreveían por una estrecha rendija. Desde lo ocurrido con el califa en el balneario, trataba de ocultar su cuerpo lo máximo posible, incluidas sus facciones, ante la mirada de cualquier hombre, por muy santo que pareciese. Los obispos estaban a punto de llegar a palacio, serían recibidos por el califa,

luego visitarían el hospital, donde todo sucedería según el protocolo: primero fueron presentados los médicos más cualificados, encargados de atajar las epidemias, realizar las operaciones de cirugía y llevar a cabo las tareas de investigación. Luego los enfermeros que trataban las enfermedades más corrientes de manera empírica, aplicando ventosas y cauterizando llagas. Los obispos se sorprendieron al encontrar entre ellos a dos mujeres, y más aún cuando les comunicaron que una de ellas les acompañaría en su viaje a León. Al llegar a la altura de Laura, Yaqub b Mahran obispo de Sevilla, tocando la cabeza de la mozárabe, notó el vaporoso movimiento de su respiración bajo la migná y la retiró descubriéndole el rostro.

—Ya que vas a acompañarnos en tan largo viaje, deja al menos que te veamos la cara —dijo Yaqub.

—¿Y qué os parece eminencia? —lo tanteó Laura.

—Realmente hermosa y pura como la de Santa Catalina. Partiremos en un par de días, cuida de tener todo dispuesto.

—Así será eminencia —contestó Laura, haciendo una leve reverencia, sujetó la mano del obispo y besó el diamante oscuro de su anillo de oro—. Mi presencia en la embajada ayudará a que el funcionamiento de la misma, discurra con mucha mayor precisión.

—No me cabe duda y estaremos encantados de tenerte con nosotros —dijo Yaqub antes de continuar su recorrido.

Antes de asistir a la recepción de los obispos en el hospital, Laura pasó por la peluquería del zoco. Acudió con muchas prisas, justo cuando más concurrencia había en el local: las mujeres y los hombres se estaban arreglando para asistir a la oración de los viernes. Se entretuvo demasiado en la sastrería y llegó dos horas tarde a su cita con el peluquero. Pretendía peinarse, teñirse y recoger el pelo en un moño, además de hacer la manicura, cuando faltaba solo hora y media para la recepción. Los asientos estaban todos ocupados por otros clientes y Laura entró en cólera, tuvo que esperar veinte minutos que pasó comiéndose las uñas y protestando. Su peluquero, un persa de aspecto barbudo, no le quedó más remedio que atenderla, con sus nervios y sus quejas estaba revolucionando la peluquería. Le riñó por la

tardanza, la peinó con rapidez y le aplicó alheña sobre el cabello, luego lo perfumó con agua de rosas. Salió de allí con la melena al viento color azabache y el cabello húmedo aún por la alheña. Llegó tarde a la recepción, por suerte los obispos se habían detenido más de la cuenta en el alcázar y le dio tiempo a presentarse ante ellos. Siempre le ocurría lo mismo, cada vez que iba de compras, el tiempo le pasaba volando y terminaba por llegar tarde a todas partes.

Los ojos glaucos de Sira se abrieron y miraron a Laura con reproche, poco le importaba a ella la llegada de los hombres santos y el viaje de su amiga, tenía problemas más graves de los que preocuparse. Lamentó en silencio la tardanza de Shifa por darle noticias sobre la decisión del califa, en lo concerniente a sus asuntos. Faltaba solo un día para volver a reunirse con Amir y todavía no disponía de una respuesta que darle, aquello le daba mala espina. Sira no quiso comentarle nada a Laura sobre su encuentro con el yundí. Sabía lo habladora que era su amiga, aquel asunto debería llevarlo con discreción, quería evitar por todos los medios que se enterara media Córdoba. Para lograrlo mejor que lo supiesen las menos personas posibles. Laura estaba como media loca con su viaje a León, se pasaba el día probándose y quitándose ropa a velocidad de crucero. Vaciaba botes de perfumes y cambiaba continuamente de modelo de peinado. La encontraba muy rara, tras bañarse con el califa en las pozas del balneario, ella no quiso contarle nada de lo sucedido pero debió ser algo muy gordo.

Su última locura fue presentarse vestida de monja en el hospital con una túnica negra cubierta por un escapulario, una cofia y un velo cubriéndole el rostro. Algunos pacientes creyendo que les venía dar la extremaunción, salieron corriendo de las habitaciones. Sira estaba harta de sus excentricidades. La convivencia con ella en el hospital resultaba insoportable: si ella fuera hombre no la aguantaría ni un solo día. Sin duda compadecía a los obispos, llevándola con ellos, los pobres ilusos ignoraban la que se le venía encima. Al anochecer se puso a moldear pasteles sin parar, después de hornearlos, al día siguiente por la mañana los repartió por todo el hospital. Tanta frenética actividad estaba poniendo a Sira de los nervios. Algo muy fuerte debió haberle ocurrido a Laura con el califa en las pozas, desde entonces andaba toda revolucionada. El orden y la pulcritud, propios de ella

en su trabajo, habían dejado espacio al desorden y la holgazanería. Estaba deseando que se largara pronto para León para que todo volviese al fin a la normalidad.

Sira estaba triste sentada sobre un banco, vestida con unos pantalones bombachos y una blusa, mientras clavaba la mirada sobre los restos de verdura que flotaban sobre el caldo en la escudilla. No tenía apetito, pero tampoco ganas de escuchar los dislates de Laura. Calzaba unas almadreñas, ideales para deslizarse por el suelo del hospital. Los enfermos parecían bastante tranquilos esa mañana, salvo un par de casos de neumonía que tuvieron que tratarlos en una de las habitaciones del fondo para impedir que rompieran la quietud y armonía general. Laura se había presentado con una basquiña amarilla que le daba un aire folklórico y provocó las risas de los interinos. Hasta donde podía llegar para bordar el ridículo. Se pasó la mañana moviendo las cosas de sitio en la botica, Sira estaba harta de tanto trasiego, cuando buscara algo le sería imposible encontrarlo. En cuanto terminó el caldo, Laura se estaba zampando unas viandas, su presencia acabó irritando a Sira, esta dejó la escudilla sobre el pilón de la loza y se dirigió a tratar a una esclava del zoco. Era una chica muy joven, su dueño un rico mozárabe de los arrabales le había contagiado la sífilis. Sira le mandó separar las piernas, previamente se puso unos guantes para evitar contagiarse y con un algodón empapado en savia de enebro, le limpió las fístulas extendidas por la piel que bordeaba su vulva, varios chancros se habían extendido por las membranas mucosas en el interior de la vagina. ¡Pobre muchacha! Su dueño la había dejado echa un desastre. Él ya era anciano y dudaba que sobreviviese a la enfermedad. Pero ella era tan joven: sintió lástima de verla en aquel estado, la fiebre le había subido mucho, si no conseguía hacerla remitir, dudaba que pasara de esa noche. Su destino parecía señalado, a pesar de los cuidados de Sira la joven moriría de madrugada.

Esa tarde Sira saldría a recorrer las calles de las zonas residenciales de la ciudad, en busca de unas hierbas medicinales para tratar de bajar las fiebres de la joven. Sinuosas, pendientes y estrechas, las calles seguían las curvas naturales del terreno, proporcionando el drenaje necesario por donde discurría el agua de la lluvia, impidiendo los desbordamientos cuando diluviaba con fuerza, servían además de canal para los residuos fecales. El trazado le llevó a un callejón sin salida. Un guardia real con un alfanje a la cintura, la ordenó

detenerse. El califa quería verla. Apostada contra una puerta, trató de excusarse, de no llegar a tiempo con los remedios la joven moriría. Resultaba inútil resistirse a la voluntad del Príncipe de los Creyentes. Mandó recado por un vecino, dándole la dirección en una nota para que Laura tratase de conseguir las hierbas. Estaba en juego la vida de la chica.

Cuando recibió la nota, Laura tenía demasiada prisa por acudir con su amiga Raquel al balneario a acicalarse, debía estar presentable para el viaje con sus eminencias. Arrojó la nota al tonel de los residuos y abandonó el hospital. Aquella desgraciada tenía el castigo que se merecía, por darse al vicio y la fornicación en vez de a la pureza y la virtud. Jamás permitiría que ningún hombre, incluido el califa, volviera a ponerle la mano encima. A partir de entonces o se cubriría con la migná, o vestiría hábito de monja. Horas más tarde la conciencia le pudo, pero ya era demasiado tarde, estaba anocheciendo y aún en el caso de que lograra rescatar la nota, todas las tiendas se encontraban cerradas y sería imposible localizar las hierbas. El destino de la joven ya estaba marcado.

En los jardines del alcázar, Abd al Rhaman recibió a Sira bajo la sombra de un enorme palio, sujeto por varios esclavos. La muladí se postró ante el califa con el corazón latiendo con fuerza, dispuesta a escuchar su resolución sobre el caso de su esposo.

—A pesar de haber salvado la vida de mi hijo. En su enfrentamiento con mis leales súbitos los bereberes de Cazorla, el capitán privó de la vida a varios de ellos. Al asesinar a mis arqueros más valerosos y fieles, me colocó en una situación muy delicada frente a los señores de Cazorla. Si le perdono la vida y dejó su falta sin castigo, ellos jamás perdonarán mi decisión y lo tomarán como una afrenta. Los bereberes de Cazorla pertenecen a la elite de mi ejército, los necesito a mi lado para combatir a mis múltiples enemigos. Por lo tanto he decidido que el cautivo de los yundíes Alfonso Garrido, será juzgado y pagará por sus crímenes en la cruz.

Sira quedó petrificada viendo con que frialdad Abd al Rhaman había pronunciado una sentencia de muerte, contra uno de los hombres que anteriormente tanto halagó. La presión de los bereberes de Cazorla, era suficiente argumento como para que ni siquiera se plantease su amnistía.

Todo estaba perdido. Maldijo a aquel tirano que tenía enfrente. Osando a desafiarlo con la mirada punzante, se irguió de puntillas ante él y dijo:

—Así que concederás tierras y posesiones a los yundíes a cambio de la cabeza del capitán.

—Jamás haré cosa semejante. Esos perros son culpables de sedición, tanto o más que el capitán. Corre, reúnete con su correo y dile de mi parte que Abd al Rhaman, el gran califa de al-Ándalus, no negocia con traidores. Luego regresa a palacio y te buscaremos otro esposo.

—Eso nunca, mi corazón ya no pertenecerá jamás a ningún hombre que no sea el capitán —dijo Sira en tono desafiante.

—Por mí puedes largarte con ese perro andrajoso. Los yundíes ya se encargaran de matarle y luego abusarán de ti, violándote una y otra vez, hasta que acabes reuniéndote con ese bastardo en el infierno, pues en el paraíso no hay lugar para los necios. Lo que hagas no es asunto mío, pero no pienso tolerar una sola insolencia más. Antes recibirás el castigo que mereces por desobedecerme.

El califa ordenó a Abú Imran, atarla contra un madero y propinarle veinte latigazos. Cada vez que la tira de cuero rasgaba su piel, fustigándola con crudeza, Sira mordía con más fuerza sus nudillos ahogando los gemidos de dolor. No quería darle la satisfacción de verla llorar. Pronto brotó sangre de sus nudillos y el dolor se hizo insoportable, con el último latigazo Sira cayó al suelo desplomada, perdiendo el sentido sin haber derramado una sola lágrima.

Tenía coraje aquella perra, el califa se retiró ofuscado y permitió que las Lobas se la llevarsen al hospital. De momento no perdería el tiempo por doscientos yundíes escondidos en lo más profundo de las Alpujarras, en un terreno lóbrego, muy escarpado y peligroso. Esperaría a que ellos cumplieran su amenaza y le entregarán la cabeza de Alfonso en una caja. Entonces cuando su amigo Galindo regresase de sus negociaciones con el rey Ramiro en León, lo enviaría al mando de un destacamento con la misión de aplastar a esa manada de lobos y vengar la muerte del capitán. ¿Por qué iba convertir a Alfonso en su enemigo ejecutándolo públicamente? Cuando podía convertirlo

en un mártir en manos de los yundíes. Así evitaría contrariar a su amigo el monje y utilizaría su ira para aplastar a su enemigo. En cuanto a esa desvergonzada muchacha muladí, la dejaría partir de Córdoba en busca de su esposo. Ellos se encargarían de librarse de ella, arrojándola desde lo alto de algún peñasco de la sierra, después de disfrutarla. No era su problema, bastante tenía con gobernar el imperio más extenso de la península, como para preocuparse del destino de una jovencita estúpida.

Laura aplicó diferentes emplastes de hierbas sobre las llagas, tratando de aliviar las heridas de la sangrante espalda de la muladí. Al recuperar el conocimiento: Sira le preguntó si había comprado las hierbas que le mandó. Debería preparar con ellas un brebaje para salvar la vida de la joven enferma de sífilis. Laura no supo que responder para ocultar su negligencia. Así que inventó una mentira.

—Lo siento con tanto trasiego de cosas, perdí la nota.

—¡Estúpida! Por tu culpa esa joven morirá —gritó furiosa Sira.

—Deberías de calmarte y descansar. El Señor velará por su alma. Si él decide llevársela de este mundo, nada podremos hacer nosotras.

—¡Por dios Laura! ¡Eres una inútil! No sé qué diablos te pasa, tienes la cabeza solo en ese maldito viaje. Menos mal que mañana te irás de Córdoba. No sé qué demonios pudo hacerte el califa en las pozas, pero desde entonces solo tienes pájaros en la cabeza.

—¡A mí no me hizo nada! Mi cuerpo sigue puro, impoluto, como el de la Virgen María —dijo Laura ruborizada.

—Que Dios me perdone, pero yo creo que lo que necesitas es un buen meneo para quitarte toda esa pajarería de la cabeza.

—¡Basta ya! ¡No discutamos más! Los hombres solo traen problemas. Mira lo que has logrado por defender a un renegado. Ahora debes descansar y recuperarte lo antes posible, los enfermos te necesitarán sana y fuerte. Sobre todo ahora que yo me marcho.

—Lo siento por ellos, en cuanto me recupere, me iré de esta maldita ciudad para siempre —dijo Sira rota por el dolor.

**Las Alpujarras, 23 de junio del año 941**

En todo aquel tiempo, desde la salida de Córdoba, después de haber viajado por diferentes ciudades, se imaginó que la singularidad de aquel paisaje, divisado por sus glaucos ojos, poco o nada tenía que ver con lo visto anteriormente, o lo que le habían narrado los moros y poetas que solían visitar el alcázar; pues dudaba que ninguno de ellos se hubiese dejado caer por aquel dédalo de promontorios y abismos, camino del accidentado terreno que conducía a Lanjarón, donde se ubicaba la puerta occidental de las Alpujarras. Era un recorrido áspero, pedregoso y resbaladizo, aunque a partir de Órgiva se volvía más complicado y arriesgado, cualquier resbalón de las mulas y acabarían con sus huesos en el fondo de un barranco. Resultó una locura recién iniciado el tercer mes de embarazo, emprender aquel viaje con las llagas provocadas por el látigo del verdugo del califa todavía candentes en su espalda, parecían no acabar nunca de cerrarse del todo y cuando lo hacían la costra no tenía tiempo a formarse, desgarrándose de nuevo bajo el roce de la tela de la túnica.

Caminaba a pie, entre escabrosas sendas, acompañada de Bard Amir, dirigiéndose con premura hacia un cautiverio seguro. La fatiga parecía apoderarse de ella por momentos, ni el forro de piel de lobo traído de Córdoba, la protegía del frío polar del anochecer que se le metía en los huesos, como un fantasma gélido amenazándola con hacerla caer enferma en medio de aquellas tierras inhóspitas e insufribles. Al menos el rigor del invierno había quedado atrás, de otra forma el acceso a la sierra se le habría hecho intransitable. A pesar de las dificultades alcanzaron Lanjarón al atardecer. Agradecía la compañía de Amir, para una mujer sola resultaría imposible adentrarse en aquellas tierras, tan austeras y lejanas muy diferentes de la grandiosidad y suntuosidad cordobesa. Solo había que comprobar la austeridad de aquellas viviendas de adobe, donde vivían los lugareños, carentes de todo tipo de lujos, para percatarse del abismo que las separaba de las comodidades de la vida en palacio.

La vida en las casas giraba en torno a una chimenea central, que resultaba imprescindible para soportar las fuertes nevadas invernales. A pesar del frío, la presencia de la ganadería como principal medio de sustento, daba cierta candidez a la villa. Unas pozas termales les sirvieron para liberarse del polvo del camino, después de asearse convenientemente, Sira lavó las ropas de ambos en un pilón. Amir no pudo evitar lanzar, alguna mirada de soslayo, sobre las formas femeninas de la joven. En cuanto se cubría el pecho con una toalla, procedió a limpiar las heridas de su espalda. Sira, consciente de que las mismas manos que asesinaran a su amante Ibn Zyad, se deslizaban ahora por su dorso, tratando con mimo sus heridas que no tardarían ya mucho en cerrar del todo: sonrió tímidamente a su acompañante.

—No temas, si Zura decide al final ejecutar a Alfonso: yo te haré mi esposa —le susurró dulcemente Amir al oído.

Sira temblorosa no contestó a su comentario. Aquel era un mundo de buitres, donde las mujeres estaban en clara desventaja, eso lo sabía desde niña y debía aprender a jugar sus bazas. Ella le miró en silencio con aquellos ojos verdes tan puros y transparentes, trasmitiéndole una ternura que le caló hondo. Al rato Amir se arrepintió de su comentario. Si quería conquistar su corazón, no debía mencionar a su esposo. Durante todo el viaje ella había permanecido en silencio. Cada vez que se dirigía a él, había sido de forma breve pero respetuosa. Parca en palabras, pero intensa en las miradas, así actuaba aquella joven muladí. En las jornadas anteriores, cuando Amir alcanzó Elvira, decidió abastecerse de mulas para acometer aquellos senderos imposibles. Los caballos irían en la retaguardia —llevados por un par de esclavos negros comprados por veinte dinares en el mercado de Elvira—, resultaba demasiado peligroso montarlos en un terreno tan accidentado. En cuanto llegase al campamento yundí, a aquellos esclavos del lejano Sudán, les había prometido la libertad, siempre que ingresasen en sus tropas, y jurasen derramar hasta la última gota de sangre defendiendo su causa. Entre los cuatro habían iniciado el viaje desde Elvira. Pronto dejaron atrás los campos de trigo, cebada y centeno, internándose en bosques de frutales y alamedas cargadas de flores y hojas. El espectáculo esplendoroso de la vega, les permitía todavía distinguir, colinas separadas con sus casas e iglesias; torres cristinas y musulmanas se alzaban entre amplias arboledas, y a lo lejos las impetuosas murallas de Elvira rasgaban el horizonte.

A media mañana, desde lo alto de un cerro contemplaron: no solo la ciudad, sino toda la comarca. La campiña bajo un cielo esplendoroso, relucía deslumbrante, matizada por fulgurantes colores. A aquellas horas la niebla se deshacía en girones, entre los quiebros de las gasas se apercibían las acequias y, los ríos destacando como cintas de plata, recorrían pardos olivares que se plegaban remontando gráciles colinas. Azuladas columnas de humo, marcaban la situación de aldeas y caseríos. La tenue cortina de la niebla se evaporaba, dejando los cerros umbrosos del Albaicín a la vista. Una lágrima brotó del rostro de Amir, el gesto no pasó desapercibido para Sira. Allí estaba su hogar, donde había pasado la infancia, antes de formar parte del ejército califal. Contempló por última vez la ciudad dónde fue tan feliz y se encontraba su familia, y a la que se vio obligado a abandonar tras el descalabro de Simancas para, convertirse en un fugitivo y un asesino a sueldo a las órdenes de Zura.

—Yo no quería matarlo, tan solo obedecía órdenes —. En aquel punto del camino Amir se excusó por la muerte de Ibn Hazm, sin que Sira se lo hubiera pedido.

—Eso todo ya no importa —contestó fríamente Sira.

La ciudad, impresionante, se mostraba como una odalisca tumbada sobre almohadones blancos, dispuesta a ser poseída por todos aquellos que quedaban hechizados bajo el embrujo de sus torres y jardines. Durante su corta estancia en ella, Amir visitó a su esposa y sus dos hijos, lo hizo clandestinamente, tratando de no llamar la atención de las autoridades. Siendo consciente de que tal vez sería la última vez que los volviera a ver en mucho tiempo. La compañía de Sira le resultaba agradable, pero el recuerdo de su familia nublaba su mente. En aquellos instantes, el infortunio parecía perseguirlo y tener al califa de enemigo no le beneficiaba en nada. Llegaron a un lugar donde los huertos y los árboles frutales quedaron atrás, extinguiéndose para dar paso a una inconmensurable ladera de color amarillento, carente de vegetación que les flanqueaba el paso. A través de aquel desolado recorrido que separaba la vega del valle, según se alejaban de Elvira, la lontananza de las aldeas —solo se distinguían como diminutos puntos en el horizonte—, les produce una sensación de alivio. Salvo por su presencia, aquel paisaje parece rodeado de la más profunda desolación. Ni un

árbol en kilómetros a la redonda. La vertiente comenzó a descender al paso de las mulas, entre entrecortados barrancos, la vegetación regresó llenando de hermosura las lindes del camino.

Siguieron el curso del río, descendiendo por la sierra, endebles hebras de agua se arrastran por arroyos, y el cauce se va ampliando según se acercan a una presa. Las aguas liman y rebajan las cumbres de los cerros, descienden en picado horadando profundos barrancos, desgastan las laderas, derrumban diques y desgarran colinas, cambiando la estructura de los montes; forman cañadas y deltas, desprendiendo al terreno de su aridez. Engalanan el paisaje, vistiéndolo de fiesta, variando su depresión o su altitud al antojo de su incesante corriente. Vadean prados, trazando rumbos inverosímiles, desmembrando montañas; languidecen en estuarios y remansos para resurgir, formando nuevamente cascadas o fundiéndose con el mar.

El refrescante murmullo de los torrentes rompiendo el cerro, llegaba a sus oídos, mientras transitaban con las mulas entre barrancos de pizarra que se desquebrajaba por las pendientes de la ladera. La vega irrumpió de nuevo, sembrando entre colinas y collados el terreno de naranjos y limoneros, alcanzando una pequeña población de casas pobres de aspecto morisco, que trataban de disimular su deterioro bajo una flamante capa de cal. Entre las ramas de limoneros y naranjeros que trepaban hacia lo más alto de los tejados, permitiendo a emperejiladas mujeres alcanzar la fruta fácilmente desde balcones y ventanas, se colaba una tenue luz que reverberaba en la cal de las paredes. Béznar le pareció un lugar idóneo para descansar, cautivado por el esplendor de los huertos y bosques de las cercanías, Bard Amir les ordenó detenerse para pasar la noche en un cobertizo. La mañana siguiente la pasaron reponiendo fuerzas y departiendo con los vecinos. Al mediodía reanudaron el viaje, pronto cerca del ocaso, alzándose sobre ellos, titánico y altivo, Lanjarón se les mostró áspero y abrumador. Allí disfrutaron de sus aguas termales, visitaron la mezquita para rezar sus oraciones y se acurrucaron frente a la lumbre, sin saber que les depararía el futuro.

—¿Echas de menos a tu esposa? —interrogó Sira.

—Terriblemente, echo de menos la compañía de cualquier mujer en general. ¿Acaso no notas el fuego que corre por mis venas al mirarte?

Sira no respondió y retiró la mirada azorada. Amir no insistió, era la esposa de un condenado, era algo ilícito seguir con aquel absurdo intento de seducción. Mejor centrarse en contemplar los elevados picachos y elevaciones de la sierra, aunque desde allí no pudiese verlas: unas hondonadas interiores en la meseta, resguardadas de la ventisca, formaban misteriosas lagunas. Soñaba con poseer a Sira en la profundidad de sus aguas, respirando bajo ellas como anfibios o seres mitológicos, siempre dispuestos para la cópula.

Al amanecer emprenden el camino hacia Órgiva, el frío parece encoger a encinas, robles y castaños. Dejan atrás un huerto de cerezos y manzanos. Confundiéndose entre tejos, arces y alisos, las hojas del boj, con su verdor, engalanan magníficamente el lugar. Resurgen los morales, los fresnos y las higueras por doquier. ¡Qué hermosura! Sira parece pasearse por el paraíso. Amir, avezado en botánica, trata de explicar toda aquella maravilla a su acompañante. Los ojos no dan abasto: los almendros, los guindos, los perales, se aferran a la base del cerro. Dos meses atrás en pleno auge primaveral, comenzaban a mostrar sus cándidas flores, ora rosadas, ora bermejas, ocupando el lugar de la frugal fruta que las sucederá. En aquel escenario de árboles fantásticos, protegido por las cumbres nevadas, la sierra luce su mayor esplendor. Al fin la Alpujarra se muestra ante ellos, entre senderos pedregosos continuaron desplazándose. Las lomas aparecen y desaparecen intercalándose con cañadas en medio de una soledad interminable. Los pájaros piando eran los únicos moradores del lugar. Pronto cesaron sus cantos, igual que el murmullo de los arroyos, nada se escuchaba en kilómetros, solo silencio. El tránsito de las mulas era lento. Abandonaron los asnos y recorrieron el resto de terreno hasta Órgiva a caballo. Amir ya había cabalgado por aquel lugar en otras ocasiones, igual que Pegaso, pareció volar sobre la montura.

A partir de ese punto, volvieron a estrecharse los senderos y el paso a caballo resultó imposible. Las ramblas y barrancos amenazan con imbuirlos, y llega un momento que pierden el sentido del tiempo. Entran en un monte que sucede a un valle, donde se cruzan con un grupo de arrieros, luego alcanzan una posada, se meten dentro dispuestos a pasar la noche y se pierden entre un laberinto de albardas, jáquimas, costales, sillas, brocados, alforjas, capachos, cestas, capas, mantas, sogas y baúles.

El posadero les sirve unas copas de aguardiente, y ajusta la hebilla de su cinto. Afuera quedan los esclavos, guardando las caballerías en las cuadras. El frío se cuele por los resquicios de las tablas y les invita a retirarse pronto al lecho. Otro día duro, en aquel largo viaje hacia el infierno. Sira observa en silencio los hábiles dedos del tabernero, acostumbrados a atar, liar, enganchar, cocinar y gobernar aquella vieja hacienda, tamborilear sobre la madera del mostrador.

—¿Hacia dónde os dirigís? —pregunta el mesonero.

—Pienso compañero, que no es menester ninguno preguntar —corta tajantemente Amir.

—Hacia el infierno —contesta Sira.

—Es posible que lo encontréis, si continuáis caminando por estos lugares. Los rumores de que unos rebeldes yundíes, surcan a sus anchas por la Contraviesa, no paran de propagarse —comenta el mesonero.

—Ahórrese sus consejos y pónganos una cena caliente —corta de nuevo tajantemente Amir.

No pretendía ser descortés, pero se encontraba muy cansado y hambriento para ponerse a charlar con desconocidos. El mesonero que tuvo la delicadeza de percatarse de ello, se abstuvo de hacer más comentarios y les sirvió un potaje de habas en unas escudillas. Sira comía con avidez, sin levantar la mirada del recipiente. Mañana alcanzarán la Sierra de Contraviesa, espina dorsal de la Alpujarra, intuye que pronto se reunirán con Zura y sus hombres. Un muchacho moreno y enjuto se acerca a ellos y se ofrece a cantarles una canción. Amir asiente ante la sonrisa de Sira. Entonces el crio entonó para ellos una bella melodía con su cantarina voz:

*Me muero por tus ojos azules*

*Mientras besó tu cuello*

*Me mató por tus ojos negros.*

*Si no te quitas el velo*

*Para darme un besoooooooo*

—Espera muchacho... Para... —lo detiene Amir.

—¿Qué manda señor?

—¿De qué color tiene los ojos mi acompañante?

—No lo sé, son como las aguas de un pantano.

Mirando fijamente a Sira, el niño replica grácil:

*Dale tu amor o él se muere*

*Se le nota en el gesto su desvelo*

*Solo cuando lo miras:*

*Su alma se enciende*

*Con esos ojos verdeeeeeees.*

*Que hace tiempo le quitan el sueño.*

Bard Amir rompió a aplaudir, sonriente por la audacia del chaval, mientras le entregaba unas monedas y le ordenaba retirarse.

—Lástima que esos ojos ya tengan otro dueño —dijo Amir lamentándose.

—Además de un heredero —respondió Sira palpándose el vientre.

—Será por poco tiempo: no conoces a Zura, en cuanto se entere de que el califa no aceptó el trato que le propuso, le enviará la cabeza de Alfonso a Córdoba en una caja.

Sira rompió a llorar de pronto. Amir se arrepintió de su comentario, pero qué podía hacer para cambiar el destino del capitán y contentar a la muchacha.

—Lo convenceré de lo contrario, le propondré algo que no podrá rechazar —dijo Sira secándose las lágrimas.

—Piensas entregarte a Zura, solo para salvar la vida de tu esposo —replicó Amir adivinando sus intenciones.

—Si es necesario lo haré.

—No funcionará, Luisa su favorita no lo permitirá. Ella controla todos los pasos de nuestro caudillo. Mejor que ni lo intentes, te tomará y luego ejecutará a tu marido.

—Entonces le pediré que me ejecuten junto a él —dijo Sira, antes de retirarse altiva hacia sus aposentos.

Amir no contestó nada, se quedó en silencio observando las sombras que se cernían sobre el techo del comedor. Se encontraba terriblemente cansado, abandonó su asiento y se acercó a la barra. Pidió al tabernero le sirviese otra copa de aguardiente, antes de retirarse a descansar. Si Sira estaba dispuesta a morir: él nada podría hacer por convencerla de lo contrario. Era una pena, pues a lo largo del viaje le había cogido mucho cariño. Una vez más el destino se empeñaba en mostrarse cruel con él. Para una vez que encontraba a una mujer que le llegaba al corazón. Ella se empeñaba en rechazarlo una y otra vez.

En medio del silencio, sonaron unos pasos. Amir interrumpió su sueño para escuchar un seseante sonido proveniente de los labios de la muladí, desplegó las sábanas obedeciendo la orden de Sira, que ya se encontraba vestida con una túnica azul, esperándolo en la entrada de la habitación. Todavía no había amanecido y la muladí ya estaba levantada, dispuesta para emprender la marcha. Su siseo le indicaba que no hiciese ruido, la posada estaba llena de huéspedes y no pretendía despertar a nadie. Terminó de colocarse la loriga y salió de la habitación con rapidez. Sira no había pegado

ojo en toda la noche, imaginándose una y otra vez su encuentro con Zura; además las llagas de la espalda, le dificultaban cambiar de postura y apenas logró descansar.

Aquella mañana iniciaron la marcha remontando una ladera boscosa, según ascendían, dejaron atrás campos surcados por panales de abejas y se cruzaron con un grupo de caballos salvajes. Las mariposas relucían con sus colores entre el matorral y las aves remontaban el vuelo asustadas a su paso. Desde la cima, divisaron al fin los pendones exhibiendo los estandartes de los yundíes. Avanzaron cabalgando hacia ellos, dejando una estela de polvo a su espalda, según se alejaban de la zona arbolada. Los centinelas reconocieron el semblante de Amir, cuando se quitó el yelmo plateado. El campamento se encontraba en una zona de robles melojos, que con sus finas hojas, protegerían las tiendas con su sombra del inclemente sol. Amir y Sira fueron conducidos directamente al pabellón del comandante Zura. Este les recibió envuelto en un batín de seda verde, terminaba de bañarse en un barreño de agua caliente y mostraba un aspecto desaliñado, con el pelo largo, despeinado, y la barba sin retocar. Sorprendido ante la presencia de Sira, ordenó a ambos sentarse en un diván y se dispuso a escuchar sus explicaciones. Amir no tardó en ponerlo al corriente de todo. La negativa del califa de aceptar sus condiciones por la vida del capitán, hizo mudar su gesto hacia una clara mueca de disgusto.

Sira se lanzó de inmediato a sus pies, suplicándole por la vida de su esposo. La presencia de la muladí en el campamento no le agradó, sería un problema más al que hacer frente. Dando la espalda a sus suplicas, decidió retirarse a deliberar a sus aposentos. Aquello era un imprevisto con el que no contaba, y no favorecía para nada los intereses de su pueblo. ¿Qué hacer ahora con el capitán y su esposa? Ella le había pedido que le permitiera al menos verlo. ¿Qué diablos pretendía aquella mujer? Él nunca mostraría ningún tipo de clemencia con un condenado a muerte.

Al rato reapareció ya vestido, y con el pelo y la barba bien acicalados; sentándose frente a ellos, trató de imponer a su voz un tono marcial, autoritario, para que Amir no contraviniera sus órdenes:

—El capitán se encuentra prisionero en una cueva, situada en el cerro que está a nuestras espaldas. Mañana al alba será ejecutado. Encadena a esta

desdichada a uno de los árboles, después de acabar con su esposo, decidiremos qué hacer con ella.

—¿Puedo tomarla cómo esclava para mi disfrute personal? —le sugirió Amir.

—De momento préndela, después de ejecutar al capitán será toda tuya. Puedes sodomizarla hasta matarla si es tu deseo.

Sira rompió a llorar, Amir la arrastró a la fuerza al exterior de la tienda y siguiendo las órdenes de Zura, la encadenó contra un tronco y, luego se retiró dejándola allí sola como a un perro. La angustia se apoderó de repente de la muladí: un nudo enorme se le instaló en el estómago, casi impidiéndole continuar llorando. Debía mantener la calma, tratar de mirar las cosas por el lado positivo. Al menos de momento había logrado salvar la vida. De ejecutar a alguien, mejor que fuera al capitán, ella todavía era muy joven para morir y podría buscarse otro marido. Se avergonzó al momento de aquellos turbios pensamientos, producto de la situación de pánico que estaba pasando. Intentó centrarse nada más que en sus rezos: solo Allah podría salvar la vida de su esposo y sacarlos a ambos de aquel entuerto. Quizás fuese mejor morir, que terminar de esclava o esposa de alguno de aquellos salvajes. Juró quitarse la vida, antes que entregarse a Amir o, a cualquiera de los yundíes. Respiró hondo ignorante de que su pesadilla no había hecho más que empezar.

Al anoecer Amir consiguió convencer a Zura de que la soltara. Mientras el capitán continuara preso, ella no intentaría escapar. En el interior de la tienda, Sira desplegó su cabellera de trigo y clavó sus ojos de miel en Amir. Su cautivadora mirada, consiguió conmoverle una vez más. Amir le aconsejó que descansara, mañana iba ser un día duro, especialmente para ella. Sira recostándose en un jergón de heno, trató de dormir, sin conseguirlo. Las imágenes desgarradoras, de los sucesos acontecidos durante el día, se lo impedían. Los pensamientos se precipitaban en su mente. Estaba desolada. La angustia continuaría dominándola, hasta pasada la media noche, cuando por fin, le venció el sueño.

**PARTE**

**IV**

**La guarida de los lobos**

Un tétrico silencio irrumpió en la sierra. No se escuchaba nada, ni siquiera los quiebros de las águilas en el cielo, solo el murmullo de algún arroyo lejano. La oscuridad más profunda se cernía a su alrededor. Llevaba días, sujeto a aquella argolla, encerrado en las profundidades de una sima, como un animal encadenado en su guarida. Los grilletes le sujetaban los tobillos, al menos le habían dejado libre las manos. Zura le había prohibido las visitas, hasta el regreso de Amir con el veredicto del califa. Anteriormente a su encierro en la cueva se solazaba con las lecturas, la observación de la naturaleza y la compañía de Luisa. De poco le servían ahora los libros rodeado de aquella tenebrosa oscuridad. Pronto moriría allí, abandonado por todos, en medio de la nada. Llevaba días sin comer, ni escuchar voz humana alguna. Los yundíes debían haber sido atacados por alguna guarnición leal al califa, desde la cueva pudo escuchar los sonidos de la refriega: el silbido de las saetas, el quiebro de las lanzas, el entrechocar de las espadas; todos ellos reconocibles para un guerrero como él. Las tropas califales debieron salir vencedoras y los yundíes retirándose del campo de batalla, lo dejaron allí preso, abandonado a su suerte. Había intentado limar las cadenas contra las paredes de la cueva, pero estaban compuestas de una materia demasiado arcillosa, y la roca se descomponía en contacto con el pesado hierro. Con las manos probó a intentar abrir los grilletes y solo consiguió desgarrarse la piel de los dedos. La falta de alimento terminaría por provocarle alucinaciones, además de una debilidad patente que aumentaba cada hora que pasaba. Tenía la garganta desgarrada de tanto gritar con la esperanza de que alguien pudiese escucharle. Solo el sonido del viento parecía responder a su llamada. Sus enemigos le habían abandonado perseguidos por las tropas del califa. De todas maneras su destino estaba marcado: si no moría allí en aquella cueva, caería en manos de las tropas califales y lo crucificarían en Córdoba o, lo capturarían de nuevo los yundíes y Zura le arrancaría de un tajo la cabeza; crucifixión o decapitación, ese era el futuro que le esperaba. Casi mejor morir allí de hambre que ejecutado por sus enemigos. La cueva era muy profunda, y cada vez que gritaba, las paredes le devolvían el eco de su voz,

multiplicado por un ciento, su sonido se le introducía en los tímpanos, obligándolo a taparse los oídos, trataba de que la cabeza no le estallara. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Era aquello efecto de su demencia? O simplemente se encontraba ya en el infierno. Dios no le había perdonado sus crímenes de guerra, y lo estaba castigando por todas las muertes que había causado, en las batallas, en que participó durante su agitada vida de soldado, al servicio de unos o de otros monarcas. Había tajado a tanta gente, tanto con la espada como con el hacha. Ahora las almas atormentadas de los caídos, parecían haberse reunido para tramar aquella cruenta venganza. Dejándolo allí prisionero en el interior de aquella tumba, hasta que las fuerzas le fallasen, y el último hálito de vida escapara de su cuerpo

Se quedó dormido, cuando despertó, sintió un pelaje oscuro empapando su cuerpo de sudor. No se movió ni un milímetro. Parecía un animal, acarició su lomo y sintió su respiración. La bestia se revolvió mostrando unos ojos amarillos que brillaban en la oscuridad, y la afilada dentadura en señal de amenaza. Alfonso no se amilanó, se irguió por encima del animal, tratando de mostrar superioridad, el lobo cerró las fauces y el capitán le acarició la frente, masajeando su nuca. Luego se tumbó de nuevo para descansar, acurrucado frente a las patas del cuadrúpedo que lo observaba con la cola tensa, la mirada despierta y las orejas tiesas. Se acababa de cumplir su quinto día de ayuno y el capitán se mostraba demasiado débil como para enfrentarse a aquel animal. El lobo se relajó, tumbándose de nuevo contra el cuerpo del capitán. A la mañana siguiente, al despertar, el lobo no estaba, pero había dejado un trozo de carne de ciervo a los pies del capitán, que se apresuró a devorarla con avidez. Saciado su apetito parecía que las fuerzas regresaban de nuevo a su cuerpo. Aquella celestial criatura le había salvado la vida. Con el estómago lleno, se sintió más animado. Parecía que el cariño que no despertaba entre los de su especie, sin embargo se lo transmitía a las bestias. De repente creyó oír el sonido de unos pasos acercándose hacia la cueva.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Socorro! ¡Ayudadme! —gritó con fuerza.

El sonido de los pasos aumentó, según se acercaban hacia él. ¡Al fin alguien acudía a su llamada de auxilio! Sus esperanzas se diluyeron al reconocer los uniformes de los soldados del califa. Un hombre de aspecto brioso, con la cota de malla ajustada sobre una túnica blanca, de unos veinte

años y una barba bien recortada, se presentó ante él:

—Soy Afif Hazm: hermano menor de Ibn Hazm, asesinado por Bard Amir mientras copulaba con tu esposa Sira.

—¡Eso no puede ser! ¡Mi esposa jamás me haría algo así! —protestó Alfonso.

—No son las serpientes del paraíso de los cristianos, sino sus mujeres los animales más falsos y peligrosos. ¡Infiel! —dijo Afif.

—Nosotros somos musulmanes —respondió Alfonso.

—No me creo tu falsa conversión perro, pero no estoy aquí para juzgar eso, sino para hacerte pagar por haber ayudado a los yundíes en la sierra de Cazorla.

—Lo hice para defenderme, nos estaban acribillando a flechazos —protestó de nuevo Alfonso.

—Los traidores no merecen perdón —respondió Afif.

—Eso lo tendrá que decidir un tribunal. ¡Yo no me considero un traidor! —replicó Alfonso.

—El califa ya ha decretado tu pena de muerte. Te ejecutaremos mañana al amanecer, pero antes quiero que veas como muere alguno de tus amigos yundíes. ¡Sacadlo fuera! —ordenó Afif Hazm a sus hombres.

Salió de la sima arrastrando los grilletes, antes trepó por unos riscos hasta alcanzar la entrada de la cueva. En el exterior la luz del sol le cegó, llevaba tanto tiempo metido en aquel agujero que, a sus pupilas les costaba adaptarse a la claridad de la mañana. Lo llevaron hacia el llano. Allí Afif Hazm lo puso al tanto de todo lo acontecido, antes de localizarlo en la cueva.

Tan solo una jornada después de partir su esposa y el traidor Bard Amir de Córdoba, Afif Hazm, acompañado de un sequito de leales soldados había llegado desde Mérida a la capital omeya, roto por la ira, pidió audiencia ante el califa. Una vez recibido en la corte por el monarca, se postró ante él,

rogándole, le proveyera de un destacamento para vengar la muerte de su hermano y aplastar la rebelión de los yundíes. Abd al Rhaman aceptó, le asignaría un destacamento de ochocientos guerreros, solo le pidió una condición: si los yundíes no lo habían hecho aún, debería lograr que uno de los renegados, ejecutara al capitán Alfonso y a su esposa. Quería hacer creer a todo el mundo que los habían asesinado los yundíes, el califa no quería contrariar al cristiano Galindo y al judío Hasday, ambos muy amigos de los prisioneros. Si todo el mundo creía que los habían matado los yundíes, ellos no tendrían nada que reprocharle.

Entonces Alfonso comprendió: Sira y Amir habían conseguido contactar con los yundíes tan solo unas horas antes de que fueran masacrados por Afif Hazm y sus huestes. Los sonidos de la batalla que escuchó desde la cueva, pertenecían a la lucha entre las tropas califales y los yundíes. Debieron sorprenderlos mientras dormían, algunos no tuvieron tiempo de presentar resistencia y los acuchillaron mientras se desperezaban, otros tuvieron más suerte, los menos, y habían logrado huir por la sierra. La mayoría a pesar de que trataron de luchar, no les dio tiempo de armarse bien y fueron aniquilados, y su caudillo capturado. La batalla resultó muy desigual, las fuerzas califales les cuadruplicaban en número, a su favor además jugaba el factor sorpresa, fue una auténtica masacre. Tan solo Amir y Zura fueron hechos prisioneros, los demás yundíes fueron asesinados sin piedad. Los pocos que lograron huir sobre una media docena, los persiguieron hasta que les dieron caza como a animales. Sus cabezas colgaban sobre estacas y adornaban el cadalso, donde Afif ejecutaría al resto de sus enemigos. Alfonso contempló con terror aquellas cabezas sin vida que, como pronto ocurriría con la suya, pendían de los maderos.

—¿Y quién será mi verdugo? —preguntó Alfonso.

—El mismo que ejecutó a mi hermano y ha estado beneficiándose todo este tiempo a tu mujer —dijo Afif Hazm, escupiendo sobre el suelo.

—Antes que lo haga esa maldita sanguijuela: te sugiero que me concedas el privilegio de que sea Zura, un valiente guerrero como yo, quién me de muerte.

Afif se quedó pensativo un rato ante la propuesta de Alfonso y concluyó.

—¡Está bien! Después de matarte, llevaré al último de los yundíes a Córdoba, para que al-Nasir pueda crucificarlo públicamente, como hizo con su primo al-Tawil. Será un aviso para todos aquellos que se les pase por la cabeza, el alzarse en armas contra el califato —dijo Afif en clara alusión a Zura.

—¿Y cómo descubristeis que me encontraba en la cueva? —preguntó Alfonso.

—Eso resultó sencillo, lo torturamos hasta que confesó, luego le arrancamos la lengua —dijo Afif Hazm sujetando por el brazo a un Bard Amir, con aspecto ojeroso y demacrado—. La misma lengua que vibraba jugosa entre las piernas de tu esposa hace tan solo unas horas.

—¡Eso es mentira!

Una voz femenina irrumpió a su espalda. El capitán se revolvió de pronto aquel timbre le resultaba familiar.

—¡Sira! —gritó su nombre Alfonso.

—¡No le creas! ¡No cuenta más qué patrañas! ¡Yo te amo con toda mi alma!

Entre varios guardianes sujetaron al capitán, que trataba de acercarse a su esposa.

—¡Está bien! ¡Soltadlo! Total mañana al alba los ejecutaremos a ambos —ordenó Afif Hazm.

Sira y Alfonso corrieron a abrazarse, sus labios se buscaron y las lágrimas empaparon sus rostros con la emoción de volver a verse; aunque fuese en aquellas circunstancias tan adversas.

Su abrazo resultó tan intenso que, cuando Alfonso volvió a levantar la mirada: la cabeza de Bard Amir ya no se encontraba sujeta al cuerpo. Esta rodaba por el polvoriento suelo, dejando tras de sí una estela de sangre. Afif Hazm sostenía el hacha ensangrentada en la mano, mientras Sira temblaba en

los brazos de Alfonso. Llevaba la espalda vendada, las heridas producidas por el látigo del verdugo de Abd al Rhaman, todavía continuaban sangrantes. Parecía que la desgracia se cernía sobre ellos, igual que la de Bard Amir, en unas horas sus cabezas también rodarían por el suelo. Al fin, Afif había vengado la muerte de su hermano Ibn Hazm, dejó el hacha en el suelo y lanzó un grito de rabia.

—Metedlos a los dos en la cueva —dijo Afif en referencia a Alfonso y Sira.

La sima se encontraba en la parte más elevada del cerro, el patíbulo en un trecho llano situado antes de un pequeño terraplén que descendía hasta el valle, donde se extendía el campamento. Afif estaba feliz, su misión había sido un éxito. Ordenó a los músicos hacer sonar las cítaras, las liras y los panderos. El vino y la cerveza comenzaron a manar de los barriles. Había mucho que celebrar, las esclavas danzaban delante de ellos. Zura atado a un poste, contemplaba la escena petrificado. Luisa bailaba entre ellas, vestida con un cendal transparente, dejando prácticamente ver todas las sinuosas curvas de su cuerpo. Afif le ordenó abstenerse de llevar ropa interior. Aquello pronto terminaría en una orgía sin control. Lo que ignoraba Zura, la mejor parte del espectáculo, era que la esclava aragonesa terminaría entre los brazos de Afif, entregándose por completo a su nuevo dueño. Los celos lo corroían por dentro, Zura prefería verla muerta antes que en manos de su enemigo. Últimamente Luisa estaba enojada con Zura por no liberar al capitán Alfonso, ni permitirle compartir más lecturas con él a solas. Alfonso era muy culto, amaba la poesía y la literatura árabe, y eso a Luisa le encantaba. La voz grave, clara y sosegada de Alfonso, leyendo fragmentos de prosa rimada de los mejores autores de al-Ándalus, la fascinaba. Por las noches Luisa soñaba con la voz del capitán, mientras Zura cada vez deseaba más su muerte. Mañana cumpliría su deseo, paradójicamente sería el encargado de ejecutarlo.

¡Había sido un estúpido! De no ser por Alfonso, su cabeza en vez de la de Bard Amir, sería la que pendería ahora de la estaca más larga del campamento. Afif que pensaba sesgar su cuello esa mañana, gracias a la petición del capitán de que él fuera su verdugo y no Amir, cambió de opinión y decidió postergar su ejecución hasta su llegada a Córdoba. Daba igual quizás fuera mejor estar muerto, así no tendría que sufrir la humillación de

ver a sus mejores esclavas, montadas por aquellos malditos mercenarios. De momento todos bebían con ansia, celebrando la victoria sobre los yundíes. Los músicos tocaban ahora una exótica danza, los soldados alzaban sus cuencos para brindar sin perder de vista a las bailarinas, batiendo palmas y lanzando improperios, la lujuria se iba apoderando poco a poco de sus almas. Los ecos del bullicio, llegaban amortiguados a las profundidades de la sima, donde habían sido arrojados Alfonso y Sira. Todos bebían menos los cuatro guardianes encargados de custodiar la cueva. De todos modos encadenados con grilletes en los pies, los prisioneros no tenían ninguna posibilidad de huir de aquella trampa mortal, al menos les dejaron libres las manos para poder acariciarse. Además, Afif había tenido la cortesía de proveerles de la suficiente comida, para que no pasasen hambre. Sira no comprendía el porqué de tantas atenciones, si mañana pensaba ejecutarlos a ambos.

Ella comenzó a desenvolver las vendas que le cubrían la espalda, Alfonso se sorprendió al ver lo que se ocultaba tras ellas. Una hermosa hacha plana, con mango de acero para ocupar menos espacio, que Sira escondió hábilmente bajo el vendaje sanguinolento. Bard Amir se la regaló antes de contactar con los yundíes, por si las cosas se ponían difíciles. Era un buen hombre, le ayudó a pesar de que era consciente de que Sira amaba a Alfonso. Sabiamente, antepuso la felicidad de ella por encima de sus pretensiones personales. Al principio supo mantener la boca cerrada, luego tras ser cruelmente torturado por Afif, cuando el dolor se le hizo insoportable, terminó por ceder, y revelar la situación donde se hallaba encadenado el capitán. Envolvieron el hacha en un hatillo, esperarían a la noche, que todos estuvieran ebrios, para romper los grilletes e intentar huir.

Dos paliós sujetaban la entrada del pabellón que se erigía sobre las demás tiendas, como la joroba de un dromedario sobre un paisaje llano. Luisa se deslizó dentro, en su interior, tapices y baúles se alternaban, junto con alguna que otra figura, tallada en ébano. Se sentó en un diván para que su nuevo amo la contemplara. Afif, sujetándole la barbilla como si fuera un caballo, observó su dentadura. Satisfecho con lo que veía, deshizo el nudo del cendal, y se perdió entre los puntos y las líneas oscuras que, recorriendo los estilizados párpados de la aragonesa, bordeaban sus mejillas, atravesando su garganta para dibujar arabescos imposibles en torno a sus pechos, descendiendo por el

vientre, rodeaban el ombligo hasta diluirse la alheña, fundiéndose con el rasurado pubis.

—Se rumorea, que eres muy culta y te gustan los poemas de amor —dijo Afif Hazm

—No solo me gustan, además adoro me lean poesía —contestó Luisa.

—Cuando volvamos a Mérida, leeré para ti la poesía más refinada que puedas imaginarte —dijo Afif—. Pero antes, déjame amarte.

Luisa complació a su nuevo amo poniendo en funcionamiento todos sus trucos. Una vez lo dejó saciado, se vistió con una túnica marrón, ajustándose un tahalí para sujetar la vaina a la cintura donde, había introducido una espada que encontró en uno de los baúles junto con el resto de las prendas y, cubriéndose el rostro con un velo abandonó el pabellón, dejando a su amante hundido en un profundo sueño. Logró salir del campamento, aprovechando la confusión y la algarabía general, trepó por el terraplén que separaba la llanura del cerro. Con aquellos ropajes pertenecientes a un guerrero de ascendencia mora, atravesó todas las líneas de vigilancia sin que nadie le hiciera preguntas. Al llegar a la boca de la sima, les dijo a los guardianes que venía a ver a los prisioneros. Forzando la voz para que sonara varonil y con el rostro oculto, entró en la cueva sin oposición. Deslizándose dentro de la madriguera, con un hachón encendido para iluminar el camino, se acercó a Sira y al capitán. Alfonso que aprovechando el bullicio de la fiesta, ya había roto con el hacha las cadenas y abierto los grilletes, creyó que se trataba de un guardia real y esgrimió el hacha dispuesto a atacarlo. Inmediatamente Luisa dejó caer el velo y descubrió a tiempo el rostro. Alfonso al reconocerla, bajó el hacha y respiró aliviado. Luisa desenvolvió un hatillo donde guardaba una daga y se la entregó a Sira.

El momento álgido de la celebración había pasado y muchos estaban durmiendo la borrachera. Deberían ser cautos y actuar con rapidez. Luisa salió la primera, al descubrir su hermoso rostro desvelado, los guardianes quedaron atónitos por su hermosura. Aprovechando su distracción, Alfonso golpeó con la hoja del hacha, en plano, el yelmo de uno de ellos que cayó al suelo sin sentido, mientras Sira hundía su daga en el costado de otro. Los otros dos se volvieron hacia el capitán que, de un movimiento lateral clavó el

hacha en el abdomen del más fornido; en cuanto Luisa, desvainaba su espada y rebanaba el cuello de su compañero. Había que andar raudos y veloces, Sira y Alfonso desnudaron a dos de los guardianes caídos y se pusieron sus ropas. Disfrazados de soldados les resultaría más fácil acometer la huida, descendieron por una senda hasta el llano. La mayoría de los hombres estaban ebrios, y no les costó demasiado llegar hasta las cabellerizas. Se acercaron a dos centinelas que los saludaron sin apenas inmutarse por su presencia.

—¿Qué hacéis aquí amigos? ¿Acaso no hay suficientes esclavas para todos? —dijo el más alto.

—Venimos a daros un poco de calor —dijo Luisa, desplegando su amplia melena oscura, ante la estupefacción de ambos.

—¡Parece que Afif no se ha olvidado de nosotros! —dijo el otro centinela.

Luisa se acercó, dejando al descubierto sus esbeltos hombros y abriendo sus ojos enmarcados de kohl, desvainó su espada y lo atravesó de un tajo, respondiéndole:

—Cómo iba a olvidarse.

Apoyando su pie en el torso del guerrero, flexionó la rodilla, antes de empujar con fuerza para liberar el cuerpo de la espada, el centinela cayó muerto al suelo.

—¡No me matéis! ¡Os ensillaré los caballos más veloces! —suplicó el centinela alto.

—¡Rápido! —ordenó Alfonso, acercándose a él y, soltándole el Tahalí, su arma cayó al suelo.

El hombre les preparó tres alazanes reales, los más veloces de la hueste, sobre los que cabalgaban Afif Hazzam y sus generales. Luego, Alfonso lo golpeó con el hacha en plano, suficientemente para dejarlo inconsciente. Así Afif no tomaría represalias contra él, creería que le habían sorprendido por la espalda en vez de haberse rendido y colaborado con ellos. Los caballos

herrados partieron veloces, dejando una estela de polvo sobre el terreno. Según se alejaban del campamento, la esperanza renació en sus corazones, y los tres comenzaron a sentirse aliviados, después de haber estado tan cerca de la muerte.

Córdoba, 31 de octubre del año 941

Los embajadores reales, entraron en los jardines del alcázar y fueron llevados en volandas por los eunucos entre las camelias y enredaderas; los fragantes olores les llegaron en una exuberante vaharada que impregnaba de delicia el lugar. El humo perfumado de los sahumerios, inhalado por las gargantas, mezclado con el vaho de las fuentes, les fue conduciendo hacia los setos, donde tomaron asiento en suntuosos divanes repletos de cojines. Se acomodaron disfrutando de la comida y la bebida junto al príncipe al-Hakam y Abd al Rhaman que, habían preparado aquella fiesta de bienvenida con denuedo. El suelo estaba cubierto de tapices, el califa estaba rodeado de todos sus altos mandatarios y parientes de confianza. Durante los postres, una suave lluvia de pétalos de rosa, cayó sobre los embajadores, desencadenando un murmullo de admiración en los presentes.

En esos instantes se abrió la puerta de la galería, y entraron Azzam y sus músicos en escena, situándose a la izquierda del califa y su hijo. Sayida hizo sonar el pandero, mientras Azzam tocaba virtuosamente el rabel; aquella épica melodía se extendió por toda la sala. El tratado de paz logrado por aquella embajada, incluía a todas las comunidades fronterizas desde León a Pamplona. Los obispos, ayudados por la mediación de Galindo y Hasday, habían participado en las intensas reuniones, entabladas en la sala principal del palacio del rey Ramiro; y lograron tras largas negociaciones que el monarca leonés aceptara las cláusulas impuestas por al-Nasir, hasta alcanzar el acuerdo de paz definitivo. Todo había concluido excelentemente, el rey Ramiro incluyó en el tratado a Sancho, el señor de Pamplona, al belicoso Fernán González, conde de Castilla, a los Banu Gómez y Banu Asur, junto con otros importantes condes de León. La paz suscrita traería un período de tranquilidad y prosperidad para las dos comunidades en la península.

El momento más emocionante de aquel encuentro fue, cuando el cautivo recién liberado Muhammad b Hashim, señor de Zaragoza, se acercó al califa para abrazarlo. Junto a él vino un embajador zamorano, portando como

regalo para Abd al Rhaman, los ejemplares del Corán, arrebatados por el capitán y sus hombres a los musulmanes durante la jornada del barranco. El califa explotó de alegría. ¡Por fin había recuperado su tesoro más preciado! Todos brindaron al son de la música de Azzam y Sayida. La fiesta duró hasta la madrugada. Aunque Hasday y Galindo se retiraron mucho antes, agotados tras tan larga empresa.

Desde su llegada a León, Laura había resultado un incordio para Hasday. Cualquier distracción podría echar al traste el tratado. Intentó mantenerla alejada de la corte, pero sus esfuerzos resultaron vanos. Ella se empeñó en compartir los rezos diarios con Galindo y el rey Ramiro, logrando finalmente atraer la atención del monarca leonés que, cautivado por su belleza, una tarde después de orar, trató impudicamente de arrastrarla a su alcoba. Laura respondió a sus insinuaciones abofeteando al monarca, después de su experiencia con el califa: no estaba dispuesta a tropezar dos veces en la misma piedra. Aquella acción, casi echa por tierra semanas de negociaciones. Hasday apaciguó al monarca, convenciéndole de que se trataba de una mujer con mucho carácter y que era mejor olvidarse de ella, pues había venido por voluntad propia desde Córdoba, y nada tenía que ver con su embajada. La negligencia de Laura puso en peligro un tratado que, llevaba gestionándose casi dos años.

Después del incidente Laura no volvió a entrar en palacio. El judío cansado de tontear con ella, dejó de hacerle regalos e invitarla a cenar pues, le ocurrió con ella lo mismo que le sucedió anteriormente a Alfonso: en el momento que su libido parecía despertar, incomprensiblemente, Laura mudaba de carácter y arrojándose al suelo comenzaba a llorar: rogándole a Dios mantuviese su virtud libre de toda mancha. Hasday opinaba que la religión a aquella pobre mujer le traía más problemas que beneficios. A partir de entonces, Laura comenzó a pasar cada vez más horas con los obispos. Logró entablar una gran amistad con al-Mundir: ofreciéndose voluntaria para abrir un pequeño convento en las afueras de su ciudad. Su ayuda le vendría bien al obispo, ambos partirían hacia Sevilla dos días después de la recepción del califa. Aunque la echaría de menos en el hospital, Hasday se alegraba de su partida. ¡Aquella mujer estaba completamente loca! Elegir a Dios antes que a él, la divinidad antes que la ciencia. Por otro lado debía aprender a respetar su decisión, Laura tenía derecho a ser feliz. Volvería locas a todas las monjas

del convento. No debería de preocuparse, la conocía, tarde o temprano, abandonaría el convento y regresaría de nuevo a Córdoba. Rezó para que el Señor los pillara a todos confesados cuando eso sucediera.

El obispo al-Mundir se encontraba reunido con Laura en un barrio mozárabe situado a las afueras de la ciudad. Regresaba de dar una misa por el alma de Daniel Gutiérrez, que había dado su vida por salvar la de Galindo y Hasday: auténticos artificios de que un tratado de paz tan beneficioso para todos tuviese lugar. A la eucaristía acudieron por supuesto los susodichos embajadores, su viuda Raquel y sus amigas Shifa, Sayida, y por supuesto la propia Laura. Como siempre la más interesada en no perderse ningún acto público presidido por su eminencia.

Laura ayudó al obispo sujetando la mitra y el báculo. Luego continuó desvistiéndolo, quitándole la sobrepelliz y el píleo, hasta quedarse con la sotana negra y una cruz grande de plata, descansando sobre su pecho. Ella vestía a lo moruno, con una almalafa de color cetrino que le llegaba a los pies. Agradeciéndole su gran labor, durante todo aquel tiempo en que se había unido a ellos, desde el comienzo de la embajada. Monseñor la sujetó por los brazos y, le clavó su mirada con fuerza.

—Nuestra misión es extender la palabra de Dios por todo el mundo, sin llegar al uso de las armas. Te necesito en Sevilla, me alegra hayas aceptado formar parte de esta campaña. Dirigirás una santa casa abierta a todas las mujeres desamparadas, y nos ayudarás a dar a conocer la palabra del Señor a cientos de jóvenes desorientadas.

—Gracias por esta oportunidad excelencia. Me gusta la idea de que no se trate del típico convento de monjas de clausura, sino de una escuela para huérfanas, o niñas abandonadas que sus padres no son capaces de mantener. Mi fe en Cristo, me guiará para afrontar tan ardua misión —dijo Laura.

—Lo que buscamos no es una madre o un padre para ellas, simplemente una educadora. Deben aprender desde niñas a servir al Señor y a divulgar su palabra —dijo al-Mundir.

—No lo dude, dirigiré el convento con determinación y devoción: no

encontrará reverendísimo, mejor directora en toda Sevilla.

—No lo dudo hija mía...

Un golpe en la puerta de la sacristía interrumpió su conversación. Se trataba de dos guardias reales enviados por el califa que, exigía la presencia de Laura en el alcázar. Consciente de que no le serviría de nada resistirse, Laura acompañó a los guardianes ante la presencia de al-Nasir. Una vez en palacio entró en una habitación pintada de verde malaquita oscuro. El califa la esperaba sentado en una cama con dosel. En las cuatro esquinas del baldaquín, se encontraban varios jarrones con calas, orquídeas, hortensias y claveles. Abd al Rhaman le ordenó sentarse a su lado. Laura estaba temblando, sin embargo en contra de lo que sospechaba, al-Nasir se mantuvo a cierta distancia de ella: no le tocó un pelo. Por si acaso Laura le advirtió:

—Ahora soy una mujer de Dios, he jurado los sagrados votos: humildad, castidad, pureza y obediencia. Me voy con el obispo al-Mundir a Sevilla para abrir un convento en honor al Todopoderoso.

—Y seguro que harás una gran labor —dijo el califa—. Pero no nos engañemos. No lo haces todo solo por agradar al Señor. Hay algo más oscuro escondido dentro de ti.

—¡No quiero saber nada de hombres! —replicó Laura.

—Ya lo sé, pero no me refería a eso precisamente. Conozco tu punto débil, te tentaré con algo a lo que no podrás resistirte.

—¡Eso ya lo veremos! —exclamó Laura.

El califa se retiró divertido de la habitación, dejando un rato a solas a Laura sentada bajo el dosel. Más tarde, entraron los eunucos trayendo una bandeja con una jarra con dos vasos y un plato con golosinas que, depositaron en una mesita antes de abandonar el lugar. Detrás de unos biombos situados en el fondo de la habitación: surgió el sonido del arpa y se extendió por toda la estancia. Siguiendo las instrucciones de Abd al Rhaman, Sayida permaneció oculta tocando el instrumento. Aquella melodía era tan dulce y armoniosa que consiguió relajar a Laura, se sirvió un vaso con jarabe

de granadas, esperando acontecimientos. Entonces se abrió la tapa de un baúl, de la que surgió una joven esclava de origen navarro, tremendamente atractiva, de cabellos oscuros y piel suave y sedosa; vestía una bata de color azafrán con bordados dorados en las mangas y los bajos.

Dejando caer la bata, avanzó hacia Laura, descubriendo la asombrosa redondez de sus glúteos. Entre ellos, unido con un elástico a la cintura, colgaba un estrecho hilo; insertado en la zona perineal que, se ensanchaba cubriendo parcialmente el pubis y dejaba al descubierto las voluminosas nalgas. Impactada por la belleza de la chica, Laura se puso en pie. En un primer instante trató de resistirse, pensando que acababa de jurar los votos y, no podía dejarse arrastrar por la tentación de nuevo pero, una intensa abulia se apoderó de ella y fue incapaz de moverse. Era terriblemente joven y hermosa. Nunca había visto un trasero tan bonito, la chica llevaba una especie de medias oscuras que le cubrían por debajo de la rodilla. Se quedó allí petrificada, sin ser capaz de reaccionar. Aquello era superior a sus fuerzas. Sintió deseos de besarla, de pronto sus lenguas se cruzaron con pasión, danzando dentro de las bocas, apretó con fuerza los glúteos de la joven, su temperatura corporal subió, y de repente comenzó a sobrarle la ropa. De pronto el arpa cesó de sonar: esa era la señal convenida, el califa hizo su aparición de nuevo en la habitación y mandó marcharse a la joven.

—Lo ves, ahora ya sabes cuál es la verdadera razón por la que quieres dirigir una escuela de jovencitas —dijo Abd al Rhaman.

Laura se sentó de nuevo sobre la cama, rompiendo a llorar. Luego, alzando el rostro surcado de lágrimas, dijo:

—No lo sé, pero de todas maneras me largaré a Sevilla para abrir ese convento. Solo el Señor podrá perdonar mis faltas. Ahora con su permiso, me retiro para preparar el equipaje.

Antes de despedirse del califa con una reverencia, se sentó en sus rodillas y besó con dulzura sus mejillas. El califa se quedó sorprendido, ante aquel inesperado gesto de ternura por parte de la cristiana, y observó estupefacto como se levantaba y abandonaba turbada la habitación. Esa mujer estaba completamente loca, ninguna de sus esclavas se atrevió nunca a besarlo sin su permiso. Sin duda, no mostraba ningún respeto ante su mayestática presencia,

mejor que se largará cuanto antes a Sevilla, o los volvería tarados a todos. De su cabeza no lograba apartar la imagen de una Laura, excitadísima, al encontrarse con la esclava navarra; sin duda le había dado una lección. Su reacción apretando los glúteos de la navarra, y metiéndole la lengua hasta la garganta, había resultado una de las escenas más divertidas y desternillantes que contempló en mucho tiempo.

Sayida salió detrás de los biombos, llevándose el arpa con ella y, se encontró a Abd al Rhaman partiéndose de risa junto con los eunucos. El califa pagó veinte dinares de plata a la omeya por su actuación, se lo merecía, el sonido del arpa había contribuido a crear el ambiente adecuado para que Laura cayese en la trampa. Todos tenemos un punto débil y Abd al Rhaman, desde su posición en el gobierno estaba acostumbrado a descubrirlo. Su astucia había contribuido a lograr reunir bajo su dominio un vasto imperio: el califato más poderoso y temido de toda la historia de al-Ándalus.

Los lazos de amistad entre al-Hakam y Galindo se estrecharon de tal manera, que el príncipe se convirtió en poco tiempo en una especie de manager personal del escritor. Al-Hakam se encargó personalmente de dirigir la distribución de sus libros por toda la península. La biblioteca del príncipe contenía numerosos volúmenes de todas las ciencias del universo. Sus libros tenían la intención de contarlo todo, a través de las páginas, la ciencia y la poesía se alineaban hacia el conocimiento. Galindo gustaba de perderse entre aquellos anaqueles cargados de obras literarias. La pasión por la lectura, lleva al monje a recorrer las hileras de libros, buscando las rimas de los poetas más ilustres. Los encuadernadores y copistas trabajaban sin descanso en la obra de Galindo. Los cálamos se deslizaban sobre hojas pulidas con huevos de cristal, creando una hermosa caligrafía, dejaban su huella en el tiempo, sin rastro de lo divino, las historias de Galindo desafiaban la moralidad de la época. El murmullo tenue de las páginas al ser pasadas, se confunde con el sonido de la llovizna; el olor del papel y la tinta fresca, embriagaba el alma del escritor.

Acostumbrado a la buena vitela del norte y el suave aroma del papiro; sobre el que solía escribir en el monasterio de San Pedro de Rocas: el papel le parecía a Galindo mucho más manejable y fácil de encuadernar, incluso que los royos de pergamino. Eso sí, el pegado y el cosido de los libros debía realizarse con rigor.

La administración de la biblioteca recaía sobre Shifa, la esposa de Galindo, que tenía como secretaria a la viuda Raquel: célebre por su belleza y erudición. Los libros no cogían en las habitaciones y se apilaban en los rincones hasta el techo. Los rollos de papiro traídos de Alejandría, eran copiados en papel para que ocupasen menos espacio, su cosido corría a cargo de varios ilustres artesanos.

La luz del amanecer irradiaba tonos turquesa y violeta, iluminando las colinas de una cubierta sierra cordobesa de pedruscos grises, maleza, jaras y encinas. El otoño se estaba terminando y el invierno se aproximaba lentamente. El príncipe rodeado de lujo y comodidades, vivía encerrado en la biblioteca, dedicado al estudio constante de las ciencias y las letras. Esa mañana llamó a Galindo a su despacho.

—Honorable amigo llevó tiempo encerrado entre estas paredes, tratando de desentrañar los misterios del mundo, pero hay algo que me corroe desde hace tiempo por dentro —le dijo al-Hakam en cuanto entró.

—¿Y qué es? —interrogó Galindo

—Sé mucho de las maravillas del mundo, pero muy poco de sus miserias. Quiero conocer la Córdoba lúgubre y oscura, que se esconde dentro y fuera de nuestras murallas —dijo al-Hakam.

—Mi amado príncipe, eso solo hay una manera de solucionarlo.

Galindo viste al príncipe con una ajada túnica con capucha que le cubría el rostro para que nadie lo reconociese y, ambos salieron de palacio disfrazados de mendigos por una puerta trasera que daba a un callejón. El mercado estaba llenó de jóvenes portando mercancías sobre la cabeza, compradores que se desgañitaban regateando con los comerciantes, artesanos trabajando el barro y la cerámica, mendigos llamando la atención de los viandantes, niños pedigüeños corriendo entre la gente tratando de robar unas monedas aprovechando la confusión general, ciegos que leían el porvenir, mutilados que habían perdido sus extremidades en la guerra y acudían al amparo de las murallas en busca de una limosna, heridos con vendajes infectos tapando llagas y pústulas supurantes, enfermos llamando la atención de sus males a grito pelado en busca de compasión.

Creía el príncipe que había visto ya bastantes desgracias, cuando Galindo lo arrastró hacia los arrabales de la ciudad, donde se amontonaban campamentos de jaimas, allí se habían instalado los más pobres y desgraciados. Hombres que lo habían perdido todo en la guerra o en el juego, expulsados junto con sus familias de sus ciudades de origen, llegaban a Córdoba en busca de una oportunidad, tratando de sobrevivir, hurgaban entre los montículos de basura de los vertederos de la ciudad, en procura de restos de alimentos. Algunos contagiados de lepra, los engullían las chinches y los piojos. Otros morían de tuberculosis y eran comidos por los gusanos, mientras niños descalzos desnudaban sus dedos y muñecas de abalorios de cuero barato y mimbre.

—¿Para qué queréis esos adornos? —les preguntó al-Hakam.

—Para comérmolos, si no encontramos otra cosa —contestó uno de ellos.

El príncipe arrojó unas monedas, y de pronto una marabunta de desgraciados los rodeó poniendo en peligro su seguridad. Al-Hakam lanzó al aire todo el dinero que llevaba encima y, aprovechó el alboroto formado por los mendigos, tratando de recoger las monedas, para escapar de allí. Corrió sin mirar atrás en ningún momento, alcanzando la puerta de entrada a la ciudad. Inconsciente de que nadie, salvo Galindo, lo seguía, atropelló a un ciego, cayendo sobre él accidentalmente.

—No me pises cómo si fuese un perro —dijo el invidente.

Galindo tiró del brazo del príncipe y se lo llevó de allí ante el desconcierto del ciego. Cuando alcanzaron el alcázar, el rostro de al-Hakam estaba lívido, se apoyó en el muro y rompió a llorar. No entendía el despilfarro de su padre, levantando una nueva ciudad califal en la sierra, sin hacer nada por paliar las miserias de su pueblo. Desde entonces, el príncipe destino parte de sus emolumentos a realizar obras de caridad, Galindo haría lo mismo con un porcentaje de los benéficos de la venta sus libros.

El hijo del califa después de enjaguarse las lágrimas, miró a su amigo con una infinita tristeza; e hizo un gesto para que ambos entraran en los jardines reales. Tuvieron que descubrir el rostro, para no ser confundidos con mendigos por los guardianes. Regresaron a la biblioteca en busca de la cálida

luz de los candiles, ambos se enfrascaron en la lectura, tratando de borrar de su memoria, la turbia imagen de las miserias que terminaban de contemplar.

Incapaces de centrarse en la lectura, salieron al patio y se encontraron con Sayida y Azzam. Ella amamantaba a su joven retoño, mientras él practicaba una melodía con la lira. Sentados sobre el borde de una fuente, los acordes se confundían con el murmullo del surtidor. Hicieron amago de alzarse ante la presencia del príncipe pero, al-Hakam les hizo un gesto para que permanecieran sentados. Ella hundió su mano en la superficie vítrea del agua, removiendo los pétalos de orquídea esparcidos por la fuente. En el fondo varios zapateros se deslizaban por el agua y ascendían hacia la superficie, donde sus cuatro extremidades y su cola creaban ondulantes burbujas.

La joven madre refrescaba la frente del pequeño, hacía calor y regaló una sonrisa al príncipe. Galindo observaba la escena en segundo plano, absorto en la contemplación del rosado pezón, del que manaba un hilo de leche, llenando la boca de la criatura. En cualquier momento Shifa daría a luz y, ¡por fin! Él también sería padre. Se dirigieron a la puerta dorada de la torre, dejando a los músicos ensayando antes de su próxima actuación. Ascendieron por la estrecha escalinata hasta la cima de la torre, una vez arriba las vistas eran esplendorosas: tejados brillantes, azoteas azulejadas, hileras de almenas, callejuelas tortuosas, suntuosos alminares, palacios antiquísimos y en la lejanía al otro lado de la muralla, el río Guadalquivir perdiéndose como una cinta plateada bajo el puente romano.

El príncipe lo había llevado hasta allí para poder hablarle sin tapujos de un asunto que le tenía preocupado, en aquel lugar solo las alondras podrían escuchar lo que pensaba comunicarle.

—Esta conversación quedará entre ambos y nada de lo que aquí se hable, llegará nunca a los oídos de persona alguna —dijo al-Hakam en un intento de centrar la atención de su amigo. Galindo asintió antes de que el príncipe continuara hablando.

—Después de cuatro meses peinando la sierra en busca del capitán y las dos mujeres, Afif Hazam y sus huestes, han abandonado las Alpujarras sin ser capaces de localizarlo. Los tres caballos que utilizaron para la huida, aparecieron días después, cerca de Órgiva, sin sus monturas. Debieron ser

abandonados adrede por ellos, conscientes de que los hombres de Afif podrían seguir muy fácilmente las huellas de sus cascos. El capitán es un hombre muy astuto. No sé dónde habrán podido esconderse, para que ochocientos hombres buscándolos, día y noche, durante meses fueran incapaces de dar con su paradero. Es posible que el capitán haya logrado saltarse el cerco y se encuentre lejos de la Alpujarra, pero un pálpito interior me dice que todavía se halla escondido en la sierra.

—¿Qué propones? —interrogó Galindo.

—Mi padre es un hombre impulsivo y orgulloso. En su momento supo perdonarle, el haberle derrotado en el foso del barraco, conmovido por su conversión al islamismo. El capitán había luchado noblemente defendiendo a su rey y su patria, era su deber como cristiano en ese momento, y el califa lo comprendió. Ya lo conoces, es tolerante hasta el punto de permitir la convivencia de las tres religiones bajo su mandato. Por ello no consideró conveniente castigarlo por defender los intereses de sus enemigos, en cuanto profesó una religión distinta a la nuestra. Otra cosa fue cuando Alfonso se convirtió al islamismo. La tolerancia del califa es grande para los que profesan otra religión, pero a los seguidores de Mahoma les exige una total y absoluta ortodoxia. Al ser nombrado embajador real, Alfonso le juró lealtad, comprometiéndose a guardarle fidelidad de por vida, a él y al califato. Mi padre entiende que Alfonso rompió su juramento, al unirse a los yundíes para enfrentarse a los bereberes de Cazorla. El califa no mostrará nunca ningún tipo de tolerancia con los traidores, si lo prendé, mandará crucificarlo como hizo con Zura.

»A pesar de su traición, el capitán me salvó la vida una vez y estoy en deuda con él. Viajarás a las Alpujarras acompañado de Azzam, buscaréis al capitán, cuando lo localicéis le ayudareis a alcanzar la costa. En este sobre van tres pasajes con identidades falsas para Alfonso, Sira y Luisa. Llevan impreso el sello real, nadie dudará de ellos. Antes de embarcar hacia Constantinopla, le harás jurar al capitán, que jamás volverá a desempeñar el oficio de las armas. Solo me faltaba que nuestros generales volvieran tener que enfrentarse a semejante bestia.

Galindo se apresuró a abrir el sobre que acababa de entregarle al príncipe, y revisó los documentos para comprobar que todo estaba correcto.

—¿Cuándo partiremos?

—Debéis hacerlo de inmediato, ya sé que Azzam acaba de ser padre y tu mujer está muy cerca de dar a luz. No os preocupéis, los eunucos reales ayudarán a vuestras esposas en todo lo que necesiten, para los cuidados de vuestros hijos. Por otro lado, le he contado a mi padre que te vas de peregrinación a Santiago de Compostela a visitar el santo sepulcro y, aprovechando el tratado de paz: tu amigo Azzam te acompañará para amenizar la travesía con su música. ¿Ahora entiendes amigo por qué deberá realizarse este asunto con la máxima discreción?

—No te preocupes mi señor, esta conversación nunca ha tenido lugar, protegeré con mi vida nuestro secreto

—Confío en vuestra descripción. A vuestro regreso, ambos recibiréis como premio, uno de mis castillos, con amplias tierras repletas de rafaes.

—¿Estamos muy a gusto en las estancias palaciales mi señor? —respondió Galindo.

—Lo sé, y esta será siempre vuestra casa. Pero te conozco amigo, eres un alma inquieta, amante de la naturaleza. Necesitarás pasar alguna que otra temporada lejos de la ciudad —dijo al-Hakam, mientras Galindo haciendo una reverencia besaba la mano del príncipe en señal de agradecimiento—. Ahora baja al patio y dile a Azzam que suba, lo pondré al tanto de todo.

Durante la ausencia de Galindo en León, el príncipe envió al músico a Antequera para ser instruido en el manejo de las armas por el maestro Tariq ibn Zayd, el mismo que había enseñado a luchar a Galindo. A su regreso, Azzam había aprendido a manejar el alfanje con la misma destreza que tocaba la lira. Al-Hakam debería confiar el destino del capitán a la pericia de sus amigos. Una vez abajo, Galindo encontró a Shifa y Azzam, besándose apasionadamente. Sería duro para Azzam, abandonar a su esposa por primera vez desde que se casaron, sobre todo ahora que terminaba de ser padre. Él ya estaba acostumbrado, pero el persa sufriría en sus carnes, ese inmenso vacío que no se da llenado con nada, que solo se siente con esa fuerza cuando uno está alejado de la persona amada y no sabe con certeza, si volverán a reencontrarse. Si ochocientos hombres no fueron capaces de encontrar al

capitán en cuatro meses: era impredecible saber el tiempo que les llevaría a ellos. Una cosa estaba clara, cuanto antes partieran, antes regresarían junto a sus esposas.

¿Y si el capitán no se hallaba en la sierra? ¿Y si había alcanzado la costa embarcando hacia Oriente u otro lugar del mundo? Tal vez hubieran reventado los caballos antes de abandonarlos, luego los bravos alazanes se habrían recuperado y regresado por sí mismos en busca de su antiguo dueño. Era posible que Alfonso, Sira y Luisa, consiguieran otras monturas y lograran proseguir su huida. ¡Podrían estar en cualquier parte! Quizás hubiesen alcanzado ya las tierras de León para unirse a las huestes del rey Ramiro, o viajado más al norte a las tierras de los francos, los normandos o vikingos; o embarcado a África para prestar sus servicios a los fatimíes, eternos enemigos del califato omeya.

## Galindo

La Alpujarra, 2 de marzo del año 942

La ladera de la que nos alejábamos proyectaba su sombra sobre nosotros, según nos elevábamos, dejando impresas nuestras huellas sobre la nieve, con cautela, tratando de no hundirnos en un socavón, de los muchos, ocultos al pie de los brezos. Las retamas arañaban las calzas y los blusones, haciendo girones las mangas que sobresalían de las pieles. El lugar era inexpugnable y arisco, avanzar en pleno invierno por aquellos cerros era una temeridad, que desafiaba la lógica y el sentido común. Llegando a los alados riscos no vimos más que tajos y matorrales. Mi compañero Azzam llevaba las manos tan entumecidas por el frío, que no se atrevía a tocar un solo acorde con la lira. Las herraduras de las mulas habían perdido la forma, trilladas por el exiguo sendero. Afinamos el oído al pasar junto al peñón del gallo, sin escucharlo una sola vez cacarear, lo dejamos atrás, pues la única manera de combatir el frío era no parar de caminar. Descendimos siguiendo el curso de un riachuelo, sin tiempo para pensar. Un segundo de descuido, podía suponer un resbalón, un golpe o una torcedura que, en aquel lugar tan lejos de la civilización, resultaría un gran quebranto para nuestra supervivencia.

La nieve derritiéndose sobre las mejillas, me recordaba a las agrias lágrimas de mi esposa Shifa. «Apenas terminas de llegar de León, y ya te alejas de mis brazos de nuevo». Podía recordar sus palabras exactas, pero no demorarme a pensar en ellas, pues la bota se hundió de nuevo, más de veinte centímetros en la nieve, reclamando mi atención. Las constantes bajadas y subidas, entre quebradas y promontorios, nos sometían constantemente a un inestable equilibrio que podía terminar con alguna caída inesperada.

Aquella caminata monte a través —sobre todo en aquellas condiciones climatológicas— era una salvajada, y nos sometía a una situación continua de

ansiedad y estrés. Enfrentándonos a nuestros propios miedos y agotamiento, acometimos la subida a las estribaciones de una nueva cumbre. Nuevamente, buscamos sin resultado alguna senda, por donde nos resultase más sencillo acometer su ascenso. A aquellas alturas no encontramos árboles, solo vegetación baja y pedregales. Emprendimos el ascenso, la nieve cubría los brotes de salvia, lavanda y demás especies vegetales cuyos nombres desconozco. Avanzamos lentamente, sin encontrar huellas humanas por ninguna parte —solo de cuadrúpedos y reptiles—, que pudieran darnos alguna idea, de dónde se encontraba el capitán. Estábamos agotados, pero nerviosos y excitados a la vez. En la montaña el que se relaja muere y el que combate sobrevive. Cuando alcanzamos la cima, el cielo avanzó por encima de nuestras cabezas, envolviéndonos con el fragor de su impulso; desplazándose muchos kilómetros a la redonda como un río que rompiera los diques, anegando cientos de bosques a nuestro alrededor; continuó girando, mostrándonos las cumbres más cercanas con todo su esplendor. Desde allí, dominábamos las sierras y toda la costa, incluso divisábamos las poblaciones con los puertos más grandes. ¡La Alpujarra entera estaba a nuestros pies!

Las nieves empezaban a descomponerse con los primeros rayos de marzo, los lobos aullaban, los halcones retomaban el vuelo, los rebecos y los ciervos buscaban el pasto entre los matorrales. A lo lejos no distinguíamos ni pueblos, ni vegas, ni playas, ni faros. Pero si podíamos divisar las cumbres amotinadas, surcadas de cientos de rocas, negros riscos y ejércitos de cerros. Si alzábamos la vista, en la lejanía, se perfilaba también la fina lámina grisácea del mar. En medio de todo ese inmenso paisaje ni rastro del capitán, ¡oh! Cuantas ganas tenía de encontrarlo y regresar a palacio, abrazar a Shifa y perderme en cada bucle de su cabello; contemplar la sonrisa de nuestro hijo y sostenerlo en mis brazos, observando aquel rostro como la prolongación del mío propio. Besaría sus coruscantes mejillas, sin pararme a mirar si mi sucesor era hombre o mujer. Acaso no da lo mismo, todos somos entes maravillosas e incombustibles, independientemente del sexo, raza o color; pertenecemos a un solo creador por encima de todas las cosas.

—¿Tú crees qué un solo ser, puede crear toda esta inmensidad? —preguntó Azzam, mientras el aire de la cima agitaba las crines de los mulos.

—Si alguien puede lograrlo, ese es el Señor —respondí con acritud.

—Yo pienso que nada se consigue sin la colaboración de diferentes fuentes, produciendo una energía constante que hace funcionar el universo.

—¿Cómo una explosión? —pregunto intrigado

—Es posible que todo empezase con una explosión, y el universo acabara expandiéndose a causa de ella, hasta convertirse en lo que es hoy en día — dice Azzam.

—¿Y quién provocó esa explosión, si no el creador? —le interrogo de nuevo.

—¿Y quién creó al creador? —me preguntó de inmediato, casi replicándome.

—Nadie, el Señor ha existido siempre, para Él, el tiempo no cuenta como para los humanos —respondo yo.

—Aunque tengas razón y existiese un creador, el tiempo avanza en un solo sentido. Del mismo modo que no se volverá a repetir la historia, tal como la conocemos hoy, pienso que no es posible, que existiese un solo creador, para tanta inmensidad que nos rodea. Tal vez haya existido un creador anterior, que creó a ese creador y este a otro; así sucesivamente hasta el comienzo del mundo. De todas formas, pienso que la naturaleza y el universo se renuevan constantemente por sí solos, es posible que sus fuentes de creación sean diversas. No sé si creadas por un creador o no, pero funcionar parece que funcionan por sí solas. Estoy seguro de que no hay ningún titiritero ahí arriba, como predicán todas las religiones, moviendo los hilos de las fuerzas de la naturaleza.

Llegado a este punto, ambos nos quedamos en silencio, observando el sol, ocultarse tras las nubes. La montaña nos hacía fuertes, me arrodillé, dando gracias al Señor por toda aquella inmensidad, que se divisaba desde aquella altura. Azzam hizo lo mismo, recitando una oración en árabe. Después de aquella acalorada conversación, ninguno de los dos estaba seguro de la existencia de Dios, pero ambos por si acaso, le rogamos nos permitiese entrar en el paraíso. Eso sí, siempre y cuando, en ese paraíso hubiesen mujeres y buenos vinos. Incluso sin ello, podríamos aceptar entrar: al menos sin los

vinos, pero un paraíso sin una mujer, sería como un árbol sin frutos. Alguien como nuestras santas esposas, debería existir siempre. Las echábamos tanto de menos, mucho más que el vino y las comodidades de palacio. En aquel momento, no pude impedir que un vano pensamiento, cruzara mi mente como una exhalación: y si el Señor no existía, acaso importaba mientras existiesen las mujeres. Traté de borrar aquel pensamiento obsceno de mi mente y me centré en mis oraciones. Estaba anocheciendo, buscaríamos un collado donde pasar la noche, antes de continuar nuestro camino.

A la mañana siguiente, una vez superadas las escabrosidades del puerto, sin restos de otro tipo de vegetación que aquel denso matorral, emprendimos el descenso. Bajo aquellas condiciones climáticas, resultaba inútil seguir buscando al capitán, esperaríamos a la llegada de la primavera. Al cabo de una hora, ¡al fin!, encontramos los primeros árboles, en su mayoría no eran más que jóvenes robles de escasa altura y acebos con sus hojas espinosas, junto con otras especies de arbustos. Seguimos el curso de un río donde también encontramos algunos olmos y alisos. Al menos allí, estábamos a salvo de ser aplastados, por algún alud de nieve o de caernos por un precipicio, lo peor había quedado atrás. Agotadas las provisiones de higos, uvas y almendras, nos apresuramos hacia la aldea más cercana.

La uva de la Alpujarra era grande, oblonga, dura y pálida. Sin necesidad de ser pisada con el pie, generalmente era reventada con la mano, liberando así el mosto, separándolo del grumo, para crear un excelente vino. El mesonero nos sirvió unos tazones para que probáramos aquel delicioso brebaje y nos explicó el secreto de su excelente sabor. El vendimiador, construye unas tinajas de madera, asciende a la sierra con ellas para llenarlas con la corteza, arrancada de los troncos de los alcornoques. Luego pulveriza el corcho, una vez molido, procede a cortar los racimos con unas tijeras; sustrae las bayas, una a una, escogiendo las más limpias y de mejor aspecto. Después las coloca con cuidado sobre el corcho pulverizado, dentro de las tinajas, las cierra y se echa a dormir la siesta convencido de que las uvas pueden pasar allí años sin estropearse. El corcho sirve para su conservación, y le da ese sabor a tierra que tanto nos gusta, sin perder el toque afrutado, el sabroso caldo se pierde en nuestro paladar.

Nos encontrábamos en un patio interior, rodeados de macetas con flores,

colgando de los balcones. La hija del mesonero apareció con una bandeja cargada de pequeños platos con aceitunas, pepinillos, pastelillos de queso y caña de azúcar impregnada de agua de rosas. Aquella hermosa criatura, lucía un largo vestido color azafrán con bordados blancos, alrededor del cuello y las mangas. El vino era excelente, después de llevar meses rastreando el monte, la imagen de aquella hermosa joven despertaba nuestra libido y nos recordaba a nuestras esposas. Alquilamos una habitación en la posada, dispuestos a quedarnos en el pueblo una temporada para descansar, antes de realizar una nueva batida por el monte.

Partimos de nuevo a finales de marzo, atravesando los páramos en busca del capitán. La nieve ya se había derretido salvo en las nebulosas cimas. Recorrimos húmedas laderas, imbuidos por la frescura del ambiente, proporcionada por las espumeantes cascadas y los brumosos lagos. El paisaje parecía cargado de fantasmas, escondidos entre los continuos torrentes de los arroyos; las misteriosas quebradas; los prados de esponjosas hierbas; las cabañas grises, tristes y abandonadas; los valles glaciales, melancólicos y solitarios; las aldeas perdidas en estribaciones imposibles; muchos puentes de madera atravesando riachuelos; y una austera vegetación que pocas veces se transformaba en bosque. El capitán parecía haberse convertido en uno de aquellos fantasmas, la falta de pistas, nos llevaba a la desesperación.

Aquella tierra cálida y enjuta, cargada de luz pero desolada y arisca al mismo tiempo —tan distinta de la espesa vegetación de robles y abedules que bordeaba el monasterio de San Pedro de Rocas en Gallaecia—; parecía emanar de sus entrañas una espesa sangre, de la que brotaba con facilidad el olivo y la vid. Remontábamos un sinuoso sendero, que se estrechaba según ascendía por un cañón: en cuyo fondo corría un joven riachuelo, hasta llegar a una cascada donde fluían dos espumeantes torrentes de agua que, nos recordaron a las melenas de nuestras esposas. El murmullo del agua nos desorientaba. La cascada era preciosa, pero no parecía haber resto alguno del capitán. Entonces escuchamos como un rugido de un animal, más tarde lo identificamos con un aullido: solo podía tratarse de lobos. Después de atar las mulas a un sauce, saltamos entre los resbaladizos guijarros, cruzando la cascada y desenvainamos las espadas. Abriéndonos paso entre los matorrales, trepamos por unas peñas y encontramos la entrada de su madriguera. La manada comenzó a rodearnos: eran como media docena, juntamos las

espaldas con las espadas altas, esperando un inminente ataque. Los animales nos observaban, enseñando los colmillos en señal amenazante. El corazón me latía con fuerza. Me tranquilice pensando que salvo que estuviera muerto de hambre, un lobo era muy difícil que atacase a un humano. Nos quedamos inmóviles con las armas en alto, sin pronunciar palabra, cuando Azzam sacó una morcilla de las faltriqueras y, la lanzó cerca del animal que parecía más fiero de todos. El lobo se acercó a olisquearla y la devoró de un bocado. Esta acción pareció relajar la tensión y nos dio un respiro, que Azzam aprovechó para sacar de su espalda, una lira de un hatillo y entonar una melodía. Los animales parecieron relajarse con el sonido del instrumento, moviendo el rabo seguían el ritmo de la música. Entonces del interior de la madriguera, asomaron cuatro pequeños lobeznos, atraídos por aquella melódica partitura, salieron de su refugio para acercarse a nosotros. Les di unas golosinas que llevaba en el bolsillo de los calzones. Los cachorros, inmediatamente, las comieron de la palma de mi mano. Los ejemplares adultos se relajaron, escondieron las fauces y se sentaron a nuestro alrededor para disfrutar del espectáculo.

De pronto como salido de las entrañas de la tierra, me pareció oír un gruñido. Mandé a Azzam parar de tocar y afiné el oído. Ahora puedo escucharlo con claridad: se trata del llanto de una criatura y proviene de la madriguera. Penetré reptando por su boca, con el pecho y la barbilla pegados al suelo, tratando de no golpear la nuca, en los múltiples guijarros que como estalagmitas pendían del techo. Según avanzaba por aquella oquedad, notaba como los pulmones se iban quedando sin aire. Al principio en aquella angostura, creía hallarme dentro de mi propia tumba, luego una luz deslumbrante me cegó en medio de la oscuridad. Se trataba de una llama parecida a la que encontró Moisés en su ascensión al Monte Sinaí. El llanto del niño, las llamas azules en el interior de la cueva, debían ser señales del Todopoderoso, mostrándome su presencia. Continué avanzando imbuido por aquel espacio abierto, donde me pude poner de pie; caminando perfectamente, sin necesidad de seguir arrastrándome. Entonces, vi a dos hermosas mujeres sentadas junto al fuego, una de ellas sostenía un bebé en brazos, mientras la otra, cuyo vientre mostraba un estado de gestación bastante avanzado, parecía estar a punto de romper aguas. Sudando abundantemente no paraba de palparse el vientre, las contracciones se sucedían una tras otra. La más joven, cuyos rasgos logré distinguir entre la

mugre que le cubría el rostro, me entregó su hijo para que lo sujetara, y se colocó a la espalda de la otra.

—¡Vamos empuja! —exclamó Sira, presionando los hombros de Luisa—. No te preocupes por él, lo conozco, es un fraile amigo nuestro.

La aragonesa estaba preciosa, vestida con una túnica blanca, impoluta, parecía la Virgen en el portal de Belén, dispuesta a dar a luz al hijo de Dios. Sira presionaba su vientre induciéndola al parto, mientras yo tiraba suavemente de la cabeza del bebé que ya se encontraba fuera del útero. Al fin entre jadeos de dolor, la aragonesa expulsó el feto que, sujeté por los pies boca abajo y propiné un par de palmadas en el trasero, antes de que comenzase a berrear. Luego lo sostuve en mi regazo, acurrucándolo, más tarde se lo mostré a la madre, cuyo rostro brillaba de dicha. Dejándolo junto a Luisa, me volví hacia donde había depositado al hijo de Sira, que, me sonrió gateando cerca de mis pies. Lo alcé del suelo y lo sostuve a la altura de mi cara, distinguiendo claramente en su rostro de bebé: las facciones del capitán. Por su peso debía tener sobre unos cuatro meses, se lo devolví a su madre y observé a su hermano: aquel pedazo de carne sanguinolenta de color rosado, recién expulsado del vientre de la navarra, se encogía contra su pecho, buscando el néctar de unos pezones que a partir de entonces, pasaría a ser su única dieta por unos meses. Di gracias a Dios, porque donde hay niños, la vida y la alegría prolifera por todas partes. Aquella maravilla solo podía ser obra del capitán. Los cristianos bastante teníamos con ocuparnos de una esposa como para hacerlo de dos. En menos de seis meses Alfonso había regalado el milagro de la vida a dos mujeres diferentes; aunque supongo que al pasar tantas horas con aquellas bellezas, metido dentro de una madriguera, sin música, libros, ni ningún tipo de entretenimiento, no les quedaría otra que matar el tiempo, fornicando entre ellos. Al poco rato, entró en la cueva Azzam, y se sentó sobre el suelo. Lo siguieron varios lobos que nos rodearon formando un círculo.

—¿Dónde está Alfonso? —pregunté a Sira.

Ella se volvió hacia mí, con el pelo fosco y la cara sucia. Las lágrimas brotaron entonces de sus glaucos ojos, rodando por las mejillas. Saqué un pañuelo rojo de las calzas y le limpié el rostro con cuidado.

—Salió a cazar hace cinco días y no ha regresado aún. Él nunca pasa la noche fuera, seguro que le ha ocurrido una desgracia. Cada vez que se cobra una pieza, regresa de inmediato a la madriguera y la compartimos con los lobos. Desde su ausencia, la manada caza para nosotros, así hemos podido comer estos días y dar el pecho a mi hijo. ¡Júrame qué lo buscarás y lo traerás de vuelta a casa!

—Así lo haré. ¡Nos vamos! No hay tiempo que perder, si todavía lo queremos encontrar con vida —dije antes de salir de la madriguera.

Cruzamos la cascada de nuevo, y seguimos avanzando sobre los mulos por una angosta y empinada vereda, desafiando la verticalidad del monte, en busca del capitán. Los lobos nos seguían de cerca, parecían nerviosos. Más tarde comprendimos porqué: ellos también llevaban varios días tratando de encontrar al capitán. Podía haberse despeñado por cualquiera de aquellos barrancos, y no daríamos con él en meses. Eso si no lo devoraban los buitres antes. El sol había desaparecido en el valle, aunque todavía dominaba las alturas. Desde lo alto del monte, gritamos su nombre, cuyo eco se extendió por todo el cañón. Hicimos noche en la cima, y despertamos con las primeras gotas de rocío de la madrugada. La mañana estaba hermosa, el sol bañaba la cresta de la montaña según iban surgiendo en el horizonte. Observamos unos ciervos jugueteando en la cima. Los lobos salieron tras ellos, en una carrera frenética, pero los ciervos treparon por unos riscos tan empinados, que los lobos no se atrevieron a seguirlos, por miedo a despeñarse.

Sierra de Contraviesa, 28 de junio del año 941

Los caballos estaban agotados, decidieron desmontar antes de reventarlos. Después de dejar a los animales libres, ascendieron por la loma. Los alazanes tratarían de recorrer el camino de regreso al campamento, eso despistaría a sus perseguidores. Posiblemente al hacerlo, su olfato les confundiría y terminarían perdidos por la sierra, algo lógico debido a la cantidad de kilómetros recorridos en la huida. El caso era que Afif y sus hombres persiguieran a los caballos, dejándolos libres a ellos. La estrategia del capitán terminó dando resultado, ahora solo tenían que buscar un lugar donde ocultarse y, lo encontrarían siguiendo una cañada y el sonido del aullido de los lobos. Sira y Luisa estaban aterrorizadas, se desató una tormenta y un terrible aguacero cayó sobre ellos. Los relámpagos pasaban rozando sus cabezas, uno de ellos desquebrajó una rama de un alcornoque que les cortó el paso. Alfonso ayudó a las mujeres a sortear el obstáculo, pronto alcanzaron una cascada: el agua bajaba veloz por la cañada, arrastrando troncos y piedras. El capitán les mandó cogerse de las manos y atravesar el arroyo con rapidez: antes de que la fuerza de la corriente les arrastrase por un precipicio. Los rayos seguían cayendo cada vez más cerca.

Penetraron en una selva de matorral alto que les dificultaba el paso. Entonces lo vieron, subido sobre una roca con su pelaje gris eléctrico, aullando a una luna oculta entre nubarrones negros. El lobo se volvió hacia el capitán, reconoció su olor, era el mismo que cuando estaba prisionero, le había salvado la vida trayéndole un trozo de carne a la cueva. Alfonso no lo pensó dos veces —más tarde sería consciente de que aquel acto terminaría por hacerle ganar la confianza del animal—: sacó una sangrante chuleta de un hatillo, que se había traído del campamento y se la ofreció, acercándose al lobo con el trozo de carne en la mano. Favor por favor. La naturaleza es sabia, si sabes vivir en equilibrio con ella. El lobo lo sujetó en las fauces, y entró dentro de la madriguera para dárselo a los lobeznos.

Los primeros días, no se atrevieron a entrar junto a los cachorros, luego el

capitán comenzó a cazar ciervos para ellos. Bajaba a una laguna, escondido con la espada tras unas matas, se quedaba horas esperando a que los herbívoros bajaran a beber, cuando lo hacían, los acorralaba amenazándolos con el arma y los obligaba a lanzarse al agua, allí de dos certeros tajos los mataba; le gustaba sentir entre sus manos el calor de la sangre que se diluía en el agua, haciendo remolinos, asustaba a las ranas que croaban aterrorizadas a su alrededor. Cargaba con el animal sobre los hombros hasta la cueva, donde lo despiezaba, dándole las criadillas a los lobeznos, y compartiendo las piezas más grandes con los adultos. Pronto los lobos comprendieron, que el capitán y las dos mujeres, no suponían una amenaza para ellos, y les permitieron entrar en la cueva.

En poco tiempo, el pelo les creció mucho y todos olían a lobo. Las melenas de Sira y Luisa superaban la cintura y a Alfonso la barba le cubría casi todo el rostro. Vivían como salvajes y comían como alimañas. Esperarían a la primavera, a que los soldados de Afif se cansaran de rastrear el monte y dejaran libres los caminos para tratar de acercarse al mar. El capitán trataría de embarcarse con las mujeres, rumbo a África o cualquier otra parte del mundo, donde los dejaran vivir en paz; aunque también estaba sopesando la idea de quedarse a vivir allí, en la sierra, con los lobos para siempre.

En ocasiones se escondía entre la maleza, tratando de imitar el sonido de las codornices, haciéndose pasar por la hembra para atraer a los machos. «Cocho-co...cuchi-co...co...» El animal acudía embalado ante aquel reclamo amoroso, y el capitán lo sorprendía rebanándole el cuello de un tajo con la daga: no siempre conseguía tener éxito, algunas veces las codornices lograban zafarse de su ataque y huían en desbandada. Al regresar de cazar, copulaba con su joven esposa, mientras Luisa se iba al río a lavar la ropa para dejarles más intimidad.

Una noche de finales de Julio, cuando el embarazo de Sira era más que patente y ella se había quedado dormida. Luisa aprovechó para meterse en la manta, desnuda, con Alfonso. Este al principio pareció resistirse, pero ante los encantos y la maña de la aragonesa, se dejó embaucar, y se puso a acariciar sus redondos senos. Ella comenzó a llenar sus manos con su miembro y acariciar con ternura sus abultados testículos. Abriendo mucho la

boca: arrastró uno de ellos con la lengua dentro del paladar y lo chupeteo como si fuera un caramelo. Luisa puso en práctica todas sus artimañas de lobeza y comenzó a poseer al capitán como una fiera. No tardó en quedar embarazada, más o menos al mismo tiempo, que Sira comenzaba a prepararse para dar a luz a su primer hijo. Al principio Sira se celó y dejó de hablarle a Luisa, con el tiempo cayó en la cuenta que ella en su lugar haría lo mismo. Al fin y al cabo, no tenían otro hombre en kilómetros y, el miembro del capitán, junto con el tamaño desmesurado de sus testículos, daba para mucho. Aprendieron a compartir las noches con él, incluso en ocasiones, hacían el amor los tres a la vez; gozando hasta límites incomprensibles, para muchas parejas monógamas. Aquel trío acabó acoplándose de tal manera con los lobos, que estos casi no los distinguían de cualquier miembro del resto de la manda.

Un día desde el riachuelo que descendía a la cascada, Alfonso construyó un canal hasta la cueva de los lobos. Utilizó una azada con forma de media luna en el filo para escavar la tierra, abriendo una acequia que conducía el agua hacia una roca situada en lo alto de una peña, cerca de la madriguera. Para propulsar el agua desde arriba, limpió una raíz de un alcornoque con la daga, así tras atravesarla; caía en un amplio chorro sobre un cuenco, donde la recogían para cocinar, beber y lavarse.

Allí se bañaban las dos mujeres, el agua mojaba sus cabellos, transparente y fresca. Alfonso en ocasiones las acompañaba, otras bajaba al río a pescar. Un día arrancó la corteza de dos alcornoques, y atándola a su barriga con los tallos de unas jaras, se lanzó río abajo. El corcho le ayudaba a flotar, mientras nadó hasta alcanzar un estanque de nutrias. Estas, trasportando palos con la boca, habían construido una presa. Alfonso le llevó tiempo ganarse su confianza. Ofreciéndoles peces que el mismo pescaba, con el paso de los días, como ocurriera con los lobos, terminaron comiendo de su mano. A Alfonso le gustaba bañarse con ellas, buceando en el fondo de aquella poza que, las nutrias habían construido para buscar peces. Solía escarbar agujeros en la ribera, al lado de la orilla, llenándolos de agua. Donde metía a los peces capturados, quedando atrapados como en una pecera, antes de proceder a tapar la abertura con una roca plana.

Con la llegada del invierno, la temperatura del agua descendió tanto que

solo meter los pies en ella, entumecía las articulaciones de una manera que resultaba imposible resistir por mucho tiempo el dolor, y uno se veía inmediatamente obligado a salir del río. Entonces no le quedó otro remedio que bañarse en la acequia, hasta que las nieves terminaran cubriéndola y acabó formándose hielo en su trazado, dejándola inservible. La solución a partir de entonces fue limpiarse, únicamente, el rostro con nieve de vez en cuando; pues la mugre proporcionaba una especie de grasilla al cuerpo, formando una capa protectora en la piel, muy eficiente contra el frío.

Una noche que estaban ateridos por las bajas temperaturas y la humedad del interior de la cueva, el capitán encontró la solución: después de muchos intentos para hacer fuego. Resultó muy sencillo, cogió unos trozos de ramas secas y dos piedras blancas que frotó hasta que soltaron chispas, las arrimó a la leña seca y el fuego prendió. Luego Sira lo avivó soplando y añadiéndole hierba seca y hojarasca, formándose una brasa a la que después le echaron troncos más gruesos. Una vez la candente hoguera, soltaba ascuas, proyectándolas en el techo de la madriguera; los lobeznos agradecieron el calor y se acercaban para jugar con ellos. A Luisa le encantaba acunar a los cachorros, acariciarles el pelaje y las orejas, ellos le correspondían lamiéndole los dedos de la mano, mientras Sira amamantaba al hijo de Alfonso que, decidieron ponerle de nombre Daniel en recuerdo de su fallecido amigo.

En invierno resultaba mucho más complicado cazar, para alimentarse se vieron obligados a echar mano de las hierbas, escogiendo solo las que comían los lobos y los ciervos. Así evitaban llevarse una sorpresa desagradable e ingerir alguna venenosa. Los lobos las engullían para purgar el estómago. Ellos lo hacían después de hervirlas en agua y las preparaban haciendo una especie de caldo, al que le añadían algún trozo de tocino. Aquella dieta unida al constante ejercicio físico que, Alfonso realizaba diariamente tratando de atrapar alguna presa, consiguió reducir su peso corporal, aumentando su masa muscular y su resistencia. Llegó la primavera y las nieves comenzaron a disiparse. El capitán escondido tras unos matojos, disfrutaba observando los envistes de los ciervos, enfrentándose con sus enormes cornamentas en un extraño ritual. Al principio creyó que se trataba de un juego, después cayó en la cuenta de que las hembras estaban en celo y los machos se batían para conseguir los favores de las más jóvenes y hermosas. A veces uno de ellos se

acercaba a una de las hembras, eso despertaba los celos de algún adversario que acudía de inmediato, ambos entrechocaban las cornamentas. El ciervo soplaba con fuerza despertando las pasiones, los rivales se medían, estirando la cerviz, berreaban para insuflarse ánimo, antes de embestir a su oponente. El vencedor desaparecía con la joven hembra y el derrotado tenía que conformarse con una de las ciervas más viejas. La joven pareja triunfadora comenzaba su marcha nupcial hacia el interior del bosque. Escondiéndose de las miradas indiscretas para comenzar el ritual propio de cualquier cortejo. El capitán nunca había visto a dos ciervos copulando, sí a los jabalís, el macho se pasaba mucho rato encima de la hembra, hacía mucho ruido como si lo estuviesen desangrando.

Con el tronco de un cedro fabricó un arco, de unas varas de avellano unas saetas que, colocó con esmero sobre una alcuza de piel de cordero. Una madrugada Sira comió algo que debió sentarle muy mal, pues comenzó a vomitar y a sentirse sin fuerzas. Alfonso bajó al arrollo por un poco de romero y tomillo, desmenuzándolos, los hirvió en agua, sirviéndoselo en unos cuencos que había fabricado con corcho. Después de interrumpir cualquier tipo de dieta por unos días, el antídoto surgió efecto: el color y la salud volvieron a las mejillas de su esposa; terminando despertando también el apetito de la joven, por lo que Alfonso se vio obligado a salir de nuevo a cazar. Sin montura era muy difícil acometer la caza del ciervo o el jabalí. No le quedó más remedio que recorrer corriendo grandes extensiones de tupido bosque, entre manchas de apretada jara y agrestes roquedales. Sin acercarse demasiado a las presas, disparaba flechas, tratando de corregir tensando mucho la cuerda —utilizando la punta de la saeta para marcar el objetivo—, el grado de desviación de la trayectoria, durante el lanzamiento; que solía ir a parar unos centímetros a la derecha, de donde se encontraba el objetivo. Tal era el desajuste, que en una ocasión que le disparó a una lechuza, acabó derribando a una ardilla que se encontraba unas ramas más arriba. Todo lo que llevase carne era bueno para la cazuela, Luisa estaba a punto de dar a luz, y pronto serían tres las bocas que tendría que alimentar, además de la suya propia.

En esa ocasión no había tenido suerte, acababa de disparar sobre un jabalí, el animal salió huyendo con una flecha clavada en el trasero. Se trataba de un cachorro, trató de alcanzarlo corriendo. Cuando lo perseguía se cruzó en su

camino la madre, que le clavó los colmillos, reventándole el tobillo. Alfonso voló por los aires un par de metros, cayendo sobre el matorral. La pierna le dolía terriblemente, desfundó la espada, dispuesto a enfrentarse a la marrana. Pero, esta había huido protegiendo a su cachorro herido, dejándolo allí, solo, desangrándose, abandonado a su suerte.

Limpió la herida con agua, la cornada le había alcanzado el hueso. Asombrado de la potencia de los colmillos de la marrana, después de haberla experimentado en sus propias carnes. El capitán desgarró un jirón de la túnica para detener la hemorragia. Luego avanzó apoyándose en la pierna buena y arrastrando la otra hacia una encina, cortó dos ramas con el hacha y puso una a cada lado del tobillo; atándolas con unos juncos, hasta inmovilizarlo. Después tronzó otras dos más gruesas para fabricarse una muleta; cortando unas jaras, las colocó en la parte superior, sujetándolas con unos hierbajos, para hacer más mullido el punto de apoyo, bajo el sobaco. En aquel estado descartó cargar con el arco y la aljuba, abandonó también la pica y la espada, y decidió quedarse solamente con el hacha, que ató con una faja a la cintura. Cuanto menos peso, mejor, menos angustioso resultaría su avance. Ya de por sí lento de solemnidad. Sin poder apoyar la otra pierna, jamás lograría recorrer los kilómetros que le distanciaban de la cueva. Confió en que los lobos se encargaran de cuidar de sus esposas en su ausencia y se centró en su supervivencia.

El primer día se alimentó a base de moras que arrancaba de los zarzales, el segundo se conformó con la fruta de un madroño. El tercero logró avanzar hasta un árbol y se empachó de algarrobas, por la noche tenía el vientre tan duro que solo logró expulsar gases. Había intentado también acercarse a una colmena pero descartó la idea, en su estado, si le atacaban las abejas: no lograría alcanzar el río a tiempo para zambullirse y liberarse de sus picaduras. Se quedó dormido con la espalda pegada al tronco del algarrobo. Al despertar tenía tanta hambre, que decidió intentar trepar a lo alto de un sauce, para hacerse con los huevos de un águila. Sus hojas caían en racimos muy cerca del suelo. Era una temeridad con la pierna en aquel estado, intentar alcanzar la cima del árbol. Se afianzó al tronco que se dividía en dos cerca de la base, para poner el pie sano en la oquedad y, tomando impulso se subió al árbol. Luego gateando con los dos brazos y la pierna sana, trepó por la rama más gruesa hasta cerca del nido. Ya casi se veía cascando los huevos, cuando

creyendo que quería hacerse con sus polluelos, le atacó el águila, clavándole con saña las garras en el cuello. No le quedó más remedio que utilizar un brazo para intentar desprenderse de ella, finalmente terminó perdiendo el equilibrio y cayó desde una altura de cinco metros, de costado contra el suelo. En seguida escuchó el crujido de las costillas al chocar con la agreste vereda. Un dolor horrible se apoderó de él, arrastrándose con los codos, avanzó por el suelo. Ni siquiera podía ponerse de pie, tenía varias costillas rotas, aquello era el final. El dolor era tan intenso que comenzó a nublársele la vista y terminó por perder el conocimiento. Cuando lo recuperó habían pasado más de doce horas, abrió los ojos y aterrorizado, contempló una dantesca escena: miríadas de buitres se apiñaban a su alrededor, dispuestos a devorarlo — algunos incluso ya lo habían picoteado en la sien—, incluso antes de que expirase su último halito de vida.

Trató de espantarlos de un gritó, pero apenas se apartaron unos metros. Esperarían a que se quedase sin fuerzas para darse un festín a su cuenta. Apenas se podía mover, aun así sacó fuerzas de flaqueza y reptó unos metros, impulsándose con los codos hasta el tronco del sauce. Sacó una navaja del zurrón y cortó unas hierbas, que se llevó de inmediato a la boca. Tenía el paladar seco, lamentó haber abandonado el arco y las flechas, le resultarían útiles para abatir a los buitres. Ante aquel panorama tan desolador, se vino abajo y rompió a llorar. Sin los cuidados adecuados, la pierna se le terminaría gangrenando. Eso si antes las costillas astilladas no le perforaban la pleura y acababa muriendo asfixiado. Tenía un enorme hematoma de aspecto violáceo sobre la zona donde se había golpeado en la caída, la garganta reseca por la sed y unas ojeras muy marcadas fruto de la angustia.

Arrodillado frente al sauce, en una clara plegaria al Todopoderoso, elevó los brazos dibujando una cruz con el tronco. No quería morir; no ahora que tenía dos mujeres maravillosas y toda una vida por delante. Le rogó a Allah por su vida, la de sus esposas e hijos y la de sus amigos los lobos, que le habían salvado la vida en más de una ocasión. Podía intentar pedir su ayuda, colocando los pulgares a ambos lados de la barbilla y cerrando las palmas de la mano en torno a la boca y la nariz, amplificando el sonido en una especie de aullido: UUUUUUUUH, UUUUUUUUH... Tratando de llamar su atención, como solía hacer en muchas ocasiones, cuando se perdía o corría algún tipo de peligro. Al llamarlos, al poco rato, los lobos acudían raudos en

su auxilio. Pero esta vez, se encontraba muy lejos de su lugar habitual de caza y dudaba que ellos lograsen escucharlo.

En su delirio, vestido de blanco y con dos enormes alas extendidas, creyó ver a un ser celestial encima de la copa del sauce. No podía ser otro que su ángel custodio. Allah había atendido a sus plegarias y lo enviaba para protegerlo. Fue solo un instante, deslumbrado por el sol, le pareció escuchar la voz de aquel ser hablándole: Allah misericordioso y único cuidará de tu alma, primero en la Tierra y luego al morir en el paraíso. Pero él no quería morir todavía. ¿Acaso alguien quiere? Sin embargo la muerte nos alcanza a todos, tarde o temprano, irreversiblemente. De repente la visión desapareció. ¿Qué pretendía decirle el ángel con aquellas palabras? Primero en la Tierra y luego al morir en el paraíso. Trató de no pensar más en ello. Estaba tan débil que aquella visión tal vez, solo se tratara de un delirio. Similar al de tantos mártires y santos, que tras estar sometidos a una larga etapa de ayuno, se les aparece la Virgen o el mismo Jesús resucitado. Eran aquellas visiones reales o simplemente alucinaciones producto de una debilidad mental y física extrema. ¿Jamás lograría saberlo? Se le nubló de nuevo la vista. Estaba tan agotado, que cuando vio acercarse a dos figuras humanas hacia él, creyó que se trataba de un espejismo o una nueva alucinación; o quizás eran los mensajeros de la muerte que venían a buscarlo, para que según le había dicho el ángel: Allah cuidará su alma en el paraíso.

Uno de ellos se agachó a su altura y sujetándole el cuello, de una cantimplora de cuero, le dio a beber agua. El líquido refrescó su garganta y le devolvió a la realidad. Estaba a punto de deshidratarse. Bebió hasta vaciar el recipiente. Allah había escuchado sus plegarias, consintiendo en que siguiera con vida. Luego le dieron de comer una hogaza de pan recién horneada y una morcilla, que Galindo compró en una aldea cercana. Aquel bocadillo le supo a gloria. Harto de comer bellotas, hierbas y frutos silvestres, disfrutó de aquel festín, creyendo definitivamente que ya se encontraba de nuevo en la cueva con sus esposas. Satisfecho el apetito se quedó de nuevo dormido, por lo que Galindo precisó de la ayuda de Azzam para montarlo en la mula. Lo ataron a la montura de manera que no sufrieran sus maltrechas costillas y no se cayese por su propio peso. Azzam vigilaba para que en cualquier quiebro o movimiento brusco del animal, Alfonso no fuera a parar al suelo, mientras Galindo tiraba del ronzal, dirigiendo los pasos del mulo. Los lobos los

seguían de cerca, aullando en la meseta, vigilantes y pendientes de la evacuación del herido.

Se detuvieron en una cabaña de pastores, forzando el cierre de la puerta, después de librarla de aperos diversos, tumbaron al capitán sobre una mesa. En aquel estado sería demasiado arriesgado, debido a lo accidentado del terreno, trasladarlo de nuevo a la cueva. Azzam se quedó con el capitán, y Galindo regresó a la madriguera en busca de las madres y sus bebés. Sira era enfermera, según llegó, enseguida preparó varios apósitos con empastes de diferentes hierbas que hirvió previamente en agua, antes de colocarlos sobre el tobillo herido, y el resto de magulladuras que trató con diferentes métodos. En poco tiempo Alfonso mejoró, y no se cansaba de dar gracias a Allah por aquella nueva oportunidad que le había sido otorgada.

En cuanto sus costillas soldaran y pudiese caminar con normalidad, emprenderían el viaje hacia la costa para embarcar rumbo a Constantinopla. Se trataba de una ciudad cosmopolita como Córdoba, donde al contrario de esta, las iglesias superaban en número a las mezquitas, pero la mezcla de distintas razas y culturas, era igualmente habitual. Le habían quitado el cabestrillo y comenzaba apoyar el pie, con los cuidados de su maravillosa esposa, pronto estaría como nuevo. Celebró que Luisa le diese otro hijo varón, al que bautizó con el nombre de Umar. Los dos hermanos apenas se llevaban seis meses, pero no se parecían en nada. Daniel tenía el pelo más albino, el rostro muy alargado para ser un bebé y los ojos de su madre. Umar con la barbilla redondeada, tenía el cabello negro azabache y los ojos castaños oscuros. Era la ventaja que tenía tener dos hijos de dos madres diferentes. Aparte de los pasajes y una bolsa repleta de dinares, al-Hakam, les había dado unas cartas de recomendación para que cuando llegasen a la ciudad, Alfonso consiguiese un empleo bien remunerado, que le permitiese mantener a su familia y un buen status social.

# **PARTE**

## **V**

### **Las siete colinas**

## Alfonso

Constantinopla, 12 de septiembre del año 942

La tripulación estaba emocionada ante la proximidad de la ciudad. Parecían haber olvidado todo lo que habían visto durante el último tramo de la travesía, desde el estrecho de Mesina hasta la embocadura del Bósforo. El mar Jonio, azul e inmóvil como un lago; los montes de la Morea, bañados de luz rosácea por los primeros rayos de madrugada; las ruinas esplendorosas de la antigua Atenas, restos de una civilización antigua; la isla de Creta y el archipiélago del Mar Egeo, habían quedado atrás. La colina enseñaba su elegante conjunto sobre el fondo gris de la lejana neblina, mostrando un montículo engalanado de cipreses, terebintos, abetos y plátanos gigantes, sobrepasando con sus ramas almenados muros para proyectar su sombra en el mar. En medio de aquel verdor se alzan techos de viviendas, plateadas cupulillas, pabellones coronados de galerías y enrejadas ventanas, cuyos marcos dibujan arabescos imposibles, escondiendo en su interior patios de laberínticos jardines, donde concubinas y esposas pasan las horas tejiendo o bordando en corredores y corrales.

Sira y Luisa rodeaban mi cintura con un brazo, mientras con el otro sostenían a mis hijos. Hemos llegado, ahora somos libres. Después de tantas fatigas y sufrimientos, pronto desembarcaríamos en Constantinopla. Tras cruzar el mar de Mármara y divisar por primera vez en nuestras vidas la costa asiática, disfrutamos del espectacular, azul intenso del Bósforo, reflejando en sus aguas las siluetas de pequeñas embarcaciones de vela, cientos de esquifes y algún pesquero que otro. Pasamos delante de ellos, como fantasmas atrapando con su gasa la neblina matinal, que desaparecía a nuestro paso. Detrás de las imponentes murallas, un monte con millares de casas de todos los colores, en su cumbre danzan los palacios donde se ubican las embajadas de muchos reinos europeos. Una diadema de cúpulas, alminares y árboles cruza el horizonte. Sobre la cima de una colina, surgen las torres de las

iglesias bizantinas como mástiles en medio de la neblina. La ciudad recorrida por extensas lomas, entre las que destaca la basílica de Santa Sofía, blanca y rosácea, donde se conocieron nuestros amigos los músicos, Azzam y Sayida, que prometieron venir a visitarnos muy pronto. El barco ancló cerca del puente, en unos minutos se reunió a su alrededor toda una guarnición de esquifes, manejados por mozos bizantinos, persas, griegos y hebreos; que saltaron sobre cubierta y pronto se hicieron dueños de los equipajes y de la tripulación. Montamos en una de las barquichuelas y nos dispusimos a entrar en aquella monstruosa ciudad, desparramada en un continuo vaivén de cimas y hondonadas: laberinto de hormigueros humanos, de cementerios inacabados; una mezcla de civilización y barbarie jamás vista por mis ojos.

Hay una confusión y desorden en las calles, teñidas de arboleda por todas partes, que me recuerda a mi vida últimamente. Pues no sé a cuál de mis esposas amo más: si a Luisa con su sabiduría y paciencia, o a Sira con su curiosidad y juventud. En cuanto a efusividad, ambas andan sobradas y me resulta fácil dejarme atrapar entre esa maraña de brazos y piernas, en medio de interminables noches de lujuria y pasión. Menos mal que mi libido compulsiva las mantiene a ambas satisfechas y no necesitan buscar el amparo de otros amantes. Me alegra que sepan ocultar sus recelos, logrando a pesar de sus diferencias, llevar una convivencia aparentemente tranquila entre ellas. Creo que encajaremos en medio de esta caótica ciudad de calles infinitamente intrincadas, serpenteando entre bancos movedizos; perdiéndose al borde de terraplenes para bifurcarse en callejones, que descienden impetuosamente hacia el mar. Infinidad de contornos dibujan formas inverosímiles en la lejanía, mostrando prados, bosques y aldeas cuyas luces se diluyen en el horizonte. Su arquitectura de formas envolventes, nos arrastra hacia casas talladas en pico con tejados en forma triangular o piramidal; perdidas entre la masa de la montaña, tratan de adaptarse al relieve del terreno.

—¿Os gusta más que Córdoba? —les pregunto.

—Me es indiferente, mientras permanezcamos todos juntos —dice Luisa.

—¡Me da igual! ¡Total en Córdoba no nos quieren! —exclama Sira.

—Si queréis saber mi opinión —digo sin que me hayan preguntado—. Me parece una casa de locos, creo que encajaremos bien. Aquí nos haremos

viejos sin darnos cuenta.

Los porteadores que llevan nuestro equipaje son griegos, van cubiertos de pies a cabeza por flamantes bordados y broches relucientes. El gentío se dispersa, según nos vamos alejando del puerto, por un desfiladero de angostas calles, hacia el centro de aquella gran nube. El contraste entre la gente cargada de oro como bazares ambulantes con sus ajorcas y pulseras, y las andrajosas vestiduras que apenas cubren las pieles de los más miserables, es mayor aún que en la ciudad de Córdoba. Pronto caí en la cuenta que como en todas las grandes urbes, existían dos ciudades dentro de la misma. La Constantinopla de los ricos y la de los pobres.

Judá ibn Tariq nos recibió en la embajada de al-Ándalus, situada en un edificio griego de corte neoclásico. Según le había requerido al-Hakam, no nos hizo preguntas comprometedoras. Tenía aspecto de tener sobre unos cincuenta años, enjuto, nervioso con unos ojos diabólicos y una conversación febril. Era un médico judío muy bien visto por todos los estamentos de la sociedad bizantina. Aparte de dirigir la embajada y ser un magnífico médico, ocupaba el cargo de senador en la corte del emperador y era uno de los rabinos mejor considerados en la alhama más numerosa de Oriente. Nos saludó con cordialidad. Con tantos cargos no parecía muy ocupado, pues durante casi dos horas, no paró de hablarnos de las excelencias de la ciudad, sentados en un diván lo escuchamos con calma. Cuando comenzamos a dar muestras del cansancio acumulado durante el viaje, se percató de ello y de inmediato nos presentó a su hijo Saúl ibn Ismael, un joven que tras seguir los pasos de su padre, repartía el tiempo entre la medicina y la dirección de una de las mayores bibliotecas de Bizancio.

Había traducido importantes obras literarias del árabe al hebreo, y ahora con mi ayuda trataría, de verter también la obra de Galindo y otros importantes escritores y poetas de al-Ándalus, con el fin de que pudieran leerse también en la lengua de sus antepasados. Además dirigía un hospital cerca de la corte del emperador en uno de los barrios más populares de la ciudad. Escuchó hablar, en su reciente visita del príncipe al-Hakam a Constantinopla, maravillas de la labor que hacía Sira en el hospital de Córdoba, por lo que pretendía contar con ella, lo antes posible en su equipo. Nos trasladamos a una casa situada en un barrio armenio a pocas manzanas

del hospital, la biblioteca de Judá, la calle de los anfiteatros, uno de los bazares más grandes de la ciudad, varias iglesias con bóvedas recubiertas de oro y plata, y una imponente mezquita cuyo techo labrado en madera destacaba sobre grandes arcos de herradura. Luisa cuidaba de nuestros hijos, mientras yo trabajaba en la biblioteca ayudando a Saúl en sus traducciones, y Sira trataba a los enfermos en el hospital.

Los armenios resultaron ser una gente interesante, cristianos por el espíritu y la fe y musulmanes asiáticos de nacimiento, o sea lo contrario que yo. De todas maneras mi trabajo en la biblioteca me dejaba agotado y mis visitas a la mezquita se limitaban a la oración de los viernes. Nunca dejaré de agradecerle a Allah haber escuchado mis plegarias cuando me encontraba al borde de la muerte y se me apareció un ángel frente al sauce. Estoy seguro que de no ser por la intervención del Todopoderoso, Galindo no me encontraría nunca, terminaría desfalleciendo, y devorando por los buitres.

Las ausencias de Sira en el hogar, cada vez eran mayores, muchas noches se las pasaba de guardia en el hospital. Yo salía a correr por la ciudad todos los días al terminar de trabajar, no quería perder la forma, ni retornar a los malos vicios. Había cometido bastantes errores ya en mi vida, decidí enterrar mi pasado y dedicarme en cuerpo y alma a la divulgación de la literatura Andalusí. Acordé con Galindo antes de embarcar, encargarme personalmente de distribuir su obra en Oriente. Luisa no precisaba de nuestras traducciones para comprender la obra de Galindo, la leía en romance, tal como originariamente la escribió el monje en los sótanos del monasterio de San Pedro de Rocas. Posteriormente, durante su estancia en el Monasterio de San Esteban de Rivas de Sil, antes de emprender su viaje al-Ándalus, la tradujo al árabe; y ahora gracias a la colaboración de Saúl, podremos contar con ella también en hebreo.

El árabe lo aprendí durante mis visitas a la biblioteca de al-Hakam y mis conversaciones con Sira. El hebreo apenas lo dominaba pero, gracias a mi facilidad para memorizar palabras, lo estaba aprendiendo a marchas forzadas en la biblioteca de Saúl. Gracias a llevar una vida dedicada a las armas, ejerciendo de capitán en el ejército leonés, disfruté de ciertos privilegios. Durante mi estancia en la guardia real de León, aprendí a leer y escribir en una abadía situada en el rabal. Posteriormente, debido a mi habilidad con las

letras, trabajé como escribiente para el conde de Astorga. Me encargaba tanto de redactar los partes de guerra, como la lista de fallecidos durante las batallas. Conseguí permiso del abad de palacio para acceder a la austera biblioteca del rey Ramiro, que apenas poseía unos seis mil libros, poca cosa, comparado con los casi trescientos mil de la biblioteca del alcázar cordobés. Allí aprendí amplios conocimientos de cartografía. Me resultaron muy útiles, antes de cada batalla, dibujaba un mapa de la zona donde tendría lugar la refriega, para ello usaba un pergamino de piel de cordero, marcando el trazado de la comarca con los ríos, los valles, las alcazabas, las ciudades, los bosques, las praderías, los lagos, los cerros, las serranías, las colinas y los sistemas montañosos con sus collados y majadas. Luego con otros pergaminos, traslucidos, recortados con el dibujo de los diferentes bastiones de los dos ejércitos: caballería, infantería, arqueros, piqueros y artilleros. Sobreponiéndolos en el mapa como si fueran fichas de un tablero de ajedrez, nos permitían estudiar previamente, distintas estrategias a realizar durante la batalla. También dibujaba las algarradas, máquinas de guerra para disparar a las murallas y los almajaneques para derribarlas.

A los condes les encantaba mover las piezas dibujadas en los pergaminos traslucidos, sobre la carta geográfica. Colocaban cada bastión de su ejército en la posición que les parecía mejor, tratando de llevar el peso de la refriega; situando las fichas con la mayor ventaja posible para sus intereses. E intentando adivinar los movimientos del enemigo, así como estudiar la retaguardia y preparar previamente la huida, en el caso de que el combate no discurriese favorable a sus intereses; tratando de mantener en todo momento las espaldas de los nobles bien protegidas y así ejecutar la retirada en condiciones ventajosas; menguando lo máximo posible los daños en las tropas y reduciendo al máximo el número de bajas.

La ciudad estaba tranquila, la quietud se palpaba en las hojas de los abedules, no se agitaba ni una rama. Las puertas estaban cerradas y todo permanecía en silencio. Un cielo encapotado lo cubría todo amenazando con desatar una tormenta. Corría sobre el suelo empedrado hacia lo alto de la acrópolis, acompañado de Saúl, que compartía conmigo la teoría de que un cuerpo en forma ayudaba a alimentar un alma inquieta. Nos desplazamos sobre unas alpargatas con suela de cuero en medio de un Olimpo de bronce

y de mármoles, alcanzando una carroza y sobrepasándola para la sorpresa de Sira y Luisa que montaban sobre ella, vestidas de seda y púrpura, con sus brazos llenos de pulseras y los cuellos de collares de perlas. El caballo relinchó al adelantarlo. Cruzamos el templo de Júpiter, el palacio de la emperatriz Placidia y las termas de Arcadio; pasando al lado de la basílica de Santa Sofía, desde allí descendimos hacia el valle, recibiendo la brisa del mar y plantándonos frente a las murallas. Sin desfallecer, bebemos un poco de agua, y emprendemos el ascenso a una segunda colina donde se alza una mezquita, dejamos atrás una columna sosteniendo un Apolo de bronce con la cabeza del emperador Constantino colocada en medio de un foro antiguo y circundado de pórticos, arcos de triunfo y estatuas. Culminamos la colina y bajamos de nuevo al valle.

Nos abrimos paso, a codazos, entre los comerciantes; esquivando un cargamento de fardos de lino, brocados, seda y quintales de algodón. Derribamos un mostrador cargado de aceite de linaza, goma de tragacanto y papel de Damasco. Los subalternos del almotacén, tratan de mantener el orden, mientras continuamos nuestra carrera sembrando el caos a nuestro alrededor. En medio de un laberinto inmenso de caminos llenos de gente, corremos sorteando la algazara general, escapando del ensordecedor ruido, rumbo a una tercera colina, jadeamos como posesos, dejando atrás las murallas de la ciudad, cuyas puertas hemos atravesado tantas veces, sin detenernos, que los guardianes vitorean nuestros nombres, según nos alejamos de ellos.

Envueltos en sudor, nos acercamos hacia el palacio del emperador. Allí nos encontramos a los senadores saliendo de una asamblea y entre ellos a Judá, el padre de Saúl, que nos saluda efusivamente. A pesar de sus intentos por detenernos, nos excusamos y seguimos corriendo, pasando bajo un acueducto de arcos ligeros, revestido de guirnaldas que descenden sobre un poblado de casas. Aumentamos el ritmo, con el corazón acelerado, para acometer el ascenso a una cuarta colina, donde se alza la iglesia de los Santos Apóstoles, rodeada de escuelas, hospitales y albergues de caravanas. Asombrados ante la gran proliferación de sus cúpulas, allí se encuentra el mausoleo del emperador Constantino. Atravesamos otro valle cubierto de casas, para ascender de nuevo a la quinta colina consecutiva, sin parar de correr. Llegamos a la basílica de San Pedro y continuamos por un laberinto de

mirtos, dibujando formas descorazonadoras. Nos perdemos varias veces antes de lograr salir del laberinto y bajamos al valle, para ascender a una sexta colina, bordeando las murallas de un palacio, donde se corona a los emperadores, más conocido como el palacio de los príncipes.

En la séptima colina, sentí el sudor picándome en los ojos, recorriendo los muros almenados dirección al mar de Mármara, comienzan a flaquear mis fuerzas. Es la colina más oriental y grande de Constantinopla, recorrida igual que las otras seis por un riachuelo que penetra en la ciudad, cerca de la puerta de Carisio, precipitándose en el mar, al lado de un antiguo puerto. Casi no puedo respirar, aunque sigo en movimiento. Los pulmones no responden, pero las piernas sí. Entro en una especie de trance, mientras trato de soportar el ritmo de Saúl en carrera. Él es mucho más joven que yo, me siento en clara desventaja. Su ritmo parece imparable, pero me he propuesto soportarlo hasta el final. ¡Ánimo capitán ya falta poco! Resopla Saúl, adivinando el sufrimiento dibujado en mi semblante, trata de insuflarme valor. El judío es un gran motivador. No me pienso rendir ahora que falta tampoco para llegar a la meta. Bebo otro trago de agua y apretando los puños, me colocó a su altura. ¡Vamos con dos cojones! ¡Qué no se diga que los Andalusíes sois unos blandengues! Me arenga de nuevo. ¡No podrás conmigo cabrón! Resoplo en un arrebató de furia, disponiéndome para el esfuerzo final. Los bombachos y los jubones están empapados de sudor. Nuestros codos se rozan a cada zancada, cuando alcanzamos, entre vítores de algún comerciante, el barrio judío. La carrera para mí ha terminado, me acerco a una fuente y me dejo caer en su interior, salpicando de agua la calle. Saúl se detiene y me da una mano para ayudarme a salir del abrevadero.

—Sal de esa agua, ahí es donde beben las bestias —dice Saúl.

—Ahora nos merecemos unas buenas jarras de cerveza —replico sin fuerzas.

—Invitas tú que has perdido —dice Saúl.

—Está bien judío, yo invito y tú pagas —respondo

—De acuerdo, te lo mereces, corriste como un campeón —dice Saúl.

Antes de despedirnos y regresar a casa junto con nuestras esposas. Nos dirigimos hacia una taberna, pedimos dos jarras enormes de zumo de cebada, que nos bebemos con avidez. Estábamos agotados después de atravesar corriendo las siete colinas de Constantinopla. Esa noche dormiríamos como lirones, mañana nos esperaba otro día duro de trabajo en la biblioteca.

Constantinopla, 20 de octubre del año 942

Desde que Alfonso había comprado una esclava gallega para realizar funciones de niñera y encargarse de la educación de sus hijos durante la ausencia de sus madres, Luisa pasaba las horas en el hospital al lado de Sira. El edificio contaba con un recibidor en la entrada. En un mostrador se anotaban los ingresos y las altas. Un cipo coronado con águilas imperiales, figuraba como único elemento decorativo de la estancia. A la derecha se encontraba la sala de observación y rehabilitación, donde se trasladaba a los enfermos después de ser intervenidos. A la izquierda la sala de curas y primeros auxilios, usada sobre todo para tratar las urgencias y preparación de pacientes, antes de una intervención quirúrgica. Detrás del recibidor se encontraba una sala de espera, que derivaba en un pasillo central, desde el cual partían el resto de estancias, destinadas para cirugía, operaciones quirúrgicas, los infecciosos, la botica, las consultas, la preparación de alimentos, los retretes, los baños y el aula de reuniones; también destinada a masajes, impartir clases y otras actividades.

Las dos amigas se encontraban en la botica, etiquetando frascos con diferentes plantas medicinales, antes de colocarlas en sus correspondientes anaqueles. Sira explicaba a Luisa los secretos de la elaboración de diversos medicamentos, partiendo de diferentes hierbas. Para las plantas muy leñosas, había que hervir sus raíces en agua, sometiéndolas a la ebullición en un recipiente cerrado, finalmente el proceso, algunas horas o días antes de proceder al filtrado, se completaba con la maceración o extracción de líquido. Este método resultaba especialmente útil en las plantas ricas en mucílagos y debía tratarse con mucho esmero, pues si se realizaba mal, se corría el riesgo de perder algunas vitaminas y disminuir la concentración de minerales, con lo cual el producto final resultaría inútil.

El método más recurrido eran las infusiones y tisanas, debido a su fácil preparación. Mucho más complicado era la obtención de los extractos de las plantas. En un recipiente de porcelana se procedía a evaporar el jugo del

vegetal. Si se evaporaba toda el agua, el extracto se consideraba seco como el regaliz; si se hacía parcialmente quedaba blando y pastoso, cogiendo la consistencia de la miel. Mezclado con alcohol se convertía en un elixir, y podía guardarse como tónico durante largos períodos de tiempo. Los jarabes, muy utilizados para tratar todo tipo de males, sobre todo afecciones respiratorias, se lograban rebajando de alcohol, alguna de las soluciones anteriores. Luego añadiéndole diferentes mezclas medicinales, se sometían a una nueva ebullición, para conseguir aumentar su densidad. La técnica de la maceración, consistía en sumergir en agua fría o aceite, durante un tiempo, las raíces, hojas o flores de la planta, logrando excelentes resultados para elaborar aceites de masajes o de belleza. Además Sira le enseñó cómo elaborar y colocar compresas y cataplasmas.

Allí Luisa aprendió cosas tan importantes, como que de los estigmas y filamentos del azafrán se obtiene, un brebaje excelente para combatir el exceso de colesterol, la falta de apetito, el cansancio y aliviar la gingivitis; aunque básicamente se empleara para elaborar colirios y agua para lavarse los ojos. La col era el mejor remedio contra la ulcera gastrointestinal, guisada o en zumo, incluso resultaba letal para desinfectar el intestino de parásitos. El enebro se utilizaba para eliminar cálculos renales, líquidos, ácido úrico, aliviar la gota y mejorar la diabetes. Las hojas y flores de malva son balsámicas, emolientes y laxantes, resultaban un excelente remedio para las enfermedades cutáneas como forúnculos, piel irritada, acné, picaduras de insectos y heridas de todo tipo. Luisa sostenía en sus manos, un fruto ramoso y leñoso, equipado con barbas que parecía una garra.

—¿Qué pongo en la etiqueta? —preguntó Luisa

—Esta fruta la trajo un esclavo del Sudan, según nos dijo es muy eficaz contra la artrosis y la artritis. No tengo ni idea como se llama, ponle tú como te parezca.

—Le pondremos garra del diablo por su aspecto —concluyó Luisa

—¿Y esto? —dijo Sira sosteniendo un rizoma.

—Es un helecho, ¿cómo no me digas tú para qué sirve?

—Se habrán confundido, esto normalmente se usa en veterinaria para eliminar los gusanos intestinales de los animales.

Ambas amigas entraron en la sala de preparación de fármacos, donde hirvieron un poco de agua, sobre la que vertieron una raíz de malvavisco, elaborando un unguento con efecto emoliente y antiinflamatorio, para tratar las irritaciones de garganta y bronquios. Hacia primera hora de la mañana Saúl examinaba a los pacientes, dictándole a Sira sus observaciones. Ella era la encargada de registrarlas y transcribirlas en una hoja, que posteriormente se colocaba sobre la cama del paciente: donde figuraba la enfermedad, el tratamiento recetado y el nombre del medicamento administrado. Una vez terminada la revisión de los enfermos, visitaban la sala de trauma donde trataban las lesiones más leves. A los ulcerados se le limpiaba con un algodón la necrosis; y a los quemados se le aplicaba carne de ternera para evitar que la llaga se avivara. En caso de tener que realizar una intervención quirúrgica, mostraban sumo cuidado en esterilizar bien los instrumentos a emplear, para minimizar al máximo el riesgo de una infección nosocomial.

Después del trabajo las esposas de Alfonso llegaban a casa destrozadas. El capitán, antes de meterse con ellas en la cama, les propinaba un buen masaje con aceite de sésamo para aliviar el dolor muscular y de las articulaciones. Después del masaje, se encontraban tan relajadas que inmediatamente quedaban dormidas. Alfonso los días que no era capaz de conciliar el sueño, abandonaba la habitación para preparar una tisana de enebro. Luego se retiraba a otra estancia, para dejarles más espacio a ellas en el camastro, pues sus cuerpos le daban mucho calor y lo hacían sudar abundantemente, por lo que prefería dormir solo. A veces subía a la terraza a contemplar la luna proyectando su luz sobre las estatuas ecuestres de la entrada del palacio imperial, iluminando las titánicas pilastras de los anfiteatros, las termas y las esfinges de bronce sentadas sobre pedestales de pórfido. Alzándose como odaliscas sobre un sepulcro, donde yacen los cuerpos de generaciones de oficiales bizantinos, las esfinges los animan a revelarse en sus tumbas, intentando de distintas formas, mantener unido un imperio sacro, apostólico y románico, cuya magnificencia y prepotencia, lo arrastraría hacia un caótico destino. Bizancio había resistido durante muchos siglos el empuje de las invasiones barbaras por el norte, y del islam por el sur. Convirtiéndose en el último bastión en Oriente de una civilización, cuyo vasto imperio se originó

en Roma.

La nana dormía con sus hijos en otra estancia, situada al final del pasillo. Era pequeña y regordeta, pero tenía unas ubres enormes por pechos, capaces de amamantar a las dos criaturas a la vez. Se llamaba Aurora, Luisa la había escogido por su falta de atractivo, con aquel físico no podría ganarse la vida, ni como prostituta, ni dama de compañía; así evitaba tentar la lúvida compulsiva del capitán, que de tratarse de una joven hermosa y agradable a la vista, podría caer en la tentación de tratar poseerla, como había hecho con tantas mujeres a lo largo de su vida. Su rostro de mandíbula cuadrada, abultados mofletes rosados y mirada iracunda, denotaba una cierta brutalidad, acentuado por un aspecto marcial y déspota, cuyos gestos muy poco femeninos, carentes de la sutileza propia de las damas y de cualquier atractivo sexual, conseguía además de intimidar a los hombres, asustar a los niños en caso de que se portaran mal.

El capitán la observaba a veces, dando de amamantar a sus hijos, escudriñando a escondidas a través de la puerta entornada. El desmesurado tamaño de la vulva rosada que rodea al enorme pezón, inhiesto, rígido como un mástil, salpicaba de leche blanca los labios de los bebés, resbalando por sus barbillas, alimentaba las bocas sedientas que ingerían el líquido brebaje con avidez; aquellos pedúnculos le recordaban a las tetillas de la loba, dentro de la madriguera, surtiendo de leche a sus cachorros que, sin dejar de mamar, respiraban rítmicamente por el hocico; engullendo el líquido como si les fuera en ello la vida.

Dormía con la ventana abierta en busca del aire fresco de la noche, roncando a pleno pulmón. Soñaba con sus hermosas esposas, su difunto amigo Daniel, su antiguo amor Laura; con el monje y sus libros; con Azzam y sus músicos; con Hasday y sus remedios infalibles; con Zura el último de los yundíes crucificado por el califa; con Raquel y su sabiduría vinícola; con el príncipe al-Hakam sus modales y cultura, e incluso en ocasiones, soñaba con el tirano Abd al Rhaman dictando su sentencia de muerte. Entonces despertaba envuelto en sudores y debía beber mucha agua con esencia de garcinia para mejorar la producción de glucógeno en el hígado, tan necesario para la práctica de atletismo; muy adecuado para los deportistas como él, evitando la degeneración de la grasa hepática y actuando como un regulador

del apetito, suprimiendo al mismo tiempo, las ganas de comer en exceso.

El tiempo fuera de la biblioteca se le hacía largo. Se aficionó a las carreras de carros. Después de abandonar el hipódromo caminaba por las calles de Constantinopla, echando de menos la compañía de sus esposas. Ellas pasaban cada vez más tiempo en el hospital y Alfonso en su ausencia se aburría soberanamente. Al principio pasaba el rato jugando con Daniel y Umar con una pelota de goma. Pero se sentía un inútil, ante la fiera mirada de Aurora. Saúl y sus esposas trabajando duramente en el hospital mientras, él, ayudaba a su esclava a realizar funciones de niñera. Convenció a Saúl de que le permitiese entrar a formar parte de la plantilla del hospital. Aunque en principio tenía pánico a contraer alguna enfermedad contagiosa, mayor era el temor a que le saliese un quiste en el trasero de pasar tanto tiempo sentado.

El primer día acompañó a Sira para ayudarla a realizar cambios posturales, colocando almohadillas entre las articulaciones de los pacientes para evitar la aparición de úlceras por rozamientos. Se trataba de ancianos sin apenas movilidad. La mayoría de ellos no vivirían mucho tiempo. Algunos necesitaban ayuda para realizar las deposiciones, Sira le enseñó cómo colocarles la cuña sin levantarlos de la cama. En ocasiones se lo hacían encima, por lo que no quedaba más remedio, a pesar el fuerte olor de las heces que cambiarlos y limpiarlos. «Son como bebés —pensaba el capitán— espero morir antes de acabar así. No debes pensar eso, en la vida nunca se sabe dónde se puede llegar». Le torturaba la conciencia. Por las mañanas les ayudaba a ponerse en pie, colocando al paciente en posición horizontal, cerca del borde de la cama. Con las rodillas flexionadas, introducía el brazo izquierdo bajo las corvas y con el derecho, pasándolo por los hombros, se aseguraba de sostenerle bien el cuello para evitar que se desnucara; luego de un solo movimiento, tal como le enseñó Sira, girándolo sobre la zona iliaco-sacra, lo dejaba sentado en el lecho. Entonces pasando el brazo del paciente sobre su hombro, mientras él lo sujetaba por la cintura, trataba de hacerlo caminar; pero si no tenía fuerzas para sostenerse en pie por sí mismo, solicitaba la ayuda de otro enfermero, ambos lo alzaban, sosteniéndolo por las axilas y con la mano libre le lavaban el rostro en una jofaina. Al terminar lo sentaban sobre un banco, atándolo al respaldo con un cordel de lino, para que no se venciera hacia delante; le ponía el babero y con un platillo de latón, y una cuchara de madera, lo alimentaba colmándose de paciencia. En

ocasiones el paciente —debido a su demencia— se negaba a comer, y se veía forzado a introducirle la cuchara a la fuerza. Cuando al fin colaboraba, le hablaba con ternura, sin cesar de sonreírle y halagarle, por sus progresos a la hora de ingerir la comida.

Las insuficiencias respiratorias eran las urgencias más comunes, cuando estas resultaban muy graves, para evitar la muerte por asfixia, se le hacía una perforación en la tráquea y se le alimentaba con una sonda. Las flebotomías le imponían mucho respeto: se aseguraba previamente de encontrar la vena, antes de realizar la punción. En los hombres resultaba una tarea fácil, pues solían ser gruesas, y sobresalir como tuberías de agua sobre el mapa de la piel, sin embargo, en las mujeres eran finas y delgadas. En el caso de las fámulas, Sira le enseñó a buscar primero la aorta en el antebrazo, palpando las venas previamente con la yema de los dedos índice y corazón hasta encontrar el latido, siguiendo su ritmo, pincharía sobre seguro. La sangre se vertía en unos medidores de vidrio, ornados con figuras de elefantes, resultaba importante que el paciente percibiera la belleza de los dibujos, así se distraería y no se perturbaría tanto con el color del líquido sustraído, disimulado por la opacidad del recipiente.

A media mañana tenían tiempo para almorzar y descansar, comer algo de fruta e ingerir algún refrigerio. Se sentaban en unas mesas alargadas, médicos y enfermeros, compartían aquel momento de relax, cogiendo fuerzas antes de volver a la acción. Tardó poco Alfonso en acostumbrarse, al aspecto y olor nauseabundos, que mostraban algunas heridas. Al principio soñaba con hematomas, nódulos y tumores de todo tipo, que se le aparecían de repente por cualquier parte del cuerpo. Pero con el tiempo comenzó a gustarle aquel trabajo que combinaba muy bien con su labor en la biblioteca. Cuando ya llevaba unos meses en el hospital, cayó en la cuenta de que los kilos, que no había conseguido adelgazar corriendo por las colinas de la ciudad, se consumieron rápidamente, trabajando de enfermero. Se sentía más ligero y ágil que antes.

Un día Saúl, se dispuso para darles unas clases de anatomía, para ello aprovecharon varios cadáveres que unos griegos habían donado para la ciencia. Aunque la profanación del cuerpo humano estaba prohibida, las autoridades hacían la vista gorda, siempre que aquellas prácticas fueran

realizadas en beneficio de la ciencia. Antes de empezar, Saúl abrió ante ellos, unos estuches de piel de cordero que contenían todo un arsenal de instrumentos quirúrgicos: bisturís, escalpelos, tensores, refractores, espéculos, sondas y agujas. Portando un bisturí, realizó un corte limpio sobre el centro del pecho, extrayendo algunos órganos para explicarles sus funciones. Hizo otro corte a la altura del colón, un hedor a fecaloma se extendió de golpe por toda la sala. Sira lo cosió rápidamente con catgut, dando puntadas maestras, para dejar de nuevo la herida cerrada. Saúl la felicitó por su labor y le pasó el bisturí al capitán que, salió inmediatamente de la sala preso de unas náuseas terribles, para vomitar el desayuno sobre un cubo. Desde entonces Alfonso no volvió a comer, antes de asistir a una de aquellas clases. De todas formas no tenía ninguna intención de ser cirujano, pero le fascinaba todo lo relacionado con la ciencia. Aprovechando que el torso del cadáver estaba abierto, Saúl también les explicó, el funcionamiento de los sistemas digestivo, respiratorio, sanguíneo, endocrino y nervioso.

El tañido de las campanas de las iglesias de Bizancio, se extendía por la ciudad de Constantinopla, anunciando las campañas triunfales del ejército imperial en Armenia y Mesopotamia. Ante la llegada masiva de nuevas hordas de heridos a los hospitales de la ciudad, se duplicarían los turnos de los enfermeros. Era una oportunidad única para el capitán y sus esposas de poner en práctica las enseñanzas de Saúl. Las fracturas, luxaciones y rompimiento de huesos se trataron empleando vendas o yeso. Cualquier sedante o tónico era válido para mitigar el dolor a la hora de amputar algún miembro que había caído presa de la gangrena. Luisa era la encargada de verificar los datos de los fallecidos y confirmar su defunción a las familias. Antes de preparar el cadáver para ser entregado a las funerarias, mandaba salir a los familiares de la sala. Primero procedía a retirar la ropa de cama y desnudar al paciente, con una esponja limpiaba bien su piel, lo afeitaba y peinaba. Alineando el cuerpo estirando las extremidades superiores e inferiores, le cerraba los ojos tirando de los párpados hacia abajo. Luego tapaba con un algodón todos los esfínteres del cuerpo para bloquear secreciones, antes de preparar la mortaja y salir de la habitación para que pueda volver entrar la familia.

Curioso fue el caso del fallecimiento de un músico, muy conocido en

palacio por sus actuaciones, destinadas a levantar el ánimo de los combatientes. Murió presa del tifus y la familia le pidió a Luisa, discurriese un epitafio para poner en la lápida. Después de darle muchas vueltas, Luisa ordenó esculpir en el mármol, la siguiente frase acompañada del dibujo de una lira: el sonido de tu música vibrará siempre en nuestros corazones. La familia quedó encantada con la frase y pagó a Luisa una buena suma de dinero. La aragonesa, donó íntegra la cantidad recibida a una escuela de seculares, pues le pareció que ese hubiese sido el último deseo del músico.

El emperador Constantino había acudido personalmente a visitar a los heridos al hospital, vestido con una sencilla túnica de seda blanca, sin adornos, con el rostro adusto y una diadema de plata sujetando el dorado cabello en vez de la clásica rama de laurel. Besando el dorso de su mano, Alfonso se inclinó ante su presencia.

—Tenía ganas de conocerle capitán. El embajador de Hispania me habló maravillas de vos. Al parecer, tengo ante mí un fiero guerrero, con un brazo descomunal a la hora de empuñar el hacha —dijo Constantino.

—Sin duda Judá ha exagerado sobre mis habilidades. Fueron otros tiempos, yo era joven, ahora en vez de arrebatarse vidas, me dedico a salvarlas —contestó Alfonso, sorprendido de que el emperador en persona lo reconociese.

—De todas maneras si algún día cambias de opinión, te pondré al frente de alguna de mis legiones —le propuso Constantino.

—Gracias lo tendré en cuenta majestad —respondió Alfonso inclinándose de nuevo ante tal eminencia—. Pero sinceramente, creo que mi época en las milicias ya ha pasado.

El esbelto rostro del emperador y su porte atlético, no pasaron desapercibidos para las esposas del capitán que, enseguida le guardaron pleitesía. Antes de besar su mano, Sira clavó sus glaucos ojos en Constantino, que agradeció el gesto haciéndole una carantoña. Alfonso a pesar de su conversión al islamismo, permitía a sus esposas andar desveladas en el hospital, consciente de que su hermoso rostro traería alegría a los enfermos. En cuanto saliesen a la calle la cosa cambiaba, deberían cubrirse; pues el

capitán las quería para él solo. Luisa, que había sido criada en la religión cristiana y se había convertido al islam, solamente para poder casarse con el capitán, se reía de esas restricciones. Solo se ponía el velo cuando andaba acompañada de Alfonso. Convenció a Sira para maquillarse: blanqueándose el rostro con pasta de almendras y jazmines, se agrandaban las cejas y espesaban las pestañas con kohl; dibujando un círculo negro alrededor de los ojos, se marcaban lunares en las mejillas con alheña. Era difícil definir la belleza de la aragonesa: desde un velo blanquísimo, dos ojos negros, una boca purpura y una expresión dulce, saludaron al emperador. Cautivado por la belleza de aquellas dos mujeres, Constantino felicitó por su elección al capitán. Le encargó personalmente la traducción al latín de la obra de su amigo Galindo. El emperador había oído hablar maravillas de la literatura del monje y estaba ansioso por leerla. Un traductor sería enviado directamente de palacio para trabajar con Alfonso, codo con codo, en el encargo del emperador.

El emperador le dio un adelanto y, pudieron contratar los servicios de la escuela de traductores de Constantinopla. Alfonso supervisaba todos los trabajos con mesura. El arte de la traducción, no solo consistía en volcar del romance al latín toda la obra del monje, además había que saber interpretar el significado de las frases en otro idioma distinto del original, por lo que en ocasiones se veían obligados a reescribirlas de nuevo enteras. Los cálamos se deslizaban por los pergaminos a la velocidad del viento, la caligrafía debía de ser perfecta, la cubierta del libro revestida de concha de tortuga con motivos de cuero bordados sobre un fondo de oro, el título de la obra y el nombre del autor resaltado en letras doradas, la tinta utilizada de lana quemada, negra como el azabache. Los libros estuvieron listos al terminar la primavera del cuarenta y tres.

Al emperador le encantó el resultado de aquel trabajo y además de pagar una cuantiosa cantidad de dinero a Alfonso por los códices, sorprendentemente, lo nombró ministro; definitivamente el capitán había conseguido entrar de lleno en la corte del imperio. Se trasladó a vivir al gran palacio con sus esposas. Debido a su dominio del árabe, el emperador le otorgó la cartera de asuntos exteriores. Este cargo le proporcionó la inmunidad diplomática que necesitaba, podría viajar por todo el Oriente, sin que la sentencia de muerte que Abd al Rhaman había impuesto sobre él,

tuviese valor alguno en ningún lugar del Mediterráneo, salvo en el califato de los omeyas, de las negociaciones con ese territorio se ocuparían otros ministros. Desde su posición privilegiada, podría presionar para solicitar el perdón de Abd al Rhaman por una pena que consideraba del todo injusta. Se instaló en el palacio de Bucoleón, en una habitación que daba al mar. Un conjunto compuesto por estancias reales, despachos oficiales, iglesias, patios y jardines, descendía en terrazas desde el hipódromo hasta el puerto imperial. Aquel lugar no tenía paragón en toda Europa y los visitantes que acudían a admirarlo quedaban deslumbrados por su belleza. Sus esposas no terminaban de creérselo estaban viviendo en el corazón del imperio Bizantino.

Los libros de Galindo habían entrado de lleno en el corazón del emperador. Consciente de que Alfonso era íntimo amigo del monje, y se sabía de memoria muchos fragmentos de su obra: el emperador quiso tenerlo cerca para poder intercambiar opiniones y consultar dudas sobre aquella literatura tan profunda, empapándose de la sabiduría del capitán, a la hora de planificar campañas militares o negociar tratados con las grandes potencias extranjeras. Constantino solo le puso una condición antes de jurar el cargo: debería convertirse de nuevo al cristianismo y quedarse con una sola esposa.

Eso sí, podía mantener a la otra de concubina o criada. Después de mucho hablarlo con ellas aceptó, se casaría con Luisa en la iglesia de Santa Sofía y dejaría a Sira libre, al fin y al cabo, se pasaba la mitad de las noches en el hospital y era demasiado joven para él. Cuidaría de ella, mientras no encontrase un marido ideal que la colmase de la felicidad y atenciones que se merecía. En su corazón nunca abandonaría el islam, pero de cara a la sociedad volvería a ser cristiano. De todas maneras las dos religiones son monoteístas y tienen en común a Abraham como padre espiritual. Alfonso estaba seguro que independientemente como le llamaran, Dios solo había uno, tanto para los musulmanes como para los cristianos.

Constantinopla, 2 de julio del año 943

Los novios se situaron bajo un cielo cargado de cúpulas truncadas, suspendidas en el aire como si fueran estrellas de un firmamento; sujetas por pilastras enormes, arcos gigantescos y galerías colosales. Todo revestía resplandor para la ocasión. Las largas cadenas de bronce caían desde la base de mármol, donde se apoya la cúpula de la iglesia, descendiendo en haces de luces de labrada plata, hasta llegar cerca de las cabezas de los presentes; formando un gran círculo con una cruz resplandeciente en el centro. Alfonso y Luisa se abrazan con la mirada, bajo aquel inmenso vacío de pórticos y tribunas.

Desde al-Ándalus habían llegado sus amigos Sayida y Azzam para portar las arras y poner la música en tan entrañable velada. La novia vestida con brial blanco y un ceñidor de orifrés que remarcaba sus caderas, estaba exultante. Mirando sus ojos Alfonso sintió toda la fuerza del mar Mediterráneo atravesándolo de golpe. Saúl y Sira ejercieron de padrinos. El emperador Constantino apareció acompañado de su suegro, el anciano Romano I.

Las responsabilidades del gobierno habían recaído sobre su suegro, en cuanto Constantino no estuvo preparado para ejercer como emperador en todas sus funciones. Ese momento había llegado, su suegro se encontraba a punto de retirarse y Constantino estaba rejuveneciendo el gobierno, su entendimiento con Alfonso era total, por lo que además de ministro y amigo, el capitán se convirtió de la noche a la mañana en el principal asesor del emperador. Bastaron varias reuniones palaciales y un par de sesiones de cetrería para que Constantino no tuviese dudas: El capitán Alfonso Garrido era su hombre.

Entre columnas, balaustres y losas, se extendió un silencio sepulcral en la basílica, segundos antes de que el arzobispo de la ciudad los nombrara marido y mujer. El corazón de Alfonso se insufló de una energía cósmica

capaz de resucitar a un muerto, y a pesar de las restricciones y protocolos típicos de este tipo de ceremonias: no se contuvo y decidió besar a la novia ante la estupefacción de todos los presentes. El emperador comenzó a batir palmas y el eco de los aplausos, a los que se sumaron todos los presentes, se extendió por la colosal nave. Al terminar la ceremonia, los novios subieron a las galerías por una escalera, siendo retratados por un dibujante, sobre un fondo de cornisas, rosetones, balaustres y capiteles de estilo corintio. Luego regresaron a palacio bordeando el hipódromo, bajando por unas escalinatas hacia el puerto, se dirigieron a la playa, donde estaba programado el banquete. Hacía un día soleado, se habían colocado varios palios anclados en la arena, sosteniendo los toldos que proyectaban su sombra sobre las mesas de los comensales.

Los esclavos portaban bandejas con entrantes de todo tipo, la conversación era animada y fluida, cuando hicieron su aparición las fuentes con los mariscos y escanciaron vino aromatizado con jengibre en copas de plata. Los comensales estaban distribuidos en torno a una mesa central que presidía el banquete, donde se encontraban sentados Azzam, Saúl y Constantino por este orden, a la izquierda del novio y Sayida, Sira y Judá a la derecha de la novia.

Alfonso se mostraba ansioso por tener noticias de su amigo Galindo, que al parecer se encontraba feliz después de que Shifa diera a luz una niña, a la que le habían puesto Subh, un nombre corto que empezaba por la misma consonante que el de su madre. Muhamad, el hijo de Azzam y Sayida, se había quedado al cuidado de Shifa y Galindo en Córdoba junto a la pequeña Subh con la que hacía grandes migas. El tratado de paz por el que se había dejado la vida su amigo Daniel Gutiérrez, no había durado ni siquiera un año y los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes volvieron por toda la Marca Superior. Aprovechando el rompimiento de relaciones y las discrepancias entre León y Castilla, el califa dirige sendas aceifas hacia el norte. Con el rey leonés Ramiro y el conde Castellano Fernán González a punto de enfrascarse en una guerra civil, los cristianos resultaban más vulnerables. Pero en Córdoba todo estaba tranquilo. Las obras de Medina Azahara casi estaban terminadas y el califa pronto se trasladaría allí a vivir con toda la corte. Después de embarcar Alfonso en Almería, Azzam y Galindo habían regresado a Córdoba y, el príncipe cumplió su palabra, les regaló un condado en Sierra Morena al noroeste de Córdoba, cuya propiedad

ambos compartían.

—Ahora sois condes, brindo por ello —dijo Alfonso alzando la copa.

—Y tú ministro —repuso Azzam, chocando los cálices.

—Así qué me traes una nueva obra literaria de mi amigo el monje. ¿Cómo se titula? —preguntó Alfonso, cuando Azzam le enseñó un fajo de hojas de papel atadas con un cordel.

—El monje enamorado de la esclava del califa —contestó Azzam—, para que lo traduzcas a todos los idiomas conocidos en vuestro imperio.

—Así lo haré. No sé qué tendrán sus historias, pero han conseguido emocionar a todos los grandes príncipes y dueños del mundo conocido, desde León a Constantinopla —dijo Alfonso.

—Pues imagínate este título que está inspirado en su verdadera historia de amor con Shifa, seguro que te tocará el corazón — opinó Azzam.

—Tan solo un tipo como Galindo, es capaz de arrancar la flor más hermosa del jardín del príncipe. Estoy deseando leerlo, seguro que salimos nosotros —opinó Alfonso.

—Por supuesto amigo, sin nosotros no habría libro, todos somos hijos de al-Ándalus —concluyó Azzam.

La noche de bodas transcurría según lo previsto, Luisa vestida con un brial de seda, transparentando las líneas de su cuerpo, se mostraba insinuante ante la mirada felina de Alfonso, que trataba de abarcar con las palmas de sus manos, los opulentos senos de la aragonesa. El rosado pezón se expandió al contacto juguetón de la yema de sus dedos. Cada caricia suya aumentaba la excitación de su esposa, que se retorció de placer cuando, él, introdujo dos dedos en la oquedad de su sexo. La quería así, justo en ese punto; demorando al máximo el momento de la penetración. Pero la aragonesa no se quedaba corta y acariciaba el miembro del capitán con oficio. Su erección ya no le cogía en la mano cuando, Alfonso retiró los dedos de su interior y los

introdujo en la sensual boca de ella que los chupeteó con ansias, inundando con saliva sus propios jugos vaginales.

Entonces el capitán, resoplando, la mandó poner mirando a Cuenca: apoyada sobre las cuatro extremidades, con las rodillas medio flexionadas y la cabeza apuntando hacia el dosel, mostraba la breva rosada, derramando jugo ante su mirada; le sacó el brial por los hombros y observó la caída vertical de los senos, cuyo vaivén caldeaba el ambiente. Por probar la elasticidad de la vulva, Alfonso introdujo un puño en su interior. Ella emitió un gemido de protesta, pero evidentemente, había entrado hasta el fondo. Durante un rato lo movió en su interior, provocando las lágrimas de la aragonesa. Luego para evitar hacerle daño, abrió la mano antes de sacarlo. «Más, por favor, más... ». Suspiró Luisa. El capitán introdujo el falo y, tirando de las caderas de ella, golpeaba con la punta del glande en el interior del útero, mientras entraba y salía de ella. «Sí, sí, sí... ». Se incendiaba la aragonesa.

En la habitación continua, Sira sollozaba amargamente: sus gimoteos en un primer momento fueron ahogados por el orgasmo brutal de la pareja, después se extendieron por toda el ala norte de palacio; y si Alfonso no hubiese acudido de inmediato, acabaría formándose un altercado. La muladí había arrojado al suelo un juego de cerámica imperial que se encontraba sobre el bargueño. Su valor era incalculable y ahora se esparcía hecho añicos por las losetas de barro.

—¿Pero qué diablos haces? —gritó el capitán.

La cordobesa se volvió hacia él, loca de celos y de ira. Amenazándolo con quitarse la vida, si no abandonaba a la aragonesa y se iba con ella a Castilla. Allí podían ser felices. Había arriesgado su vida por él, desafiando al califa y yendo a buscarlo a las Alpujarras. Por lo que las marcas del látigo de Abd al Rhaman, quedaron grabadas para siempre en el mapa de su espalda. Alfonso trató de convencerla de que le llevaba veinte años y tarde o temprano, acabaría cansándose de estar con un viejo. Ella se volvió, iracunda, arrojándole un jarrón de bronce que rodó por los tapices del suelo, después de golpear con fuerza el hombro del capitán. Alfonso se arrojó sobre ella, rogándole que se calmara y dejase de comportarse como una loca.

—Si es por lo de esta noche. Puedes venir con nosotros al lecho, donde cogen dos, caben tres.

—¡No quiero volver a veros nunca más! ¡Me llevaré a mi hijo Daniel y regresaré con Azzam y Sayida a al-Ándalus!

—Eso nunca lo permitiré. Si quieres puedes irte, eres libre, pero Daniel me pertenece y se quedará aquí con su padre. Podrás verlo cuando quieras, aunque si intentas llevártelo yo mismo te mataré.

Las palabras de Alfonso destrozaron el corazón de Sira. Nunca podría abandonar Constantinopla con su hijo, ni obtendría la custodia. A pesar de que Daniel y Umar solo se llevaban seis meses y, por tanto era imposible que Luisa fuera la madre de ambos, después de aquella fraudulenta boda, legalmente como esposa única de Alfonso: Luisa figuraría en el registro civil como la madre de los dos varones. Pequeños vacíos legales, bastaba retrasar la fecha de nacimiento de Daniel y todo listo, él y Umar se convertirían directamente en hermanos gemelos; ventajas de ser hijos de un ministro del emperador. ¡Malditos cristianos! ¡Qué maldita ley era aquella en que solo se podía tomar una esposa por hombre! Sira rota por el dolor, lloraba desconsolada, Alfonso trató de calmarla, sujetándole el hombro. Ella retiró su mano furiosa. Y por aquel hombre había arriesgado su vida, jamás volvería a confiar en nadie.

—¡Eres un cerdo! ¡Tú nunca me has querido de verdad!

Esas fueron las últimas palabras de Sira, antes de abandonar la estancia. Salió del palacio y dejando atrás el hipódromo y la iglesia de Santa Sofía, se internó por interminables escalones, salvando montículos, pasando bajo altos arcos, atravesando oscuros túneles, sin otro faro que los alminares de una mezquita, cruzó solitarios senderos rumbo al hospital. Sus lágrimas resbalaban por el empedrado suelo de la calzada y desaparecían en las alcantarillas y desagües. El capitán no la merecía. ¿Cómo pudo traicionarla con la aragonesa? Ella solo era una cría para él. Solo se trataba de eso. ¿Quién la iba querer ahora qué tenía la piel llena de cicatrices? Escuchó una voz a su espalda llamándola. Al volverse descubrió el rostro luminoso de Sayida, jadeante, llevaba tiempo siguiéndola, atraída por los gritos de su discusión con Alfonso. Se sentaron en las escaleras de una iglesia, la luna

estaba alta y grande como una manzana. Sayida escuchó sus lamentos y su ira con calma, tratando de consolarla antes de tomar la palabra:

—La ley islámica permite a un hombre tener hasta cuatro esposas, pero el capitán no ha obrado bien; pues si a Azzam se le ocurriese casarse con otra, por muy musulmán que fuera, lo abandonaría y me largaría para Arabia con mi familia. En este caso, creo que te has precipitado. Alfonso no te dejará acercarse a vuestro hijo, sin la vigilancia de los guardias de palacio. Nada puedes hacer por arrebatárselo a su padre. Pero todavía eres muy joven y hermosa, ahora te encuentras ofuscada y es natural, sin embargo con el tiempo podrás conocer a otro hombre y tener más hijos. Alguien bueno como mi esposo Azzam o Galindo que, nunca te traicionará con otra y te colmará de atenciones. No todos los hombres son unos bastardos como el capitán.

—De momento no quiero saber nada de hombres. No soporto estar cerca del capitán, pero tampoco lejos de mi hijo —dijo Sira entre lágrimas.

—No te preocupes, a tu hijo nunca le faltará de nada, seguro que Alfonso tendrá reservado para él un alto cargo en el gobierno —la consoló Sayida.

—¿Y por qué no podría ser médico como Saúl? —replicó Sira.

—¡Estás loca! Esa es una profesión maldita y muy mal pagada.

—A mí no me importaría que saliera un Hipócrates.

—Incluso para ejercer la medicina se necesita mucho dinero y su padre lo tendrá. Nosotros nos quedaremos aquí un tiempo. Quizás te vendría bien cambiar de aires y venir con nosotros de regreso a Córdoba. ¿Piénsalo? —le propuso Sayida.

—Gracias amiga, lo pensaré —contestó Sira—. De momento nos iremos al hospital y te prepararé un té caliente.

Durante unos instantes, atravesando una zona lóbrega y solitaria, las dos mujeres recorrieron un terreno yermo, donde ya no se veían casas. El empedrado moría, los perros ladraban con ojos torvos y un grupo de armenios lanzaban miradas amenazadoras a su paso. Más adelante, una luna azul

iluminaba tenuemente la calle, las tiendas estaban cerradas y los pestillos de las viviendas trabados. El camino al hospital se le hacía largo, había resultado una temeridad salir solas a aquellas horas de palacio. Los mendigos las observan con ojos sediciosos, las toman por unas barraganas, un grupo de ellos intentaba rodearlas. Varios de ellos sacan unas dagas de las faltriqueras, sus ropas andrajosas apenas les cubren las pieles. Ellas se detienen aterrorizadas en medio de aquel nido de cuervos. Sira vuelca una bolsa de monedas de bronce, esparciéndolas por el suelo. Los mendigos se lanzan por ellas, acto que aprovecha Sira para coger la mano de su amiga y huir de aquella encerrona. Corren a través de una madeja de callejones, asustadas, escapando de aquel latrocinio, tratan de salvar su vida. Llegan exhaustas al hospital. Sira lamenta haberse comportado como una chiquilla, transitando sola por una ciudad tan peligrosa de noche. Si algo le hubiese ocurrido a su amiga, nunca se lo perdonaría.

De repente Sayida se lleva la mano al costado, la sangre corre a borbotones entre sus dedos. Es de color rojo brillante: en el momento de comenzar la huida, alguno de los mendigos la apuñaló por la espalda, dejándola malherida. Su rostro se muestra lívido, segundos antes de caer entre los brazos de Sira. La tumba sobre una cama, la sangre no para de manar, han debido de alcanzarla en una arteria importante. La hoja entró limpia a la altura del riñón y la herida muestra un aspecto horrible. En caliente no la notó y pudo recorrer la distancia que la separaba del hospital sin desfallecer. Sira corre como loca en busca de un médico. Le sorprende la presencia de Saúl en el hospital el día de la boda de Alfonso. El judío tiene el rostro desencajado y la mirada rota por la congoja. Su joven esposa Sara sufre una cefalea intensa y ha tenido que ingresarla de urgencia, pero la angustia de Sira es todavía mayor. Lleva las manos empapadas en sangre y las lágrimas resbalan a chorro por sus mejillas.

—¡Han apuñalado a Sayida en el barrio armenio! —grita horrorizada.

Saúl se olvida de su esposa por un momento y corre detrás de Sira hacia el lecho, donde permanece tumbada Sayida. Su cuerpo se convulsiona y la sangre continúa saliendo, formando un charco, cae de la cama al suelo. Saúl manda a Sira preparar rápido un cataplasma en una vasija de barro, mezclando arcilla y hierbas frescas. Unta la zona afectada tratando de

taponarla, luego le aplica un fuerte vendaje en torno a la herida. El pulso está muy débil. El médico se muestra preocupado, espera que el emplaste detenga la hemorragia y pueda salvar su vida. Ordena avisar a su esposo en palacio. ¡Menuda novecita! Su mujer muriéndose en la habitación continua, y él tratando de salvar la vida de la esposa de un músico. Sara muestra un aspecto horrible: llevaba unos meses sin trabajar en el hospital, debido a unas extrañas jaquecas que no cesaban de aumentar. Esa noche, al regresar de la ceremonia la encontró casi en coma. Se quedaba sin pulso y le faltaba el oxígeno. Después de reanimarla la cogió en brazos y la trajo hasta aquella estancia.

—¿Qué le ocurre? —pregunta Sira.

—Espero equivocarme, pero si es lo que pienso poco puede hacerse. Esto se da pocas veces, pero me temo que tiene un tumor activo en la hipófisis y se está extendiendo al hipotálamo, terminará destruyendo el sistema endocrino y le provocará la muerte, ¡solo Dios puede salvarla!

—Rezaremos entonces, no sabía que era tan joven —dijo Sira.

—Está embarazada de seis meses, ¡no quiero que se muera! Nos conocimos en la biblioteca. Ella es mucho más lista que yo. En cuanto la vi: bajita y regordeta, me enamoré terriblemente de ella. Mírala ahora, parece un esqueleto. ¡Maldita enfermedad! —. Las lágrimas invadieron el rostro del judío.

—Lo siento no sabía nada. ¿Cómo no la has traído antes?

—Ella no quería venir. Creo que hace tiempo sabe que se muere. Me decía que si se moría algún día, quería que nadie llorase por ella y menos yo. Y aquí me tienes gimoteando como un cretino.

Sira salió de la habitación dejando a Saúl a solas con su esposa. Azzam acababa de llegar y sostenía la mano de Sayida. Resultó algo embarazoso para Sira explicarle lo sucedido. El persa no escuchaba sus palabras, las lágrimas empapaban su barba con un sabor amargo. La respiración de su esposa era apenas un tenue vahído, lenta y profunda, como un pez respirando fuera del agua. Saúl entró y mandó salir a todos de la sala. De momento el

pulso era débil, pero la hemorragia había remitido. Debido a la sangre perdida, necesitaba una transfusión. Era arriesgado, pues era posible que su cuerpo rechazara la sangre del donante, pero las prisas premiaban y correrían el riesgo. Sira se ofreció voluntaria: al ser mujer era más posible que coincidieran sus grupos sanguíneos. Saúl preparó su brazo para realizar el sangrado, al terminar, le proporcionó un algodón para evitar se le formara un hematoma en la zona del pinchazo, mandándole presionar sobre el mismo.

El estado de Sayida, aunque crítico, se mantenía estable. Después de la transfusión el color había vuelto paulatinamente a sus mejillas. Para evitar la inflamación del tejido o un nuevo derrame vascular, cauterizaron la herida con un hierro candente.

—Es posible que el riñón quede afectado, pero pienso que lograremos salvar su vida —trató de consolar Saúl a un Azzam roto por el dolor.

Él había sido el culpable de lo sucedido por haberla traído a aquella maldita ciudad. Nunca debería haber aceptado la invitación de Alfonso, debieron quedarse para siempre en Córdoba con su hijo. Pero eran músicos y su profesión les exigía viajar constantemente. En esos momentos llegaron Alfonso y Luisa al hospital. Azzam lloraba tirado sobre un diván y el capitán trataba de consolarlo sin resultado. Quien no tenía consuelo era Saúl, su mujer acababa de recuperar el conocimiento minutos antes de morir. Sus últimas palabras calaron hondo en el alma del judío: «Me prometiste no llorar si me moría, quiero verte feliz. No te conviertas en una de esas plañideras que se pasan la vida lamentando la muerte de sus seres queridos. Búscate otra mujer que te ame, tanto como yo te he amado. Siento no poder haberte dado un hijo. ¡Amor mío! Pero me llevaré de esta vida el grato recuerdo de haber sido amada con toda la intensidad del mundo. Gracias por haberme querido tanto y hecho tan feliz. Conmigo ya has cumplido. Ahora te mereces lo mejor. ¡Vivirás la vida con intensidad!, ¡prométemelo!». Ese fue el último deseo de Sara, antes de dejarse vencer por la enfermedad. Aunque se lo había prometido: una intensa agonía lo envolvió de pronto, trató de frenar el llanto, haciendo un esfuerzo terrible por contenerse, pero no pudo cumplir su palabra. Entonces lloró y lo hizo a lágrima viva. Un torrente de líquido, descendió por sus mejillas.

Al menos les quedaban los ratos de felicidad compartida, eso jamás el

destino se los quitaría. Se sintió afortunado, a pesar de su desgracia; pues pocas personas en este mundo debieron vivir momentos de felicidad tan intensos como los que ellos compartieron mientras estuvieron juntos. Su amor siempre había sido verdadero y no un plagio, como tantos y tantos matrimonios tratando de simular una feliz vida en común, cuando en realidad están hartos el uno del otro; permaneciendo unidos, solo por el peso de la rutina o la responsabilidad de mantener a los hijos. «Si algún día dejas de amarme, no quiero que sigas ni un solo minuto a mi lado», le había dicho una vez, pero aquel comentario no era necesario. Si algo le sobró mientras estuvieron juntos fue amor. Cada día compartido a su lado resultó ser un regalo del cielo. ¿Qué podía decir de una chica de veinte años que había muerto?

Era maravillosa, le gustaba Sócrates, Platón, Aristóteles y él. Sé colocó el último de la lista porque sabía que nunca estaría a la altura de los grandes pensadores griegos. No era tan prepotente, aunque reconoció que ser consciente de ser el último de la lista de las preferencias de Sara, le cabreaba de sobremanera. Al menos le quedaba la duda, si con el tiempo sería capaz de superar a alguno de sus directos competidores. Aunque por desgracia Saúl no era un gran filósofo como ellos. Echaría de menos las largas discusiones intelectuales con ella, en las que él, debido a su estúpido orgullo judío, siempre se negaba a admitir su clara desventaja. Lamentó haber sido tan cabezota, pero ahora que ella había muerto, eso no serviría de nada.

En contra de la opinión de la comunidad hebrea de la ciudad: Saúl ordenó que la incineraran. Ese era el deseo de Sara, ella nunca quiso ser enterrada según las costumbres de sus ancestros: prefería vagar libremente por la faz de la Tierra, convirtiéndose en polvo y fundiéndose con el viento. Al día siguiente Saúl recibió sus cenizas en una caja hexagonal bruñida en plata. Sara le había ordenado, expresamente, que no arrojase sus cenizas, mientras no encontrase a alguien que lo quisiera tanto como lo había querido ella. Por entonces había perdido toda esperanza en hallar a otra chica, que le llegase a la suela de las alpargatas a su esposa. Así que las llevaría consigo, como si se tratase de un tesoro del que jamás nunca nadie le separaría. Se sintió un imbécil, incapaz de volver a amar nunca más: le invadieron unos deseos horribles de contravenir las órdenes de la difunta, y abrir la ventana del hospital para arrojar sus cenizas a la calle. Pero eso era contravenir el deseo

de una muerta. Si lo hacía, tal vez ofendería a su espíritu, y este le perseguiría, torturando su conciencia el resto de su vida. «Todo se hará según tus designios, cariño», pensó, mientras besaba la urna de plata con sus restos.

Sin embargo, si jamás encontraba a nadie. Si nunca más volvía a amar; entonces quisiera o no Sara, arrojaría sus restos a través de cualquier ventana, o desde lo alto de un puente o una montaña. «Por mucho que a ti te duela, ¡amor mío!, aunque sólo se trate de tus cenizas, me dolería verlas encerradas en ese maldito tarro durante mucho tiempo». Decir que los últimos años vividos con Sara, fueron los más intensos de su vida, era quedarse corto. Saber hasta qué punto su fallecimiento cambiaría su existencia, resultaba toda una incógnita. Pero si algo aprendió de Sara, fue a no desfallecer jamás. Si ella se lo hubiese permitido, le guardaría luto eternamente. Visto que ese no era su deseo, trataría de rehacer su vida, según los designios de su esposa. Por eso le reservó un lugar para siempre en el fondo de su corazón, y puesto que tanto ella como él eran ateos, se ahorró todo el desagradable alboroto que suponen los actos religiosos, correspondientes a las celebraciones de los funerales pertinentes.

Abandonó el hospital y salió a la calle, se sentó en un banco en un parque solitario, sin más compañía que las palomas y algún que otro anciano paseando de vez en cuando. Eran ya casi las nueve de la noche y comenzaba a hacer frío. Sintió el impulso de echar a correr para tratar de liberarse del dolor que le oprimía el pecho. Ya había llorado una vez. No podía permitirse el lujo de hacerlo nunca más. Debía hacerlo por ella, se lo debía. Fue así como decidió levantarse y se puso a correr como un loco, sin dirección. El corazón le latía con fuerza desgarradora. ¿Qué haría ahora él sin ella? ¿Hacia dónde le llevaría la vida? ¿Cuál sería su destino? Corría, corría, mientras los pájaros alzaban el vuelo a su paso. Quería desaparecer, recorrer todos los lugares de la ciudad por donde habían caminado cogidos de la mano. Sentarse en todos los rincones donde se habían besado. Sentir de nuevo en el paladar aquellos besos, suaves y blandos que se le habían quedado anclados en el alma. Tirarse de bruces en la verde hierba sobre la que tantas veces se habían quedado tumbados, largo rato abrazados, hasta que el sol se ocultaba y comenzaba a surgir una luna melancólica, tras la afilada silueta de los alminares de una mezquita cercana.

Deseó que aquella horrible enfermedad no le hubiese ocurrido nunca. Pensó en regresar a su casa. Imaginó que ella estaría allí esperándole, que aquel día nunca había existido. Al principio le costó volver. Cuando al fin una hora más tarde giró la llave de la puerta para entrar en su hogar, una extraña sensación de desolación le envolvió. Se quedó atónito observando sus cosas. Su habitación estaba tal como la dejó por la mañana. Cuando observó la cama vacía, pensó: «jamás seré capaz de volver a acostarme en ella, por otra parte sería estúpido no hacerlo, ahora que las sábanas todavía escondían parte de su aroma». Este último pensamiento le avergonzó tanto que a punto estuvo de dormir en el diván. Fue entonces, tumbado en la cama, cuando tomó la decisión de seguir adelante con su vida. Por mucho que le costase, trataría de borrar sus recuerdos de la memoria, al menos temporalmente. Hasta encontrar a otra persona con la que poder compartir tristezas y alegrías. Aunque no estuviese a la altura de las expectativas de Sara. Lo haría tan sólo para complacerla, y así poder esparcir sus restos por todo el universo.

En poco tiempo Sayida se había recuperado milagrosamente y el riñón apenas quedó afectado, tan solo una fea cicatriz adornaría su costado como recuerdo de la traumática herida. Le dieron el alta médica y pudo regresar, junto con su esposo, a sus aposentos en el gran palacio. El emperador personalmente se encargó de que no les faltara de nada mientras permaneciesen en la ciudad. Luisa y Alfonso dormían en la habitación continua a ellos, junto a otra estancia donde descansaban sus hijos y Aurora. La aragonesa cuidó de que Sira se encontrara con todo tipo de dificultades para acceder a ver a su hijo. Estaba acostumbrada a manipular a los hombres, ya lo había hecho con Zura, un gran caudillo; ahora hacía lo mismo con Alfonso, lo tenía tan atontado con sus juegos sexuales, que el capitán comería de su mano si se lo pidiese. Aunque amaba mucho más a su hijo Umar que a Daniel, era muy astuta, no cometería el error de mostrar ninguna deferencia entre ellos. Eso enojaría a su esposo y podría plantearse, el volver junto a Sira. El que Daniel fuera el primogénito no debería ser un problema, ya encontraría la manera llegado el momento, de conseguir una situación ventajosa, de Umar sobre su hermano. Era un tema que no debía obsesionarle, pues solo le podía traer problemas, por lo que decidió tratar a Daniel como si fuese también hijo suyo; eso contentaría al capitán, y le haría ganar muchos puntos a la hora de poder manejar situaciones, consiguió

reducir las visitas de Sira a una hora semanal, siempre bajo su supervisión personal. El objetivo era que Sira se agobiase y abandonase la ciudad para siempre. Era un plan perfecto, salvo por un detalle que pasó por alto, la viudez repentina de Saúl podría acercar, definitivamente, a Sira al judío. Los dos pasaban demasiadas horas juntos en el hospital, eso disgustaba mucho a la aragonesa, pues Saúl podía tomar partido a favor de la causa de Sira: la muladí deseaba terriblemente recuperar la custodia de Daniel. Luisa era consciente de la buena relación existente entre Saúl y Alfonso. Entonces en su cabeza todo dio un brusco giro. ¿Cómo no sé le había ocurrido antes? Si Saúl convencía a Alfonso, de que permitiese cederle la custodia de Daniel a Sira: Umar pasaría a ser el favorito de Alfonso, en detrimento de Daniel. Era una posibilidad con la que no había contado, aunque dudaba que el capitán se desprendiese de Daniel. Además de ser su primogénito, llevaba el nombre de su amigo, fallecido en una emboscada preparada por su antiguo amante. De momento, solo quedaba esperar acontecimientos.

Constantinopla, 26 de mayo del año 944

Aquella tarde Saúl ibn Ismael se encontraba en la biblioteca, cuando recibió un aviso urgente del hospital, de un atropello ocurrido cerca del acueducto de Valens que, canalizaba el agua de los bosques y las montañas más cercanas a la ciudad. Los médicos, profetas del abismo, rápido le informaron del angustioso panorama: el arrollado, un joven de veinte y tres años, estaba hecho un desastre. Lo estaban interviniendo, pero tenía la columna fracturada por tres sitios, varias costillas rotas y un fuerte golpe en la cabeza que le podía haber afectado al cerebro, además de numerosas contusiones de diversa índole. Nada pudieron hacer por salvarlo, el joven falleció cerca de la media noche.

Desde su boda, la aragonesa y el capitán, ocupados en los menesteres propios de la política, no habían vuelto a trabajar en el hospital. Ahora era Sira la que sustituía en ocasiones a Luisa, en la preparación de los cadáveres. El romano, al ser de familia noble, debería guardar el mejor aspecto posible, antes de ser mostrado a sus seres queridos. Lo desnudaron, previamente, para que los cirujanos hicieran su trabajo, reponiendo las zonas del rostro más afectadas, con trozos de carne sacada de los glúteos y el bajo vientre de la víctima. Saúl entró en la sala de improviso, sorprendiendo a Sira contemplando el desmesurado tamaño del miembro inerte del joven; el aspecto cerúleo de su bolsa testicular, también le llamaba la atención. Entre ruborizada y divertida, Sira clavó sus glaucos ojos en el viudo, que por unos instantes se quedó sin respiración. El mundo pareció detenerse a su alrededor, como cuando después de una larga travesía por los océanos, una galera atraca en un puerto. El judío llevaba ya varios meses de luto, y en unas semanas se cumpliría el año del fallecimiento de su esposa, casi el mismo tiempo que la muladí había roto todo tipo de relación con hombre alguno. Aquella mirada fue el detonante, de algo que tarde o temprano tenía que estallar. Los dos apartaron los ojos, como tratando de esquivar la inevitable atracción que estaba surgiendo entre ambos.

Las manos de Sira se mostraban inseguras, mientras preparaban la mortaja. Saúl también se encontraba nervioso y no acertaba a abrocharle las sandalias al difunto. Se sintió extraño, ya no podía mirar a su enfermera con los mismos ojos de antes y la voz le temblaba, cada vez que se disponía a transmitirle, algún tipo de orden. No sabía lo que le estaba pasando, era como si la voluntad le fallara. A partir de entonces, jamás podría volver a mirarla como una compañera o subordinada, ahora cada vez que se dirigía a ella: en vez de usar el tono grave y autoritario de antes, lo hacía modulando la voz para que sonase, suave y dulce, como quien recita una poesía. ¡Era ridículo! A su espalda los demás facultativos, conscientes de su perturbación, debían estar burlándose de él. Aquello no tenía ningún sentido, su familia no la aceptaría por ser la madre del hijo de un cristiano. Ella había peleado mucho para poder pasar más tiempo con su hijo. Pero la aragonesa aconsejada por su esposo, quería borrar de la memoria del pequeño Daniel, la imagen de su madre natural y le ponía todo tipo de trabas burocráticas, pasando de poder verlo una vez a la semana, a una al mes. Saúl trató de interceder a favor de Sira y ello supuso el enfado de Alfonso. Los dos amigos no volverían a trabajar, ni a correr juntos. De repente, Alfonso decidió romper cualquier tipo de relación con el judío, abandonó su empleo en la biblioteca y se dedicó en exclusiva a la política.

Sira se encontraba preparando unos jarabes en la botica, cuando Saúl se decidió a invitarla a dar un paseo. La muladí aceptó encantada. Charlaron durante mucho rato, no como antiguos colegas de trabajo, sino como dos personas que acababan de conocerse. El paseo resultó mágico para ambos, pasaron junto a varias cisternas y foros, perdiéndose luego en unas naves, entre capiteles en forma de pirámides truncadas. En el interior de aquella basílica, se escondían diferentes mosaicos de elefantes, invistiendo al viento con sus cuernos de marfil; simios de aspecto humano, trataban de trepar por una cuerda, con alas de algodón a la espalda; osos enormes devoraban ciervos, indefensos, entre sus gigantescas fauces; leones se enfrentaban a hipopótamos, que les doblaban en tamaño; y una pareja de eunucos, montados en un dromedario, portaban en sus brazos majestuosos halcones. Habían entrado allí, escapando del calor primaveral, tentados por la belleza del patio y los pórticos de la entrada.

Pasadas las horas de calor, se perdieron en calles cortadas por un barranco;

montes de vegetación selvática, separando unos barrios de otros; sepulcros situados a la salida de un teatro y desfiladeros medio escondidos entre árboles, donde se sentaban a charlar al borde del abismo. Las calles intrincadas, serpentean entre montículos movedizos, se deslizan por terraplenes sin fondo; curvándose al borde de precipicios, emergen de nuevo para pasar bajo acueductos, se bifurcan en callejones oscuros, descienden por prados y calzadas; mezcla de ciudad y monte, la calzada, embarrancándose, toma formas imprevisibles: uniendo la necrópolis con aldeas, campos, huertos, puertos, desierto, barrios y mercado; todo se alterna sin interrupción, escalonadamente, dibujando infinidad de improvisados contornos, hasta alcanzar el alto de un promontorio. Allí, bajo un soberbio olivo, la pareja de enamorados se cobija. Ella vestida de morisca, luciendo un alquicel blanco, sin atreverse a dar el primer paso, para sellar su amor, y entregarse a otro hombre que no fuese Alfonso. Él desorientado por la oscuridad, que dejó en su vida el fallecimiento de su esposa, tiembla ante el simple roce de otras manos, distintas a las de la difunta.

Hay pocos candiles y mucha distancia de unos a otros, la ciudad se vuelve tenebrosa y peligrosa de noche. Las calles están desiertas, solo transitadas por guardianes con perros, y grupos de jóvenes que salen de prostíbulos y casas de juego. Sería peligroso regresar a esas horas, se quedarán en aquella cumbre. Contemplando la ciudad en silencio: las innumerables ventanuchas iluminadas, los faroles de los barcos reflejándose en la bahía; fundiéndose con el firmamento, en un vano intento de plasmar, en un mismo plano: cielo, puerto y ciudad. El cielo se nubla parcialmente, reduciendo el espacio azul sereno, donde se lucen la luna y las estrellas; salpicando de manchas negras los bosques y jardines: blanquean las mezquitas y basílicas al ser rozadas por la tenue luz del firmamento. Es una locura, pero ninguno de los dos quiere regresar a casa. Abandonados allí, contemplando la ciudad, esplendorosa, desde lo alto de un terrado. Los corazones palpitan hasta casi salirse del pecho. Aquel era el lugar adecuado, Saúl saca de las faltriqueras, la urna con las cenizas de Sara y las esparce a puñados. Sira abraza su espalda, apoyando el rostro en su hombro, coquetea con el abismo. Todavía no se atreven a besarse, pero sus corazones laten con fuerza; fantasean con una vida mejor, la ilusión renace en sus almas atormentadas y el mundo está a sus pies.

Sira sabe que se perderá muchas cosas importantes en la vida, como

poder ver a su hijo Daniel crecer. El capitán se cerró en banda y no le permite verlo: solo cinco minutos una vez al mes. Durante esos minutos, lo observa a través de una ventana de cristal, ni siquiera puede tocarlo, ni hablarle, eso le produce una terrible angustia. Lo peor es esa bruja de Luisa, buscará la manera de quitarlo del medio para que Umar sea el favorito de su padre, y pase a tener el gobierno de una fortuna que, le corresponde a Daniel como primogénito. Nada puede hacer contra el poder de un ministro imperial. Nunca se resignará a perder a su hijo para siempre, pero tampoco puede retenerlo a su lado. Saúl adivina sus pensamientos y la abraza en silencio. Las lágrimas resbalan por el rostro de Sira, rebelando el sufrimiento de una madre incapaz de entregarse al hombre que ama, mientras no pueda contemplar de nuevo el semblante de su hijo. El judío la comprende y le aprieta con fuerza la mano. La ama y esperará con paciencia que su congoja disminuya, la estrecha contra él y besa despacio sus lágrimas. «No te preocupes pronto estaré preparada, creo que nunca superaré lo de Daniel, pero seré tuya igualmente», le susurra al oído. «No importa, no hay prisa ninguna, yo tampoco superaré lo de Sara, pero algún día me casaré contigo, a pesar de lo que opine mi familia», responde Saúl. Ella le besa suavemente en la boca, resultó un beso suave y esponjoso, pero ninguno de los dos se atreve a llegar más allá. Se quedan dormidos sobre la hierba, abrazados, esperando la llegada del alba.

Las nubes amoratadas amenazan con descargar su carga eléctrica de goterones, hilos de agua caen del cielo sobre ellos, empapan la tierra, mojando los matorrales, se cuelan a través de la copa de los árboles, chapoteando en la bahía; donde los barcos comerciales se amontonan dispuestos a pasar las mercancías por las correspondientes aduanas. La pareja se refugia en el interior de un tronco de un castaño. No hay duda todo saldrá según lo previsto, la ayuda del padre de Saúl resultará decisiva. Miran desde lo alto por un catalejo, el ojo les muestra claramente la embarcación partiendo. En esos momentos Azzam y Sayida se encuentran en el camarote, abren el estuche donde generalmente guarda el persa la lira y de su interior surge el pequeño Daniel. Los deseos del niño de volver a ver a su madre, manteniéndose en silencio dentro de la caja del instrumento, resultan providenciales para que la misión tuviera éxito, su colaboración es determinante. Azzam se despide de una ciudad tan risueña y grande, sus

perfiles inmensos y sus ricos colores, la hacen parecer la ciudad de las hadas. Navegan rápidamente en pleno Bósforo. El emperador Constantino, el capitán Alfonso y su esposa Luisa, se despidieron de ellos en el puerto, ignorando que terminaban de raptar a su hijo. La niñera tardará unas horas en despertar del golpe y denunciar su desaparición. Lo más fácil resultaría matarla, pero le pareció de una crueldad desmedida. La sorprendió, con el rostro enmascarado para que no pudiese reconocerlo, después la golpeó con fuerza con la empuñadura del alfanje, antes de amordazarla. Luego aprovechando que su hermano estaba dormido, Daniel se escondió dentro del estuche del instrumento para encontrarse con su verdadera madre, según le había explicado previamente Azzam.

Las fiestas de corpus mantienen a sus padres entretenidos: las gradas del hipódromo están repletas de gentío para despedir a las procesiones que recorrerían toda la ciudad. Desde el palco imperial presidiendo la tribuna real, Alfonso y Luisa acompañan a Constantino VII. Imitando al emperador, responden con saludos a los vítores de la multitud. El emperador da la señal de salida, los carruajes con las imágenes sagradas comienzan su andadura ante los canticos de la muchedumbre. Los festejos se prolongarían por varias horas. Esa noche el capitán y su esposa se encuentran demasiado ebrios para dar las buenas noches a sus hijos. Prefieren retozar desnudos en su alcoba. El llanto desesperado de Umar, tratando de desatar a la maniatada Aurora, resultará inútil. Sus padres en la habitación de al lado, duermen como troncos. Cuando despierten por la mañana y descubran la ausencia de su primogénito, se llevarán un susto de muerte. Su primer impulso tras descubrir la desaparición de su hijo: sería localizar a Sira como máxima sospechosa. No se les pasa por la cabeza, que el crio haya embarcado mar adentro, en la coca donde viajan Azzam y Sayida. ¿Jamás creerían que sus mejores amigos les traicionarían?

Saúl y Sira lo saben, bajo la lluvia cabalgan a toda velocidad por toda la costa del Bósforo. Atraviesan claros intercalados con grandes manchas boscosas. Calados hasta el tuétano, solo protegidos por una capa de hule, fustigan con sus vainas los lomos de sus monturas, llegando a una solitaria playa de arena blanca, donde los esperan cuatro fornidos vikingos con un bote. Suben en la pequeña embarcación, y se dejan llevar por los cuatro musculosos pares de brazos de los nórdicos que, reman sin cesar hacia la

coca, anclada cerca de un arrecife, donde les esperan sus amigos. Las lágrimas descienden a raudales por el semblante de Sira, al subir a bordo y abrazar a su hijo Daniel.

—¿Y papá no vendrá? —le sorprende la voz de Daniel.

—No, pero nos acompañará mi amigo Saúl —le dice Sira a su hijo.

Daniel sonríe con una especie de mueca al judío y este lo sostiene en sus brazos, acun ndolo como si se tratar  de su propio hijo, aquel del que Sara estaba embarazada cuando se murió. La tripulación suelta las anclas y la coca comienza a moverse, rumbo a occidente, dirección al- ndalus, pero todavía les queda un largo recorrido hacia su destino. Dejan atrás pueblos, playas y valles. La coca se desliza suavemente por las aguas, impulsada por una gigantesca vela cuadrada, colgada de un mástil situado en el centro de la embarcación. La tripulación parece muy curtida, se trata de avezados navegantes nórdicos, de largas melenas y barbas rubias, cuyos ojos eran azules y su estatura enorme. Las buenas relaciones diplomáticas y comerciales del embajador Judá con los vikingos, resultaron providenciales a la postre para conseguir su ayuda.

La historia del rapto del niño comenzó a fraguarse, unos días después de Saúl haber pasado la noche con Sara de guardia en el hospital y comenzar a plantearse por primera vez en serio casarse con ella. La explicación que le dio a su padre sobre el asunto, no convencí demasiado al senador: una madre lejos de su hijo, nunca conseguir  ser feliz y eso podr  perjudicar, a la larga, a la futura felicidad de la pareja. Aunque no le agradaba en absoluto que se casara con una madre soltera, Judá prometí ayudarle, si aquella era su decisión. De inmediato la idea del rapto comenzó a rodar por la mente del médico, se lo coment  a Azzam y la maquinaria del secuestro, empezó a ponerse en marcha. El persa aunque nunca lo había expresado en público, estaba dolido con el capitán por haber abandonado la religión de su pueblo, en favor del cristianismo. Además de faltar a sus obligaciones como esposo respecto a Sira; que aun encima pretendiera quedarse con el niño, le parecía un sacrilegio.

Este hecho último, provocó la huida de Sira del gran palacio. El intento de

su esposa por consolarla, siguiéndola en plena noche por las calles de Constantinopla, casi le había costado la vida. Aunque indirectamente, Azzam se empeñó en culpar a Alfonso de ese hecho: si el capitán hubiese cumplido con sus obligaciones matrimoniales como buen musulmán, Sira nunca se vería obligada a escapar en plena noche de palacio, y Sayida no la hubiese seguido poniendo en peligro su seguridad. De todas maneras, el rapto no sería posible sin la colaboración de una tercera persona, la aragonesa tenía la llave para que la operación tuviera éxito. Necesitaban aflojar la vigilancia en el interior de palacio. Azzam conocía los deseos de Luisa de liberarse del pequeño Daniel, cuando el persa le insinuó esa posibilidad, ella le indicó el día y la hora. Aprovechó la festividad de Corpus para dar la tarde libre, tanto al servicio como a los guardias de la puerta principal, que controlaban a todo el que entraba y salía de palacio. Les entregó una orden firmada por su propio esposo que escribió la propia Luisa y Alfonso no se molestó en leer, convencido de que se trataba de un asunto de menor importancia. Solo esto, explicaba la facilidad con que Azzam salió de palacio cargado con el estuche, sin acarrear sobre su persona ningún tipo de sospechas.

En ningún momento de las jornadas siguientes Sira se separa de su tesoro, disfrutando cada minuto de la compañía de su hijo como si fuera a ser el último. Las horas pasan lentas y monótonas para Saúl mientras se deslizan por el mar Egeo, divisando las islas Cícladas en el horizonte. «Si la cosa no va bien entre vosotros, siempre podrás regresar a casa», piensa resignado a ocupar un segundo lugar en el corazón de Sira. «Debes tener paciencia es natural lleva mucho tiempo sin verlo. Quizás deberías buscar una esposa libre de cargas como te sugirió tu padre. Viajarás a Córdoba para conocer al gran Hasday, un médico con el que podrás compartir grandes conocimientos y allí decidirás que hacer respecto a Sira. Lástima que estos marinos sean tan fuertes y sanos que no necesiten de tus servicios». Entonces de pronto Saúl sale de su mutismo, parece que una voz a su espalda lo saca definitivamente de sus pensamientos.

—Debes tener paciencia amigo. Durante mucho tiempo ella pensó que lo había perdido para siempre. Es lógico que deseen estar juntos, madre e hijo solo tratan de recuperar el tiempo que les fue arrebatado. Cuando seas padre lo comprenderás —dijo Azzam apoyando una mano en su hombro.

—Lo sé. Esperaré el tiempo necesario. Solo que en ocasiones pienso que me estoy metiendo en un mundo que no me pertenece —comenta Saúl al pasar cerca de las ruinas de la monumental isla de Delos—. Espero estar a la altura de las circunstancias.

—No te preocupes. Si quieres conseguir su amor, debes respetar su espacio. Todas las relaciones tienen sus altos y bajos, para que funcionen lo mejor es quitarle importancia a los obstáculos y dejarse arrastrar por la marea. Solo tienes que fijarte en este viejo cascarrón de madera, cuando el viento sopla a favor se desliza con gran facilidad por las aguas y cuando regresa la quietud y el mar está en calma. Entonces debemos armarnos de paciencia y esperar. Tarde o temprano el viento volverá soplar y la coca, volará de nuevo, acercándonos un poco más hacia nuestro destino. En este momento para vosotros el mar está en calma, pero no te preocupes cuando llegemos a Córdoba, ella ya habrá saciado sus necesidades afectivas con respecto a Daniel y tú volverás a estar dentro de su centro de atención. Entonces el viento soplará de nuevo para vosotros y podréis amaros con tranquilidad. Sira es una mujer maravillosa y tú lo sabes. No encontrarás otra igual en todo el Egeo —dijo Azzam señalando el horizonte—. Como en el mar, en el amor no siempre ayudan las situaciones climatológicas. Además todo este distanciamiento entre vosotros os vendrá bien, sobre todo a ti, para que termines de superar la pérdida de Sara.

—Creo que eso nunca lo superaré —interrumpió Saúl la exegesis de su amigo.

—Lo harás. ¡Créeme! Igual que la marea arrastra hacia la orilla los restos de un naufragio. Lo mismo ocurre con los amores pasados. Ante la aparición de uno nuevo, la memoria los expulsa de la mente. Porque igual que la marea, la psique se alimenta del presente. Nada como una caricia y el beso salado de una sirena, para que el más adusto de los hombres se entregue por completo a Eros.

—Eres realmente sabio amigo —responde impresionado Saúl.

—Soy músico, solo trato de adoptar el ritmo de la naturaleza a los sentimientos humanos. Hazme caso, no hay nada peor que un viejo solterón amargado. En cuanto arribemos a Creta os casaréis como tenéis planeado. —

sentenció Azzam, mientras observaba el grácil vuelo de los pelicanos.

# **PARTE**

## **VI**

### **La ciudad del azahar**

Medina Azahara, 22 de marzo del año 946

El califa despertó de un profundo sueño, descorriendo los celajes colgados del dosel, abandonó el lecho caminando, descalzo, sobre baldosas de barro cocido con ilustraciones pétreas. Después de cruzar bajo las dovelas de varios arcos de herradura, salió a la terraza del alcázar. El perfume del azahar se extendía por todos los rincones de la ciudad, recordándole su olor, en esencia, a la fragancia emanada en el pasado, por la piel de su amada Azahara. Los almendros, manzanos, cerezos y naranjos, lucían sus mejores galas, vistiendo callejones y plazas; llegando sus efluvios, incluso, dentro de las moradas, hasta lo más íntimo de los patios. La construcción de los jardines era supervisada por su hijo al-Hakam, que se implicaba con pericia en su diseño, encargándose personalmente de escoger las mejores especies arbóreas y plantarlas en el lugar adecuado, tratando con sumo cuidado que no desentonaran del resto. Los jardines fueron construidos, antes de que los maestros alarifes comenzaran las obras de la muralla, los palacios y las mansiones. Aquello supuso un gran quebranto para los albañiles, escayolistas, artesanos, carpinteros, ebanistas y herreros que debieron bordear los intrincados jardines, para evitar pisar los terrenos sembrados, retrasando las obras y alimentando la ira del califa.

Abd al Rhaman mandó llamar a Hasday, pretendía inaugurar el gran pórtico, donde se encontraban las estancias de los nobles, y para ello se le había ocurrido organizar una fiesta. Había contratado a los mejores músicos de damasco, pero para colofón de la misma, exigía la presencia de Azzam y su banda, acompañados por las voces de las cinco Lobas. El persa, su esposa Sayida y la muladí Sira, habían arribado, en una embarcación vikinga, hacía unas semanas a al-Ándalus y ya se encontraban en la ciudad. Raquel y Shifa también estaban localizadas. El problema más grande, sería traer de vuelta a Laura. La andalusí había vuelto a jurar los votos y se encontraba dirigiendo un convento. En cuanto llegó Hasday, Abd al Rhaman le pidió que partiera hacia Sevilla a buscarla. El judío se apresuró a preparar los bártulos para

partir cuanto antes, en busca de Laura. Su marcha había dejado un gran vacío, en el quebrado corazón de Hasday.

Hacía meses que el médico rondaba la biblioteca de al-Hakam donde trabajaba Raquel. Pasado el período de luto obligado, la cordobesa estaba obcecada en mantener vivo el recuerdo de su esposo. Los encuentros entre el judío y la viuda se sucedían, pues Hasday gustaba de conversar con ella de todo tipo de temas. Trató varias veces de seducirla, pero ella esquivaba cualquier intento, centrandose exclusivamente la charla, en temas intelectuales. Era dura de roer. Hasday no se daría por vencido tan fácilmente. Cada anochecer ella bajaba hasta el cementerio, donde permanecían enterrados los restos de su marido, para rogar por su alma. Pero habían pasado ya cuatro años de su muerte y aquella letanía a Hasday, le parecía algo exagerada. No comprendía su obcecación por guardar la memoria de su esposo, después de muerto, cuando en vida lo trataba como un felpudo. Un día cansado de sus idas y venidas al cementerio, decidió intervenir. La siguió hasta el campo santo, esperó que terminara de rezar sus oraciones y besase la lápida, para abordarla a la salida de la necrópolis. Justo cuando giró a la izquierda, dejando atrás un enorme panteón de estilo bizantino, la sujetó por los brazos, apretando tanto que le dejó la piel amoratada. Ella se sorprendió ante su presencia, mostrándose inhiesta, estiró el cuello como un gallo de pelea.

—Creo que debemos hablar tú y yo —dijo el médico clavando los ojos en ella.

En un rápido movimiento, Raquel propinó un rodillazo al judío, allí justo, donde un hombre tiene sus partes más sensibles, y Hasday doblándose por la cintura, se dejó caer en el suelo roto por el dolor.

—Esas no son maneras de tratar a una dama. Si vuelves a seguirme, la próxima vez te convertiré en eunuco. De momento me siento impura para entregarme a ningún otro hombre, que no sea mi esposo Daniel —dijo Raquel, mostrándose altiva y desafiante.

Hasday trataba de recuperar el aliento y ponerse en pie, mientras ella desaparecía de su presencia, cubierta de pies a cabeza por una túnica negra. Desde entonces no había vuelto intentar acercarse a la viuda. Estaba loca si

pensaba que iba proponerle matrimonio a semejante fiera. El recuerdo de Laura, volvió de pronto de nuevo a su mente, nunca había deseado tanto a una mujer como a ella. Aquel encargo del califa, le vino como anillo al dedo, pronto partiría hacia Sevilla, en busca de la quinta Loba: una monja cristiana que nunca quiso saber nada de los hombres, y cuyo recuerdo, le producía una terrible y convulsa excitación —decidió llamarla, quinta Loba, puesto que las otras cuatro ya se encontraban en palacio, y ella era la única que faltaba para preparar la fiesta de inauguración del gran pórtico—. Era como tratar de convencer a una Virgen que abandonara su santuario y se fuera con él. «Eso es imposible, nunca querrá saber nada de mí. A esa no le interesan para nada los hombres, solo la vida monacal y los rezos. No tengo nada que hacer lo sé; sin embargo no puedo evitar sentir una atracción irresistible, casi animal, aquí, surgiendo en lo más profundo de las entrañas, justo en la cavidad abdominal donde se alojan los intestinos. Aun a sabiendas, de que según me contó el califa: solo le gustaban las mujeres, trataría de hacerla mía, en el viaje de vuelta a Córdoba, aunque solo fuera por una noche». Aquellos lujuriosos pensamientos torturaban al judío, que no entendía cómo podía caer tan bajo, una mente tan privilegiada y cultivada como la suya. Laura ya había elegido a Dios hacía tiempo y debía respetar su decisión. Raquel tampoco quería saber nada de hombres. En poco tiempo era posible que ingresase en el convento de su amiga. A partir de entonces debía elegir mejor a sus pretendientes.

Las edificaciones se sucedían en terrazas, invadiendo las faldas del denominado por los árabes monte de la Desposada, situándose el alcázar en la parte más alta; desde allí Sira y Saúl contemplaban la llanura cargada de huertas. Masas de vegetación poblaban la rivera, distinguiéndose en el horizonte, sobresaliendo entre las murallas de la ciudad de Córdoba, las torres y los alminares. Aunque no lo amaba tanto como al hijo de Alfonso, Saúl aceptó su condición de segundón, desde el momento que contrajo matrimonio con Sira. De momento ella no quería tener más hijos, para disfrutar todavía más de la presencia del pequeño Daniel. Con la incomodidad que ello suponía, teniendo que tomar todo tipo de precauciones, incluso abstenerse de copular en los días fértiles. Saúl solo podría poseerla: fuera de los períodos de ovulación. Aquel pequeño contratiempo suponía, contenerse constantemente, durante ciertos días del mes de hacer el amor. Para ello Saúl,

minuciosamente, marcaba en un calendario hebreo, dichas fechas, encerrándolas en un círculo rojo. De todas maneras ella era una mujer muy ardiente y no cabía duda, de que terminaría por cometer alguna imprudencia y saltarse las fechas señaladas. En ese caso solo les quedaba contar con la habilidad de Saúl, para salirse de ella en el último instante. Además estaban una serie de remedios tradicionales: hojas y emplastes que se podían colocar taponando el útero e impedían la absorción del esperma. Aunque incómodos de colocar, resultaban altamente efectivos.

Para Sira, el amor por su hijo seguía ocupando un lugar preferencial en su vida, por encima de cualquier otra cosa, aquella maravillosa criatura de apenas cuatro años, colmaba gran parte de sus expectativas afectivas. La buena relación entre su padre adoptivo y su hijo, le ayudaba a solventar su agrio carácter. Saúl sabía cómo detenerla, cuando se sobrepasaba en sus atenciones de madre primeriza. Aunque ni una sola vez, se atrevió a poner en una balanza: el cariño que sentía por él, en contrapeso con el del niño. El peso sin duda, se inclinaría sin necesidad de inercia, hacia el lado de Daniel. Es más, si no se diese el hecho de haber recuperado a su hijo de las garras del capitán: su relación amorosa con ella, nunca hubiese tenido lugar. Es imposible que anude el deseo y la pasión sexual, en el pecho de una madre angustiada. El deseo sin duda había regresado, una vez su maternidad se volvió a estabilizar. Por otra parte, ella sería capaz de sacrificarse y pasar el resto de su vida al lado de Alfonso, sin amarlo, solo por permanecer junto a su hijo.

Las mujeres ocupaban un papel secundario en aquel mundo de hombres. Limitadas, en la mayoría de los casos, sus funciones al hogar. Se sentía una privilegiada al poder volver a trabajar en el hospital con Hasday. Eso la hacía diferente a las demás. Pero no se conformaba con tener un trabajo propio de hombres, también añoraba ser tratada como una igual por sus análogos masculinos. Exigió desde el principio un sueldo digno, equivalente al de los enfermeros varones. Hasday conocedor de sus habilidades como enfermera, pues la había tenido a su cargo durante un tiempo en el pasado, no dudó en colmar las aspiraciones de la muladí.

Los conocimientos de cirugía de su esposo y su condición judía que ambos compartían, agradaron también mucho a Hasday. Dándole a Saúl la

bienvenida a su equipo de médicos. Le asignó una túnica blanca, obligado uniforme para trabajar en el nuevo hospital de Medina Azahara. Requisito que al principio le resultó extraño a Saúl —en su residencia de Constantinopla la indumentaria era libre—. Nunca antes había visto a un médico utilizar uniforme. Escogió una prenda holgada para tener amplitud de libertad de movimientos. El uniforme lo hacía sentir parte de un equipo, uno más dentro del grupo. El hospital era mucho más confortable y grande que el de Constantinopla, poseía un patio interior con una fuente y amplios pórticos a los lados; el califa pretendía tener a Hasday siempre cerca de palacio, por eso mandó construir un nuevo hospital en Medina Azahara, muy similar al de Córdoba.

Al anochecer, después de terminar su cuarta semana de trabajo; desde el alcázar observaban extasiados la belleza del paisaje. Saúl sujetó la mano de Sira y el pequeño Daniel se enredaba jugando entre las piernas del médico. Los tres están felices de encontrarse al fin en al-Ándalus. El viaje en barco desde Constantinopla se le había hecho largo, a pesar de las avezadas artes de aquellos osados marinos, comandados por Horik Ragneri, un noble vikingo que había partido de Dinamarca hacía cuatro años. La travesía duró demasiado para una pareja de recién casados, poco acostumbrados a la mar.

Horik tenía treinta y dos años, una larga estatura y una larga melena rubia, trenzada en una coleta que le llegaba a la cintura, vestido con una falda de lino y un chaleco de lana, partió hacía unos días con Hasday hacia Sevilla, en busca de Laura. En cuanto lo vio, Laura se encaprichó, sorprendentemente, de él. Ignorando a Hasday durante todo el viaje de vuelta a Córdoba, mostraba ojos solo para su nuevo amigo. Aunque Horik no hablaba una sola palabra de romance, se entendían en latín y árabe. Desde el principio, Horik mostró una gran predisposición para aprender el romance, y ganarse la simpatía de su profesora. Según se alejaban del convento: Laura se cambió el hábito de monja por un vestido de seda, bordado con rosas rojas, en las mangas y el cuello. Quería estar guapa a toda costa y, cada vez que el vikingo clavaba sus ojos en ella, sus mejillas se sonrosaban como melocotones encarnados. Hasday no daba crédito a lo que estaba viendo, mostrándose escéptico ante la inesperada aptitud de Laura: «Estará jugando con él, como hizo antes conmigo», pensaba el judío lacónico. Pero los días pasaron y la

actitud de Laura hacia el vikingo, no cambió un ápice. El mismo califa se sorprendió, al verla aparecer toda sonriente, por la puerta norte de Medina Azahara. Con el pelo negro azabache, descendiendo en hebras sobre los hombros.

—¿No te habrás echado novio? —dijo Abd al Rhaman, al recibirlos en los salones del alcázar.

—De momento somos dos buenos amigos, que nos queremos desde la educación y el respeto —respondió turbada Laura.

—¿Así qué no piensas regresar más al convento? —preguntó de nuevo el califa.

—Mi etapa de monja ha terminado —concluyó Laura, mientras sujetaba instintivamente el brazo de su acompañante.

—Teníamos pensado caminar unos días por los alrededores de palacio para conocernos mejor. Haremos una pequeña excursión a pie, estamos cansados de cabalgar. Llevaremos unos mulos para cargar con los pertrechos y las provisiones. ¿Siempre que su alteza nos lo permita? —añadió Horik.

—He escuchado que eres persona de sangre noble y un gran navegante. Dispón de todo el tiempo que desees para doblegar a esta fierecilla. Con tal que estéis de vuelta para el día de la actuación será suficiente.

—Cómo íbamos faltar a tan sublime inauguración. Cuenta con nosotros para ese día —respondió el vikingo.

—Podéis marcharos y disfrutad —dijo divertido Abd al Rhaman—. No quiero ser un estorbo para dos personas tan enamoradas.

La pareja se perdió por la sierra, en medio de una masa forestal de bosques de encinas, robles y alcornoques. Una tímida lluvia les sorprendió, regando el pelo ensortijado y brillante del vikingo. Laura estaba caladita por la humedad, pero no interrumpió su periplo por ello, incluso le encantó aquella agua bendita, cayendo del cielo sobre ella. Aún le gustó más, después de haber pasado tanto tiempo encerrada dentro de los muros del convento,

enclaustrada, protegida a cal y canto de las inclemencias del tiempo. Agradeció a Dios, aquellas finas gotas de agua, empapando su cutis como el rocío de la mañana. Daba también gracias al Señor por mantenerla virgen y pura, fresquita igual que un geranio a la intemperie. Bordeando un matorral, alzó Laura la falda de lana a cuadros del vikingo, sorprendiéndole que llevara sus partes colgando como un mono, sin cubrirlas con unas calzas. Horik se volvió ofendido, mientras Laura le golpeaba con una retama, mojándole el cutis. Él asió la orilla de su vestido y ambos rostros quedaron pegados, mejilla contra mejilla, sus alientos se mezclaron y las emociones se acentuaron, rozándose las comisuras de los labios.

—Te va a salir chepa de tanto agacharte —dijo bromeando Laura.

—Cómo eres tan bajita, voy a tener que subirte a un pino para no tener que hacerlo —respondió sonriente Horik.

Encorvándose todavía más el vikingo, caminaba sujetando el talle de la monja, perdidos entre el follaje, el crepúsculo se les echaba encima.

—Mejor ponte recto y sujétame por el hombro que pareces una vieja —dijo Laura.

Aceptó el consejo Horik y así consiguieron llevar el mismo compás al caminar. Llegaron a un lugar donde abundaban las flores silvestres, que la madre naturaleza colocó con gran rigor, siendo la envidia de cualquier jardín de palacio. Bajaron por un sendero pedregoso hacia el río, encontrándose una gran mole ante ellos. La peña les obstaculizaba el paso. En un lateral, divisaron la entrada de una cueva, que resultó ser una antigua mina aurífera romana. Cruzaron las entrañas de la peña y salieron por el otro extremo, cerca de un barranco; descendiendo hacia los márgenes del ribazo, donde proliferaba la maleza sin control. El agua, surcada por grupos de salmones que remontaban el río, contracorriente; se mostraba trasparente y podían verse con claridad, los guijarros dorados que resaltaban en las profundidades. Como no cesaba la lluvia, regresaron a las entrañas de la cueva. A pesar de que sobraba espacio para acomodarse ambos sin problemas en el interior de la mina. Siempre que entraran ordenadamente, de uno en uno: no los dos a la vez, tropezando contra la pared y viéndose obligados a remangar las vestiduras, al agacharse, para no pisarlas. Sin desviar las miradas, aleteando

los párpados ella, rozaba las ventanas de la gruesa nariz del vikingo, produciéndole un cosquilleo que le hizo estornudar. Atrapados en aquella caverna, se mezclaban el vahído de los alientos con el latido de los corazones. Dándose calor mutuamente, se aflojaron las sisas del vestido de ella. Dejando un hermoso escote al descubierto, que él no pudo ver, al estar los cuerpos tan pegados.

Quedaron ambos en silencio, sin saber que decir, ni cómo reaccionar ante la presencia del otro. El aguacero no cesaba y Laura lo agradeció. Nunca había estado, así de pegada a un hombre tan guapo. No sabía que le estaba ocurriendo, pero apenas era dueña de sus actos. Horik no se movía un pelo, notando contra su pecho: la respiración agitada de ella. Ojalá lloviera eternamente y no tuvieran que salir nunca de aquel agujero, el agua cristalizaría formando una capa opaca y transparente, vítrea, cogiendo moldes de vidrio, y permanecerían allí encerrados en un gabinete para siempre. Los ojos de ella no apartaban la mirada del vikingo, sacudiendo las pestañas a intervalos, dejaban caer alguna gota de lluvia, salpicando los párpados. La tela resbalaba por el pecho, casi descubriendo el enorme pezón de Laura, aplastado contra el cuerpo de su amigo. En aquella posición no podían apenas moverse, solo respirar, empapados hasta los huesos, disfrutaban de la compañía del otro. Las ardientes y arreboladas mejillas de ella, arañadas por la barba de él, sudaban copiosamente. Laura extrajo un rosario de nogal, tamizado en beis, de lo más profundo del escote; pasándoselo por la nuca, rodeó el cuello del vikingo de manera que los rostros no pudieran separarse.

—¿Me quieres?, ¿no me dejarás por otra?, ¿no regresarás a Dinamarca sin mí?

Él la cubría a besos repitiendo sin cesar la misma perorata.

—No te dejaré... No te dejaré... No te dejaré... Seré siempre tuyo.

—Nunca he conocido a un hombre tan guapo como tú —dijo entonces ella, cogiendo su mano entre las suyas—. No te importará qué te entregue mi divinidad —añadió después Laura, arrastrando la mano entre sus muslos, empapados por la pasión.

—Lo quiero todo de ti —respondió Horik.

—Y yo también —dijo Laura.

—No podemos hacerlo aquí, no cabemos.

—Sí podemos, déjame a mí —dijo ella.

Con una mano retiró la suya de entre sus muslos y con la otra, comenzó a acariciar suavemente su miembro. Los nervios del vikingo y lo incomodo de la postura, impidieron que la erección tuviera lugar con naturalidad. Ella apartó la tela de la braga con cuidado y permitió que esta concluyera en su interior. Al fin, el enorme miembro de Horik, crecía sin cesar dentro de ella, que moviendo las caderas con suavidad, dado el poco margen de maniobra que tenía, cada vez que emergía, rozaba con la cabeza contra el techo de la cueva, antes de volver zambullirse de nuevo, sintiendo en lo más profundo, la mullida punta del glande. En esos instantes, milagrosamente paró de llover. En su acoplamiento, con la falda vikinga enredada en sus tobillos, Horik sujetando por las caderas a Laura, abandonó la entrada de la mina, sin desprenderse de su pareja, mientras los tobillos de ella rodeaban su cintura. Entonces, apoyando su espalda contra el tronco de un árbol seco, continuó poseyéndola como un animal salvaje. Ella le recibía arañándole el rostro y tirándole de los cabellos, igual que una yegua desbocada. Sus pechos, dando bofetadas al viento, golpeaban el rostro de Horik, que trataba de atrapar el enorme pezón con su larga lengua. El empuje de los glúteos fue en aumento, sin perder el compás de los lameteos, entrando y saliendo del interior de ella. El tronco del árbol quebró, y eso hizo que ambos se precipitaran contra el suelo, impulsados por las investidas de Horik que debido a la inercia de la caída, penetró en ella con una fuerza descomunal. Laura lo sintió dentro de ella con tanta intensidad que, le pareció que acababa de atravesarla un rayo.

Cuando él eyaculó: no le importó el fuerte golpe de sus posaderas contra la roca, ni la estampida de semen que brotó de su interior. Acababa de tener el orgasmo más grande de su vida, esto desbarataba la teoría de Abd al Rhaman de que su punto débil era acostarse con otras mujeres y la de Hasday de que odiaba a los hombres. Tanto el médico como el capitán, nunca habían sabido llegarle al corazón, como aquel salvaje normando, tan bien dotado, tanto física como mentalmente, para las cosas del amor. Le escocía el trasero, pero se quedó allí, quieta, con las piernas separadas, acariciando los cabellos rubios del vikingo que permanecía dentro de ella, encallado como el casco de

un barco en las rocas de un arrecife.

—¿Me quieres? —preguntó ella de nuevo.

—Con toda mi alma —respondió Horik.

—¿Te has hecho daño? —preguntó a continuación.

—Me duele mucho las nalgas, pero los huesos están bien, creo que se me pondrá algo morado el trasero, nada más —se quejó ella.

La ayudó amablemente a levantarse y a vestirse, la peinó, le masajeó la espalda y le hizo la manicura en las uñas de los pies. Horik, la hacía sentir todo el tiempo como una reina. Nunca pensó que existirían hombres así. Desde luego en al-Ándalus no los había. Las vikingas ya podían estar contentas. Aquí los hombres, solo pensaban en trabajar e ir a la guerra. Claro que no todos los vikingos debían ser como Horik. La mayoría serían unos barbaros, más bestias aún que el capitán. Horik salió a cazar unas codornices con el arco y las asó en un trébede de hierro, luego se las iba sirviendo en un platillo de plata, mientras escanciaba un vino dulce. La tapó con una manta de lana, para que no le cogiera el frío y le preparó una infusión de moras. Todo estaba delicioso, extendió unas esterillas sobre el suelo, y durmieron abrazados junto al fuego. Había sido el día más maravilloso de sus vidas, las cigarras no dejaron de cantar en toda la noche y las luciérnagas mostraban sus brillos, desafiando con sus trajes de fiesta, la quietud del ambiente. El croar de las ranas en un estanque cercano, les despertó por la mañana. Antes de preparar el almuerzo, Horik le dio un tierno beso de buenos días en los labios. Ella le sonrió, secándose con un pañuelo rojo, el rocío del rostro.

—No cambies nunca, quiero tener un montón de hijos contigo —le dijo al oído.

—Cuando vuelva a Dinamarca, te llevaré conmigo y tendrás un castillo para ti sola.

—Estoy deseando llenar ese castillo de niños, montaré una escuela y enseñaré a leer y escribir a todas las criaturas del condado, sin diferencia de sexo y edad.

—Eres maravillosa, mis hermanas te adorarán. Ellas aman la lectura tanto como tú. Seremos muy felices allí, pero debemos casarnos antes de partir.

—Lo haremos en cuanto lleguemos a Dinamarca. No debemos privar a tus hermanas del placer de acudir a nuestra boda. Llevo mucho tiempo encerrada en un convento, no pasa nada por vivir una temporada en pecado.

—Tienes razón cariño, pero no tenemos prisa en embarcar. Antes seguiremos disfrutando de las maravillas de esta hospitalaria tierra.

Horik lanzó un guijarro al río, este rebotó varias veces sobre la superficie vítrea del agua, produciendo gráciles ondas, antes de hundirse. Las truchas se paseaban por el fondo sin inmutarse de su presencia y dos estorninos cantaban escondidos entre el ramaje de un abedul, haciéndoles más agradable la mañana. Estaban de suerte, había salido el sol y de las nubes que cubrieran el cielo ayer, no quedaba ni rastro. Era como si todas las fuerzas del universo se pusiesen de acuerdo, alineándose para favorecer la felicidad de la pareja. Les esperaba una jornada llena de fascinantes juegos y aventuras en plena naturaleza. Una rutina a la que estaban acostumbrados, desde su salida del convento en Sevilla y de la que nunca parecían cansarse. Incluso cuando el buen tiempo no acompañaba, las chanzas jamás cesaban y el buen humor formaba parte de la convivencia de la pareja.

**Medina Azahara, 30 de abril del año 946**

Al acercarse a la ciudad, los ojos de Alfonso, contemplan por primera vez el monte de la Desposada cubierto por el blanco immaculado de miles de almendros en flor. Al-Hakam había ordenado plantar tan cerca unos de otros, que no quedaba un resquicio por cubrir por el niveo manto. Semejando una gran nevada en lo alto de una montaña: las flores se apilaban, unas sobre otras, en las ramas desnudas de hojas; provocando una explosión bestial de color. En las estribaciones de Sierra Morena a un paso de Córdoba, dormitaba aquella ciudad de leyenda, creada por Abd al Rhaman para competir con el reflejo de las míticas Yabalga y Yabarsa. Bajo el radiante sol, engalanados con plantas trepadoras; tapizados con adelfas y matorral bajo, se elevaban al cielo los penachos de las palmeras y cipreses, acicalando la ciudad hasta hacerla parecer el paraíso en la Tierra. En la parte más elevada se encuentra la zona residencial palatina, más abajo la zona oficial con el gran pórtico y lujosos salones, mientras en los niveles inferiores se construyeron los primeros edificios civiles implantados en la ciudad. Las calles están repletas de albercas, estanques, fuentes y acequias para luchar contra el calor torrencial proveniente del valle del Guadalquivir.

Apostados entre las encinas, buscando la sombra de los arbustos. Desde allí, los hombres de Bizancio pudieron escuchar el redoble de los tambores y los vítores de la fiesta. Esperaron hasta medianoche para intentar entrar en la ciudad. Al anochecer comenzaron a descender con cautela. La luna, poco a poco, comenzó a surgir tras la cima del monte mostrándoles el camino hacia las murallas.

En la ciudad las calles estaban desiertas, la inauguración del gran pórtico resultó un éxito. Las cinco Lobas habían concluido su actuación y ya se encontraban en sus aposentos, junto con el resto de la comitiva de nobles. Los intrusos habían entrado escalando hasta lo alto de la barda del muro sur y después de cruzar el adarve, descendieron con una cuerda al interior de las murallas. Llevaban unos cascos sin carrilleras, adornados con crines de

caballo; unas corazas marcando musculadas formas en bronce que escondían una gruesa prenda de cuero de la que sobresalían dos faldones solapados y, unas grebas doradas protegiendo sus piernas hasta la parte superior de las rodillas. Eran media docena pero se movían con la agilidad del viento, surcaban plazas y jardines, dejando atrás edificios públicos. Hasta que entraron aprovechando la confusión de los festejos, bajo el gran pórtico y se colaron en las estancias de los nobles, degollando a los guardianes de la entrada.

El capitán encabezando el grupo, se internó por largos pasillos de losetas de barro; llevando a un eunuco como rehén, lo amenazó colocando una daga en su cuello para que le indicara donde se encontraba su hijo. Descorrió el cortinaje y entraron en la estancia, pudiendo escuchar las respiraciones de Sira y Saúl que dormían abrazados. Utilizaron un trapo empapado en un brebaje para anestesiarse al pequeño y poder sacarlo de allí, sin armar un espoleo y despertar a la pareja. Adormecido el pequeño Daniel, uno de los guerreros lo ató con un hatillo a la espalda y regresaron por donde vinieron. Cogieron un atajo sorteando escalinatas y callejuelas, dirigiéndose hacia la muralla. Al llegar, desde el adarve, descendieron de nuevo sobre las cuerdas, deslizándose sobre el muro, antes de abandonar la ciudad califal. Abajo les esperaban una centena de soldados bizantinos con sus caballos.

Cabalgaron en plena noche solo guiados por la tenue luz de la luna, remontando praderías y bosques de encinas y acebuches, se internan cada vez más en la sierra. El capitán jamás volvería a permitir que nadie lo separase de su hijo mientras viviera, aunque tuviese que defenderlo con su vida. A partir de ese momento, no dudaría en matar a todo aquel que se opusiese en su camino. Daniel nada más despertar, desconcertado, sin saber lo que ocurría no paraba de llorar. Alfonso lo subió a lomos de su caballo y trató de calmarlo, pero su hijo después de tanto tiempo sin verlo no lo reconoció. Le regaló un oso de peluche para tratar de ganar su confianza —a estas edades tan inocentes resulta fácil comprar el cariño de un niño—. Al poco tiempo Daniel cesó de llorar y comenzó a jugar con su nuevo amigo.

Alfonso buscaría la manera de regresar a Constantinopla con Daniel para reunirse con su hijo Umar y su esposa Luisa que, hacía un año había dado a luz una preciosa niña. Ahora que era padre de tres maravillosas criaturas todo

parecía tomar sentido en su vida. Su obsesión por reunir a sus tres hijos, poniendo en peligro su seguridad, podría salirle muy cara. El capitán era consciente de ello pero, durante toda su vida había rondado la muerte tantas veces, arriesgándose por causas perdidas: al menos ahora había encontrado una por la que merecía la pena luchar. No le agradó a Luisa que abandonara Constantinopla precipitadamente después de la boda. La aragonesa trató de convencerlo de que se quedara y olvidara a Daniel. Ella le daría muchos más hijos, todos ellos más válidos que el vástago de la muladí. Alfonso reaccionó ofendido, abofeteando a Luisa. La navarra no insistió ante la violenta reacción de su esposo que la cogió desprevenida. Sira y Saúl habían huido repentinamente de la ciudad, la misma noche en que desapareció Daniel. Solo alguien con acceso a los aposentos de la nobleza, podría haber acometido el secuestro. Alfonso no tardó en deducir que Azzam estaba detrás de todo. Los días durante la larga travesía marina hasta llegar a al-Ándalus se le hicieron largos e interminables. Pero habían merecido la pena. Todo por volver tener a aquella maravillosa criatura a su lado.

El sonido del agua, descendiendo por la cañada les guiaba en medio de la oscuridad. Era consciente de que en Medina Azahara no tardarían en percatarse del secuestro, deberían avanzar con rapidez y tomar la mayor ventaja posible. Si en una ocasión había logrado ocultarse durante meses entre lobos, fundiéndose con la naturaleza hasta desaparecer, nada hacía predecir que no lo lograra de nuevo. De todas maneras era consciente del lio en que se encontraba, rodeado de enemigos por todas partes, huyendo del corazón de una nación enemiga. Contaba a su favor con el coraje de sus hombres pertenecientes a la guardia real de Bizancio. Entrenados especialmente para actuar en situaciones límite. Además su conocimiento de la orografía de la zona le ayudaba a la hora de dirigirlos. El campo de batalla siempre había sido su hogar, dominando totalmente la estrategia en el posicionamiento de las tropas. De todos modos jamás acometería un enfrentamiento bélico en inferioridad numérica. Antes buscaría la manera de dividir a sus perseguidores.

Superando el alto de la sierra, descendieron por un angosto y pedregoso sendero. Obligados a hacerlo de uno en uno. Llegado a un punto, cuando ya habían pasado todos los hombres, se bajó del caballo y ayudado por varios

soldados, comenzaron a cortar con las hachas los gruesos troncos de dos robles, después los empujaron hasta que cayeron sobre la senda formando una barricada. Aquello detendría el avance de sus perseguidores por un tiempo. La guerra de guerrillas era su especialidad. Sería fácil esconderse en los bosques de Sierra Morena, y sobrevivir durante meses del pillaje y el vandalismo como hicieron en el pasado los yundíes, comandados por Zura. Para ello resultaba importante dominar el arte del mimetismo con el entorno. Desaparecer una y otra vez ante los ojos de tus enemigos, fundiéndote con la naturaleza. Solo un hombre sería capaz de dar con él. Ya lo había conseguido en una ocasión para salvarle la vida. Esta vez quizás lo hiciese para matarlo. Ese hombre no podía ser otro que su mejor amigo Galindo Sánchez. Aquel maldito monje, lo encontraría aunque se escondiera en las profundidades de la tierra. Acaso no lo había perseguido una vez hasta las mismas entrañas de una madriguera de lobos. Porque no iba conseguir localizarlo de nuevo. De momento deberían continuar huyendo y olvidarse del monje, poniendo tierra entre ellos y sus perseguidores, antes de que les alcanzase el alba.

Alfonso sabía que alcanzar la frontera del Duero era una utopía. Con tan pocos hombres, en cuanto pusiesen un solo pie en las áridas llanuras de la Mancha, caerían rápidamente en manos de las tropas musulmanas. Durante años había asistido impasible a la llegada masiva de colonos al valle del Duero. Procedentes de las tierras del norte, llegaban en masa huyendo de las miserias de su tierra, en busca de nuevos horizontes. La mayoría eran campesinos sometidos a una exhaustiva explotación por los nobles de sus comarcas, llegaban en oleadas ante la promesa del rey leonés; ofreciéndoles títulos de propiedad gratis para repoblar cuanto antes las tierras conquistadas a los moros. Cuando tomaban posesión de su nueva propiedad, inmediatamente, eran cosidos a impuestos por los condes del lugar. Siendo una vez más explotados por sus nuevos amos —la única diferencia con los antiguos, estribaba en que seguían manteniendo la propiedad de la tierra, en vez de trabajar la de otros—, además de correr el riesgo de ser atacados o perder la vida bajo una aceifa musulmana.

El oro arrebatado a los árabes se empleó en construir fortalezas y armar al ejército en la frontera. Ni un solo dinar fue empleado en ayudar a los nuevos colonos. Los recién llegados aprovecharon el cauce del Duero para construir acequias, con muchas penurias y esfuerzo hacían llegar el agua a sus cultivos.

El rey los consideraba hombres libres y sometidos a una misma ley. En aquel territorio la sangre corría a borbotones por los canales de agua. Los homicidios, raptos o violaciones cometidas sobre las mujeres, casi siempre quedaban impunes. En esas ocasiones, los culpables solían acusar a los sarracenos de sus tropelías. La mayoría eran caballeros villanos, que tan solo debían guardar pleitesía al rey y acudir a su llamada cuando las armas lo precisaban. También eran los encargados de organizar la defensa de las fortalezas, hombres temibles, sin una gota de piedad bajo sus corazas plateadas. Alfonso había tratado con muchos de ellos. Eran escoria, gente sin valor ni alma; capaces de hacerse pasar por tu mejor amigo un día y clavarte una puñalada en cuanto te dabas la vuelta. Ellos nunca se responsabilizaban de la defensa de las aldeas y las casas de los campesinos. Los colonos eran los únicos responsables de su propia seguridad. La mayoría no sabían empuñar una espada, ante el empuje musulmán, trataban de huir y esconderse en los bosques. A la espera de que sus tierras fueran de nuevo reconquistadas por los cristianos.

La vida en la frontera era dura. A muchos colonos no les quedó más remedio que aprender a luchar y defenderse por sí mismos. Entre ellos se encontraba Alfonso, que pasó en poco tiempo de trabajar las vides a empuñar la espada. Se pasó largos períodos de tiempo patrullando las riberas del Duero, con el corazón vacío y la mirada triste. En los territorios conquistados a los sarracenos, pronto se alzaron nuevos monasterios y muchos monjes del territorio musulmán se pasaron al cristiano para evitar pagar impuestos al califato. Eso supuso que los nuevos pequeños propietarios de la frontera, se vieran obligados a pagar nuevos y abusivos impuestos a los eclesiásticos para costear las construcciones monásticas. Muchos de ellos cedieron sus propiedades a los monasterios para evitarlos: los campesinos donaban sus tierras a la iglesia y se libraban de las tasas. Comenzando así un nuevo período de explotación sobre el pueblo que duraría décadas. A cambio del pago de unos alquileres, la propiedad privada caía en manos de la iglesia y los campesinos trabajarían sus tierras. Toda aquella mezquindad, llevaría a Alfonso años más tarde a hacerse musulmán. Luego viendo que en el sur se cometían los mismos atropellos o peores que en el norte, volvió a la senda de la cruz. Como ministro de Bizancio, jamás volvería a guardar pleitesía a un monarca sarraceno. Era un hombre libre y, a partir de entonces solo debería dar cuentas al emperador Constantino y a Dios.

Al principio Alfonso alternó su labor de campesino con la de soldado. Cuando no lo llamaba el rey para combatir a su lado, trabajaba los campos, duramente, al lado de su familia. Hacía años que no sabía de ellos. Esperaba algún día viajar al norte para poder localizarlos. Sus padres habían muerto hacía tiempo, con la edad y el abuso del vino, fueron víctimas propicias de la hipopresía. Uno de sus hermanos se hizo cargo de los viñedos de la familia, el otro viajó a Álava para ejercer el comercio; sus hermanas se casaron en distintos lugares de castilla; y él partió hacia León para formar parte de la guardia del rey Ramiro y ser nombrado capitán. Jamás volvió a verlos. Su vida corrió de cantina en cantina, de batalla en batalla, de burdel en burdel; hasta que conoció a Galindo y comenzó a mostrar un gran interés por la lectura.

Llegados al alto de un cerro, cuando estaba despuntando el alba, mandó acampar a sus hombres. Aprovechó para sacar brillo a su espada, y engrasar la coraza y las grebas, mientras ellos montaban las tiendas. Desde allí podía divisar una gran franja de terreno y avistar al enemigo con la suficiente antelación para acometer la huida con garantías. Esperaba ansioso el momento de enfrentarse al monje en combate. Cuanto antes mejor. La ansiedad le devoraba. Hacía tanto tiempo que no luchaba contra nadie. Esta vez lo haría por una causa noble: salvaguardar la vida de su hijo. Pero antes necesitaba relajarse: solo lucharía contra el monje si no le quedaba otro remedio. Dos soldados bizantinos habían capturado unos gallos en un campo cercano. Después de degollarlos, cortándole el cuello con el hacha, encendieron un fuego, hirviendo agua en un pote. Una vez el líquido estaba caliente, metieron los animales dentro y comenzaron a desplumarlos. Luego una vez limpios, los asaron en una parrilla. Alfonso no dudó en escoger el muslo, la parte más tierna, dejando para sus hombres la pechuga, más seca. Antes del asalto a Medina Azahara, una patrulla de sus soldados había raptado varias esclavas de un harén cercano. La tropa necesitaba desfogarse. Alfonso escogió la más hermosa: una berebere de piel oscura y mirada profunda. Llevaba tanto tiempo conviviendo con cristianas que hacía mucho que no se acostaba con una mora. Vestida con una túnica azul celeste bordada en hilo de oro y calzada con mocasines de piel, la mandó entrar en la tienda. No quiso saber su nombre, había estado con tantas que los detalles no le importaban.

Se desprendió de un manto ligero de color oscuro que llevaba abrochado al cuello con una fíbula de plata, que ocultaba parcialmente una larga barba, negra como la noche. La joven estaba temblando ante la presencia de aquel desconocido guerrero de mediana edad. Alfonso ya había sobrepasado la cuarentena y cada vez sentía una atracción mayor por las chicas muy jóvenes. La esclava no debía tener ni veinte años, su edad le agradaba. La chica se quedó inmóvil al lado de la estera. Las lágrimas resbalaban por su rostro. Alfonso sosteniendo la espada en alto, sintió lástima por la muchacha. Pero sabía que en cualquier momento podría perder la vida a manos de sus enemigos. Tal vez fuese la última ocasión que tendría de acostarse con una mujer y mejor aprovecharla.

Arrojó la espada al suelo y se acercó despacio a la esclava, una lámpara votiva de cuño bizantino, arrojaba brillos tímidos, miedosa de alumbrar tan triste estampa. Alfonso vestido con una cruz roja cosida a la pechera de su túnica blanca, se disponía a tomar por la fuerza a aquella pobre muchacha. Un caballero de la cruz no podía caer tan bajo. La deseaba, todo su cuerpo se contraía ante aquella belleza bereber. De pronto un pensamiento punzante cruzó por su mente, se preguntó: ¿De quién será hija esta maravillosa criatura? Él también acababa de ser padre de una niña, sus manos temblaban al acercarse a ella. La muchacha hizo amago de quitarse la ropa, pero Alfonso la detuvo. La mandó sentarse en un diván y charló con ella durante un rato en árabe. La muchacha pareció relajarse y esto agradó al capitán.

—Puedes tomarme si quieres. Es que antes estaba nerviosa, como llevabas la espada en la mano, creí que ibas hacerme daño —dijo la joven.

—Te mereces algo mejor que esto. Un marido que te ame y se case contigo —dijo el capitán.

—Pero soy una esclava, mi destino es servir a mis amos —contestó ella.

—Desnúdate pues, si ese es tu deseo —añadió al fin, sin más preámbulos el capitán.

La esclava dejó caer la túnica sobre sus pies, mostrando al capitán unas voluptuosas formas que excitaron su libido. La tomó con dulzura, tumbándola sobre la estera. Cuando volviesen a Constantinopla pensaba

concederle la libertad y convertirla en su amante. Sus glúteos se movían entre los muslos de ella, entrando y saliendo de su interior con mesura. Ella disfrutaba de las acometidas de aquel fiero guerrero, consciente de que debía ser alguien muy importante dentro del grupo, pues todos se dirigían a él, llamándole capitán. Entrar y salir, salir y entrar; el juego se prolongó por un tiempo. El capitán jadeaba, inconsciente de que un jinete desconocido se acercaba hasta su posición. Al terminar ordenó levantar el campamento y continuar la marcha, según un plan previsto previamente que ni siquiera sus hombres de confianza conocían.

Medina Azahara, 30 de abril del año 946

Las placas de piedra calcárea rodean el salón del recinto, los atauriques dibujan formas de hojas, flores, frutos, cintas y animales: elementos bien definidos que llenan los espacios entre fuertes tallos de arbustos, sin dejar lugar a la improvisación, mediante nudos de combinaciones asimétricas, surgen palmetas que recuerdan a pasajes bíblicos. Suenan los rabeles, liras y panderos, mientras las cinco Lobas se contonean entre los oficiales. La música ayuda a caldear el ambiente, la inauguración del gran pórtico, es ya un hecho. Desfilan los eunucos con bandejas llenas de frutos y bebidas exóticas. El califa permanece relajado en su sillar, escuchando las voces de la coral, compuesta por sus favoritas. Las cinco mujeres exhiben sus voces, ante la expectación general. Nadie mueve un dedo, ni dice una palabra, mientras las Lobas cantan. Su virtuosismo es un hecho.

*Las lobas alaban al califa,*

*reptan por su cama, le arrebatan el alma.*

*Se diluyen en las sábanas,*

*alzando sus voces hacia el alba.*

*Aullando sobre las murallas de Medina Azahara,*

*igual que centinelas del califato,*

*ondean como estandartes,*

*las ropas del soberano entre sus fauces.*

*Escogen caminos y recodos,  
para entrar cada noche en la ciudad blanca.*

*Asustando a los eunucos,  
reptando por sombríos rincones,  
hasta arrancarle con las garras al califa los calzones.*

*Convirtiendo el alcázar en una lobera,  
ellas vigilan su guarida, recelosas,  
mientras las amantes de al-Nasir,  
se quedan en el harén dormidas.*

*Antes de despertarse las devoran,  
quitándoles la vida,  
para yacer con Abd al Rhaman ellas solas.*

*Cada noche sueña, él, con sus curvas.  
Se plantea tomarlas de mil maneras y formas;  
sin embargo son ellas las que lo devoran:  
cantando las cinco al son del laúd,  
al unísono una oda:*

*Al gran califa de al-Ándalus,*

*que con su presencia nos honra.*

Al terminar la actuación, tras unos segundos donde reina el suspense, la ovación es general. Los aplausos se prolongan por un tiempo. Luego los nobles se dispersan por los jardines y poco a poco se van retirando a sus aposentos. Las primeras en marcharse son las cinco Lobas. Galindo decide quedarse para charlar con su nuevo amigo Norik, cerca de los pabellones. Les acompañan tres jóvenes que semejan ser una especie de huríes, cuyos cuerpos parecen compuestos de azafrán, almizcle, ámbar e incienso. Las chicas desprenden un olor sumamente aromático, vestidas con ropas ligeras y diáfanas que dejan transparentar la medula de sus delicados huesos. Ellas les sirven infusiones frías. La conversación es animada en medio de aquel ambiente paradisiaco, sacando a relucir las virtudes de cada interlocutor, su facilidad de comunicar y su buen tratamiento del lenguaje.

—Así que, tú has escrito la letra de la oda que han cantado nuestras musas al califa. ¿No te da miedo de qué Abd al Rhaman quiera poseerlas de verdad alguna noche? —interrogó Norik.

—El califa es muy respetuoso con las esposas y novias de sus amigos. En cuanto a la letra está dentro de la línea de mi literatura erótica, llena de matices arquitectónicos y paisajísticos —respondió Galindo.

—Desde luego, eres un auténtico virtuoso de la palabra. ¿Lo tendrás fácil a la hora de seducir a las damas? —pregunta de nuevo Norik.

—Te juro amigo que no tengo otra amante que mi dulce y adorada esposa Shifa —le asegura Galindo.

—Que desde luego ha completado una gran actuación esta noche, al igual que mi amada Laura y el resto de las lobas; sin duda todas tienen un gran talento y una gran voz. ¿No te parecen unas letras muy atrevidas para haberlas escrito un monje? ¿Acaso no vulneran los mandamientos? —insiste en su interrogatorio Horik.

—Los mandamientos relativos al sexo, deberían eliminarlos. Los añadió Moisés a la tabla por razones meramente políticas. Yo solo respeto los demás que para mí, son los únicos verdaderos —concluyó Galindo.

Se hacía tarde, todos se habían retirado a descansar, dejándolos allí solos. Se despidieron de las doncellas y abandonaron los jardines. Caminando bajo un corto paseo de palmeras, alcanzaron la entrada de sus aposentos. Cuando vieron un reguero de sangre derramada, corriendo a través de las escalinatas. Los centinelas estaban muertos tendidos sobre el empedrado suelo. Monje y vikingo se llevaron un susto de muerte y se apresuraron, desenvainando sus espadas a recorrer los pasillos vacíos de las estancias. Avisaron a la guardia y despertaron a todo el mundo.

—¡Nos atacan! ¡Todos arriba! —gritaba Galindo.

Sira fue la primera en levantarse, su instinto maternal le llevó a dirigirse directamente hacia la cuna donde yacía su hijo. Al no encontrarlo: el corazón se le detuvo por unos segundos. Saúl la sostuvo para evitar cayera desplomada al suelo. En ese momento entraron en el lecho Galindo y Horik, atraídos por el grito de terror que profirió Saúl, cuando se encontró un eunuco degollado tendido sobre el diván. Sira no tardó en deducir quién había secuestrado a su hijo: el capitán debió venir pisándoles los talones en una nave de guerra desde su salida de Constantinopla. Había sido una ingenua al creerse a salvo, bajo el amparo de aquella fortaleza califal. No existían muros que sus enemigos no pudiesen sortear. En un instante todo quedó claro, aquello solo podía ser cosa del capitán, dieron la voz de alarma y reunieron todos los hombres que pudieron para comenzar la persecución de los forajidos.

La lógica invitaba a pensar que solo les quedaban dos opciones para acometer la huida: remontar la sierra y atravesar el al-Ándalus hasta reunirse con las tropas cristianas en el norte o intentar atravesar la cordillera Subbética dirección a la costa para regresar en barco hacia Constantinopla. Se dividieron en dos grupos, Galindo comandaría un contingente de doscientos hombres dirigiéndose hacia la costa y Horik con otro grupo semejante en número de vikingos y arqueros sarracenos, partiría hacia el norte. Debían

moverse con rapidez para neutralizar la ventaja que les llevaba el capitán, que había arribado a la costa de Málaga con una centena de hombres hacía dos meses. Antes de partir los soldados, Sira en sus aposentos trataba de reponerse del susto y recuperar el aliento.

—Te traeré la cabeza de ese cerdo en una bandeja —dijo Saúl.

—¡Te lo suplico! ¡No vayas! ¡Te matará! Tú eres médico, no guerrero. Te necesito aquí a mi lado. ¡Amor mío! No soportaría perderos a los dos. Entonces, sí que me quitaría la vida.

—Ella lleva razón, quédate con ella y no la dejes sola un minuto. Esto es un asunto de gente experimentada en el manejo de las armas y no de un matasanos como tú —le ordenó con voz firme Horik.

El vikingo vestía una cota de piel de reno, sobre una túnica de manga larga que le llegaba al muslo. Se incrustó el capacete en la cabeza: se trataba de un viejo casco cónico regalo de su padre, y compuesto por dos partes unidas por una gran nervadura central que, formando un antifaz, protegía ojos y nariz, junto a la banda cubriendo las cejas, constituía un excelente trabajo de orfebrería. Una tira de malla unida por la nuca al capacete le protegía el cuello de un posible ataque por la espalda. La espada de doble filo, tenía una hoja de más de sesenta centímetros y el escudo redondo era de madera con los bordes de hierro y una cazoleta central. El hacha más conocida como breidox, tenía una hoja de media luna dorada con incrustaciones de plata.

—¡No quiero que vayas! —trató de disuadirle Laura.

—Si permito que ese malnacido se salga con la suya, desgraciando a una dama. No podré considerarme nunca un caballero. No te preocupes regresaré sano y salvo —trató de consolarla Horik.

La besó con fuerza en los labios, antes de subir a su montura y salir por la puerta sur camino de la sierra. Los vikingos aparte de unos fieros guerreros temidos en toda Europa y el norte de África, eran unos grandes rastreadores. No les costó mucho encontrar las huellas de los caballos bizantinos, siguiendo el curso del río hacia el norte. Los muy granujas pretendían encontrarse con las tropas castellanas en algún punto de la Marca Superior.

Redoblarían esfuerzos para interceptarlos antes que eso ocurriera. Enviaron un emisario para avisar a Galindo y sus fuerzas que se dirigían hacia el sur para que diesen la vuelta. Tarde o temprano necesitarían refuerzos. Galindo se reunió con ellos minutos más tarde en lo alto del monte de la Desposada, cuando la luna ya se encontraba alta en el firmamento, dispuesto a comenzar la persecución. Le acompañaba Azzam vestido con una ajustada cota de malla, sin mangas sobre una túnica blanca. En la cabeza del músico destacaba un casco cónico sobre un pequeño turbante, ajustable al rostro para protegerlo del viento y el polvo.

Habría que remontar recodos siguiendo el curso del río, descubriendo torrentes deshaciéndose entre las peñas, cayendo desde lo alto de los cerros para descender alocadamente por la ladera, buscando su cauce entre las cañadas, e ir estancarse momentáneamente en pequeños remansos, discurriendo luego a través de pequeñas cascadas y pozas sin fondo. El rastro del capitán lo habían perdido en algún punto, a la deriva entre los espesos bosques y los arroyos de la sierra. Es sencillo confundir el tiempo cuando no se tienen medios para medirlo, salvo la intensidad de la luz solar que va decayendo según avanza la jornada y los hitos que según la inclinación del astro rey, las alargadas sombras de los alcornoques dejan en el camino. Sonrisas y lágrimas se desprenden del rostro de Galindo, cuando se enfrenta al dilema de decidir entre la lealtad hacia un viejo amigo o, la obligación de salvaguardar los deseos de una madre que quiere por encima de todo recuperar a su hijo. Alzándose sobre su montura dirige la expedición, siguiendo las órdenes expresas del califa.

Al alcanzar el alto del cerro, descendieron en picado a una zona encañonada. Donde dos gruesos troncos de robles les cortaban el paso, derribados previamente por el capitán y sus hombres, detenían el avance de carruajes y tropa. Blandiendo el breidox, Horik comenzó a tronzar los troncos. Alfonso era muy astuto sabía cómo utilizar todo tipo de artimañas para detenerlos, Galindo lo conocía muy bien. Azuzó con una fusta el costado de su montura y sorprendentemente el alazán voló sobre los troncos, sobrepasando aquella barrera que su rival les había puesto en el camino. El resto de la tropa tardaría un tiempo en poder pasar, pero el monje no esperaría por ellos. Descendiendo en vertical, entre paredones, tratando de no despeñarse al vacío. Galindo logró dominar el caballo y, esquivar los

guijarros que se desaprendían a su paso. Resultó una lucha terrible del hombre contra los elementos. Sus calzas pardas lucían un remiendo triangular azul que hacía juego con su jubón verde. Espoleó de nuevo su montura, cuando tras superar una hilera de álamos se plantó en la retaguardia de los bizantinos. Pero solo encuentra plumas de gallinas y restos de hogueras todavía humeantes, delatando que hace poco han estado allí. El hedor de restos de excrementos de ganado lo confunde, viéndose incapaz de averiguar la dirección que tomaron los secuestradores, decide esperar en lo alto del cerro a la llegada de los rastreadores.

Llevaban días cabalgando, después de dejar atrás el torcal de Antequera, se internaron en un territorio montañoso perteneciente a la Serranía de Ronda. En un primer momento el capitán había conseguido engañarlos haciéndoles creer que se dirigían hacia el norte. Los bizantinos habían vertido gran cantidad de bosta de vaca en lo alto del cerro donde habían acampado, nada más abandonar Median Azahara. Los excrementos confundieron a los perros y a los vikingos que se vieron incapaces de seguirles el rastro. Galindo ordenó a sus tropas peinar la sierra en busca de pistas. Durante horas no encontraron nada, ni rastro del paso de un contingente tan grande de tropas. Tiempo que aprovechó el capitán para bordear Córdoba por Oriente y dirigirse por Antequera a lo más profundo de la serranía malagueña. El engaño había surgido efecto, dándoles, una cómoda ventaja sobre sus perseguidores.

Llegaron al encañonado cauce de un río, girando a la derecha tomaron un sendero que, conducía a una pasarela de madera que cruzaba las aguas hacia la otra ribera. La pasarela era tan estrecha que solo podría cruzarla un jinete a la vez. Los carros deberían remontar el río, unas millas más abajo, para bordearlo y atravesarlo por un viejo puente de piedra visigodo. Eso les retrasaría demasiado. Galindo no esperaría por ellos. Adelantándose con parte de la tropa, cruzaron la pasarela a caballo. El trazado del camino es un auténtico pedregal de dureza extrema. Consciente de ello, el monje ordena a los jinetes desmontar. En caso contrario reventarían rápidamente los caballos.

El camino asciende por la ladera derecha del barranco y se adentra en un canal. Cruzan otro puente y continúan ascendiendo, avanzando en zigzag por

el borde del barranco, salvan grandes desniveles. El esfuerzo se hace sobrehumano y el avance es muy lento. Los cantos de las piedras están limados por el paso de los carros de los cabreros y el cielo amenaza con una tormenta. Norik alza la vista tratando de divisar, en lo más profundo de aquel abismo, el paso por donde avanzan los carruajes con las provisiones, pero la niebla lo cubre todo con su manto blanco. Sería difícil ascender por aquel terreno con los carros y las máquinas de guerra, sin sufrir ningún tipo de bajas. Ignora cuál es la intención del capitán, adentrándose en aquella ratonera, por si acaso Abd al Rhaman ha enviado a sus generales, comandados por Afif Hazm señor de Mérida, bordear la sierra para cortarle el paso a la costa.

Más adelante el valle se abre, ligeramente, tras superar un gran desnivel y se acercan a una aldea. Sus pobladores en su mayoría eran hafsuníes: castigados duramente por los omeyas en las violentas campañas militares que había dirigido en el pasado el califa contra la fortaleza de Bobastro, después de sitiarla con sus tropas hasta lograr su rendición y reducirla luego a cenizas; llevaban años viviendo marginados y bajo las duras condiciones que les impuso el califato tras su derrota. Lo que les faltaba: aquel territorio era un nido de rebeldes.

El pueblo estaba totalmente abandonado, igual que todas las aldeas colindantes que visitaron. Debían haberse unido al ejército bizantino, llevándose consigo el ganado y gran parte de la cosecha, pues encontraron los graneros cerrados y vacíos. No les habían dejado ni siquiera forraje para alimentar a las bestias, sin comida y provisiones no llegarían muy lejos. Estaban agotados de caminar, por lo que decidieron pasar la noche en el valle; repartió a sus hombres, distribuyéndolos por las viviendas abandonadas que no tardaron en habitar. Los caballos también necesitaban descansar y se estaba haciendo de noche. Esperarían a los carruajes y la artillería pesada, antes de continuar el avance por aquellas intrincadas tierras.

## Bobastro, 4 de mayo del año 946

Los últimos tramos de la pendiente, antes de alcanzar la majada, que es como una meseta colgada sobre el río, se le hacen a Alfonso insufribles. Desde arriba, disfruta de unas excelentes vistas del entorno y, toda la canal por donde han acometido el ascenso que solo arrastra caudal de agua en épocas invernales. Caminan ahora entre roquedales y mullida hierba, tomando una pequeña rampa donde irremediablemente hay que trepar para alcanzar una pequeña brecha, ayudándose de varias cuerdas fijas allí instaladas. Al acabar de pasar toda la tropa, las cortan para que no puedan ser utilizadas por sus perseguidores. Al alcanzar el collado la visión de la fortaleza de Bobastro les llena de aliento, pues al fin han alcanzado su objetivo.

Los hatsuníes y sus seguidores, sobre todo cristianos, se habían revelado nuevamente contra el califato. El hijo del rebelde Ibn Hafsun, decapitado y crucificado en las puertas de Córdoba por el califa, encabezaba la rebelión. Umayya ibn Hafsun, pretendía vengar a su padre y para ello contaba con un ejército compuesto por fatimíes en su mayoría llegados de Túnez, que desembarcaron recientemente en la costa mediterránea para unirse con los hatsuníes, y un amplio contingente de campesinos compuesto por bereberes y cristianos a partes iguales. Las huestes de Umayya habían trabajado a destajo para volver a levantar las murallas de la vieja fortaleza, arrasada por las tropas de Abd al Rhaman, piedra a piedra, hasta convertirla de nuevo en un bastión inexpugnable.

Umayya tenía los ojos verdes y el pelo ensortijado. Recibió al capitán con un fuerte apretón de manos. Habían conseguido reunir un ejército de casi ochocientos hombres. Eso supondría un gran eslabón para el ejército califal, demasiado ocupado en atender las campañas del norte. El abrupto territorio, dificultaba además el avance de las máquinas de guerra enemigas. Los bizantinos reforzarían todo aquel contingente y ayudarían al ejército de

sublevados a resistir un largo asedio. El capitán, lejos de querer involucrarse en una nueva guerra, solo pretendía hacerse fuerte en el corazón de aquellas montañas. Esperando la intervención diplomática de una embajada bizantina enviada por el emperador Constantino, que debía haber partido días después de hacerlo ellos de Constantinopla con un regalo del emperador para el califa, se trataba de un lujoso estanque de mercurio, cuyo transporte exigía unos preparativos muy especiales; que llevarían su tiempo para que aquella joya llegase en perfectas condiciones a la corte de Abd al Rhaman. El emperador intercedería por él y su hijo. Pero la embajada tardaría semanas en llegar a las costas de al-Ándalus, mientras tanto el capitán debía prepararse para la lucha.

—Me alegro de contar contigo entre mis huestes, hace casi treinta años de la muerte de mi padre defendiendo esta fortaleza y, aunque no nos mueven los mismos motivos, esperemos conseguir esta vez la victoria final —dijo Umayya.

—Es imposible derrotar al ejército califal, sin la ayuda desde África del califato abbasí y, la alianza con los fatimíes y Bizancio. Los omeyas son muy poderosos, pero en estas montañas volveremos hacernos fuertes como en el pasado. Con el atosigamiento continuo de las fuerzas cristianas en la Marca Superior, esperemos no logren reunir demasiadas tropas para atajar la rebelión. No les quedará más remedio que pactar con nosotros. Conseguiremos unas mejores condiciones para tu gente en el califato y la custodia de mi hijo —dijo Alfonso.

—Si pactamos, nos exigirán unirnos al ejército omeya como en el pasado y rendirle pleitesía al califa —respondió Umayya.

—Sí, pero esta vez, lograremos un trato con mejores condiciones fiscales para tu pueblo. Pagaréis menos impuestos y dispondréis de más dinero para la manutención de vuestros hijos —añadió Alfonso antes de retirarse.

Una vez dentro del recinto amurallado, el capitán se instaló en la torre principal. Desde lo alto de la mota pudo divisar el tímido avance de las tropas califales en la lejanía, tardarían todavía un tiempo en llegar hasta ellos, al menos un par de jornadas. Eso si no se descalabraban por algún barraco. Antes de que se acercaran demasiado les darían una cordial bienvenida. Pero

primero necesitaba descansar, se encontraba agotado. En el interior de la tienda Daniel dormitaba plácidamente sobre el heno en una esquina, Alfonso se tumbó en un lecho de jergón en otro rincón; viéndose incapaz de conciliar el sueño, mandó llamar a la joven esclava bereber, cuyo nombre no sabía, que calmó su apetito sexual la jornada en que raptaron a su hijo. Cuando apareció ella, se mostró ansioso de poseerla, desabrochando la fíbula que sujetaba su túnica, acarició su larga trenza de negro azabache con dedos desmañados, deshaciendo las hebras de su cabello, hasta que una larga melena cayó sobre los hombros, descendiendo hasta la cintura.

Aquellos ojos negros parecían un pozo oscuro sin fondo, sin un ápice de esperanza, destinados al más profundo abandono. Demasiado tristes para pertenecer a una chica tan joven; más bien parecían los ojos de alguien que ya había vivido todo tipo de calamidades y cuya oscura mirada, lo arrastraban a uno hacia el más tétrico ostracismo. Tenía que averiguar su nombre. Ella se lo dijo en cuanto se lo preguntó: Tarub, encima tenía nombre de princesa. Aquellos ojos, cuya profunda amargura lo envolvía, lo hacían sentir atrapado como dentro de una tela de araña. Su presencia le trasmitía calma, se abrazó desnudo contra ella en el lecho, y de inmediato se dejó mecer por un profundo sueño, hundiéndose en el jergón para disfrutar de un plácido descanso que no había tenido en días.

Tarub parecía entregarse a él, sin remisión, como a la muerte; sin oponer ningún tipo de resistencia; como el orballo —una fina lluvia que moja pero no cala— a la niebla. El misterio rodeaba su cuerpo cálido y suave, aceptando su destino con naturalidad pasmosa. Solo era una niña, pero la angustia parecía marcada a fuego en sus pupilas. Arrastrando al capitán a lo más profundo del infierno. Allí en medio de aquel paraje siniestro, buscaba en su cuerpo el calor del diablo y apenas podía sentirse culpable de ello. Prefería dejarse arrastrar por su calor, desvaído y triste, se abandonó a la lujuria, incapaz de tener una erección cayó rendido por el sueño. La desventaja de ser esclava y mujer, le dejaba a ella pocas opciones. Trató de dormir, pero le alcanzó el desvelo, inquieta, se desembarazó del pesado cuerpo del capitán y se acostó al lado de su hijo. El pequeño Daniel se acurrucó entre los pechos de Tarub, ella sintió su calor, encontrando en el inocente contacto del niño, la paz que no hallaba junto al padre; quedándose esta vez al fin dormida. El capitán abandona la estancia de madrugada, dejando a la joven y a su hijo

abrazados, todavía dormidos.

No se explicaba cómo pudo encontrar el temple para convertirse primero de cristiano a musulmán, después de musulmán otra vez a cristiano, siendo finalmente acusado por muchos de criptomusulmán —coincidiendo ambas religiones en tener como padre espiritual a Abraham—; ya no sabía a que creencia atenerse. A aquellas alturas, ni Cristo, ni Mahoma le parecían seres creíbles. No daría la vida por ninguno de ellos. Solo por el arcangelito Daniel: esa monada celeste de piel mantecosa que parecía bañada en agua de rosas, con sus mohines burlescos, los ojazos mansos curioseándolo todo. ¡Qué divina criatura! ¡Qué hermosura angelical! Hecha a su imagen y semejanza. Pero Alfonso no quería que su hijo fuera como él, y sufriese los infortunios de una infancia no muy dichosa que le arrastró hacia una adolescencia atroz. Todo por no tener un educador de verdad guiando sus pasos, sus padres y sus hermanos estaban demasiado ocupados trabajando como para ocuparse de sus problemas. Él no permitiría que eso le sucediese a Danielillo, se convertiría en su sombra, dirigiendo su educación para convertirlo en una persona poderosa e ilustrada. Sin esa necesidad necia que ha guiado a su padre, de cambiar continuamente de religión o ambicionar los puestos más altos de la sociedad. Daniel sería libre para escoger su camino, sin verse obligado a trabajar la tierra de otros para sobrevivir, ni alistarse en ningún ejército del mundo para combatir. No pretendía que su hijo siguiera ciegamente sus pasos. Lo quería frágil y dócil, muy culto y sin pretensiones económicas. No las necesitaría, él le procuraría un porvenir brillante que, su madre nunca podría proporcionarle. Con Sira se convertiría en un borrego del califato, un borrico sin otro futuro que coser heridas o fabricar pócmas y ungüentos para tratar todo tipo de dolencias. Alfonso quería alejar a su primogénito del contacto con la enfermedad y la muerte. Separarlo para siempre de una madre enfermera y un padrastro médico; lo quería ilustrado, tendría acceso a las mejores bibliotecas de Bizancio.

Esa monería celeste aprendería pronto a leer y escribir, estaría a la sombra de personas muy importantes, siempre protegido, no quería que se comportase como alguien demasiado rico y ambicioso, aunque lo fuera; le legaría tierras que ocuparían grandes superficies entre ríos y océanos, sin embargo espiritualmente su interior permanecería en la pobreza y la

humildad, estado ideal para la buena salud del alma. Tanto le preocupaba su hijo, que no abandonaría tranquilo este mundo sin saberlo ocupando un alto cargo en la sociedad; tal vez senador, emir, conde, obispo o ministro. Aquella criatura celestial se merecía un cargo que se acercase, más a lo divino que a lo terrenal.

Se vistió rápido y abandonando la tienda, subió al adarve, Umayya ya se encontraba allí. Observó el campamento enemigo en la distancia. Apenas se distinguían los puntos blancos de las tiendas en la lejanía, sus enemigos todavía no se habían movido de la aldea, debían encontrarse agotados o estarían a la espera de recibir refuerzos. En Córdoba ya debían haber llegado noticias de la rebelión, aunque seguramente ignoraban que hubiesen conseguido reunir un contingente tan grande de fuerzas. Ahora eran novecientos hombres contra dos mil, pero contaba con una clara ventaja posicional sobre el terreno. Deberían aprovecharla e infringirles una dura derrota, que sus enemigos probasen la hiel de sus espadas. Les prepararían una emboscada en la brecha donde habían cortado las cuerdas, caerían sobre ellos por sorpresa y les producirían el mayor número de bajas posibles. El capitán partió hacia el lugar, acompañado de Umayya y un contingente de seiscientos hombres, el resto se quedarían en la fortaleza por si las cosas se torcían y debían refugiarse en sus murallas, necesitando apoyo en la cobertura.

Llevaron carros con bueyes, cargados con rocosos proyectiles que descargarían desde las alturas sobre el enemigo. Piedras y máquinas fueron distribuidas sobre el terreno. El capitán dibujando la cabeza de un ciervo en el suelo, les explicó a los oficiales la estrategia de ataque. El morro del ciervo sería su vanguardia, situada sobre la cima de la rampa, allí colocarían las catapultas y los arqueros, distribuidos a ambos lados de los belfos. Sobre las astas del ciervo, en el dibujo, pondría las piedras rodantes y los hombres con los venablos, cuyas puntas estaban untadas de veneno. Deberían ser letales y causar el mayor número de bajas en cuanto el enemigo no se reorganizara, cuando esto ocurriera, se moverían de posición atacándoles por la retaguardia, encerrándolos en un cerco del que no pudiesen escapar. Eran solo seiscientos hombres contra dos mil, pero en su ejército no había

mercenarios como entre las tropas de Abd al Rhaman. Ellos peleaban por sus vidas y las tropas califales lo hacían por dinero. Si conseguían convertir el campo de batalla en un infierno, el enemigo huiría en desbandada como hicieron durante la batalla de Simancas.

No tardaron en aparecer los primeros estandartes omeyas, los oficiales de Umayya ordenaron a sus hombres permanecer en silencio, cualquier movimiento en falso les delataría y pondría al descubierto su posición en lo alto de las montañas y en peligro toda la operación. Una avanzadilla de doscientos hombres a pie, dirigida por el vikingo Horik, encabezaba un ejército colosal, seguida de un contingente portando hachas, picos y troncos acabados en punta de hierro, para acometer las obras necesarias para someter al enemigo a un largo asedio. Detrás venían los arqueros, avanzando a través del abrupto terreno, torpemente por la brecha, cargados con las aljabas repletas de flechas. En la retaguardia venían los arietes para derribar las puertas o murallas de la fortaleza y otras maquinas de guerra como fundíbulos, catapultas de torno, ballestas gigantes y torretas de asalto. La caballería no aparecía por ninguna parte, lo cual preocupó al capitán. Ordenó a varios de sus hombres, vigilar la retaguardia por si trataban de sorprenderlos por la espalda. El monje no era ningún incauto, deberían tener cuidado. También era posible que viendo lo abrupto del terreno, decidieran prescindir de los caballos y dejarlos en la aldea.

Norik y la cabeza del grupo llegaron a la rampa, trataron de quitar las cuerdas cortadas y colocar los anclajes pertinentes para sujetar otras, sustituyendo a las rotas, cuando del cielo llovieron, dardos encendidos, lanzados desde las balistas a una orden del capitán, dejando tras de sí una estela de humo. Norik ordenó a sus hombres alzar las adargas para cubrirse, a la espera del terrible impacto. Los vikingos de primera línea que le acompañaban, acostumbrados a asediar fortalezas, clavaron los escudos en el suelo para resistir mejor los dardos ardientes y se encogieron bajo sus corazas como ratas en una encrucijada. El impacto acabó con algún hueso quebrado y ninguna baja. Alzando las túnicas los vikingos se volvieron de espaldas, mostrándoles el trasero desnudo a sus enemigos en señal de burla.

En lo alto del desfiladero se desplazaban los hombres de Alfonso, buscando nuevas ubicaciones, dónde lanzar un nuevo ataque. Mientras

siguiendo las órdenes de Galindo que se esperaba una posible encerrona, pero no tan contundente: una miríada de saetas, inunda el cielo lanzada por los arqueros sarracenos. Cuando las flechas alcanzan las posiciones de los rebeldes, estos se refugian en una zanja, protegiéndose del ataque. Por la ladera comienzan a rodar: rocas enormes dirigiéndose hacia los piqueros reales, que clavando los maderos en el suelo, tratan de detener la avalancha que se le viene encima; unos lo consiguen, otros mueren aplastados por las piedras.

Las catapultas continúan arrojando todo tipo de proyectiles desde la cima, miríadas de flechas les responden desde la brecha, la batalla ha comenzado. Los proyectiles untados en aceite hirviendo, al prender la mecha incendian el campo de batalla, sembrando el caos sobre las tropas califales. Comienza a cundir el pánico y muchos guerreros empiezan a retroceder, buscando parapetos imposibles donde esconderse, entre los roquedales del fondo. La infantería sin embargo, encabezada por Norik, reacciona con rapidez, ancladas las nuevas cuerdas, trepan por la rampa aprovechando el fuego de cobertura que les proporcionan los arqueros sarracenos. Los artilleros omeyas por su parte, logran activar las ballestas y disparan proyectiles sobre la cima de la colina, entorpeciendo la labor de los rebeldes y ayudando a Norik y sus hombres en su cometido.

Alfonso, temiendo la reacción de sus enemigos que todavía siguen siendo muy superiores en número, se prepara para lanzar un ataque mortal desde las cumbres. No obstante todavía duda: teme dejar la retaguardia demasiado desprotegida y no se equivoca. Según temía, la caballería omeya aparece a su espalda, y tratan de sorprenderles para proteger a las tropas califales de sus ataques: una maniobra que Alfonso le había enseñado al monje, sobre un pergamino. Ahora sus enseñanzas se volvían contra él.

Un grupo de enemigos importante ya se encontraba en lo alto de la colina, destacaba la imagen de Norik con su cota de reno y su espada, destrozando a varios soldados cristianos. Umayya lo observaba, sus movimientos eran fieros y rotundos pero técnicamente, distaba de superarle. Había aniquilado en batalla a muchos como él. Esperaría a que se cansara y entonces trataría de encararle, cuando lo matase, marcaría una muesca más en su espalda. Atento a sus movimientos, lo estudia con calma, cuando empieza a observar los

primeros síntomas de fatiga en el vikingo, se abre paso a empujones entre sus hombres y se acerca al gigante del norte. Umayya golpea con fuerza su espada contra el escudo de Norik, el vikingo resiste con brazo de hierro sus embestidas. Los primeros asaltantes han caído, pero una nueva oleada de sarracenos y normandos se lanza sobre la cima. Umayya trata de nuevo de conectar con la espada del vikingo, pero una nube de guerreros los separa de momento.

La caballería sarracena se acerca, Alfonso ha ordenado clavar un montón de picas en el suelo, dejando apenas espacio entre unas y otras, formando una coraza, crean así una barrera mortal que detiene momentáneamente a los jinetes califales. Los arqueros arrojan flechas desordenadamente sobre ellos y algunos alcanzados por las saetas caen sin vida del caballo. La caballería dirigida por Azzam, a una orden suya, esquiva las picas y trata de bordear la formación en uve, dispuesta por el capitán y apoyar a los hombres de Norik, que se dejan la vida en la vanguardia.

Ajeno a todo este ajetreo, Umayya logra encarar de nuevo a Norik. El gigante rubio para los golpes del guerrero Hafsuní, girando el escudo a cada embestida de este. El vikingo enseguida es consciente de que el hombre que tiene enfrente, no es un enemigo cualquiera, sabe luchar y se mueve con la agilidad de un lince. Además está fresco, parece apenas haber entrado en batalla. Se le ve descansado y es muy ágil, su espada está a punto de clavarse varias veces en su costado. Aquel experto espadachín hace volar la hoja con suma facilidad. Luce una bonita loriga de placas imbricadas que destellan en cada movimiento sobre una túnica azul oscura.

Umayya lanza un largo tajo sobre la cabeza de Norik, el filo pasa rozando su oreja y le derriba el casco. Norik se defiende con movimientos fieros y torpes, como si tratara de talar árboles. Umayya en cambio se mueve hábilmente, tratando de encontrar un hueco entre el escudo del vikingo y su espada, para darle la estocada final que, esperaba resultase mortal y definitiva. Norik estudia con detenimiento los brazaletes de su enemigo, son de oro macizo. Debe tratarse de alguien muy importante; muy avezado en el uso de las armas; dispuesto a morir en caso necesario.

Galindo ha ordenado a los piqueros, lanzar sus jabalinas sobre los mercenarios que retrocedan e intenten iniciar la retirada. No dudará en matar

a sus propios hombres: los desertores serán abatidos de inmediato. Una escalera humana, trepa por las cuerdas. Muchos de ellos caen abatidos por los proyectiles lanzados desde la cima. Alfonso observa la maniobra y decide acudir con varios soldados bizantinos a reforzar esa zona, si los vikingos logran tomar la cima, están perdidos.

El capitán corre escudo en mano por el borde de la zanja defensiva hacia la cola de la vanguardia, la caballería enemiga está a punto de caer sobre la espalda de sus tropas, hasta ahora los arqueros y algunos guerreros abasíes habían frenado su avance. Jadeando Alfonso y los bizantinos llegan a la quebrada, muchos de sus hombres se precipitan por el barranco ante el empuje de Norik y los fieros normandos. Alfonso cae sobre los vikingos, el choque es brutal, una amalgama de brazos hace retroceder el empuje de las fuerzas califales, momentáneamente, pero esto no puede durar mucho: la caballería enemiga cae sobre ellos y equilibra el lance. El combate es atroz, el terreno se cubre de sangre y las cosas comienzan a complicarse para Alfonso y sus hombres. Todavía está a tiempo de ordenar la retirada, siendo el saldo muy positivo para sus fuerzas, pero antes debe frenar a la caballería califal o resultará una retirada complicada, donde serán presa fácil del enemigo.

Umayya sonrío cruelmente, logra derribar un par de veces a su oponente y se ve con fuerzas suficientes para derrotarle. Ha matado a muchos más fuertes y hábiles que él, avanza con una adarga en la mano y la espada en la otra, sin mirar en ningún momento a los ojos de su enemigo. Si lo hubiese hecho se daría cuenta de que no hay ni atisbo de pánico en ellos. Norik retrocede a cada golpe del caudillo de los rebeldes. Umayya ya saborea la victoria, regresará a Bobastro con la cabeza del vikingo en una cesta. Eso levantará la moral de sus hombres. Sabe que Alfonso, ordenará la retirada en cuanto logre mantener a línea a la caballería enemiga. El número de bajas en sus tropas es efímero al lado del daño causado al enemigo. En el otro bando han caído por cientos, su posición privilegiada sobre el terreno les dio mucha ventaja. Las piedras, dardos y flechas arrojadas sobre la canal, han sesgado muchas vidas. A pesar de ello el enemigo sigue siendo muy superior en número.

Un nuevo golpe de Umayya, desequilibra al vikingo. Sus piernas cansadas trastabillan y logra milagrosamente mantener el equilibrio, apoyándose en el

escudo para esquivar la finta del moro. En un último aliento de bravura, Norik se pone en pie, interponiendo su espada contra una nueva estocada frontal del hafsuní. Esta vez la suerte no está de su lado, el mejor acero de Umayya rompe el filo de su espada. Con ella rota, el vikingo queda desarmado. Ahora Umayya sonrío como el lobo que está a punto de comerse a su presa. Norik puede ver en sus ojos la muerte que le espera. Pero para un vikingo nunca ha sido un problema morir en combate, Odín le reserva un lugar a su lado en el paraíso. Será solo un instante, apenas sentirá dolor, cuando la hoja de la espada de su enemigo atravesase su vientre. Aunque antes de que esto ocurra, solo una imagen aparece ante sus ojos. Se trata del rostro de Laura. Umayya avanza hacia él, cuando lo tiene cerca con un rápido movimiento de brazos, lanza una estocada mortal contra la zona abdominal de su enemigo.

Es cuestión de milésimas de segundos, Norik con un rápido movimiento de cintura, esquivo la cinta, y echando una mano a la espalda extrae el breidox que oculta bajo su capa. Aprovechando la inercia que deja a su enemigo desequilibrado, hunde el filo de su hacha: rebanándole el cuello, la sangre brota a borbotones, la cabeza separada del cuerpo cae sobre los pies del vikingo, permaneciendo todavía en el rostro de Umayya, su trémula sonrisa como un rictus demoniaco que le da la bienvenida al infierno. Norik pega una fuerte patada a la cabeza que rueda barranco abajo. Mientras tanto, Alfonso y los bizantinos logran mantener a raya a la caballería enemiga, iniciando una ordenada retirada con sus tropas hacia la fortaleza de Bobastro. Las huestes del califato logran superar la trampa, donde fueron emboscadas y avanzan con sus maquinarias de guerra, preparándose para un largo asedio.

Al enterarse de que su rival era Umayya el líder de los hafsuníes, Horik recoge la diabólica cabeza del borde de un precipicio; clavándola en la punta de una pica, la exhibe como un estandarte. Con la monstruosa extremidad en su lanza, arenga a sus hombres. No hay bastión por muy inexpugnable que sea, que los vikingos no hayan podido asaltar. Norik se ofrece voluntario para dirigir el asalto, Galindo le pide calma. Al otro lado de las murallas, Alfonso toma el mando tras la muerte de Umayya, será el encargado de dirigir la defensa y de inmediato es nombrado nuevo caudillo de los hafsuníes. A pesar de la muerte de su líder, está contento, el balance de la batalla les favorece. Apenas alcanzan la treintena de bajas. De parte de las tropas califales han

caído casi trescientos hombres. La brecha es un cementerio de cadáveres, sin tiempo para darles sepultura, los buitres darán buena cuenta de ellos. Tras asediar la fortaleza, Galindo siente remordimientos de conciencia y decide mandar unos sepultureros enterrar los cuerpos.

Los heridos serán atendidos por un equipo sanitario llegado desde Córdoba: Saúl, Sira y Laura forman parte de él. Ya que no han podido participar en la batalla, tratarán de ayudar, montando un improvisado hospital de campaña en la intendencia. También viajan con ellos Shifa, Raquel y Sayida. Las cinco Lobas pretenden animar a la tropa con su presencia, su belleza calará hondo en el ánimo de los combatientes. Toda ayuda será poca para lograr la victoria final para las tropas califales. Un gran campamento se desplegó en pocos días, sobre el collado, desde donde se observa muy cerca en lo alto de una peña, la inquietante silueta de la fortaleza de Bobastro.

La imagen de la fortaleza en el horizonte, se le antoja a Sira, monstruosa y tétrica a la vez. Allí es donde mantienen secuestrado a su hijo. Galindo ha tratado de tranquilizarla, diciéndole que cuando logren entrar, será respetada la vida de Daniel y se lo devolverán de inmediato. Pero una madre nunca está tranquila, cuando la vida de su propio hijo puede correr cualquier tipo de peligro. Una angustia desoladora la atenaza desde que su padre se lo llevó. ¡Y si no vuelve a verlo nunca! Puede que una flecha perdida lo alcance por error o, alguien lo arroje desde lo alto de la muralla al vacío. Debe tratar de no pensar, dejar la mente en blanco. Centrarse en sanar a los heridos para que se recuperen pronto y, ayuden a los demás soldados a asaltar la fortaleza para traer de vuelta a su hijo cuanto antes.

Los estandartes omeyas en cambio no intimidan a Alfonso, que los contempla desde la seguridad de las murallas: pabellones y tiendas de campaña que no resistirán mucho tiempo las bajas temperaturas, en cuanto se acercase el invierno. Solo se trataba de resistir unos meses, tarde o temprano, la ayuda militar o diplomática llegaría desde África o Bizancio. Le habían dado al enemigo no solo un golpe mortal, sino toda una lección de estrategia militar. Eran mucho menores en número, pero cada hombre de los suyos valía por siete del ejército omeya. Otra cosa eran los vikingos, ellos apenas habían tenido bajas y les resultaría difícil acabar con ellos.

**Bobastro, 24 de junio del año 946**

El amor de una madre no se puede comparar a cualquier clase de afecto recibido por mortal alguno durante su existencia. Ni las atenciones prestadas por su padre, ni el calor de los pechos de Tarub, podía consolar a Daniel por la ausencia de Sira. Con cinco años, el entendimiento de la criatura resultaba suficiente para comprender que algo horrible estaba sucediendo. Los juguetes que el padre había puesto a su alcance: un caballo de madera con ruedas, impulsado por pedales, inventado por un fabuloso mecánico bizantino y una onda para lanzar piedras a larga distancia; no sirvieron para paliar la desazón del niño. Las cosas se complicaron, cuando sus inocentes ojos percibieron el discurrir de la batalla desde lo alto del adarve de la fortaleza y tras una tregua, pudieron recoger en carros a los heridos. El rostro de la criatura era un poema, al contemplar los horrores de la guerra. Aunque su padre se esforzó por mantenerlo al margen de la tragedia. La visión de miembros amputados y de la agónica situación, hundió al niño en un profundo abismo, del que su padre trataba de sacarlo sin resultado, narrándole los pormenores de la batalla.

La sensibilidad de la criatura era especial, mayor que la mayoría de los mortales. Su imaginación demasiado excitable, turbada por aquellas horribles imágenes, desencadenó pronto en terribles pesadillas, de las que despertaba envuelto en sudor, después de entablar combate con una bruja maligna que trataba de amputarle las piernas con un serrucho. El mismo sueño se repetía, secuencialmente, en escaso período de tiempo, siendo más intenso y horripilante durante la siesta. La bruja mostraba un aspecto espeluznante: la nariz larga, curvada y picuda, los ojos saliéndose de las cuencas, mientras que de su boca surgían liendres. Daniel trataba de huir, pero el terror le paralizaba los miembros y por mucho que lo intentara, no obedecían las órdenes del cerebro. Cuando la bruja intentaba cortar con la dentada hoja de la sierra su fémur, una especie de corriente eléctrica lo recorría de pies a cabeza «¡No quiero morir!». Consciente de que aquello solo era un sueño del que no era

capaz de despertar. Daniel trataba de superar los calambres neuronales y asirse a la realidad, huyendo de lo onírico, durante esos instantes que se le hacían eternos, la fiebre le subía y las pupilas se le abrían de golpe: sin percibir el iris las radiaciones de la luz solar, el rostro se le compungía en un rictus espasmódico. Luego despertando bruscamente, parecía regresar súbitamente de lo más profundo del averno. Entonces el niño lloraba compungido, huérfano del cariño materno, acogiéndose entre los brazos de Tarub, que ante la falta de Sira, lo consolaba lo mejor que podía. En ocasiones un simple roce de los dedos de Tarub, una caricia, era suficientes para que Daniel despertara, interrumpiendo jadeante de nuevo en la realidad.

En ocasiones Tarub que había aprendido el arte de tañer el laúd, instruida por su antiguo dueño, entonaba dulces melodías para tratar de amortiguar la congoja de Daniel. Cuando comenzaba a oscurecer y no era suficiente con la luz solar, las teas encendidas de los almenares, iluminaban la lóbrega estancia. Sentada en un cojín purpura, frente a una pared decorada con adeferas, Tarub tocaba el instrumento seguida por la inquisitiva mirada del niño.

La música le tranquilizaba tanto, que por momentos lograba olvidar las terribles pesadillas que le acechaban y trataba de seguir el ritmo de las notas, moviendo los brazos, dibujaba círculos como si tratara de alcanzar con sus manitas, secuencias de la melodía. Tarub sonreía viendo disfrutar al pequeño. La joven vestía una túnica blanca y llevaba unas babuchas plateadas en los pies. Un esclavo sudanés les sirvió un julepe y unos higos, antes de retirarse realizando una zalema delante del hijo del capitán. El niño mostraba una mayestática apariencia, vestido con unas calzas doradas y un jubón acolchado con plumas de ave y algodón. Se bebió el julepe de un trago y saboreó la vulva roja de la fruta, sin dejar de observar como tocaba Tarub.

Era increíble como la música hipnotizaba a la criatura, de tal manera que desde ese día, decidió no dormir más solo. La joven dormiría siempre a su lado, eso alejaría las pesadillas de su lecho y le ayudaría a disfrutar de un solaz descanso. El contacto con Tarub, le recordaba a su música, el sonido del laúd le trasmitía paz y tranquilidad. El calor de esos brazos que tan magistralmente tañían el instrumento, le reconfortaba incluso cuando no se encontraba tocando, como si la melodía no cesase de sonar nunca en su

interior, mientras la muchacha permaneciese siempre a su lado.

La fortaleza había sido restaurada con prisas y desde la ventana de la torre donde se ubicaba el pequeño, tenía una vista privilegiada de todo el contorno. Era la única de la construcción, taponarla supondría cerrar la entrada de toda luz natural a la estancia. Eso podría enfermar al niño, más que observar todo el horror que ocurría abajo. Entonces Alfonso decidió instalar una cortina de seda blanca con elefantes bordados en malva. Pero la curiosidad de la criatura era grande y se asomaba constantemente, subiéndose a una mesita de sándalo, atraído por los gritos desazonadores de los heridos.

El capitán no puede mantener allí a su hijo encerrado para siempre. El asedio lleva trazas de prolongarse durante meses y aquella fortaleza no es el lugar adecuado para una criatura. Aunque en la torre se encuentra seguro, los niños necesitan aire libre. Manda ensillar su mejor alazán y se decide a salir con una patrulla a dar una vuelta por la sierra. El semblante de Daniel parece animarse ante la perspectiva de cabalgar con su padre. Se ayudó del arzón para subir al caballo, una vez sobre la grupa, Alfonso colocó a su hijo en el regazo, sujeto a su cintura por una faja, de modo que no corriera ningún riesgo de caer de la montura. Después de agarrar fuerte las riendas, su padre ordena abrir la puerta de la fortaleza y se dirigen con diez hombres a dar un paseo por la sierra. Cabalgan por las faldas de un monte, entre arriates salpicados de matorral. Saltan sobre carrascas verdes y negras; retamas salpicadas de flores blancas; plantas de lavanda que expanden su perfume por el aire; helechos reseco y tostados por el calor estival y la falta de agua. Esquivando las púas endiabladas de la maleza, siguen el murmullo musical del agua; cruzando entre abedules contemplan la enrevesada caída de las cascadas.

—Agua, papá, agua —grita emocionado Daniel.

—Si hijo mío, tan pura como salida de un manantial divino —replica Alfonso.

Losas oscuras se apilan en el cauce, la corriente con su chispa incesante de caudal de agua, las desgasta puliéndolas en cantos que brillan bruñidos por el sol como madejas de verdoso cristal. Desmontan de los caballos para que su

hijo, se entretenga jugando con los guijarros y manda a sus hombres montar guardia en las alturas.

—Papá, ¿puedo bañarme?

—Sí hijo, nos bañaremos los dos.

Alfonso y Daniel se meten desnudos en el agua, pisando la sombra de grandes farallones calcáreos, donde se asientan varias colonias de buitres leonados. Los dos nadan en el agua embalsada, sin parar de sonreír. En este hábitat vive la rata de agua que escaba sus galerías en las orillas. Daniel se entretiene persiguiendo a las truchas que se dispersan a su paso. No es el único, una simpática nutria también trata de alcanzarlas. Disfrutando de los húmedos parajes, el mustélido bucea en las profundidades, intentando llevarse un bocado a su gusto.

Al salir del agua su padre le seca y lo viste con un albornoz. El niño echa de menos la ciudad blanca, donde podía pasarse el día jugando con su mejor amiga, Subh: una criatura morenita y mofletuda hija de Shifa y Galindo. En los jardines de Medina Azahara, corrían en torno a un magnolio de abundantes flores blancas, que colgaban de ramas desprovistas de hojas, salpicadas de color vino en la parte exterior. Daniel perseguía a la niña tratando de tirarla al suelo y arrancarle el pañal. Shub corría con todas sus fuerzas, pisando fuerte sobre la mullida hierba, trataba de zafarse de su perseguidor. La niña exhausta queda arrinconada contra un cerco blanco, Daniel la derriba y ambos ruedan por el suelo. Shifa les riñe, Daniel la libera y acariciando sus carillos, sonrío a la niña. Shub en un claro mohín de alivio, le devuelve la sonrisa.

—Lo siento, solo quería saber lo que llevas bajo el pañal —le dice Daniel.

—Sígueme y te lo enseñaré —responde Shub.

Se ocultan detrás de unos jazmines con forma de trompeta, allí están a salvo de las miradas de los adultos.

—Primero muéstrame lo tuyo —le dice Shub.

Sin pensarlo Daniel se baja el pañal, dejando al descubierto su pequeño péndulo, cuya inesperada forma sorprende y asusta a la niña, que esperaba encontrarse otra vagina como la suya. Aterrada por la extraña visión, Shub sale detrás de la mata de los jazmines con los mofletes colorados, y trata de ocultar el rostro entre sus cabellos castaños.

—No te asustes soy un niño —dice Daniel.

Ella no responde, ruborizada avanza en silencio y pasa delante de un arce de hojas rojas, cuyo intenso color llama su atención. La elegante capa la protege de la mirada del niño. Las hojas palmeadas de cinco lóbulos, adoptan en verano un color bronce, volviéndose dorado según avanza el otoño. La niña posa ante el rojizo arbusto, tratando de llamar la atención de su compañero.

—Lo mío es mucho más bonito que lo tuyo, pero no pienso enseñártelo —dice Shub.

—Cuando nos casemos tendrás que hacerlo —responde Daniel.

—Yo nunca me casaré, me haré monja como papá.

—No me puedes enseñar solo un poquito —insiste Daniel.

La niña sintiéndose el foco de atención de sus miradas, le ordena ponerse a cierta distancia y cerrar los ojos. Colocándose una de las encarnadas hojas lobuladas cubriendo sus partes, se baja el pañal.

—Ahora ya puedes abrir los ojos —dice Shub.

—La hoja no me deja ver nada —se queja Daniel.

Shub vuelve a subirse el pañal, ante la desolada mirada de Daniel. De manera que el niño no logra desvelar el misterio, que se esconde entre las piernas de las chicas. Luego ambos corren por el jardín del califa, rodean las azaleas, internándose en un bosquecillo ralo de arbustos. Los colores de las flores resultan tan vivaces como variados: rojo, blanco, azulado, malva... En los rododendros las flores son más abundantes y de mayor tamaño. El

príncipe ordenó emplear tierra de brezo o turbera para enriquecer el terreno de materia orgánica, compensando la falta de acidez y drenándolo para que brotaran con mayor proliferación las matas de hojas y flores. Los esquejes son injertados en verano para obtener distintas variedades de arbustos.

Lo que sentía por la niña, a veces le sobrepasaba. Era curioso que cuanto más triste se encontraba, más solía pensar en los bucles de su cabello, en sus sonrojadas mejillas y su pícara sonrisa o cualquier pequeño detalle de su fisonomía que le recordase a ella. El simple hecho de tratarse de un ser del sexo opuesto —de su misma edad—, le inspiraba una ternura especial. Sustrajo de una maceta una gardenia y se la entregó a la niña. Ella se la colocó en la oreja y le regaló un beso en la mejilla como agradecimiento. El pequeño Muhamad, hijo de Azzam y Sayida, le había explicado que los niños tenían pene y las niñas vagina; que cuando te hacías mayor el pene te crecía y podía llegar a entrar en la vagina. Daniel nunca había visto una y se avergonzaba del tamaño de su miembro.

Deseaba hacerse pronto mayor para que aquella lombriz, creciera algún día, dejase de ser crisálida y se convirtiese en mariposa. Así, al bajarse el pañal delante de Shub, presumiría de unos ribetes tornasolados, adornando unas azuladas alas. A Shub le encantaría su mariposa de color azul. Pero ahora lo que más le interesaba era descubrir, el arcano secreto que escondía la niña bajo el pañal. Si también tendría forma de mariposa o, más bien sería como una flor en cuyo gineceo, su mariposa depositaría la semilla para fecundar los óvulos dentro del cáliz, donde se gestaban los bebés. Solo había una forma de saber la verdad, necesitaba que la niña le mostrara su secreto. Por lo que Daniel probó a pedírselo una vez más.

—Si te lo enseño seré una pecadora —dice la niña.

—Entonces no lo hagas, pero no podré dormir esta noche pensando en ello —respondió Daniel.

—No importa el sueño de un caballero, estando en juego la virtud de una dama —contestó Shub.

Desde luego Daniel no se equivocaba, esa noche sería secuestrado por su padre y casi no lograría pegar ojo. Pero no por culpa del sexo de la niña sino,

como consecuencia de un drama familiar que arrastraba desde la separación de sus padres. Nada podía hacer el niño para evitar pasar de unos brazos a otros: primero de la madre al padre, luego del padre a la madre, para ahora nuevamente de la madre al padre.

Aquella situación de enfrentamiento continuo le estresaba, de una manera que comenzaba a agriar su carácter y a perturbar mentalmente, ciertos rasgos de su personalidad. El niño ya no tenía claro a cuál de los dos pertenecía, si al padre o a la madre. Necesitaba un hogar fijo para formarse como persona. Estaba harto de aquel extraño divagar de un lugar a otro. Él no quería abandonar Bobastro y no volver a ver a Tarub y a su padre; pero tampoco quería abandonar su amiga Shub, ni a su madre. Su vida giraba en torno a un carrusel que lo estaba conduciendo a la locura.

Daniel se sentó junto a su padre y trató de olvidarse de Subh. La cascada descendía en un fino hilo desde la cumbre, excavando la roca, decorada por una comunidad arbustiva de madroños, encinas, ruscos y acebos.

—Papá hace calor. ¿Nos podemos volver a bañar?

—Claro hijo. ¡Vamos allá!

Ambos se lanzaron de nuevo sobre la superficie acuosa. Alfonso orgulloso de que su hijo compartiera con él, la afición por el baño, disfrutaba de las estancadas aguas, bruñidas a aquellas horas tardías por un sol intenso. A pesar del escaso caudal del río, la poza se alimentaba en su vertiente norte de una laguna que aumentaba el flujo del torrente, descendiendo desde las alturas por la pared vertical de la montaña. Los dos se acercan nadando, colocándose bajo la espumosa lengua de agua del torrente. Una vez bajo ella, empapados por la larga cola de caballo, resisten el ensordecedor ruido, el gorgoteo infernal parece aplastarlos, antes de retirarse nadando de nuevo hacia el centro de la poza. Allí, Alfonso choca accidentalmente contra una roca, agarrándose a ella trepa sobre su superficie y se pone de pie. Con un brazo ayuda a su hijo a subirse también a la peña. Daniel observa la orilla, desde el corazón de la poza, sorprendido.

—Papá aquí no nos hundimos.

—Parece que caminamos sobre las aguas como Jesús.

—Esto le gustaría mucho a Subh. Papá no podré casarme con ella, porque quiere ser monja como su padre.

—Ja, ja, ja —Alfonso ríe ante la ingenuidad del pequeño—. ¿No te parece qué todavía eres muy joven para pensar en esas cosas?

—Ya tengo cinco años, cuando volvamos le preguntaré si quiere ser mi novia. Aunque ella insiste en meterse a monja como su padre.

—¡Hijo mío! Ya veo que además de gustarte el baño, también has salido precoz como tu padre en el tema de las mujeres. Ellas son muy complicadas, primero nos ocuparemos de tu educación, ya tendrás tiempo una vez hayas completado tu formación de ocuparte del género femenino.

—Está bien papá, primero los libros y después las chicas. Y ahora a ver quién llega primero a la orilla —responde Daniel, arrojándose desde la cima de la roca de cabeza al agua.

Después de dejarle una generosa ventaja, Alfonso se lanza detrás de su hijo y trata de darle alcance, pero el pequeño es más rápido, sujetándose a un guijarro de la orilla celebra su victoria. Sonríe caminando por la arena, disfrutando de la compañía de su padre, antes de desaparecer ambos entre los encinares.

Serranía de Ronda, 25 de junio del año 946

Sentada entre cojines Sira bordaba una manta de lana para regalarle a Daniel, cuando volviesen estar juntos. Para protegerlo bajo el abrigo de aquella piel de borrego de todos los sufrimientos que hubiese provocado su distanciamiento. Hace poco que comió y le entró el sueño, decidió tumbarse al lado de Saúl a descansar. Al poco rato se quedó dormida: una pesadilla similar a las que tenía Daniel se apoderó de ella, con la diferencia de que no era una bruja sino un enorme cocodrilo surgido de las orillas del Guadalquivir, el que sesgaba las extremidades de su hijo de un solo mordisco. Aunque consciente de que no existían reptiles de esas proporciones a las orillas del Gran río —el sueño únicamente se repetía como si estuviera telepáticamente unida por algún poder psicotrópico a su hijo, siempre a la hora de la siesta—; su respiración se agitaba y el pulso aumentaba, despertando con brusquedad, empapada en sudores.

Sira se incorporó de la cama. Aún no había terminado de desperezarse, cuando un elemento ajeno a la estancia llamó su atención: sobre el suelo enmoquetado se deslizaba un reptil, muy diferente a todos los que había visto hasta ahora, y también a los cocodrilos de su sueño. Para carecer de extremidades, se alzaba con gran verticalidad del suelo, hasta permanecer casi completamente de pie. Su piel era negra y estaba surcada de anillos rojos y amarillos. En ese momento despertó Saúl que dormía a su lado, nada más contemplar al intruso, mandó guardar silencio a Sira, que paralizada por el miedo se quedó quieta. En algún lugar ha escuchado hablar que si no se mueve, tal vez el animal la confunda con un árbol o un mueble y no la ataque.

Trata de contener la respiración lo máximo posible, cualquier exhalación brusca de aire puede atraer la atención de la serpiente y será su final. Plegando los brazos al cuerpo, intenta no hacer movimiento alguno. Escuchó decir en el harén que aquellos animales carecían de buena vista, si

permanecía quieta quizás se liberase de que la muerda. La serpiente rastreando el suelo, avanza hacia su posición, contrayendo y expandiendo los anillos, silenciosamente, el nefando ofidio parece haber escapado del paraíso para tratar de seducir a una nueva Eva. Se enrosca en las patas de una mesita de taracea, mostrando un pecho blanquecino, que latiría impetuoso si encerrase un apasionado corazón. El réptil se desliza de nuevo por el tapete hacia la cama, Sira retrocede aterrorizada, la serpiente se alza ahora un metro sobre ella, su cabeza afilada mira directamente hacia Sira, sus ojos despiden luminarias fosforitas, abriendo una boca horrible, muestra las mandíbulas. Está a punto de abalanzarse sobre ella, cuando dando un salto de la cama, de un rápido movimiento, Saúl alcanza el alfanje y de un tajo perfecto le corta la cabeza. Sira respira aliviada, observando la mesita de taracea, decorada con conchas, nácar y madera, donde instantes antes se había enroscado la serpiente, y sobre la que reposaba una jarra con té de moras.

—Es una serpiente rarísima, no he visto ninguna así en mi vida. Pero seguro que quien la colocó, conoce bien los efectos de su veneno; seguro que es mortal. Si nos llega a morder podríamos darnos por muertos —dijo Saúl, arrojando el cuerpo de la serpiente fuera de la tienda.

El dueño de la serpiente fue capturado de inmediato, su aspecto coincidía con la descripción de varios testigos que lo vieron acercarse con una cesta de mimbre, donde guardaba el animal y depositarla en el interior de la jaima de Sira y Saúl. Después de interrogarlo, se confesó como un hafsuní infiltrado entre las tropas califales, contrario a la rebelión había intentado acabar con la vida de Sira, culpándola durante el juicio de todas las desgracias de su pueblo: «esa ramera es la única responsable de esta maldita guerra, si no diese a luz a ese crio, hijo de ese demonio de capitán: Umayya jamás se atrevería por sí mismo a rebelarse contra el califato. El capitán lo convenció para hacerlo y ahora Umayya ha perdido la vida, en manos de ese maldito vikingo —dijo Suleimán en referencia a Norik—. La desgracia caerá sobre mi pueblo y todos vosotros».

El preso trató de defenderse cuando fue preguntado por el caíd, sobre el verdadero motivo de su acción. «Solo pretendía eliminando a la madre, que ambos bandos se sentaran a hablar para detener esta matanza». El juez no tuvo compasión y ordenó su lapidación pública. El hombre tenía el pelo rojo,

la piel muy blanca y los ojos claros. Era de mediana edad, de fuerte complexión, les costaría terminar con él a pedradas. Muchos se acercaron y formando un círculo a su alrededor, comenzaron a descargar los proyectiles sobre Suleimán, que no fallecería hasta media hora después producto de los impactos. A Galindo le gustaría haber detenido semejante carnicería, diciendo aquello que dijo Jesús —según relata el nuevo testamento en una situación parecida—: aquel de vosotros que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Pero le faltó valor para oponerse a la autoridad musulmana y se metió en el pabellón militar para preparar junto con sus generales, la mejor estrategia para asaltar Bobastro.

Tratando de reponerse del susto, Sira y Saúl habían salido a dar un paseo por los alrededores, internándose en un pequeño bosque de quejigos y sauces, se perdieron en la tupida fronda, huyendo de la lapidación pública del hombre que casi había acabado con sus vidas.

—Si llega a ocurrirte algo nunca lo superaría —dijo Saúl.

—Ahora tratemos de olvidar lo ocurrido —dijo Sira—. Espero que Daniel esté bien.

—Recuperarás a tu hijo muy pronto. Aunque la fortaleza se encuentra en lo alto de una peña en un lugar casi inexpugnable. Los omeyas asesorados por los vikingos están construyendo unas torres de asalto espectaculares de más de mil palmos.

—Lo sé, Galindo me lo contó, son casi tan altas como la Torre de Babel —refutó Sira—. Esperemos que todo esto termine pronto.

—Rezaré a Yahvé porque así sea —añadió Saúl apurando el paso a su lado.

Sin decirse palabra, descendieron por las faldas de la sierra con andar ajustado y rápido, siguiendo el linde de los trigos sesgados, caminaron sin tino para ascender de nuevo entre la arboleda. Los quejigos viejos aparecen desmochados por culpa de un incendio. En unos metros el bosque se regenera con rapidez, recuperándose del efecto demoledor de las llamas. El camino pasa bajo tajos calizos, donde en las fisuras se guarnecen en sus nidos las

ruidosas grajillas.

Llegan a una casa abandonada por los hafsuníes y se paran a llenar las cantimploras en una fuente. Después de saciar la sed, tratan de no pensar en lo que les depara el destino. En el llano curiosos montículos de piedras bordean arbustos y matorral, su color metalizado llama su atención. Sira sabe que todo lo que la naturaleza le ofrece, nunca se lo podrá arrebatarse ningún hombre. Le quitaron dos veces a su hijo: una en Constantinopla, la otra en Córdoba; pero no le podrán arrebatarse el placer de contemplar aquellos paisajes entre montañas, sobrevolados mágicamente por buitres leonados que también parecen buscar a Daniel por toda la sierra. Siguen caminando en silencio, la meseta está cubierta de densa vegetación, predominando las encinas. Saúl coge su mano y la aprieta dulcemente, tratando de transmitirle fuerzas en aquellos duros momentos.

Continúan por un sendero, sorteando peñascos y caracoleando entre viñedos colgados de barrancos, siguiendo el declive de la montaña. Curioso encontrar los pámpanos de la vid, bordeados de un cerco de piedras; que en tan agreste enclave surja una uva tan rica en azúcares, dando al vino un sabor afrutado, inigualable en toda la comarca. La pareja se entretiene, robando racimos y picando moras maduras. Las abubillas y abejarucos, resultan improvisados visitantes estivales, mientras observan a un cervatillo extraviado perseguido por un lince. Después de una larga persecución, la presa logra encaramarse en lo alto de una peña y el cazador abandona su acometida incapaz de trepar a la cima.

Incansable caminando, Sira decide seguir el curso de un arroyo. La bajada del agua desde las cumbres, formando pozas a su paso es espectacular. En el descenso el paisaje cambia bruscamente, las rocas afloran con profusión pero a diferencia de la cima, aparecen árboles y arbustos que logran sobrevivir en la mayoría de las grietas calizas.

Medio riéndose, medio enfadándose, Saúl trata de igualar su paso. Protestando a ratos porque están alejándose demasiado del campamento. Ella tira de su mano tachándolo de perezoso, desde que secuestraron a su hijo no han vuelto a hacer el amor. Puesto que el asedio parece prolongarse, trata de buscar un lugar especial, donde ambos puedan desfogarse sin problema. La idea de quedar de nuevo embarazada le ronda por la cabeza desde hace

tiempo. Una hermanita para Daniel, le ayudaría a recuperarse de los traumas causados por los problemas entre sus padres. Daniel jamás volvería estar solo para enfrentarse a sus peores pesadillas. Pero primero tenía que recuperarlo de las tiránicas manos del capitán.

En un recodo del camino se cruzan con tres soldados rebeldes. El más bajo y robusto, acaricia su recortada barba negra antes de ordenar a los otros dos atar a Saúl contra un abedul. Su nombre es Omar y es de origen bereber. Sira se muestra aterrada, cuando el hombre que ejerce el mando sobre los otros dos, sin titubeos, de un rápido movimiento se posiciona a su espalda y sujetándola por los hombros, le coloca una afilada gumía aprisionándole la garganta. Los otros dos después de sujetar bien con una cuerda a Saúl contra el tronco, se relamen dispuestos a disfrutar de la mujer.

—Si dices una sola palabra o gritas, le rajo la garganta a tu amiga —dice Omar, dirigiéndose a Saúl—. Prepárate para disfrutar del espectáculo. La perra de tu compañera, ¡por fin estará con hombres de verdad!

—¡Cerdos! ¡Os mataré si osáis hacerle daño! —exclama Saúl a pesar de la prohibición de hablar y las amenazas de Omar.

Los dos hombres que le habían maniatado se acercaron a él y le cayó una lluvia de puñetazos. Finalmente le anudan un pañuelo, sujetándole la mandíbula y atravesando su boca para que no pueda hablar. El judío sangra abundantemente por la nariz y tiene los pómulos hinchados por los golpes, en cuanto Sira trata de liberarse de Omar, pero este la agarra con fuerza.

—Me gusta que te resistas, así disfrutaremos el doble. ¡Sujetadla vosotros dos!, quiero ser el primero en catar este caviar —les ordena Omar.

Ellos obedecen y sujetan a Sira como pueden, mientras Omar rasgándole la túnica con la gumía, deja sus pechos a la vista. Sira se retuerce tratando de resistirse, pero dos pares de robustos brazos masculinos la inmovilizan, de manera que toda resistencia resulta inútil. Trata de patear, arañar y morder, sin resultado. Omar retira sus bragas, dejando su flor al descubierto. Bajándose el calzón con el miembro inhiesto, se prepara para penetrarla. Súbitamente, una saeta surgida de entre la maleza se le incrusta por el ano, atravesándole el escroto. Omar aúlla de dolor y cae desplomado al suelo,

mientras se desangra.

—Os ordené vigilar, no violar jovencitas —la voz del capitán suena ronca.

Los otros dos rebeldes, aterrorizados por el miedo y la sorpresa, sueltan a Sira y desaparecen huyendo entre la maleza. El capitán les ordena detenerse y regresar a sus puestos, por esta vez no tomaría represalias. Sus soldados no parecen escucharlo y continúan su huida, hasta que Alfonso armando de nuevo el arco, dispara sobre la espalda de uno de ellos. Cae herido de muerte desde la cima del arroyo a una poza, tiñéndola de sangre. Antes de que vuelva a armar el arco. El otro hombre regresa asustado, acatando la orden del capitán, junto al resto de la patrulla. Por su aspecto debe tener más de cincuenta años y con el susto no puede evitar orinarse en las calzas.

Alfonso le entrega una túnica azul a Sira para que pueda vestirse. Con todo el ajetreo se ha olvidado de su hijo Daniel, que reaparece a su espalda. Sira está terminando de ajustarse la túnica, cuando lo ve correr hacia ella.

—¡Mamááá! ¡Mamááá! —exclama enloquecido el niño.

El corazón de Sira late ahora sin control, fundiéndose en un abrazo con su hijo. Daniel llora desconsolado, lagrimones de éter empapan los bucles del cabello de la madre. Luego se gira mirando hacia su padre y entre sollozos dice:

—Papá, ¿por qué tú y mamá, no os queréis y tiene que morir tanta gente por ello?

Alfonso ignora que responder a su hijo. En principio piensa en culpar a su madre por amar a otro hombre. Pero recuerda que fue él, quien primero la repudió a ella, escogiendo a Luisa como única compañera de alcoba. Al convertirse en católico, ya no podría tener dos esposas. Mal negocio hubiera hecho, si no fuese nombrado ministro de Bizancio a cambio.

—Lo siento hijo, hay cosas que todavía eres demasiado pequeño para comprender. Ahora debo hablar con tu madre a solas.

—Papá, no quiero que muera nadie más por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada hijo. Lo importante es que cuando todo esto termine, te prometo que tendrás una vida llena de lujos y jamás te verás obligado a empuñar un arma.

—Cuando sea mayor, no quiero ser guerrero y matar gente como tú. Me gustaría ser músico como Tarub.

—Serás todo lo que tú quieras hijo mío, además de rico y muy poderoso.

—¿Cómo el califa papá?

—Casi, pero no tendrás tantas responsabilidades.

—Me llevarás contigo a Bizancio para aprender música.

—Claro hijo mío, estaremos siempre juntos.

Solo entonces, Alfonso cayó en la cuenta de que Sira no se encontraba sola cuando estuvieron a punto de violarla sus hombres. Al contemplar al judío atado en el árbol, la bilis se apoderó de él. Hacía tiempo que no veía a su antiguo amigo, ahora convertido en el esposo de Sira. La hiel casi le lleva a golpearle. Sin embargo se controló, ya bastante le habían atizado sus soldados. No quería quedar delante de su hijo como una bestia. Sabía que Saúl no había traicionado su amistad, acostándose con su antigua esposa; pues cuando lo hizo, Sira y él ya no estaban juntos. Es más si no fuera debido al rapto de su hijo en Constantinopla, él mismo les hubiera dado su consentimiento de buen grado.

Sin embargo no pudo evitar sentir una desazón que le corroía las entrañas al encontrarla con otro hombre. A pesar de que ya no la amaba, Sira había sido su esposa durante mucho tiempo, y por algún extraño motivo que no obedecía a la razón y no lograba comprender. Le fastidiaba de sobremanera, el hecho de que lograra superar su ruptura y rehacer su vida. Le dolía especialmente que para sustituirle hubiese escogido alguien más joven, guapo y culto que él. Encima mucho mejor persona. Un hombre que se dedicaba a salvar vidas, no a destrozarlas como solía hacer Alfonso a menudo, con todos los que se cruzaban en su camino.

Alfonso en vez de contestar a su hijo, se acercó a él y acariciándole con mesura el cabello, le pidió que regresara con sus hombres a la poza donde se habían bañado, en cuanto el charlaba un rato con su madre. Daniel se retiró obediente, dejando solos a los adultos.

—Esta guerra no es contra ti, ni tu amiguito judío —dijo Alfonso en referencia a Saúl—. Solo pretendo llevarme a Daniel conmigo para Bizancio.

—¡Pero también es mi hijo! —gritó Sira desesperada.

—Lo comprendo, pero has tenido la desgracia de nacer mujer en un mundo de hombres. Te propongo que abandones a tu nuevo esposo y regreses conmigo en calidad de amante a Bizancio, pararemos esta maldita guerra y podrás pasar con tu hijo todo el tiempo que quieras.

—Estaría dispuesta a irme contigo, solo para estar cerca de mi hijo. Haría ese sacrificio, si no fuera porque iniciaste una guerra y ha muerto mucha gente. Si regresó contigo y traicionó a los omeyas. Después de que tantos hombres hayan dado la vida por mi causa. Abd al Rhaman me ejecutaría junto con mi hijo y no pararía esta guerra hasta tomar Bobastro. Además para que arriesgarme, tienes todas las de perder. Tarde o temprano la fortaleza caerá y Daniel volverá a mis brazos. En el hipotético caso de que consiguiera regresar contigo a Bizancio, Luisa no me dejaría acercarme a mi hijo. Tú allí eres muy importante, tienes demasiado poder, podrás manejar a nuestro hijo a tu antojo.

—Te prometo que esta vez no será así.

—También una vez me prometiste que me amarías siempre y nunca me abandonarías, ni tomarías otra esposa. Sin embargo no cumpliste tu palabra. Jamás volveré a confiar en ti. Además nunca abandonaré a Saúl y menos por un mentiroso como tú. Cuando Galindo y Azzam, te ayudaron a embarcar para Constantinopla, después de salvarte la vida, les juraste que jamás volverías empuñar un arma contra el califato. Todos sabemos de sobra, el valor de tu palabra.

—Está bien, pero tu hijo se vendrá conmigo.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —le interrogó Sira respecto a ella y Saúl.

—Por mí podéis largaros al infierno, tú y ese maldito Hipócrates —respondió Alfonso, cortando las ligaduras de Saúl con una gumía.

—¿Puedo despedirme de nuestro hijo? —le suplicó Sira.

—Cómo osas pedirme algo así, bastante hago no cortándote el cuello aquí mismo —dijo Alfonso, tensando la voz—. Cuanto menos te vea, más rápido te olvidará. ¡Largaros antes de qué me arrepienta y os degollé a los dos!

—Él nunca me olvidará —respondió Sira, antes de coger de la mano a su esposo y desaparecer ambos entre la espesura.

Caminaron en silencio por la ladera dejando atrás el arroyo. El cierzo golpeaba con fuerza, ondeando los cabellos de Sira y tratando de hacerla regresar a la realidad. Vivía en un mundo de hombres y lo tenía muy difícil para recuperar a su hijo. Al menos habían logrado salvar la vida y podrían regresar sanos y salvos al campamento. Había estado a punto de ser violada y Alfonso la liberó de semejante humillación. Sin embargo no le permitió despedirse de su hijo. El ser que más amaba en este mundo. Ascendieron por un pinar, escogiendo el camino más corto hacia el campamento. Se le habían quitado las ganas de pasear y de hacer el amor con Saúl. El corazón le latía con fuerza, presa de una taquicardia. Consciente de ello, Saúl apretó su mano con fuerza.

—Tranquila, todo pasará.

Sus palabras y el contacto de Saúl la tranquilizan. Ahora toca como siempre domar la mente y pensar en otra cosa. Ella está deseosa de albergar en su vientre una nueva vida. Este hijo le está dando demasiados disgustos. Esa noche después de tantos sustos, no se encuentra preparada para copular con su esposo. Esperará a que la luna cambie a cuarto menguante, para ver si su humor mejora e intentará quedar encinta de nuevo. Es todavía muy joven para tener hijos. Aunque nunca superaría la pérdida de Daniel, en caso de que su padre logre su propósito y se lo lleve con él a Bizancio.



**Bobastro, 26 de junio del año 946**

Al día siguiente muy temprano, cuando el sol cubierto por la niebla, no se atrevía todavía a derramar sus láminas doradas sobre las grotescas cumbres. Un contingente de trescientos hombres, compuesto casi a partes iguales por omeyas y vikingos, comandado por Norik, pretendía bordear Bobastro por su vertiente sur y tratar de escalar sus murallas, asaltando la fortaleza, mientras Galindo y el resto del ejército califal con sus mortíferas máquinas de guerra atacaba a los rebeldes por el norte. Norik y sus hombres abandonaron el collado, comenzando a subir por un angosto camino, sin hitos, para llegar en poco tiempo a un hermoso salto de agua que en verano se seca y del que en aquella época, apenas fluían unos finos hilillos de agua. La tropa cruza el arroyo para ascender a la izquierda por una empinada senda, en la que en algunos tramos deben de utilizar las manos para ascender y remontar un montículo de roca caliza, dejando atrás la cascada.

El sendero se va estrechando, según suben las vistas son cada vez más espectaculares, destacando en la lejanía la anaranjada silueta de las murallas de la fortaleza, como un ser siniestro y malvado que en cualquier momento puede tomar vida propia. La senda se introduce en un valle encajonado entre enormes farallones rocosos, donde el sol de la mañana comienza a dejarlos sin oxígeno. Ahora la niebla hace rato ha desaparecido y los buitres vuelan bajo en busca de carroña. Trepan con rapidez, tratando de superar la fuerte pendiente, introduciéndose más en el estrechamiento de la garganta, donde el arroyo discurre por una llambria, salpicando sus aguas, los rostros sudorosos de los hombres. Deben agarrarse fuerte a las rocas para no ser arrastrados por la corriente y cruzar el arroyo para seguir avanzando. Los hombres agradecen el baño de agua y continúan trepando cuesta arriba, casi sin aliento hasta alcanzar la majada. Desde allí, avanzan, hasta que rodeando la fortaleza desde las alturas, disfrutan de unas maravillosas vistas de todo el entorno. Norik se detiene a observar el frente de ataque en la muralla norte.

Las catapultas y ballestas bombardean la fortaleza desde primera hora de la mañana, debido a lo abrupto del terreno, los hombres pasan horrores para acercar las torres de asalto a las murallas. Desde el adarve, los soldados de Alfonso, lanzan todo tipo de proyectiles y aceite hirviendo sobre los asaltantes. Las flechas de los arqueros vuelan de uno a otro bando. ¡Menuda carnicería! ¡Todo por el capricho de un padre de estar al lado de su hijo!, piensa Norik. Las gigantescas torretas apenas alcanzan las murallas, más bien caen por la inercia de la bajada del foso defensivo sobre ellas. Los soldados califales ascienden por las escaleras de las torretas y comienzan el asalto.

Es el momento que esperaba, concentrada toda la defensa de la fortaleza en el muro norte, dejando bajo mínimos la guardia de la parte opuesta. Norik desciende con sus hombres hacia esa zona. Esconden las armas en carros de paja, disfrazados con túnicas raídas, tratan de hacerse pasar por campesinos, en busca del amparo de la fortaleza. Poco a poco se acercan al muro sur ante la sorpresa de los centinelas, que desconcertados avisan al capitán. Pero este se encuentra demasiado ocupado dirigiendo la defensa y ordena a uno de sus aguaciles, ocuparse del asunto. Los hombres del norte se quedan a la cola de la caravana, con velos como mujeres musulmanas, ocultan sus rostros ante los centinelas.

—¿Quién va? —grita el aguacil, desde la cima de la muralla.

—Somos desertores de las fortalezas vecinas de Belda, Ardales, Comares y Jete. Nos hemos enterado de la rebelión y venimos buscando refugio, dispuestos a dar nuestra vida por defender vuestra causa —contesta uno de los omeyas.

—¿Qué lleváis en los carros? —pregunta de nuevo el alguacil.

—Trigo y centeno, alimentos de todo tipo —responde el omeya, retirando la paja de uno de los primeros carros y mostrándoles todo tipo de alimentos.

—¡Esperad! —exclama desconcertado.

El alguacil no sabe cómo actuar, regresa corriendo por el adarve al muro norte, el espectáculo es desolador: Los gruesos arietes de troncos de roble reforzados en la punta por una cabeza de toro de acero, chocan una y otra vez

contra las puertas de la fortaleza. Impulsados los gruesos arietes por los bravos soldados califales, la puerta cede, mientras en el interior de la fortaleza, los rebeldes tratan de frenar su impulso, colocando todo tipo de obstáculos como piedras, maderos y arcones viejos. Algunos hombres lanzan sus cuerdas con ganchos con forma de araña y han conseguido anclarlos en el interior de los muros defensivos, escalan las murallas con rapidez, desde arriba les lanzan todo tipo de objetos, pero no siempre dan en el blanco y no encuentran suficientes proyectiles para tanto asaltante.

El aguacil suda, trata de hablar con el capitán pero resulta imposible. Este se encuentra luchando en lo alto de una torreta enemiga, con el hacha se muestra contundente, librando de su cima a los asaltantes, arroja al vacío a cuantos hombres puede. Debe tomar una decisión sin contar con Alfonso, asustado, ante el panorama que le rodea, regresa de nuevo al muro sur. No les vendría nada mal la colaboración de aquellos campesinos, con su ayuda lograrían resistir el asalto de las tropas enemigas. Sin saberlo el alguacil, está a punto de cometer el error más grande de su vida. Cayendo en la chanza, tramada por omeyas y vikingos —proviniedo la idea original de la desbordante imaginación de Galindo—, da la orden de abrir las puertas.

—¡Pasad amigos!, ¡necesitamos vuestra ayuda! —grita desde arriba el ingenuo alguacil.

Los falsos campesinos penetran en el interior de la fortaleza enemiga, sin necesidad de utilizar cuerdas, ni máquinas de asalto; tan solo utilizando el ingenio. Como según cuenta la leyenda los griegos introdujeron el caballo de Troya, dentro de las murallas de la ciudad. Los rebeldes habían picado el anzuelo, dejándose engañar por una vulgar triquiñuela, utilizando unos simples disfraces como señuelo. Una vez dentro, se desprenden de las túnicas, dejando al descubierto sus uniformes de guerreros y retirando la paja de los carros, comienzan a coger las armas. El aguacil consciente de su error, observa atónito la escena. Ya armados los asaltantes, avanzan por el interior de la fortaleza, degollando a todos los rebeldes que se cruzan en su camino. Son los mejores trescientos hombres del ejército califal y van armados hasta los dientes. Dirigiéndose hacia la puerta norte, liquidan a todos los hombres que se encuentran, tratando de frenar el empuje de los arietes. Desde el adarve les tiran de todo, pero los instruidos guerreros, se protegen

anteponiendo las adargas hasta formar una impenetrable coraza, retirando los obstáculos, la puerta finalmente cede ante el empuje de los arietes.

Las fuerzas califales entran dentro de la fortaleza, desde arriba el capitán observa el desastre. Todo está perdido, pero no se rendirá sin luchar, sin embargo debe de pensar en la vida de su hijo. La mayoría de los rebeldes asustados, comienzan a deponer las armas. Sorprendentemente la caballería comandada por Galindo y Azzam, entra en la fortaleza por la puerta norte, portando banderas blancas. Alfonso no entiende nada, ¿Por qué quieren parlamentar cuando ya tienen la victoria al alcance de la mano? El combate de repente se detiene, los defensores dejan de arrojar proyectiles y los asaltantes permanecen inmóviles. Galindo sube por las escaleras hacia el adarve y se dirige hacia Alfonso, que lo observa como si estuviera contemplando una aparición.

Un mensajero real acaba de llegar hace unos minutos hasta la retaguardia de las fuerzas califales, después de cabalgar varios días sin parar reventando varios caballos, con una misiva urgente para Galindo. Al parecer una embajada del emperador Constantino ha visitado recientemente Medina Azahara, portando un regalo para el salón del califa, tan grande que no cogía por ninguna de las puertas laterales, viéndose obligados los albañiles a abrir más hueco, derribando uno de los marcos para introducirlo dentro. Se trataba de un majestuoso estanque de mercurio, su ornamentación sorprendió tanto al califa, quedándose inmediatamente imantado por la belleza de la pieza, que decidió escuchar las plegarias de los embajadores, suplicando por el perdón para el ministro Alfonso. Asegurándole que su magnanimidad en este asunto, sería recompensada convenientemente por el emperador de Bizancio; siendo el inicio de unas negociaciones que traerían la supremacía del comercio en el Mediterráneo para sus dos pueblos. Todo ventajas, tanto para el califato omeya como para el imperio bizantino, Abd al Rhaman trataría de ofrecerles un buen trato a los rebeldes, para solventar de una vez por todas aquel conflicto para siempre, granjeándose así la amistad del emperador Constantino y su ministro Alfonso Garrido.

En cuanto recibió la misiva, Galindo cabalgó hacia la fortaleza dispuesto a parlamentar con sus enemigos. El monje pretende evitar cualquier tipo de conflicto armado. Intentará frenar un derramamiento de sangre absurdo. A

nadie le interesaba que se prolongara un enfrentamiento bélico que dificultaba las relaciones diplomáticas entre el califato y Bizancio. Galindo confía en que logre convencer a su viejo amigo de que todavía es posible una salida pacífica al conflicto. En su jubón guarda un documento firmado por el mismo Abd al Rhaman, donde le hará saber las condiciones de su rendición a Alfonso. En la cima del adarve, Galindo avanza hacia Alfonso bajo la inquisitiva mirada de los rebeldes. El capitán deja su hacha cubierta de sangre en el suelo y se dirige hacia su antiguo jefe. Sin dar crédito a lo que está sucediendo, el capitán sale a su encuentro.

—¡Dios santo! ¡Monje! Pareces salido de un circo. Al menos podrías haberte afeitado para visitarme —dijo Alfonso todavía exhausto por el esfuerzo derrochado en el combate.

—Ahora se llevan las barbas, solo procuro estar a la moda —responde Galindo.

Ambos se dieron la mano en lo alto del adarve y Galindo le entregó de inmediato el documento del califa que, Alfonso leyó con pausa.

## TRATADO DE PAZ

Abd al Rhaman, gran califa de al-Ándalus y Alfonso Garrido, ministro de Bizancio, deciden por mutuo acuerdo el cese de las hostilidades en torno a la fortaleza de Bobastro. Según el presente tratado, Abd al Rhaman se compromete a que serán respetados todos los puntos que se mencionan a continuación:

1- Por orden real, Daniel Garrido, en cuanto cumpla su mayoría de edad, será nombrado emir de la ciudad de Elvira, cargo que desempeñará de por vida bajo la supervisión de Abd al Rhaman.

2- Asimismo su padre Alfonso Garrido quedará libre de cargos y será absuelto de cualquier causa judicial en la que haya sido imputado durante su estancia en al-Ándalus, hasta la firma del presente tratado.

3- Además el mencionado Alfonso Garrido, tendrá derecho a visitar a su hijo y pernotar las veces que lo desee a su lado, mientras dure su educación en palacio, donde será instruido por los eunucos reales en cuanto a modales y comportamiento, y por un grupo ilustrado de educadores que se encargaran de completar su formación en el resto de las materias.

4- No se permitirá que la interferencia de su madre, influya de algún modo en la educación de su hijo. Si eso sucediera la custodia le será retirada de inmediato.

5- Cada dos años de formación, Daniel Garrido dispondrá de un período vacacional de seis meses, dónde Alfonso Garrido si lo desea, tendrá preferencia sobre la madre, para disponer de su hijo a su antojo.

6- Finalmente, siempre que su padre se encuentre en territorio del califato omeya, también tendrá preferencia sobre la madre y obtendrá la custodia directa de su hijo, sin que ella pueda alegar nada en su contra.

7- En lo concerniente a los hafsuníes y demás pueblos participantes en la rebelión: en esta ocasión Abd al Rhaman será benévolo y les concederá el Amán, siempre y cuando juren fidelidad al califato y, nunca más vuelvan a levantarse en armas contra él.

Si Alfonso acepta las condiciones del documento, cediendo la custodia de su hijo a Sira cuando él no esté presente en al-Ándalus, Abd al Rhaman se compromete a anular su sentencia de muerte: Alfonso quedará en libertad libre de cargos y podrá visitar a su hijo cuando le apetezca, incluso quedarse a vivir con él durante el tiempo que desee. La madre no podrá hacer nada por impedirselo. Además Daniel obtendría una educación, destinada a ocupar un alto cargo en el califato: algún día cuando crezca, será nombrado emir y gobernará su propio territorio. Galindo consciente de que si las otras razones no le convencen, esta última de saberse padre de un futuro emir, colmará definitivamente las ambiciones del capitán.

—Ese bribón quiere comprar mi libertad y transformar a mi primogénito en emir —dijo Alfonso en referencia al califa—. Si a cambio tengo que

renunciar a llevarlo conmigo para Bizancio, lo haré gustoso. Además viajaré a menudo a Córdoba, para poder pasar el mayor tiempo posible a su lado. Sabía que mi viejo amigo solo podría traerme buenas noticias. Lo supe nada más verte.

—Solo trato de solucionar esto de la manera más cabal y salvaguardar las buenas relaciones entre Bizancio y Córdoba. Será mejor que firmes y me acompañes a Medina Azahara, y celebraremos este tratado de paz con una jarra de vino y una buena fiesta como a ti te gusta —le propuso Galindo.

—¿Y no se opondrán a la anulación de mi pena capital, las familias de los hombres que abatí en Cazorla y aquí en Bobastro? —preguntó desconfiado Alfonso.

—El califa envió a Hasday a negociar con los afectados de Cazorla. Nada que una buena indemnización no pueda solventar. Además Abd al Rhaman admitió que quizás al atacaros de manera tan precipitada en las pozas, tú hubieses actuado únicamente en defensa propia y no te movió otro motivo que salvar la vida. ¡Al fin el Señor ha logrado que el califa haya abierto los ojos! En cuanto a Bobastro cualquier pena queda anulada con este acuerdo de paz, la mayoría de los hombres muertos aquí, no son más que mercenarios, gente sin ideales, luchando solo para ganarse una buena bolsa de oro —lo tranquilizó Galindo.

—¡Allah es grande! —exclamó Alfonso.

—Sí, pero recuerda que ahora vuelves a ser cristiano —repuso Galindo.

—Lo siento en ocasiones se me olvida —reflexionó Alfonso antes de continuar hablando—. ¡Amigo mío! Quizás las religiones sean un invento del hombre, que solo sirve para dividirnos y enfrentarnos entre nosotros. Como cristianos cada vez que levantamos una iglesia o un monasterio, tal vez lo hacemos para dejar constancia únicamente de nuestra propia arrogancia y ambición. Utilizando el nombre de Dios únicamente para domeñar a nuestro pueblo y lograr nuestros propios intereses. En cuanto mantengamos a la plebe en la ignorancia, más sencillo nos resultará manejarlos y dominar sus mentes. Muchas veces pienso que los mandamientos solo han sido creados para los pobres, pues los poderosos los infligimos constantemente.

—Tal vez tengas razón, siempre he pensado que el Todopoderoso como la lluvia cuando moja, se encuentra impreso en todos los fenómenos de la naturaleza y sobre todo en los actos de bondad con nuestro entorno y nuestros semejantes, que nos ensalzan y nos hacen mejores personas. Es un error esclavizar a miles y miles de obreros para crear templos, castillos y palacios. En vez de emplear esa energía en ayudar a los demás y mejorar la calidad de sus vidas. Construyendo por ejemplo escuelas para alfabetizar al pueblo, y que todo el mundo pobres y ricos tengan acceso a la lectura y escritura. Además de crear hospitales y que todos los seres humanos de este planeta tengan acceso a ellos y a una alimentación equilibrada.

—Eso solo se podrá conseguir —le interrumpió Alfonso—: si el amor al prójimo y a la naturaleza, se impusiera en el corazón de los hombres por encima de su ambición.

—¿Crees que como ministro puedo implantar esas ideas en el corazón del imperio bizantino?

—No lo creo amigo Alfonso. Tú solo eres una hoja dentro de un árbol, en medio de un bosque inmenso. Tendrán que pasar generaciones antes de que el hombre cambie, y abandone las armas y la tiranía de su ambición, para entregarse a los demás y abrir el corazón definitivamente al amor —concluyó Galindo.

Luego iniciaron los preparativos para regresar a Córdoba. Un emisario se había adelantado para avisar al califa del acuerdo alcanzado. Muy pronto, Medina Azahara se vestiría de fiesta para recibir al capitán. Al menos por una vez el amor y el sentido común se habían impuesto en el alma humana, y una madre desconsolada dejaría de llorar por la pérdida de su hijo y se uniría a la fiesta. Aunque Sira recibió la noticia con escepticismo, consciente de que aquella solo era una maniobra política que limitaría las horas que pasaría con su hijo, cuyo peso de su educación recaería en los eunucos reales y en su padre, con el cual pasaría largos períodos de tiempo. De momento, la esclava Tarub sería la encargada de trasladar, aquella gentil criatura al alcázar real. Luego allí en un acto simbólico, Sira recuperaría a su hijo. Para más tarde volvérselo a entregar al padre cuando lo solicite.

Sira odiaba los cimientos morales de aquella sociedad dominada por los

hombres, donde las mujeres siempre ocupaban un segundo lugar. Unos cimientos que enterraban para siempre cualquier ambición noble que pudiese tener una mujer y la encerraban en un círculo de existencia mecánica y brutal, carente de aspiraciones y otros valores morales que no fueran los de servir al esposo. Aceptaría su mísera condición y, esperaría sumisa la hora de ver a su hijo cuando le tocase. Esta vez respetaría la voluntad del califa y se sometería en silencio a sus designios. Pero no lo haría sin antes protestar. No pronunciaría ni una palabra, lo haría a través de la danza, durante su próxima actuación en el salón real de Median Azahara. Aunque ello le costase otra somanta de latigazos o incluso quedarse sin piel. Odiaba todas las artimañas y sutilezas del monarca para someterla a su voluntad.

Esperaba al menos que esta vez, su actuación llegara a oídos de todas las mujeres del califato. Las cinco Lobas tratarían de difundirla a los cuatro vientos. Esperando que todas aquellas damas que vivían imbuidas en una atmósfera de rusticidad, ignorancia y miseria, sometidas al yugo de los esposos; alzasen la voz para defender sus derechos, siguiendo su ejemplo. No pretendían encender la mecha de la rebelión, sino hacerse valer y aspirar a algo más en la sociedad, que simplemente a desempeñar el papel de madres y amas de casa. Contarían con la valiosa ayuda de algunos hombres valerosos como sus esposos: Saúl, Azzam y Galindo, que nunca las abandonarían en sus pretensiones de fámulas.

Se podían contar con los dedos de las manos los hombres que las apoyaban, pero si las cinco Lobas habían logrado convencer a sus parejas de que la igualdad en la sociedad entre hombres y mujeres, era necesaria para el progreso de la humanidad. Sira esperaba ansiosa que otras muchas mujeres lo consiguieran. La religión, el orden moral y el alma de sus esposos, era algo que no podrían cambiar. Pero al menos les mostrarían su descontento y conseguirían, poco a poco, que las mujeres realizasen cada vez más funciones en la sociedad. Detrás de un gran hombre, siempre habrá una gran mujer. Sira lo sabe y se prepara para mostrárselo al califa como mejor sabe, danzando.

Medina Azahara, 15 de julio del año 946

Brillaban los muros de oro y mármol del salón del alcázar, su color purísimo destellaba ante la mirada despierta de Alfonso que avanzó hacia Sira para entregarle a su hijo Daniel. En el centro del salón descansaba un estanque lleno de mercurio cubierto por cuatro pilastras, sosteniendo unas vigas, cruzadas por unos listones donde reposaban como ventrudas botellas, sendas tejas de oro y plata. Aquel prodigioso estanque, era un regalo personal del emperador bizantino para Abd al Rhaman. Llegado recientemente de Constantinopla, se convirtió en poco tiempo en la verdadera joya de la sala. Al califa le agradó aquel obsequio del emperador. Tanto que había decidido perdonarle la vida al capitán y recibirlo en su palacio con los honores que se merece un ministro de la corte bizantina. A cada uno de los lados de la estancia, se abrían ocho puertas con arcos de marfil y ébano, decorados con piedras preciosas que se apoyaban en columnas de mármol de colores y cristal puro. El sol al atravesar las puertas bañaba con sus rayos las paredes y el techo del salón, reflejándose en el oro, proyectaba un resplandor deslumbrante.

Abd al Rhaman dio la orden a los esclavos de mover el mercurio, llenándose el salón de una luz relampagueante, ante el asombro de los presentes. Alfonso creyó por unos momentos que el salón giraba alrededor del estanque. En el fondo era su cabeza la que daba vueltas, ligeramente mareado por las altas temperaturas del exterior. Se sentó en un diván al lado de Galindo, Saúl, Hasday y Norik. Justo instantes antes en que, sorprendentemente, el califa abandonó su sillón de trono para sentarse a su altura sobre un cojín, situándose a su derecha. Alfonso se apartó ligeramente para dejarle más espacio. Frente a ellos Abd al Rhaman había ordenado instalar una pasarela de tablas, sujeta por vigas de madera, idéntica a la de los muelles del puerto de Cádiz por donde se accede a las embarcaciones. Algo tramaba el califa. Ordenó a todos los esclavos que abandonaran la sala. Los seis hombres se quedaron solos en el salón, por unos instantes reinó un

silencio espectral que parecía anunciar una tragedia.

Luego entraron dos esclavas, una negra como la noche y otra blanca como la nieve, exhibiendo sus encantos danzaban desnudas delante de ellos. Escondido tras unos setos plantados en sendos tiestos de barro, había un séptimo hombre. Las esclavas prendieron con una mecha los sahumerios que emanaron efluvios aromáticos, esparciéndose en segundos por toda la estancia. El séptimo hombre surgió con una lira detrás de los setos e hizo una señal a los músicos. Ocultos por unos biombos, en una sala contigua, comenzaron a hacer sonar los panderos. Azzam apoyó la lira sobre uno de los pebeteros y sosteniendo un rabel entre las piernas, se sentó en un cojín dorado y empezó a tocar. Mientras descendía el sonido de la percusión, ascendía el de su instrumento. La melodía se volvió loca, cuando el príncipe al-Hakam entró en la sala para sentarse al lado de su padre.

De repente, contoneando las caderas la primera Loba salió de la guarida, llevaba el pelo liso cayendo sobre los hombros desnudos y un collar de rubíes le rodeaba la garganta. Avanzó por la pasarela hacia ellos, exhibiendo una piel de lince muy recortada, que apenas le cubría los pechos y el pubis. Laura se desprendió del turbante de seda roja que rodeaba su cuello y se lo entregó al califa. Después se hizo a un lado, colocándose en un extremo de la pasarela, para ceder el paso a la segunda Loba.

Sayida entró en acción, caminando sobre las tablas con una túnica blanca, cayendo sobre sus hombros que dejaba completamente a la vista su esbelta espalda, siendo recortada la prenda justo por debajo del nacimiento de los muslos. Sus largas y hermosas piernas, desfilaron ante la curiosa mirada de los hombres con garbo y salero. Antes de situarse al lado de Laura, previamente se había desprendido de una ajorca de plata de su tobillo para entregársela como presente a al-Nasir.

La tercera Loba se presentó vestida con un burnús, exageradamente abierto a la altura del escote, tanto que accidentalmente se le salió un pecho al colocarse frente Abd al Rhaman. Echando atrás la capucha del burnús, se quitó una pulsera de plata de la muñeca, entregándosela al monarca. Se encontraba muy nerviosa, era la primera vez que desfilaba semidesnuda delante de varios hombres. Temía no estar a la altura y desagradar a los presentes. Su piel oscura apenas destacaba del color negro intenso del burnús.

Antes de correr al lado de sus compañeras, siguiendo el protocolo, Shifa se inclinó ante Abd al Rhamán, que contempló agradecido la belleza, a través de su abierto escote, de la voluptuosidad de sus maravillosos senos.

—Sigues siendo mi favorita. Envidio la suerte de ese agraciado monje cristiano. Pero respeto la voluntad de Allah al entregarte a él. Tienes buen aspecto, la maternidad te sienta muy bien —susurró en su oído Abd al Rhaman para que nadie pudiese escucharlo.

—Gracias excelencia —respondió Shifa a tanto halago, inclinándose aún más hasta besar su mano, girando la muñeca a continuación para depositar en ella un anillo de bronce.

La cuarta Loba tenía la piel muy blanca y una larga melena rubia le caía sobre los hombros. Llevaba unas ajorcas de oro en los tobillos y unos pendientes en forma de péndulo, de plata rematados con una gema oscura en la punta. Caminaba sobre unas sandalias de corcho, luciendo unas calzas de piel de guepardo que morían en las estribaciones del ombligo. Mostraba el torso desnudo, exhibiendo sus pequeños y redondeados pechos, con dibujos de sendos círculos de alheña en torno a los rosados pezones. Raquel pensó en un principio en ocultarlos con las hojas de un rosal, pero luego decidió que al califa le agradarían más así. Sorprendiendo a todos los presentes con su belleza salvaje. Sacándose un clavel del cabello, se lo colocó en la boca y avanzó gateando sobre un tapete persa, moviendo el trasero, mientras casi reptaba por el suelo hasta llegar junto al califa. Elevó los hombros impulsándose con los brazos y clavó su mirada felina en Abd al Rhaman, provocando los celos de Hasday. Abd al Rhaman retiró la flor de la boca de Raquel, complacido por la exhibición de aquel felino. Acercándose a su lóbulo, dejó caer unas palabras dulcemente en aquel delicado tímpano:

—Me encantaría yacer contigo esta noche. Si no fuese que mi médico personal, anda detrás de tus huesos. ¿O acaso no estás interesada en Hasday?

—Si lo estoy, solo pretendo hacerlo rabiar un poco. Pienso que llegó la hora de abandonar el luto por mi esposo. Le contaré un secreto —dijo Raquel acercando todavía más el rostro a Abd al Rhaman—: esta noche pienso entregarme a Hasday. Le hare aullar de placer como nunca nadie lo hizo en su vida.

Después de aquella extraña confesión, la viuda se despidió del califa para situarse al lado de sus compañeras. La quinta en salir que en principio iba ser Laura, por ser la última en ser localizada para actuar hacía casi tres meses en la inauguración del gran pórtico, dejó su puesto a Sira; pues la muladí tenía preparado como colofón final para aquel espectáculo, una sorpresa para el califa.

Llevaba la cabeza disecada de una loba incrustada en la nuca, bajo ella sus ojos verdes destellaban como esmeraldas en la penumbra. La piel de loba resbalaba por su espalda cubriendo el dorso hasta la cintura, entre las piernas colgaba el rabo, balanceándose como un péndulo, seguía el galope de las caderas; sus glúteos se alzaban en cada movimiento, arrastrando la cola con garbo. Cada contoneo de aquellas caderas, atraía la mirada de todos los presentes. La reina loba estaba allí, con el pelaje de mamífero totalmente abierto, descubriendo el canal del torso: la garganta plateada, los pechos grandes y blandos, el vientre pulido y liso, las manos sedosas y los muslos prietos. El pelaje se sujetaba a la altura del pubis por un broche dorado con un zafiro incrustado en un emblema real. Sobre la piel de Sira, escritas en alheña, se podían leer unas letras que formaban parte de unas palabras, ocultas en parte por la improvisada prenda.

INI

PEC

NID

ALD

ERT

El califa se removió inquieto en el diván, aquella descarada parecía haber grabado un mensaje para él en la epidermis. Posiblemente querría vengarse por los latigazos que había ordenado propinarle, cuando le desobedeció y partió en busca de su esposo hacia las Alpujarras. Ahora su matrimonio había sido anulado y estaban separados. Ella se acostaba con otro hombre y se

había casado por segunda vez. Cansado de aquel juego, Abd al Rhaman le hizo un gesto para que se acercase, estaba ansioso por descifrar aquel mensaje. Sira le pidió calma, todavía no había terminado su actuación.

Entonces Azzam, reapareciendo de nuevo suspendido en el aire por unas cuerdas ocultas, impulsadas por un eunuco girando una polea, que lo elevaban del suelo ascendiendo en altura, hizo sonar su lira. El mecanismo alzaba la plataforma de hierro, sobre la que se encontraba sentado el músico; cubierta de algodón mostraba forma de nube. La cuerda se deslizaba bajo las guías, situadas en la base de la plataforma, partiendo a ambos lados para confluir, suspendida en el alto de una garrucha. Azzam sentado en aquella nube de algodón, parecía el arcángel Gabriel: un ser inmaterial, totalmente espiritual. A Alfonso le recordaba al ángel custodio que se le apareció en el alto de un sauce, cuando lo hallaron sus amigos, deshidratado, en lo más profundo de la Contraviesa. La polea seguía girando y el ángel continuaba elevándose en su nube, acaparando la atención de todos los presentes. Entonces la reina loba, trató de acoplar su voz a la melodía de la lira, sorprendiendo a todos recitando una hermosa poesía:

*Condenada a no ser dueña de mi destino,  
arrojada por mi enemigo al borde del abismo.*

*Vagando por caminos muy profundos,  
socavones que me llenaron de hiel*

*Me negaron el derecho a opinar sobre mi vida,  
conduciéndome por las sendas más oscuras.*

*Lóbregas cavernas sometidas a la cordura,  
donde prevalecen los valores de lo impuesto.*

*En un mundo sin identidad e iniciativas,  
sardónicamente me dejé arrastrar por sus ideales.*

*Tomando por órdenes sus imposiciones,  
soterrando mi alma en una agonía continua,  
hasta que la angustia hizo estallar mi ira.*

*Entonces desde la ceguera absoluta  
me revelé contra mis opresores.*

*Pagando cara mi osadía,  
fui castigada con su tiranía,  
casi apurando el último hálito de vida....*

*A pesar del brutal castigo,  
me juré a mí misma  
en un acto de insumisión.*

*Jamás volver a pedir perdón.*

*Simplemente por querer...*

*Simplemente por nacer mujer.*

Quando terminó de recitar, la reina loba, se deshizo de sus sandalias y se deslizó gateando sobre sus cuatro extremidades hacia el califa. Mostrando a su majestad una lengua larga y roja con una gema incrustada en la punta. El silencio se hizo en la sala, cuando llegando casi a la altura del califa, abrió el

broche dejando caer la piel de loba al suelo y surgiendo de ella, el cuerpo desnudo de la hembra más hermosa de al-Ándalus. Entonces el califa pudo leer en su piel las palabras enteras, quedándose estupefacto, ante la osadía de la muladí.

FEMINIDAD

RESPECTO

DIGNIDAD

IGUALDAD

LIBERTAD

Después dándose la vuelta, le mostró las cicatrices de su espalda que él mismo había mandado azotar tiempo atrás. Sobre ellas y en alheña, también había escrito un mensaje.

NUNCA:

SUMISION

VIOLENCIA

CASTIGO

MALTRATO

La quinta Loba se retiró altiva caminando, dando la espalda al califa. Solo cuando se encontraba lejos, se volvió para hacer una tímida reverencia, tratando de no ser irrespetuosa con el hombre, que a una sola orden suya podría mandar arrancarle de un tajo la cabeza. En otro tiempo por semejante osadía, Abd al Rhaman no hubiese dudado en ordenar a sus verdugos degollarla. Pero se estaba haciendo viejo y con la edad, uno aprendía a

controlar la ira. No tendría sentido manchar con la sangre de la muladí, aquella velada tan agradable. Alfonso trató de sacar al monarca de su mutismo, ofreciéndole un brindis por un nuevo tratado comercial que estaban negociando, entre Córdoba y Bizancio.

—Estoy seguro que mi hijo Daniel, será un gran emir de Elvira y servirá de puente para seguir manteniendo las buenas relaciones entre nuestros bastos imperios —dijo Alfonso alzando el cáliz plateado.

—Sin duda lo será, solo que sea la mitad de valiente en el campo de batalla que su padre, no tendrá problemas en gobernar y defender de nuestros enemigos cualquier provincia —contestó Abd al Rhaman, tratando de dejar de lado el suceso anterior.

«Son cosas de mujeres —pensaba el califa mientras brindaba con el capitán—. Nunca lograré entenderlas, parecen no estar contentas con su rol en la sociedad. Tanto les cuesta ser obedientes y aceptar la superioridad de los hombres. Allah lo ha dispuesto así. No entiendo las ideas de emancipación de esa maldita muchacha. Por esta vez pasaré por alto semejante insolencia. Al fin y al cabo es la madre del hijo de un ministro de Bizancio y la más hermosa de las cinco Lobas. Mejor centrarse en nuestros asuntos».

—Pronto partiré hacia Bizancio sabiendo que la educación de mi hijo estará en buenas manos —dijo Alfonso dándole un sorbo al vino.

—Hazlo cuanto antes, debes reunirte con el resto de tu familia y darle mis saludos más cordiales al emperador —dijo Abd al Rhaman.

—Con su permiso, me quedaré un mes más en la ciudad palatina, mis hombres necesitan descansar y yo quiero disfrutar un poco más de la compañía de mi hijo antes de partir hacia Constantinopla —dijo Alfonso.

—Quédate el tiempo que precises, esta es tu casa —añadió el califa.

—Gracias excelencia por su hospitalidad y su magnanimidad, al obviar desavenencias del pasado, y anular la sentencia de muerte que recaía sobre mi cabeza.

—Esto es política compañero, antes eras un vulgar fugitivo y ahora eres un importante ministro. Dale gracias a la fortuna por haberte hecho merecedor de tan alto cargo —replicó Abd al Rhaman.

—Desde luego ha obrado con sabiduría mi señor, yo y Bizancio le estaremos eternamente agradecidos —concluyó el capitán, antes de desviar la conversación hacia otros temas de menor interés y relevancia.

Al terminar los postres, los esclavos ya habían desmontado la pasarela e improvisado un escenario aprovechando maderos y tablas. Expectantes los invitados esperaban la actuación final: las cinco Lobas salieron de nuevo a escena totalmente desnudas. Esta vez todas llevaban las mismas palabras escritas que Sira en el cuerpo, salvo Laura que llevaba en la espalda tatuada la siguiente frase:

TODAS

SOMOS

SIRA

Danzaban entre el humo de los sahumeros, proyectando su sombra en una bambalina, donde se recortaban las cumbres de Sierra Nevada con las que había soñado tantas veces Azahara, aquel decorado agradó al califa — ignorando los mensajes que llevaban grabados en la piel—. De repente, como impulsada por los movimientos de las bailarinas, la nieve se deshizo en copos de espuma, cayendo sobre los cuerpos desnudos, salpicaba las tablas del suelo de nácar. Dando la espalda a los comensales, las cinco Lobas movían los traseros al unísono, imitando el vaivén de las olas. Llevaban un conejo rojo tatuado con alheña en cada glúteo, su color simbolizaba la fertilidad y la abundancia en las cosechas. Para el califa, los conejos rojos, además de ser su mascota preferida, atraían la buena suerte y le recordaban a Afrodita, Cupido, Dionisio y Eros: todas ellas divinidades que representaban la lujuria y el frenesí sexual; provocando que su libido con ayuda del vino, se excitara al contemplar los rasurados sexos de las cinco Lobas, mostrando sus vulvas

entre los intersticios de las nalgas.

Cayendo presa de un intenso rubor, Abd al Rhaman, derribó la copa de vino de un manotazo al suelo. Los ojos se le salían de las órbitas, al observar a las cinco Lobas situadas lateralmente formando una fila, apoyadas las manos de unas en los hombros de las otras, mientras doblándose por la cintura se contorsionaban apretando el vientre, hasta hundir los traseros en las pelvis de sus compañeras. Azzam y sus músicos, acompañaban con el sonido de los panderos y tambores africanos la provocativa danza.

La bambalina blanca se alzó y se desplegó otra negra como la noche, donde diminutos puntos dorados semejabán las estrellas. Las luces se apagaron y todo quedó en una oscuridad total. De pronto reinó el silencio, las cinco Lobas desaparecieron de escena y apareció una nueva silueta de mujer, marcada por puntos fluorescentes, tizados de verde que atraían las miradas de todos. Aquella muchacha parecía una ninfa y su belleza igualaba, incluso superaba a la de las cinco Lobas. Las luces parecían imantadas a su piel, iluminando tenuemente, el contorno de los senos, el tronco y las caderas. Las larvas extendidas por todo su cuerpo, la hacían parecer una alienígena. El califa fuera completamente de sí, se acercó a la muchacha, atraído por las luciérnagas que recorrían su piel. Los gusanos de luz, la hacían brillar como una lluvia de estrellas. Ella lo miró con sus ojos profundos y melancólicos, dejando caer una larga melena que le recordó a la de su favorita Azahara.

—¿Quién es esta maravilla con el pelo más negro que la brea? —preguntó Abd al Rhaman.

—Es mi esclava Tarub, recientemente la he nombrado niñera de mi hijo Daniel. Pensaba llevármela conmigo a Bizancio, pero eso me traería muchos problemas con mi esposa Luisa, pues las esposas cristianas son mucho más celosas que las musulmanas. Acéptala como un regalo mío para vuestro harén —respondió Alfonso.

Abd al Rhaman cautivado por la belleza de la muchacha, mandó al servicio quitarle los gusanos de luz y que le preparasen un baño caliente. Una vez aseada y oliendo a jazmín, la aceptó por primera vez en su alcoba. Se presentó con un laúd de mástil largo y con los trastes separados cuatro pulgares, unos de otros; vestida con un etéreo paño cubriendo sus piernas,

sujeto al talle por un cinto de cuero, del que pendían amuletos tintineantes y sobre el busto, lucía una blusa que dejaba al descubierto el vientre. Sentándose en el lecho al lado del califa, agitó el brazo haciendo sonar las pulseras que lo rodeaban; tañendo el laúd con armonía, comenzó a narrar una historia que aprendió de memoria de un libro de Galindo. Abd al Rhaman la escuchaba en silencio, dejándose llevar por el lenitivo de su suave voz, que después de un largo día atendiendo diversos asuntos políticos, actuaba como un bálsamo para sus oídos. El califa se dejaba seducir por el sonido de aquellas exóticas melodías que lo arrastraban, ayudándolo a introducirse de lleno en la intrincada y misteriosa narrativa del monje. Le encantaba la muchacha, terminó enamorándose perdidamente en poco tiempo de ella, atraído por su ternura y dulzura. Tarub le trasmitía esa paz y tranquilidad que no encontraba en el resto de las mujeres del harén. Se convirtió en su favorita, despertando en su interior una pasión, que no pensó volver a sentir nunca más por ninguna mujer desde la muerte de Azahara. El conejo rojo tatuado en los glúteos de las cinco Lobas, le había traído suerte. Aquel maravilloso regalo de Alfonso, terminaría de estrechar sus lazos de amistad con Bizancio. No fue el fabuloso estanque de mercurio enviado por el emperador, sino el amor que el califa sintió por Tarub, lo que marcó definitivamente las buenas relaciones comerciales y diplomáticas entre Bizancio y Córdoba.

Orense, 19 de noviembre de 2015

## Glosario

Aceifa. Expedición militar que las tropas musulmanas hacían generalmente en verano.

Adarve. Conjunto de construcciones superiores de una muralla.

Agareno. En referencia a los musulmanes que ocuparon España en la Edad Media.

Alcazaba. Recinto militar fortificado.

Alcázar. Palacio fortificado dentro de una población amurallada.

Alfaquí. Doctor en la ley del Corán.

Alfanje. Espada musulmana.

Alfoz. Arrabal. Distrito, campos y aldeas pertenecientes a la jurisdicción de una ciudad.

Alheña. Tinte vegetal para el pelo y la piel.

Aljaba. Recipiente para las flechas.

Aljama. Comunidad o juntas de moros o judíos.

Almadreña. Calzado de madera.

Almajaneque. Máquina de guerra para arrojar proyectiles.

Amán. Paz musulmana a la que se pueden acoger los vencidos en batalla o amenazados por ella.

Andalusí. Persona originaria de al-Ándalus.

Ataurique. Decoración arquitectónica árabe de tipo vegetal.

Bereber. Persona originaria del norte de África que llega hasta el Sahara por el sur, el Atlántico por el oeste y Egipto por el este.

Brial. Prenda larga y lujosa con mangas amplias.

Burnús. Prenda larga a modo de capa con capucha.

Cadí. Juez civil

Dimmie. Habitante de al-Ándalus perteneciente a una comunidad judía o cristiana que vivían bajo mandato musulmán.

Elvira. Granada.

Emir. Máxima autoridad política y militar de Al-Ándalus.

Fundíbulo. Máquina de madera que servía para disparar piedras de gran peso.

Hipopresía. Enfermedad del hígado con inflamación de las extremidades, flatulencia e hinchazón. Enfermedad típica de la Edad Media.

Hurí. Cada una de las bellísimas vírgenes que acompañan a los buenos musulmanes en el paraíso

Jubón. Camisa ceñida.

Kohl. Polvo de antimonio usado como afeitado por las mujeres para ennegrecerse los bordes de los párpados, las pestañas y las cejas.

Loriga. Equipamiento militar defensivo, normalmente hecho con pequeñas anillas metálicas entrelazadas que cubre el torso y los brazos, y puede bajar hasta medio muslo. También conocida como cota de malla.

Marca superior. Territorio fronterizo al norte de al-Ándalus.

Medina. Ciudad.

Mesnada. Grupo de guerreros a las órdenes de un señor.

Mimbar. Púlpito en una mezquita

Miqná. Velo para la cabeza de la mujer.

Moro. Habitante del norte de África.

Mozárabe. Habitante de al-Ándalus que conservaba la religión cristiana bajo el dominio musulmán.

Muecín. Hombre que desde el alminar de la mezquita convoca a la oración.

Muladíes. Población de origen hispano y visigodo que adoptó la religión, la lengua y las costumbres del islam durante la dominación musulmana.

Rabal. Barrio de las afueras.

Rafal. Casa de campo y terreno.

Ramadán. Ayuno obligatorio en el islam.

Sarraceno. Natural de los desiertos, árabe, musulmán.

Sura. Capítulo del Corán.

Tahalí. Correa que se cruza desde el hombro a la cintura y sostiene la vaina de la espada.

Quibla. Muro de la mezquita orientado a La Meca

Qurtuba. Córdoba

Ulema. Doctor de la ley, sabio en ciencias religiosas

Yihad. Guerra santa.

Valí. Gobernador musulmán.

Visir. Ministro.



## **OTROS TÍTULOS DEL AUTOR PUBLICADOS EN AMAZON.**

La reina del Noroeste.

El refugio de Vegabaño.

Selkie.

La sombra del maestro.

El Hombre Errante

## Table of Contents

Cinco Lobas

PARTE

I

La ciudad de los libros

1

Córdoba, 15 de octubre del año 939

2

Córdoba, 16 de octubre del año 939

3

Córdoba, 30 de noviembre del año 939

4

Sayida

Constantinopla, Montilla,  
31 noviembre del año 939

5

Córdoba, 1 de diciembre del año 939

6

El alcázar de Córdoba, enero del año 940

PARTE

II

Los embajadores reales

7

Córdoba, Almería, marzo del año 941

8

Barcelona, julio del año 940

9

Galindo

Córdoba, Antequera  
septiembre del año 940

10

Córdoba, 27 de enero del año 941

11

Córdoba, 28 de enero del año 941

12

Córdoba, 20 de marzo del año 941

PARTE  
III

La rebelión de los yundíes

13

Sierra Morena, 2 de abril del año 941

14

El viaje de los embajadores, 10 de abril del año 941

15

Córdoba, 20 de abril del año 941

16

Sierra de Cazorla, 10 de mayo del año 941

17

Córdoba, 1 de junio del año 941

18

Las Alpujarras, 23 de junio del año 941

PARTE  
IV

La guarida de los lobos

19

Sierra de Contraviesa, 25 de junio del año 941

20

Córdoba, 31 de octubre del año 941

21

Galindo

La Alpujarra, 2 de marzo del año 942

22

Sierra de Contraviesa, 28 de junio del año 941

PARTE  
V

Las siete colinas

23

Alfonso

Constantinopla, 12 de septiembre del año 942

<u>24</u>	<u>Constantinopla, 20 de octubre del año 942</u>
<u>25</u>	<u>Constantinopla, 2 de julio del año 943</u>
<u>26</u>	<u>Constantinopla, 26 de mayo del año 944</u>

PARTE  
VI

La ciudad del azahar

<u>27</u>	<u>Medina Azahara, 22 de marzo del año 946</u>
<u>28</u>	<u>Medina Azahara, 30 de abril del año 946</u>
<u>29</u>	<u>Medina Azahara, 30 de abril del año 946</u>
<u>30</u>	<u>Bobastro, 4 de mayo del año 946</u>
<u>31</u>	<u>Bobastro, 24 de junio del año 946</u>
<u>32</u>	<u>Serranía de Ronda, 25 de junio del año 946</u>
<u>33</u>	<u>Bobastro, 26 de junio del año 946</u>
<u>34</u>	<u>Medina Azahara, 15 de julio del año 946</u>

Glosario

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR  
PUBLICADOS EN AMAZON.